

Paul Feval

LAS ETAPAS
DE UNA CONVERSIÓN



Apostolado de la Prensa

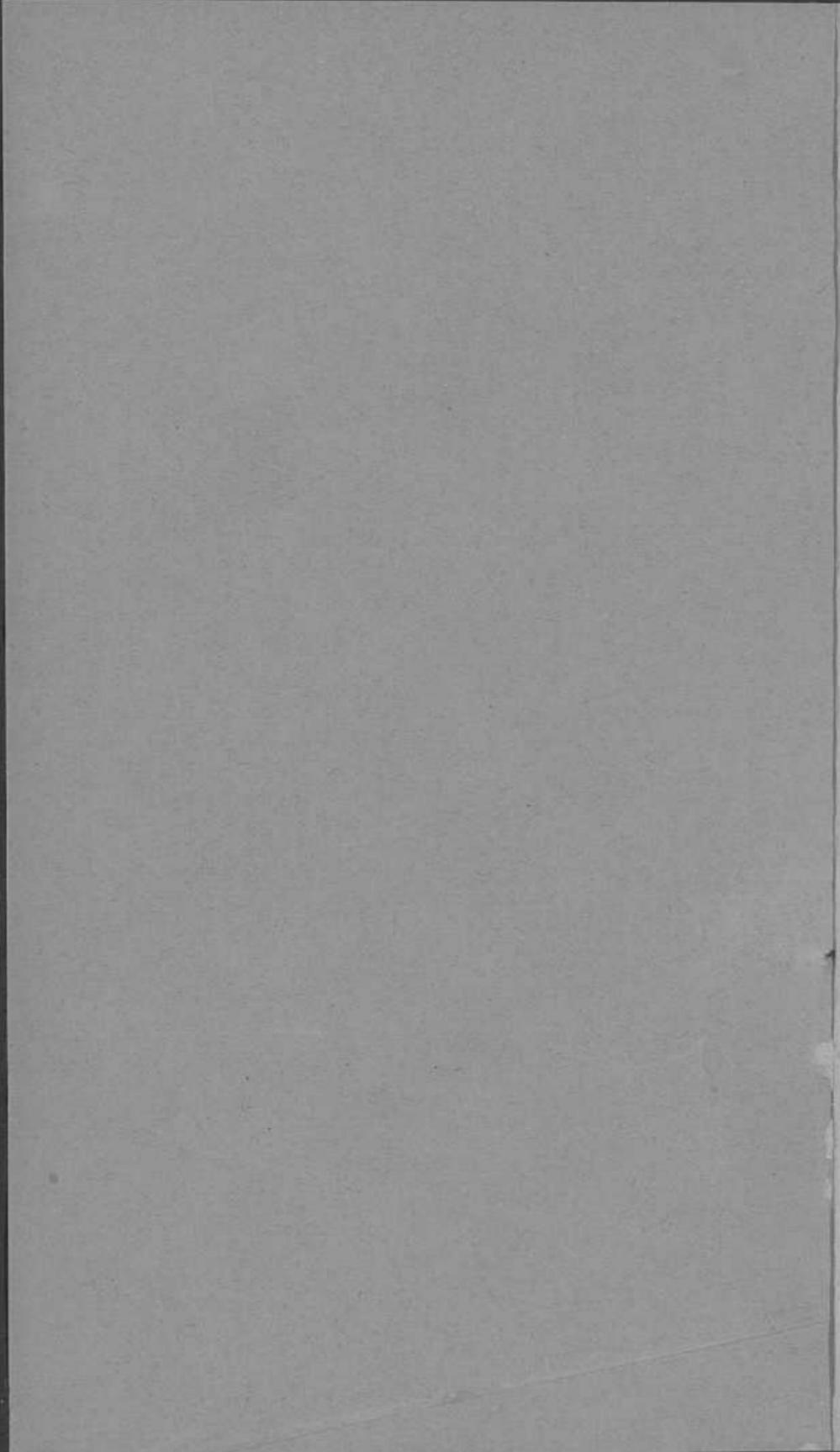
10549





100

100



LAS ETAPAS DE UNA CONVERSIÓN

CASA ONTAÑÓN
LIBRERÍA PAPELERÍA
CENTRO PERIODÍSTICO
BURGOS

~~107~~

17645

Lecturas recreativas del Apostolado de la Prensa.

LAS ETAPAS

DE

UNA CONVERSIÓN

DE PAUL FÉVAL

TRADUCCIÓN DE

D. ANTONIO DE VALBUENA

B.P. BURGOS
N.º
N.º 118220
C.B.
70263



MADRID

ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

7—San Bernardo—7

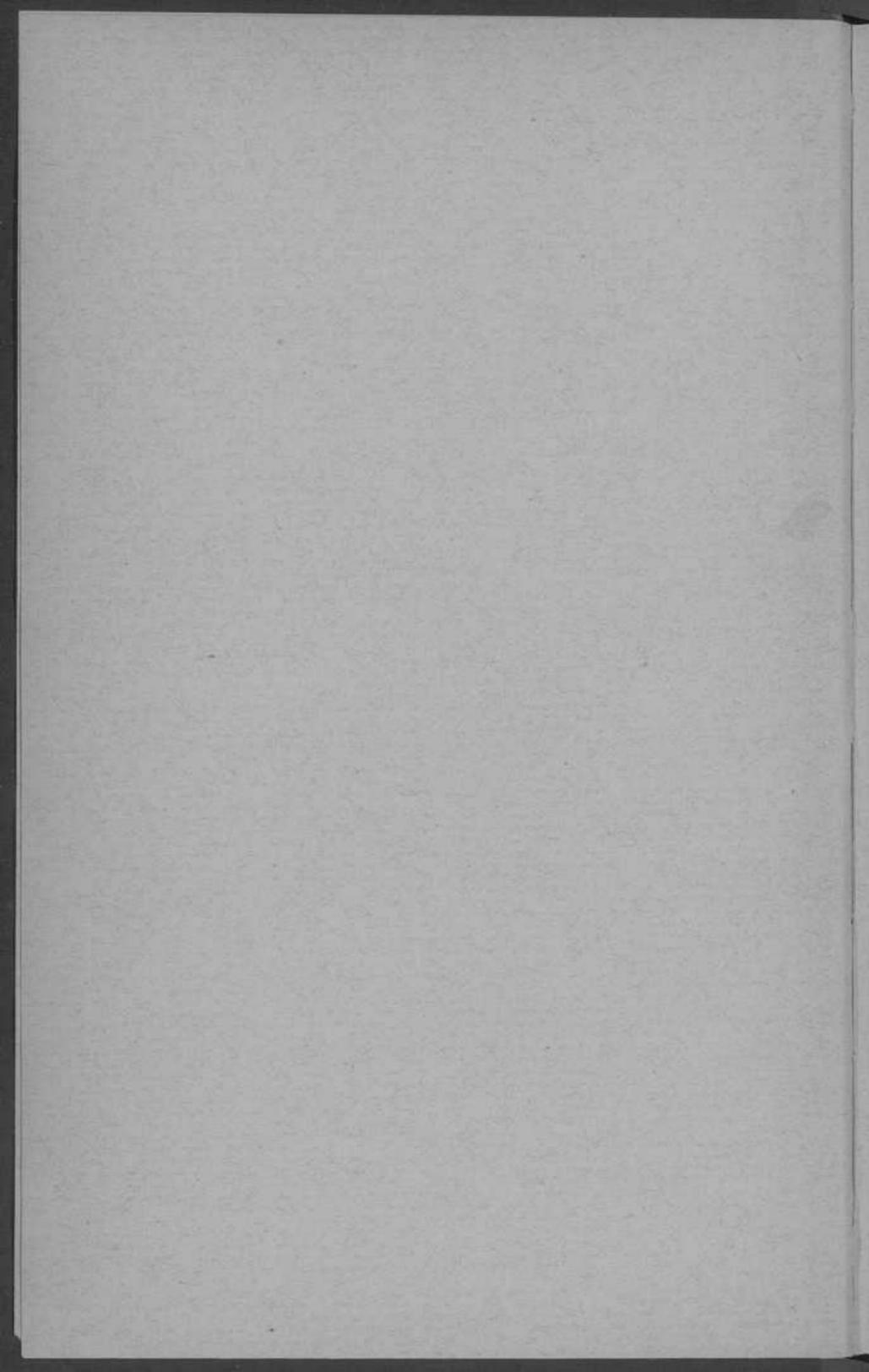
1911

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Tipografía del Sagrado Corazón, San Bernardo, 7.

PRIMER EPISODIO

LA MUERTE DEL PADRE





LAS ETAPAS DE UNA CONVERSIÓN

LA MUERTE DEL PADRE

Voy á contaros la historia de una inteligencia y de un corazón. Mi amigo se llamaba Juan; el apellido importa poco. Antes de volver sus ojos á Dios había gastado largos años mirando á los hombres para hacer fortuna y ganar fama. El escritor es un espía involuntario que viola constantemente en redor suyo el secreto de las conciencias.

Hablo aquí, entiéndase bien, de los escritores que sienten amor y respeto por su arte, y no de los arañadores de papel que ennegrecen cuartillas con el sudor de la mano, no viendo nada según su propio criterio, robando, copiando, plagiando, maltratando el pensamiento de los maestros para servírselo de nuevo, desnaturalizado y desaliñado, á la innumerable turba de lectores que no saben leer. Hablo de los escritores concienzudos y dignos, de aquellos á quienes no se podrá reemplazar para el porvenir, por más que se perfeccio-

ne la máquina de coser hasta hacerla respuntar diálogos imbéciles y monólogos idiotas.

Juan era uno de esos espíritus, cada vez más raros en nuestros días, que piensan todavía con su propio pensamiento en lugar de destrozar el de los demás. Este libro le pertenece y ha sido escrito bajo su inspiración, casi al dictado.

Acontecióme una vez decirle, á propósito del título de este libro:—Para hablar con propiedad creo yo que convendría poner: las *Etapas de un convertido*.

Pero Juan me respondió:—Nuestras alegrías y nuestros dolores, nuestros triunfos y nuestras derrotas nos llevan sin sentir hacia Dios. Mas no somos nosotros en realidad los que vamos á la conversión: es la conversión la que viene á nosotros. Yo he querido señalar las diversas jornadas de la mfa, y contar, etapa por etapa, este viaje misterioso de la gracia divina al encuentro de una pobre alma. Tal debe ser este libro, y el título le está perfectamente.



Retrato de Juan.—Su cueva y Magdalena.—María.

Juan había tenido en otro tiempo un salón, hermosos muebles, cuadros, aduladores, criados y hasta amigos: los de Job. Había tenido dinero en abundancia y hasta un poco de gloria. En la época en que yo le visitaba dos veces por semana en su buhardilla, que él llamaba su cueva, ya no le quedaba nada de todo esto. No tenía más que á su anciana esposa Magdalena, que le rejuvenecía repitiendo á cada paso que tenía seis meses más que él. Magdalena le escuchaba religiosamente cuando estaban solos; mas tan pronto como yo llegaba se declaraba en vacaciones. Hay ciertos heroísmos que no se desvanecen del todo aun mirados por su lado cómico. Yo descubrí un día que Magdalena era sorda como una tapia.

Durante años y años estuvo haciendo papel de que oía para que Juan tuviese por lo menos un oyente en casa, puesto que tenía absoluta necesidad de contar algo, necesidad que aumentó cuando dejó de publicar libros. Magdalena había llegado á ser muy hábil en representar la comedia de su humilde atención: sonreía en los pasajes alegres, se enternecía en los de sentimiento, sin equivocarse nunca, y Juan la encontraba un gusto muy fino.

—Sus narraciones me interesan á tientas—solía ella

decirme.—¡Tendría Juan tanto disgusto si llegara á descubrir que habla enteramente solo!...

Juan era una inteligencia en extremo caprichosa, desigual, con vacíos en medio de grandes riquezas, y flojedades en el arranque mismo de sus valentías; faltábale el aplomo, pero en mi vida me ha sido dado examinar una imaginación comparable á la suya, en lo extensa, esplendorosa y fecunda. Su inventiva parecía inagotable. Rara vez salía yo de su casa sin llevarme, aunque no quisiera, en la memoria algún motivo de drama, como suele uno á menudo llevarse un objeto innecesario de los escaparates de las tiendas, provistos de mil tentaciones, á una de las cuales no se ha podido resistir.

Hablaba admirablemente; lo que decía atraía y encantaba mientras lo decía. Cuando uno salía de allí, lo dicho perdía ya no poco de su valor, es cierto; pero algo quedaba al lado de lo que había dicho, ó encima, ó debajo, yo no sé dónde, que dejaba entrever horizontes extensos.

El eco de su pensamiento producía un recuerdo especialísimo; al separarse de él quedaban en la mente sensaciones que sólo él había hecho percibir, pero que persistían como reales; alumbraban países desconocidos, que creía uno reconocer como si hubiera por ellos viajado anteriormente en tinieblas, y con el tiempo estos resplandores que nacieron de fantasías, se fijaban y afirmaban, ganando en intensidad en vez de oscurecerse.

Nótese que esto es simplemente propiedad del genio; y tal vez Juan tenía esparcidas acá y allá al-

gunas chispas de genio en la enorme mina de su cerebro.

Tal fisonomía que ha tiempo ví por sus ojos, tal paisaje que él me describió prolijamente, tal carácter que él me analizó, quedan aún en mi memoria, á la hora en que escribo, llenos de vida, como esos lienzos encantados de los pintores florentinos, en donde cada día que pasa aparece una nueva belleza; como esas páginas misteriosas de los grandes maestros de la armonía, que ocultan su más puro perfume á la avidez del primer entusiasmo, y que hay que saborearlas por el sistema de los admiradores pacientes para ir descubriendo poco á poco su verdadero mérito.

Pero él es, principalmente, el mismo Juan, criatura brillante é incompleta, poema en donde faltan hojas; él es el que vive en mí con todo lo que Dios le ha dado: desfallecimientos y vigores, luces y sombras. Cuando aparto mis ojos del presente para dirigirlos al pasado, veo, como si la tuviera delante, aquella cabeza atormentada, pero tan tranquila, del siervo de la fe que se maravillaba de haber dudado; aquella figura del librepensador prisionero de Dios; aquella máscara indescifrable, aquel genio á un tiempo frívolo y profundo, trabajado por la fiebre del saber, pero penetrado de sencillo sosiego, que me ha hecho reír tan á menudo, tan á menudo pensar y llorar.

¡Allí está el anciano que yo amaba tan de veras: hombre lleno de humildad y de desdenes, de perdón y de rencores, de caridad y de crueldades; amalgama de dulzura y de pesadumbre, de obediencia y de murmuración, de temeridad y de prudencia! ¡Tan bueno, tan

leal y generoso! Héle allí con sus facciones atrevidas caprichosamente descarnadas, su prolongada mejilla hundida y pálida, surcada de arrugas, de las que cada una delataba un sarcasmo curado, una cólera apaciguada, una queja sofocada en silencio. ¿Va á hablar, él que era la elocuencia misma? Su boca se abre con la sonrisa de los que valerosamente han bendecido el dolor; su ancha frente medita y ora; su mirada, que parecía apagada, recobra su poder, como una hoguera dormida bajo la ceniza desparrama en manojos, en cuanto se la remueve, el súbito despertar de sus resplandores.

Había sido muy hermoso: Magdalena lo decía, que yo no le conocí hasta mucho después de haber perdido su juventud. A veces su cuerpo alto y encorvado se enderezaba repentinamente como el de un soldado que olvida las heridas de la guerra, y á veces se exhalaba del fondo de su alma un olor corrosivo de orgullo, á pesar de la humillación voluntaria y severa de su vida. Nada le quedaba de su fortuna, tan caballerosamente conquistada con la punta de su pluma; y su pluma, que había sido de oro, no valía ya ni aun lo que la herramienta del obrero más vulgar, toda vez que la tenía miedo hasta el punto de condenarla á la inmovilidad.

¿De qué vivía?

¡Pobre Magdalena! No albergaba, como Juan, los restos de un inmenso amor propio; pero la piedrecita de la vanidad burguesa es tal vez más difícil de destruir que la roca del orgullo grande. No la hubiera afligido el ayunar, pero tenía horror de avergonzarse.

Juan, por el contrario, *quería avergonzarse*.

Conservaba en la expiación el ardor y la fuerza de su naturaleza. Como había vivido del orgullo, estaba sediento de humillación y ambicioso de rebajarse. Para él, en cuestión de anonadamiento, nada había bastante profundo. ¿Cómo decirlo? El orgullo se desliza en todas partes: hasta en la santa pasión de expiarlo. Juan experimentaba un placer doloroso en hacer creer y aun en decir alguna vez que *vivía de limosnas*. ¡Eran de ver entonces las sublevaciones de Magdalena!

Era ésta, en la época de que hablo, una pobre mujer gruesa, dura de aspecto, como casi todas las del Mediodía cuando llegan á cierta edad. Hay en un libro de Juan una preciosa miniatura: la saboyanita que se peina á la puerta de la cabaña, y cuya mirada azul brilla como un par de záfiro á través de la sedosa espesura de sus negros cabellos. Magdalena decía con satisfacción:

—Este es mi retrato de cuando tenía dieciséis años. ¿No es verdad, caballero?

Y Juan, traído así por testigo, no respondía ni sí, ni no.

En el tiempo de las prosperidades de Juan, es seguro que Magdalena, que era el honor mismo, pero un poco alborotada en sus atavíos, había tenido cierto partido entre ciertas gentes, precisamente á causa de su acento raro y de su lenguaje desprovisto de todo pulimento académico.

¡Pobre Magdalena! Cuando su marido decía:—Yo vivo de limosna—gritaba:

—¡Caballero, tú sabes que mientes!

Y se salía fuera, llorando, por no pegar á nadie, como ella misma confesaba cuando volvía á entrar.

El hecho es que Juan iba demasiado lejos al decir «de limosna». Había en ello su poco de jactancia. Yo conozco más de un perro favorito de alguna dama de corazón sensible para los perros, que come (el perro) en una sola comida el valor de las dos cotidianas de Juan y Magdalena.

Juan tenía con qué pagar esta vigilia ordinaria, porque recibía una pequeña suma cada vez que predicaba á los niños y á los obreros de las fábricas sus pláticas familiares, que se han hecho célebres. Si en esto había limosna, él era el que la hacía.

Lo mismo sucedía con sus amigos, que jamás podrían pagarle por su verdadero valor la parte de colaboración que su palabra prestaba á sus plumas. Nada tengo que confesar de parte de los otros amigos de Juan; pero de la mía declaro que jamás he dado limosna á Juan, sino que de él la he recibido constantemente.

Magdalena y él habitaban un quinto piso en una de esas largas avenidas tan tristes que en forma de radios parten de la rotonda de los Inválidos; su habitación se componía de dos piezas; un estrecho aposento, donde dormían Magdalena y Bonifacio, y la cueva propiamente dicha. Ya hablaremos de Bonifacio.

En teoría, la cueva estaba reservada expresamente para Juan; pero en la práctica, Bonifacio tenía allí sus trompos, y Magdalena su hornillo, porque la otra pieza era oscura.

En teoría también, Juan estaba orgulloso de la sole-

dad absoluta á que tenía derecho.—Yo estoy en mi casa—decía con el énfasis trémulo de un gobierno parlamentario que canta: «Yo soy la autoridad»; pero en la práctica también se quejaba de la continuada invasión de los bárbaros, Bonifacio y Magdalena. Á veces llegó hasta amenazar con emigrar al cuarto oscuro y abandonar la cueva á los invasores.

La cueva era un cuarto de mal aspecto, bastante grande, abuhardillado, bajo de techo y alumbrado por una claraboya; las paredes estaban cubiertas de un papel viejo pegado sobre bastidores, que ondulaba como la badana de un fuelle cuando se abría la puerta; sobre esta tapicería habían pegado algunos mal trazados dibujos, que debían datar de muy atrás, y revelaban los primeros estudios de un niño ó de varios: planas de escritura floreadas, una de las cuales llevaba el nombre de María, con inscripción firmada de que la plana había merecido el segundo premio en la escuela, y cuatro estampitas de la primera Comunión, de las que sólo una estaba puesta en marco; ésta llevaba también el nombre de María.

Debajo pendía un collar de granas de acebo, que debía de ser muy viejo porque las granas estaban resquebrajadas y rugosas; más abajo aún, clavado con cuatro alfileres y lamentablemente deteriorado, había un magnífico boceto á dos tintas sacado del *Tintoretto pintando el retrato de su hija muerta*.

Debo decir á este propósito, que Juan había estado casado dos veces. Magdalena y él habían tenido numerosos hijos, de los que unos se habían establecido en lejanas tierras: de éstos se hablaba á menudo y con

entusiasmo; los otros habían muerto dejando en sus padres profundos recuerdos. No se veía en la casa más que á Bonifacio, y solamente en los días de vacaciones á una niña, cuya madre no aparecía ni viva ni pintada.

Juan amaba á esta niña con ternura de abuelo, pero durante mucho tiempo no le oí jamás pronunciar el nombre de la madre. ¿Era ésta María? La niña se llamaba Berta; Bonifacio y ella se cascaban las liendres tan naturalmente como el imán atrae al hierro.

Tened aquí presente que no os cuento la vida de un hombre, sino su conversión, ó mejor dicho, lo que él me ha descubierto de su vida á propósito de su conversión. Lo que él no me ha dicho, lo ignoro. Nada he sabido nunca de él sino por él mismo.

Tened presente también que se puede ir á Dios en derechura, es cierto, siguiendo tranquilamente el buen camino; pero que no se *vuelve* á Dios, cuando se le ha dejado, sino por las vías de la desgracia. Toda conversión implica á la vez un error criminal y su misericordioso castigo. ¡Dichosos los corazones heridos! ¡Dichoso el sufrimiento que avisa y convierte! ¡Dichosos los cautivos encadenados por la bendición del dolor! Yo creo, sin poder asegurarlo, que de entre todos los dolores de Juan, el más amargo se había llamado María.

Lo que llamaba la atención cuando se entraba en la cueva era cierto aire de indolencia y aun de incuria.

Mas no tenía la culpa Magdalena, que recibía todas las mañanas mandato expreso de no arreglar nada. Afortunadamente, el desorden no tenía muchos objetos que embarullar; la abundancia de bienes no causaba allí perjuicios. El mobiliario consistía en una mesa de

pino blanco, conteniendo varios infolios y un crucifijo pequeño muy bien tallado; tres sillas de paja, un sillón viejo, cuyas entrañas se asomaban á través de su rota cubierta; una cama de hierro sin cortinas, en cuyo respaldo había un agua-benditera de concha montada en roble, y detrás de la cama una pequeñísima estufa provista de un hornillo, en el que Magdalena hacía la comida.

Con tan pocos muebles, todavía Juan se daba forma de crearse estorbos, y cuando se entraba allí costaba un sentido el desocupar un sitio donde sentarse; Magdalena no se quejaba, pero decía con su gracioso acento:

—¡Caballero, si me permitieras preparar siquiera una silla de antemano para sentarse la gentel...

Ella era no sé de qué parte, allá del lado de Mont-Blanc.

Juan la cortaba implacablemente la palabra con una negativa, y los días en que á escondidas limpiaba el polvo, la amenazaba con irse á la Trapa.

La lucera daba muy buena luz, y mucho mejor viento. Cuando uno se ponía de codos sobre el zinc abotagado de la base para distraerse con lo de afuera, se veía á la derecha la cúpula de los Inválidos, á la izquierda, el pozo de Grenelle, y enfrente, por encima de las casas, el campanario de San Pedro de Montrouge. Debajo estaban los hermosos árboles del jardín de un convento, cuyo reloj era por el que Juan se regía. El sillón viejo, á pesar de su triste apariencia, daba buen asiento; la mesa era cómoda. Por mañana y tarde Juan conversaba con un *in folio*, é introducía

de página en página papelitos escritos con letra fina y apretada.

Magdalena decía: — ¡Tomarse tanta molestia y no trabajar!

Porque es de saber que la buena Magdalena no creía sino en el trabajo productivo, y la molestia que se tomaba Juan no producía nada.

Estos papelitos, que Juan coleccionaba luego, fueron creciendo poco á poco, hasta que llegaron á formar gruesos volúmenes, más de veinte gruesos volúmenes. No era aquello, sin embargo, más que un prefacio, el prefacio del más corto, es verdad, pero del más grande de todos los libros, después de aquel que fué dictado por Dios.

Intitulábase *Introducción al Catecismo*. Había allí trozos brillantes; mas á aquellas piedras de un monumento colosal las faltaba la argamasa. Juan lo sabía perfectamente, y pensaba ponérsela... Pues bien, llegó un día en que Magdalena fué la mujer más feliz de la tierra...

—Ya no tenemos necesidad de nadie—me dijo;—por fin va á trabajar.

Pero en esto, uno de los amigos de Juan, excelente persona, fué nombrado ministro del Interior, por azares de la política. Lo fué sólo por algunas semanas, mas tuvo tiempo de procurarle á Juan, á quien consideraba con razón como un talento de primer orden, un empleo de cien francos al mes. Y Juan, el fanático orgulloso de la humildad, le aceptó. Y su gran libro se quedó siendo una aglomeración de piedras sueltas.

¿Habremos por ello de guardar encono al señor ministro? No, ciertamente que no. El talento de Juan estaba lleno de soberbios materiales, pero de argamasa no tenía ni chispa. Hubiera añadido sillares á sillares con que edificar diez catedrales, y no hubiera levantado ni una sola capilla. Dios señala la tarea á cada uno de sus operarios, y no es posible que todos sean arquitectos.



El Círculo de obreros.—Juan me habla del Tartufo político y de un libro que hay que hacer.

Juan y yo no éramos amigos antiguos. Yo había oído hablar de él como de un hombre original y festivo, y le conocía, sobre todo, por la frescura con que había tirado al agua su alta posición en el mundo de las letras. Esto había sucedido antes de que yo entrase en la carrera, y la casualidad no nos había puesto á uno junto á otro.

Una vez, cierta persona me llevó á un Círculo católico de obreros expresamente para oír hablar á Juan.

—Ya verá usted—me dijo aquella persona:—¡es admirable!

Era en la cripta de San Sulpicio; me acuerdo como si hubiera sido ayer. Juan habló largo rato; yo quedé vivamente impresionado, y aun esto es poco decir: á los dos ó tres párrafos de su improvisación vaga, que parecía ir apartando las malezas en redor de un asunto admirable (la sangre y agua del Divino Sacrificio), despertó en mí una emoción violenta. Juan había hallado medio de plantear allí la cuestión social. Aquellos buenos obreros le escuchaban con entusiasmo mezclado de inquietud, como se contemplan los ejercicios de fuerza en que el gimnasta corre peligro de desnucarse.

No solamente Juan no estaba preparado, sino que se lanzaba á sus anchuras en una verdadera selva de pa-

réntesis, de notas, de incidentes, y aun de documentos justificativos, en donde su texto principal parecía que iba á perderse á cada momento. Añadid á esto una familiaridad de estilo, con frecuencia excesiva, y un terrible atrevimiento en las imágenes, y os explicaréis la palabra inquietud de que me he servido.

Por lo que á mí toca, hubo momentos en que dicha sensación de miedo llegó hasta el malestar.

Era yo en aquel tiempo católico por sentimiento, por recuerdos, por relaciones de familia y de amistad, por todas las maneras, en fin, excepto por la buena, pues que *no practicaba*; y á nadie es más fácil escandalizar que á los católicos de esta especie.

Pero en el mismo momento en que mi puritanismo herido iba á gritar: ¡cuidado! Juan, aquel portento de sinceridad fervorosa, aquel prestigio viviente de la palabra sentida que juega con las almas y las vuelve y las revuelve en el baño de la verdad, llegaba al final de algún período con una demostración luminosa, con un torrente de luz, un estremecimiento de corazón, una apasionada plegaria, un cántico admirable, y todos los que allí estaban, los ignorantes como los sabios, se anonadaban temblorosos bajo la ley de Dios.

*
* *

Hablaba detrás de una mesa como de medio metro de altura, y jamás he visto cátedra tan alta. ¿No habéis observado cuán á menudo el hombre que predica la palabra de Jesucristo se convierte en el mismo Jesucristo, y de qué aureolas se corona la frente del apóstol transfigurado?

Cuando calló, la sangre y el agua (¡permitidme, Jesús mío, llegar á tocar al inefable amor de vuestro Misterio!) la sangre y el agua, repito, testimonios del imposible y verdadero sufrimiento de Dios, reliquias de su martirio y prendas de nuestra eterna redención, bañaban todos los corazones. A la salida, un sacerdote joven, que es hoy un ilustre Prelado, abrazó á Juan con lágrimas en los ojos.

Preguntábame yo cómo París, ávido de todas las emociones é incensador de todas las fuerzas, desconocía esta fuerza y se mantenía apartado de emociones semejantes.

—He aquí—le decía yo al eminente miembro del Círculo católico que allí me había conducido;—he aquí un hombre que ayer era célebre en París y en el mundo entero porque escribía con gracia libros insustanciales, deplorablemente inferiores á sí mismo, aunque superiores acaso á la generalidad de las producciones análogas. Este hombre ha crecido de repente y se ha elevado en claridad hasta convertirse en lumbrera, y porque es grande, y porque resplandece, París y el mundo han dejado inmediatamente de conocerle. Yo que soy lo que él era, un novelista; yo que vivo tan cerca del territorio católico, apenas había oído hablar de este hombre antes de ahora. Su antigua patria literaria le ha olvidado ya profundamente, y lo concibo: allí no ocupaba la primera fila; y dos ó tres medallas, monedas de su mismo cuño, llenan perfectamente su lugar vacío; pero su nueva patria cristiana, ¿le ha recibido como debía? ¿Le habéis ofrecido en vuestro ejército de Santos el grado que merece?

Hice aún otras preguntas, y se me respondió:

—El reino en donde nuestro amigo Juan, grande inteligencia y más grande corazón, se ha refugiado, no es de este mundo; no se viene á él para buscar lo que es objeto de las ambiciones de la tierra, y los grados no son conferidos en él por los hombres.

Esta respuesta no me satisfizo del todo, porque yo conocía ó creía conocer en el reino de que se hablaba algunas personas que no habían abandonado por completo, en apariencia al menos, el apetito de las cosas terrenales.

—Soy, señor mío, lo bastante partidario de usted —le dije— para tener el derecho de hablar á usted con franqueza. Es usted la lealtad misma. ¿Por qué, pues, emplear á cada instante esas fórmulas evasivas que pertenecen á la lengua de Tartufa? Bien sabe usted que hay en sus filas gentes muy bien acomodadas que predicán la teoría de que es preciso renunciar á todo por Jesucristo, pero que no la traducen á la práctica.

—No por cierto—me replicó mi interlocutor;—yo no sé bien eso que usted me dice; tan lejos de saber eso, podría citar á usted *entre las gentes muy bien acomodadas* verdaderos mártires, en quienes la negación de sí mismos consiste en no poder abandonar su dignidad para marcharse á la soledad muy amada, donde está la oración en la intimidad de Dios, donde están la meditación, el estudio, la penitencia y todos los bienes de que tienen sed vehementísima. Va usted á encontrar acaso todavía que caigo en las fórmulas de Tartufa. No me da cuidado ninguno. El mal se apodera incesantemente del lenguaje del bien, y yo pregunto:

porqué los Tartufas políticos hayan profanado, apropi ndoselos, los hermosos nombres de libertad, patriotismo, etc., etc.,  se avergonzar a usted de amar la libertad   de querer   la patria? ¡Oh! ¡Hay que oir   nuestro amigo Juan hablar de Tartufa! Tartufa no nos molesta; bien sabemos donde vive... Ahora, pretender de una manera absoluta que Tartufa no se introduce entre nosotros algunas veces, seguramente sería jactancia. ¡Pero qué pobre diablo es el Tartufa que se mezcla en nuestras filas! ¡Y cómo equivoca la puerta! No tenemos ni millones ni carteras que darle. Está usted seguro de que si por descuido se mete entre nosotros, no permanecer  mucho tiempo; su más vivo deseo será echarse afuera. Si se queda será porque le habremos convertido, y no será ya Tartufa.

— Tartufa?—exclam  detrás de nosotros la voz sonora de Juan.— Qui n habla de Tartufa? Tartufa me pertenece.

Nos volvimos, y venía derecho   mí tendi ndome las dos manos.

—Salud, colega—me dijo;—no nos conocemos, pero es igual. Acaban de decirme que ha venido usted por ver lo animal que soy.  C mo se encuentra la república de las letras? Yo he sido republicano y hombre de letras. Los muertos van aprisa porque est n vivos, y los vivos que est n muertos permanecen inmóviles. Yo he gritado ¡viva Polonia! al lado del ciudadano Luis Blanc, y me he batido por Victor Hugo la noche del *Hernani*. Hace ya un siglo, y me parece que fué ayer.  Hablan ellos todavía algo de mí all  abajo en su purgatorio?

Yo no sé lo que le respondí; pero él se sonrió con aire satisfecho, y se me cogió del brazo llevándome consigo sin cuidarse de mi egregio interlocutor más que si no existiera. Entonces comprendí por qué Juan no tenía grado alguno. Era un poco informal.

—Acabo de ganar mis diez francos—me dijo,—que es demasiado, porque yo daría veinte de buena gana, si los tuviera, por hablar á esos queridos muchachos que me escuchaban hace un momento. ¿Qué te he parecido?

Involuntariamente busqué á derecha é izquierda la persona á quien él interrogaba, pues no podía figurarme que me tutease la primera vez que nos hablábamos; pero á mí era indudablemente á quien se dirigía, puesto que estábamos ya solos los dos en medio de la plaza de San Sulpicio.

Yo le respondí sinceramente:

—Me ha parecido usted muy bien.

—Gracias—dijo;—pero no te digo eso: te pregunto si has llorado.

—Sí—le respondí riendo á mi pesar;—he llorado. Es usted un orador potentísimo.

—Entonces, vuelve á escucharme; te doy, entre tanto, á estudiar las tres primeras lecciones del catecismo; tú me las recitarás en la sesión próxima. ¿Quieres?

—Estoy excesivamente ocupado—repuse.

—¡Pardiez! ¡Todos estamos cargados de trabajo hasta los ojos!... ¿Sabes? No te resientas de que no te hable de *vos*. Tú serás tal vez un hombre de importancia en tu categoría, pero no eres varios hombres. Yo soy de la generación de 1830, que tuteaba á todo el mundo.

Lo cual no dejaba de ser exacto, salvo raras excepciones. Entre los artistas y literatos de aquella época, verdaderamente fecunda, un gran número, y no por cierto de los menos ilustres, rendía culto á la manía del tuteísmo. Juan continuó:

—Si te disgusta, me abandonas, porque perder la costumbre me es imposible. Yo no te exijo que me respondas de igual modo al principio. ¿Quieres acompañarme hasta mi cueva? Hablaremos de Tartufa, que es uno de los más grandes libros que hay que hacer en estos tiempos; tal vez le harás tú. He leído lo menos veinte páginas tuyas por aquí y por allá. Eres original... Cuando sepas el catecismo, serás el hombre que se necesita para desnudar á Tartufa..... Vivo detrás de los Inválidos.

—Tomemos un coche—le dije.

—De ningún modo... pero puedes pagármelo como si le tomásemos: yo vivo de limosna, y mis pobres, también.

Como ya he dicho que no era yo entonces católico práctico, después de estas palabras el contacto de su brazo me hacía experimentar disgusto. Juan continuó:

—El último año que he *trabajado*, como dice Magdalena (mi mujer), gané sesenta y cinco mil francos escribiendo cosas que no valían cuatro cuartos. ¿Lees el *Univers*?

—Con frecuencia—le respondí;—hay en él tal fuerza de talento.....

—¡Enorme! ¡Y mucho más que de talento, de catecismo! Es el único periódico en donde hubiera deseado

aún escribir, pero nunca me han querido. Y han hecho bien; ya no valgo nada más que para charlar...

Apretó el paso, y volvió la cabeza; pasábamos precisamente delante de las oficinas del *Univers*, que después han cambiado de sitio.

—¡Ah—continuó, dando un suspiro—gran dolor he sentido al abandonar la pluma y á los que de ella viven! Los conocía á todos, los amaba, los amo todavía, son buenos; ¡que Dios les llame! He llorado en la efusión de mi alegría cuando el buen Agustín Thierry, el maestro, ha vuelto á nosotros después de haber viajado tan lejos. Desde que se quedó ciego vió la luz. ¡Y Federico Soulié, el vigoroso inventor, tan violento y tan dulce! Yo le di á besar la cruz de mi rosario en Bievro la última noche. M. Guizot, que había sido mi profesor, me ha puesto á la puerta de su casa, diciendo que no quería á un bribón como yo para misionero. ¿Qué importa, sin embargo, la herramienta, con tal que la labor se haga? Pero Guizot se adora á sí mismo con el descaro del mundo, y muchos católicos le ayudan. ¡Balzac! Este me respondió muy grave:—Estoy más convertido que tú.—Alfredo de Musset... preciosa alma atormentada... Pero dejemos dormir á los muertos. Dame noticias de los que viven. Háblame de Víctor Hugo, el poeta colosal que ha deslumbrado á este siglo, y cuyo último grito será un cántico; lo espero. Háblame del bueno de Dumas, que no ha tenido nunca tiempo de mirar á su propio corazón. Háblame de Eugenio Sué, lobo furioso en sus libros, pastor en su casa, que se lava las manos en agua de rosas cuando ha tocado la mano de un tribuno; y de Gozlan, amar-

gura esplendorosa en forma de ramillete como los fuegos artificiales; y de Julio Sandeau, ese cristiano que se desconoce, tan tierno, tan fino, tan francés; y de Philarete Chasles, y de Alfonso Karr, y de Jorge Sand, espíritu admirable á quien nada falta sino Dios, es decir, todo. ¿Michelet, se ha hecho capuchino como temía?... Yo, al menos, no hago papel de no saber... Y eso que vivo cien pies debajo de la tierra... Me ha caído yo no sé de dónde una bonita caricatura de libro azucarado y aderezado con jarabe judío, mala acción lindamente aliñada, blasfemia rizada por el peluquero, titulada la *Vida de Jesús*. Dicen que todas las mujeres de mal vivir se entusiasman con ese libro. ¡Bien lo creo! Motivo tienen para ello. ¡Y yo apuesto á que las damas del gran mundo tampoco renuncian á su parte! ¡Las damas de buen tono que van al sermón cuando hay que andar á empujones á la puerta!... ¿Te acuerdas de la anécdota de aquel presidente de una Audiencia, que antes de empezar un debate escabroso se dirigió al auditorio, todo matizado de atavíos mujereles, y dijo:—Ruego á las damas que se respeten, que salgan?—Nadie se movió, por supuesto. ¡Las mujeres no van á los tribunales para respetarse! Quisiera saber el nombre de aquel presidente, que de seguro era un hombre de talento. Esperó dos minutos, y añadió con naturalidad:—Habiendo salido todas las señoras que se respetan, no quedan ya sino las que no se respetan; no tenemos, pues, que andarnos en miramientos. Ugieres, despejad la sala.—El éxito de la *Vida de Jesús* se debe á esas damas, de las que algunas han creído acaso hacer una lectura piadosa; ¡hasta ese pun-

to son cándidas! Jamás se halló tan feliz especulación en materia de librería. Todas las señoras á quienes nuestro presidente echó de la Audiencia han leído ese libro, ó le leerán, extasiándose en su *imparcialidad*. Yo, desde que me le pusieron furtivamente sobre la mesa, he cerrado la puerta á los libros, y puedo casi asegurar que no sé si los hacen todavía... He aquí la entrada de mi cueva. No á todos asusta. Montalembert se arriesga á venir de vez en cuando, y también Ravnigan, el único hombre á quien no he tuteado, fuera de los señores Obispos... ¿Subes?

Desde San Sulpicio no había pronunciado yo media docena de palabras. Juan tenía esa manera de hablar que ahorra las contestaciones. Se le escuchaba como se lee un libro; sólo que los libros son cosas muertas, y Juan vivía tan abundantemente, que á cada paso desespero de traducir, siquiera al poco más ó menos, el efecto producido en mí por su palabra.

Subí, de lo cual pareció satisfecho. Ví á Bonifacio, niño delicado, pero travieso como un diablillo, cuyas rientes pupilas centelleaban; y ví también á Magdalena, que me dió un apretón de manos cuando dije que Juan había peñorado admirablemente. Ella y Bonifacio desaparecieron por la puerta del gabinete oscuro, y yo me hallé solo enfrente de Juan, que se arrellenaba en su gran poltrona hecha jirones. Se puso á hablar del *Tartufa moderno, del libro que hay que hacer*, y precisamente á propósito de la *Vida de Jesús*, comenzó el capítulo de las ventajas de todo género que un escritor atrevido, que sepa *contar*, halla, en este siglo nuestro, en crucificar de nuevo á Jesucristo.

Seguramente no confundía á ciertos hombres de talento, de literatura y de saber, bastante fuertes para traducir el anticristianismo prusiano al alcance de los aprendices de bachiller y de las semi-mundanas, con esos otros pobres diablos de canibales enlodados, que ganan su *bock* devorando carne de cura en los periódicos llamados populares; no, daba á cada uno lo suyo, haciendo justicia al mérito de los que venden á Jesucristo por cientos de miles de pesetas, mientras que los otros especuladores subalternos no sacan apenas treinta dineros. Pero probaba que, tanto los unos como los otros, viven de profanar la Hostia, y que su oficio, el más fácil de todos, al alcance de los grandes talentos, como al de las estupideces vulgares, ofrece á la juventud de nuestros días una carrera nueva, la más preciosa de todas para las familias libres.

Cuando comenzaba Juan á hablar de este asunto, mucho más extenso de como yo puedo apuntarle aquí de pasada, y que tendrá su lugar en estas páginas, era verdaderamente inagotable.

—Moliere ha muerto—decía;—sólo Moliere resucitado podría modelar la nueva edición de su obra maestra, que muchos de entre los católicos tienen la injusticia de negar ó de desconocer. Moliere hizo el *Tartufa de la Religión*, y estuvo en su lugar: este monstruo existía; lo que se podría censurar en Moliere es el haberle dado, según las necesidades de la escena, audacias y simplicidades que no se avienen bien con la prudencia del hipócrita consumado. Pero el genio no tiene que dar cuenta de sus debilidades. Crea una forma y da á su tipo un nombre que viene después á

ser la justicia de los siglos. Otros tiempos traen otros vicios. Moliere resucitado, y paseando sobre nuestro mundo de ahora el esplendor de su mirada, reconocería á Tartufa, y buscaría en vano sobre sus hombros el traje fantástico con que en su mordacidad clásica le plugo disfrazarle en los días en que aquel ropaje significaba el poderío, el crédito, la autoridad. Moliere formaría hoy de nuevo su molde para forjar en él al verdadero Tartufa gozando de una popularidad escamoteada; de ninguna manera á esos Tartufllos que hacen libros de pasta de malvavisco judío, sino al gran Tartufa de nuestra época, al hipócrita social y político que ataca á la vez á la Iglesia, á la magistratura, al Ejército y al Estado. El hombre-veneno, violento ó dulzarrón, importa poco, exprimiendo el sufragio universal como se exprime la uva en el lagar para sacar, ¿qué? su propia fortuna, la satisfacción de su propia ambición, la pitanza de su propio apetito. ¡He aquí un Tartufa que merece la pena! Hipócrita viril, no retrocede ante nada; promete lo imposible con voz estentórea, retumbante, como trompeta de feria; engaña á millones de inocentes, que le dan dos cuartos cada uno, ahorrándolos de pan, para destruir todo poder, para demoler toda ley, para minar toda moral, porque todo poder le estorba, toda ley le embaraza, toda moral le condena. ¿Sería bastante el mismo Moliere para luchar cuerpo á cuerpo con ese gigante, con ese monstruo de cola encendida que muestra al pobre las riquezas ajenas, gritándole: «¡Desheredado, he ahí tu herencial! ¡Nómbreme diputado á mí, tu bienhechor, tu único amigo, tu hermano y tu padre! ¡Nómbrame ministro,

nómbreme todo, y será como si te nombrases á ti mismo! >

*
* *

Sobre las nueve y media de la noche serían cuando entramos en su cueva, y cuando bajé la escalera sin luz, hacía tiempo que habían dado las dos de la mañana. Él había hablado y yo había escuchado, y en el momento en que me despedía de él me dijo:

—Hay más talento en tu conversación que en tus libros; los que podías hacer mucho mejor de lo que los haces, aun desde tu punto de vista frívolo. Yo no me comparo á Sócrates, el más grande de los antiguos, puesto que entrevió la sombra de Dios y la figura del sacrificio; pero tengo de común con él el que ayudo con gusto al desarrollo del pensamiento ajeno. Ven á verme. Yo tengo mis pobres, y Job tenía los suyos; seguramente que eran más ricos que él. Iré á comer contigo alguna que otra vez. Cuando me tutees, te contaré mi conversión, y entonces harás UN LIBRO que dejará admirados á tus enemigos y á tus amigos.

Y añadió, golpeando sobre el infolio donde estaban las notas de su *Introducción al Catecismo*:

—Entre tanto, cuando quieras asuntos llamativos, no tengas reparo en consultarme; tengo yo acá millares de novelas, de dramas y de comedias. Yo te elegiré las menos peligrosas, y la salsa con que debes aderezárselas al apetito público. Hasta la vista.

III

De un asunto de drama, y de la repugnancia que Juan tenía á mostrar el fondo de su corazón.

Una tarde de Diciembre le hallé solo en casa, muy malo.

Tiritaba envuelto en una bata vieja, que parecía el capote de un soldado.

La mezquina estufa estaba encendida, pero apenas calentaba, y el viento, que suele correr á sus anchas por el barrio de los Inválidos, modulaba toda una colección de melodías chillonas por entre las junturas de la ventana.

Juan había enviado á Magdalena á la salve de San Pedro del Gros-Caillou, con Bonifacio, que tenía entonces siete ú ocho años, y descubría ya señaladas disposiciones para ser un pilluelo de París, sin fe y sin conciencia.

—¡Bueno!—exclamó al verme;—hubiera apostado á que venías esta tarde; parece que lo haces exprofeso: siempre bienes cuando estoy hecho un enclenque.

—Puedo irme, si quieres—le respondí.

Porque ya le tuteaba; ya había él logrado que le tutease. Nuestro conocimiento databa á la sazón de año y medio ó dos años. Me quería mucho, concediéndome á veces una importancia intelectual que nunca he tenido, y anonadándome otras veces bajo sus paternales

repreensiones. Yo sentía por él una afición que aumentaba cada día. Formaba como parte de mi vida, y necesitaba de él para pensar.

Conviene que no os equivoquéis sobre el sentido de esta palabra «pensar», que empleo á falta de otra menos ancha, y sobre todo, menos alta. Mis pensamientos no se elevaban más arriba de la esfera humildísima en que los novelistas buscan sus inspiraciones, pues yo, como hacen las niñas, lo recogía todo, hasta las discusiones más formales, para mi muñeca, que era la novela.

En efecto, yo he sostenido con frecuencia esta tesis: que el novelista debe saberlo todo, ó por lo menos, no ignorar nada. El éxito popular de una multitud de majaderías, entre las que sinceramente coloco las mías propias, me desmiente en la práctica, pero en el fondo es posible que tuviera razón.

La novela no ha dicho aún su última palabra. Puesto que es soberanamente poderosa para el mal, ¿por qué ha de ser impotente para el bien? Los papelitos de Juan responderán tal vez á esta cuestión como á tantas otras.

Juan profesaba la opinión de que los católicos no deberían confiar, como lo hacen muy á menudo, á manos desgraciadamente incapaces el cuidado de servirse de la ficción, si la ficción es útil y aun necesaria. Considerando de un lado las elocuencias diabólicas del Mal, y de otro las muelles y suaves niñerías que le opone el Bien... ¡ah! Juan era inexorable en materia de arte. Á cualquiera que tuviera una pluma, católica ó no, le exigía, ante todo, talento; es decir, el derecho de tener la pluma.

¿Era esto pedir demasiado?

Pero tiempo tendremos de escucharle cuando hable de este asunto: ahora se trata de otra cosa muy distinta.

A mi proposición de dejarle solo con su mal humor, me respondió con tono doliente:

—¡Está bien! ¡Siempre ha de faltarte la buena fe en la discusión! ¡Me quejo, y me atormentas! Quería decir sencillamente que ayer te eché de menos; estaba inspirado. He aturdido á Magdalena. Mis teorías han hecho á la peonza de Bonifacio bailar sola. Jamás me había visto así... ¿Hay dos trozos de leña detrás de la estufa? Ponlos en el fuego, con cuidado de no apagarle.

Obedecí, y la estufa comenzó á rugir. Juan se frotó enérgicamente las manos.

—Héme aquí como la estufa; tú me has dado calor. No solamente no te irás, sino que darán las doce y seguiremos hablando todavía. ¿Conoces al reverendo Wandham?

—No—le respondí;—¿quién es?

—Es un muerto, pues que escribía en el 1769. Era inglés, protestante, y de oficio wandhamista, como Lutero era luterano, y Calvino calvinista; sus obras, soberanamente empalagosas, consisten en tres volúmenes de polémica dirigida contra el reverendo W. J. Bainbribge, que era bainbridgista, y que también escribía libros, no sólo para responder al reverendo Wandham, sino también para atacar con inusitada violencia á los reverendos Flibbert y Hollope, el uno flibbertista resuelto, y el otro decidido hollopista. Estos cuatro reverendos pastores de cuatro congregaciones fundadas por

ellos mismos, cada una de las cuales tenía, cuando menos, un adicto, que era su fundador, formaban juntos la gran iglesia disidente brownista, anti-trinitaria y tercero-conformista, instituida por su común maestro el reverendo Brown, de oficio mal zapatero, pero excelente profeta.

La gran iglesia brownista tenía una capilla, que era la antigua tienda de Brown, cerca del mercado de Smithfield, y los cuatro hermanos enemigos se reunían allí una vez al mes para reñir. Estos detalles forman parte de mi comentario anecdótico sobre Bossuet, *Historia de las variaciones*, en donde he reunido una considerable cantidad de datos útiles para formar idea del prodigioso pisto de creencias conocido con el nombre de religión protestante.

No vamos á entrar hoy en más honduras sobre el particular. Quiero solamente presentarte un argumento de novela que hallé en el segundo tomo del reverendo Wandham, en que trata contra el reverendo Bainbridge la cuestión de la falta de autoridad de los testimonios á propósito del asesinato dogmático de Miguel Servet, tostado por los libres haces de ramascos de Calvino.

La anécdota es tanto más curiosa cuanto que se refiere á Jack Sheppard, el *Candelas* de Inglaterra. Héla aquí en breves palabras:

*
* *

Jack Sheppard (el de 1740, porque en Inglaterra hay varios) acababa de casarse con la hija de una honrada familia de Strand. Tú, que has escrito los *Misterios de*

Londres, sabes que Jack Sheppard, rey de la *Gran familia* de los ladrones y duque de los *Caballeros de la Noche*, tenía la manía del casamiento legal. Se le han conocido hasta dieciséis mujeres, con quienes legalmente se había casado bajo diversos nombres; de vez en cuando mataba á alguna de ellas, como Enrique VIII; pero aparte de esto, las trataba con mucha dulzura; y cuando su famoso *proceso del collar*, ó de los diamantes de la duquesa de Kent, se presentaron cinco de aquellas señoras, tan campantes, á declarar en favor suyo.

Era uno de los mejores mozos de su tiempo, de modales muy distinguidos. Ya puedes figurarte cómo se le mimaría en la buena casa de Strand, en donde acababa de entrar, casándose con una encantadora *miss* bajo el supuesto nombre de Arturo Mac-Intyre, capitán del tercer regimiento de la Reserva.

Una mañana, la familia estaba desayunándose con rajadas de jamón crudo y té con tostas de manteca; un océano de té entre dos montañas de jamón y de tostas.

Arturo, el amado Arturo, acababa de llegar justamente de un viajecito á Escocia, donde había ido á cobrar sus rentas.

Se pusieron á hablar del crimen del día; porque allí, como entre nosotros, cada día tiene su crimen horrible, que sirve de sabroso pasto á las conversaciones de las familias honradas, y aficionadas á hablar de los malhechores.

El crimen del día era el asesinato del banquero Caxton, del muelle de Belgrave, cuyo cuerpo se encontró bajo el London-Bridge, en una barca cargada de hulla. Por las exigencias de la historia me veo obligado á de-

cirte también el crimen de la víspera, que era el asesinato de una solterona extraordinariamente rica, efectuado en su hotel de Southwark, al otro lado del Támesis; y el crimen de la antevíspera, un simple estrangulamiento llevado á cabo en el Ave-Marfa-Lane, en la persona de un pescadero diez veces millonario. Aparecía que estos tres crímenes, llegados sucesivamente á conocimiento del público, habían sido cometidos, en realidad, en el mismo día, y próximamente á la misma hora.

De esto se hablaba, pues, en el comedor de Strand, y la familia reunida se divertía apurando en común, hijos, padres y abuelos, los detalles de los tres «asuntos»; lo que prueba que el *Petit Journal* (especie de *Correspondencia de España*), estampando sus sangrientas parruchas en medio millón de ejemplares, responde á una enfermedad de la naturaleza.

De repente la campanilla de la puerta exterior resonó con violencia, y un criado entró completamente pálido diciendo:

—¡Los constables! (1).

—¡En mi casa! ¡Los constables!—exclamó el abuelo.—Tengo setenta años, y jamás ni la policía ni la justicia han pasado del dintel de mi puerta.

¿Y sabes por qué sentía tan extraordinaria emoción? Por causa de su yerno; porque el pobre hombre decía para sí: «¿Qué va á pensar el capitán Arturo Mac-Intyre de una casa en donde los constables entran como en la de ellos?»

(1) Individuos del Cuerpo de Orden público.

Los constables venían conducidos por el comisario del tribunal de Scotland Yard, que saludó cortésmente á la concurrencia, y sacó de su bolsillo un papel para leerle en voz alta; este papel era una orden de la muy graciosa majestad de Jorge II, autorizando al comisario para capturar, en cualquier sitio que fuera, salvo los asilos de Westminster y del Temple, al capitán Mac-Intyre, acusado de haber estrangulado á Samuel Oak, vendedor de pescados en el número 9 $\frac{1}{2}$ del Ave-María-Lane, á las ocho de la noche, el 3 de Septiembre de 1745 (año de la batalla de Fontenoy).

El capitán Mac-Intyre fué aquí el menos asustado de todos.

—Estoy á vuestras órdenes—dijo al comisario, mientras que su joven cónyuge se desmayaba, su suegra lanzaba un grito de inglesa, el más desapacible de todos los gritos después del canto del cisne, y el abuelo, que había atravesado sin tropezar las tres cuartas partes de un siglo, balbucía palabras casi sediciosas, desmintiendo por primera vez su respeto á la autoridad.

En lo más fuerte de la general emoción, la campanilla de la calle sonó de nuevo.

—¡Que no entren!—gritó el abuelo;—¡no debe nadie ser testigo de la afrenta que el rey nos hace!

—¡A menos—dijo el capitán Mac-Intyre con graciosa impertinencia—que no vengan aún de parte del rey á incomodarnos!

Acaso no creía él haber hablado con tanto acierto. El criado, que ya no estaba pálido, sino lívido, entró balbuciendo:

—¡Otros constables!

—¡Sea en buen hora!—dijo el capitán Mac-Intyre.—
¿Y qué es lo que quieren estos otros?

El comisario de la oficina de Rotherhithe fué quien se encargó de responderle.

Este funcionario, después de haber saludado con mucha cortesía, y manifestado algún asombro de ver la plaza ya ocupada, exhibió su papel, que contenía otra orden de la misma majestad de Jorge II para prender al mismo capitán Arturo Mac-Intyre, acusado de haber, á las ocho de la noche del mismo día 3 de Septiembre de 1745, degollado á miss Dorothy Trump, antigua prima donna de la Ópera Inglesa, en el número 17 de la calle de Chester.

—¡Es asombroso!—dijo el primer comisario.

—¡Y divertido!—añadió el capitán.

La madre obligó, por lo bajo, á la joven esposa á recobrar el sentido; y el abuelo exclamó:

—¿Es que su muy graciosa majestad tendrá el capricho de burlarse de una familia de ingleses libres?

No tuvo otra respuesta su exclamación que un tercer campanillazo; y el criado, verde de espanto, anunció:

—¡Todavía más constables!

Esta vez venían del tribunal de Pimlico, por el asesinato del banquero Caxton, cometido en el número 5 del muelle de Belgrave, por Arturo Mac-Intyre, á las ocho de la noche también del 3 de Septiembre de 1745.

La cosa era demasiado fuerte. El capitán gritó:—¡Bravo!—Y la familia, tranquilizada, hubo de desternillarse de risa, en tanto que los tres comisarios se miraban con aire lastimoso al frente de sus constables aturdidos

Aquí Juan se interrumpió bruscamente.

—¿Y después?—le pregunté.

—Después...—me respondió con aire distraído—Jack Sheppard fué ahorcado con gran asombro de la familia Strand. El reverendo Wandham hace constar que este bandido, realmente notable, fué ahorcado veintitrés veces en el curso de su carrera activa; de lo que deduce esta conclusión wandhamista: que nada hay cierto aquí abajo, ni la vida, ni la muerte, ni los comisarios, ni los constables, ni la fe, ni la ley, ni el rey, ni los ahorcados.

Jack Sheppard, ó el capitán Mac-Intyre, como tú quieras llamarle, se había procurado lo que los ingleses llaman un «imposible», y los abonados á las vistas de los tribunales llaman en Francia un *alibi* (y en España una coartada), todo elevado á la tercera potencia. Había cometido tres asesinatos, para que cada uno de ellos fuese la prueba irrecusable de que era inocente de los otros dos.

—Mas ¿cómo puede ser—pregunté—que el mismo día, á la misma hora, en tres barrios muy distantes el uno del otro...?

Y Juan me interrumpió diciéndome:

—Ahí está precisamente tu drama; porque hay drama cada vez que los hechos dan lugar á esta bienhadada pregunta: «¿Cómo es posible?...»

Aún le quise interrogar de nuevo, pero había caído en un devaneo profundo.

Imposible sería decir hasta qué punto los menores detalles de esta velada se mantuvieron en mi recuerdo, no ciertamente á causa de la historia de los tres

alibis, sino porque Juan me dejó ver por primera vez aquella noche un poco de su alma.

*
* *

Antes de volver á este recodo de nuestro camino, donde hube de descubrir un horizonte tan sorprendente de ternura y poesía, debo declarar que compuse una larguísima novela sobre el problema que Juan acababa de suministrarme.

Esta obra, intitulada *Juan Diablo*, obtuvo un éxito estrepitoso.

Estoy en mi elemento en tratando de Londres, de sus bandidos, que son todos doctores en derecho, y de sus policías algebristas, que han establecido una tabla de logaritmos para calcular los grados de probabilidad. He estudiado todas estas cosas con más atención seguramente de la que merecen. La lucha entablada á cien pies debajo de tierra entre los profesores del crimen y las notabilidades en su descubrimiento excitó fuertes curiosidades, como que á través de todo se veía una de las numerosas encarnaciones de Jack Sheppard, el bandido legendario. No convidó á nadie á leer aquel libro, que no es intencionadamente dañoso, pero en el que se ha malgastado un esfuerzo intelectual considerable, porque carece de enseñanza moral y le falta la luz de la religión. He comenzado desde hace algunos meses el penoso trabajo de revisión para expurgar mis obras. ¡Quiera Dios que tenga la fuerza y el tiempo necesarios para llevarle á cabo! Este es el anhelo de mi vida.

*
* *

Pero dediquémonos desde ahora enteramente á Juan. He dicho que había caído en una especie de abstracción, cosa rara en él, hablador sempiterno. Por espacio de un cuarto de hora me fué imposible arrancarle una sola palabra; iba ya á retirarme, cuando Magdalena y Bonifacio volvieron de la iglesia.

-- Idos á acostar—les dijo casi con dureza.

Los dos se escabulleron hacia el cuarto oscuro, y Juan, viéndome con el sombrero en la mano, añadió:

—Espérate, te lo suplico, necesito que te quedes.

Sin esperar mi respuesta se levantó y se fué á abrir la puerta del cuarto.

—Abrazadme vosotros—repuso con voz enteramente cambiada—y dormid bien, hijos míos.

—¿Qué te pasa, caballero?—preguntó Magdalena.—
¿Estabas enfadado?

—¡A la camal—replicó Juan, dándola con la puerta en los hocicos.

—Escucha—me dijo, volviéndose hacia mí.

Pero no habló una palabra. Dió por dos veces vuelta al aposento, como si alguna agitación interior hubiese determinado en él este movimiento, y apartaba con el pie los objetos que encontraba á su paso. La tercera vez se detuvo delante del collar ó rosario de granas de acebo, colgado en la pared encima del dibujo que representaba aquel padre envejecido y santificado por el dolor, pintando á través de sus lágrimas el retrato de su hija muerta.

Estaba de espaldas hacia mí, pero, sin embargo, veía que lloraba.

—Escucha—me dijo de nuevo con su débil voz, aún más quebrantada.

Y como no decía más, le pregunté acercándome:

—Vamos, Juan, ¿me necesitas?

Nunca me cansaré de repetirlo; era un sér singular, cómico á la vez y sincero, que sentía amagos de la enfermedad de las letras en medio de sus emociones más profundas. Encogióse de hombros y me respondió sin volverse, para no mostrarme las lágrimas:

—En aquel corazón, es decir, en el corazón del buen Tintoreto, pues que el corazón de su hija ya no late, ¿qué hay? ¿Es pintor, ó es padre? Casimiro Delavigne ha roto en mi presencia unos versos que había compuesto sobre este asunto, y tuvo razón en rasgarlos: no era él el hombre llamado á hacerlos. Era un poeta mediocre, como Luis Felipe, su amigo, era un rey burgués; Casimiro Perier, su Mecenas; un Richelieu empequeñecido por sus modales de Colás, y Lafayette, su Roldán, un paladín adornado con casco de plumaje. Así lo requería la época. La monarquía se llamaba la mejor de las repúblicas, y cogía el paraguas para ir sin cumplido á aplaudir las tragedias de Voltaire, como si dijéramos, de Víctor Hugo. Era aquél un mundo intermedio, que tenía su talento, su guardia nacional, su honradez, su decencia, su prudencia, y ofrecía la contraposición exacta de la poesía; una especie de Inglaterra sin originalidad y sin grandeza.—Pero ¿por qué te estoy diciendo todo esto? Acaso porque tengo miedo de decirte otra cosa...

Y con esto dejó caer la cabeza tan profundamente, que yo ya no la veía entre sus descarnados hombros.

—Fué aquélla—continuó con fatiga—la época más irreligiosa de todas. El abate Desgenettes me ha dicho repetidas veces que había cantado vísperas en Nuestra Señora de las Victorias ante una nave *completamente vacía*. En aquellos barrios de floreciente comercio no se conocía á Dios ni para bendecirle ni aún para ultrajarle, que es cuanto se puede decir. Se dejaba á Dios tranquilo, como una cosa vieja que tuvo su razón de ser, pero que ya no la tiene. Yo he visto todo eso, y he participado de esos sentimientos. Yo he visto también el sentimiento contrario nacer bajo la república de 1848, y crecer bajo el imperio, que multiplicó y llenó las iglesias. Yo no soy ni republicano ni bonapartista; si aún tuviera voz, mi grito sería: ¡Dios y el rey! Y censura en mi conciencia á los hombres de talento y á los imbéciles que, enfrente de la barbarie casi victoriosa, fomentan y mantienen los añejos rencores políticos entre personas de buena intención, hechas para entenderse...

Aquí se interrumpió, y se restregó la frente con las dos manos.

—¡Ah! Buen quehacer tengo yo—continuó,—y tú también; tú sabes de memoria las astucias del desdichado que quiere y no quiere desahogar su pecho. Harto adivinas que mi verbosidad es una disculpa. Lo verdadero, el fondo, es la hija muerta y el padre que la pinta al natural. Luis Felipe, Lafayette y los demás nada tienen que ver con esto. Al hablar del buen Casimiro Delavigne, notoriamente impotente para esta empresa, he querido buscar ó figurarme cuál fuese entre nuestros poetas el corazón capaz de lanzar este gemido

enorme, de escribir en versos apagados como sollozos, pero sonoros y potentes como la agonía que brama, esta página bañada de tan desgarradoras lágrimas, capaz de hacer hablar á este silencio afligido, de despertar este oculto martirio, de alumbrar, en fin, de otra manera, y mejor que puede hacerlo un arte mudo é inmóvil, el misterio de dolor y de ventura, de consuelo y de desesperación que hay en el fondo de este tormento. También era esto una mentira. Tenemos eminentes poetas, y Laprade es un gran poeta cristiano; mas yo sabía con anterioridad que no elegiría á ninguno de nuestros poetas; he hablado por ocultar mi pensamiento; he hablado por no decirte mi pensamiento, porque diciéndole me parece que voy á violar el fondo mismo de mi alma.

Con esto volvió poco á poco hacia el sillón, en donde se dejó caer de golpe.

Por tercera vez me dijo:

—¡Escucha!

Y en vez de hablar apretó contra sus labios los pies del crucifijo, que besó con efusión ardorosa.



IV

Comienzo de la historia.—El padre y la madre de Juan.

La noche exhalaba desde lo hondo esos murmullos que se inflan á medida que uno se eleva más sobre el nivel de París. Es una voz profunda y sorda que envuelve el espíritu y mece la meditación, comparable en esto á las armonías tristes y casi análogas producidas por las selvas ó por los mares.

Se había oído, durante algunos instantes, al niño Bonifacio y á la anciana Magdalena vagar en redor de sus lechos antes de acostarse; pero ya ningún ruido venía del gabinete oscuro; todo dormía en la casa, y el barrio mismo iba bien pronto á dormirse, en tanto que el centro de París, la ciudad del placer, que no se divierte bien sino á los resplandores del gas, enviaba por los cuatro lados del horizonte el estrépito tumultuoso de su eterna fiesta.

Yo estaba emocionado sin saber por qué. Cuando vuelvo mis ojos al pasado, pocos recuerdos hallo tan vivos como el de aquella hora nocturna en que veía, silencioso y frío en apariencia, la palabra suspendida en los labios de Juan, como una lágrima que tiembla en el párpado y á veces se seca antes de trazar su surco bienhechor sobre la mejilla.

¿Qué iba á decirme? Era de esas personas á quienes se cree conocer al cabo de una hora, y que todavía nos asombran después de muchos años.

—¡También—añadió á continuación de una pausa bastante larga y sacando la conclusión de una serie de pensamientos que no había expresado,—también estamos todavía muy lejos de la pobre María, y quién sabe si llegaremos á ella alguna vez! He estudiado mucho á ese hombre de genio, Santiago Robusti, á quien llamamos Tintoreto porque era hijo de un tintorero. Por mi parte le prefiero al Tiziano, su maestro; pero en cuanto á su hija, no he hallado jamás en los libros lo que buscaba á propósito de ella.

Yo no soy Tintoreto, y mi pobre Marfa... ¡Ah, querida, queridísima criatura!

Hasta estas cuatro últimas palabras había hablado con un tono tranquilo y casi jovial, que contrastaba con su reciente emoción. Yo estaba otra vez desorientado. Pero cuando pronunció las palabras «querida, queridísima criatura», su voz se alteró y las lágrimas le saltaban literalmente de los ojos.

Juan no lloraba casi nunca, si bien hacía á menudo llorar á los que escuchaban su palabra, llena de artificio, con que ocultaba su enternecimiento. Apretó el crucifijo contra su corazón, y transfigurado como se hallaba miró al cielo, diciendo por lo bajo, con un acento que penetró hasta el fondo de mi alma:

—¡Jesús, dueño mío, corazón de Dios, tened misericordia de ella!

Después, sin transición y como si pensara que entre él y yo hubiera habido no sé qué acuerdo

previo á propósito de un asunto determinado, continuó:

—Dame tu palabra de honor de que no has de comenzar hasta que te hayas convertido.

—Comenzar... ¿el qué?—le pregunté.

—No ya convertido como tú crees posible convertirte—prosiguió;—tú, á quien nada separa de Dios sino las mezquinas cobardías del hombre de mundo y las malhadadas vergüenzas del artista; no ya convertido prudentemente, de una manera moderada, con economía, mesura y decencia, como un señor cualquiera que «cumple con Pascua»; sino convertido con exceso, que diría yo si la palabra exceso, empleada aquí, no fuera un contrasentido; convertido de arriba á abajo, anegado en tu conversión, muerto al orgullo, nacido á la penitencia, despreciando lo que has admirado y admirando lo que has desdeñado. Sicambro de á cuarto como eres, convertido hasta el martirio, lo cual no es para ti gran cosa, y convertido también, ¡he aquí el milagro! hasta rezar el rosario de tu buena madre, hasta llevar el cirio en la procesión, erguida la frente y bajos los ojos ante las miradas de tus compañeros de Instituto, ante la compasión reunida de la sociedad de literatos, de la sociedad de autores dramáticos y de la redacción del *Fíguro*.

Era aquello un cuadro completo y una evocación. Yo me veía ya con mi vela en la procesión, y veía á todos mis amigos que me miraban consternados. Sentí escalofrío por las espaldas.

—¡Una palabra más—exclamé, tratando de reirme,—y me hago librepensador para siempre!

Juan dejó su crucifijo y me cogió la mano, riendo también.

—He aquí ya lo que hemos adelantado—dijo.—Ya has comprendido la incomparable grandeza, el heroísmo de ciertos actos ridiculizados por el mundo, puesto que no cejarías seguramente ante el martirio, y sin embargo, el llevar el cirio en la procesión te acobarda. Yo no te he dicho que lleves el cirio en la procesión; lo deseo por ti, lo espero, lo creo, sabiendo que tú no haces las cosas á medias; yo te he dicho simplemente: Prométeme que no has de comenzar antes de convertirme.

—Pero, en fin, ¿comenzar qué?

—Una cosa, á la que yo no renuncio sin dolor. Tú has visto mis vacilaciones. Carlos V era un poderoso emperador, y yo no soy más que un pobre petate; pero desde el más pequeño al más grande, todas las abdicaciones son lo mismo: hacen sufrir. La cosa en cuestión soy yo, ó por lo menos, la mejor porción de mí. Si se tratara de decirsela á mis obreros, ó á otros, por mis propios labios, yo hablaría; pero se trata de escribir, y mi pluma está gastada. Tú eres joven, y tu pluma también. Tú has empleado hasta ahora el mayor ó menor talento que pudieras tener en emborronar mucho papel, pero todavía no has hecho «tu libro». Yo te voy á dar TU LIBRO. ¿Me haces la promesa que te exigía?

—Pero ¿y si acaso estoy—le dije—á veinte años todavía de convertirme?

—¡Tanto peor para ti! Pero aunque fuera dentro de veinte años, sería nuevo. Es la historia de un alma, y las almas no tienen edad.

- ¿Vas á dictarme?
—No, entonces el libro no sería tuyo.
—Pero yo puedo olvidarlo.
—Tú te acordarás... ¿Me prometes...?
—Te prometo no escribir una sola palabra de lo que vas á decirme antes de estar convertido.
—¿Públicamente?
—Y resueltamente.
—¿Hasta el rosario?
—¡Hasta el cirio!

*
* *

Paréceme que debió de haber un tanto de burla en mi acento, porque Juan se levantó exprofeso para darme un estirón de orejas.

—Está bien—dijo volviendo á su paseo;—tengo confianza en ti. Y por otra parte, aun cuando quisieras faltar á tu promesa, no podrías; cada sentimiento tiene su lenguaje propio. No basta creer para traducir el pensamiento de uno que vive como cristiano: es necesario vivir como cristiano. Muchas veces te voy diciendo ya esta noche: «Escucha»; te lo repito ahora muy de veras. Empiezo.

*
* *

Esto se llamará LAS ETAPAS DE UNA CONVERSIÓN. No discutas el título. Yo te le explicaré. No darás el libro al público como exclusivamente tuyo; el público, desde la primera palabra, adivinará detrás de ti á otra persona; pero tú reproducirás lealmente nuestros actuales convenios, que te servirán de preámbulo.

Me designarás con el nombre de Juan, á secas. He alimentado por largo tiempo la esperanza y la ambición de hacer ilustre mi apellido, y no he podido conseguirlo: tú lo dirás.

Dirás también que he dado un poco de ruido, ruido vano, en un género de literatura que es el tuyo, que ha tenido su hora y sus hombres, pero que estaba ya en decadencia en mis tiempos. Este género es muy difícil si ha de mantenerse elevado; es muy fácil en la bajeza, y debía llegar á caer en manos de los que no saben ortografía. Ya va, y sobre todo, irá vulgarizándose, embruteciéndose y ensuciándose...

Una mañana, la reputación que yo había adquirido en este género me dió vergüenza, porque vi que se parecía un poco á otras reputaciones que me daban lástima.

La dejé, sin estrépito, detrás de una esquina, y me lavé las manos.

Si por casualidad se la encontrara alguno, le ruego encarecidamente que no me la devuelva. Ya no la quiero.

El día menos pensado harás tú lo mismo.

Sin embargo, si hubiera podido, hubiera vuelto á coger la pluma una vez más; pero hubiera sido para escribir una página verdadera, casi solemne, que me hubiera servido como de testamento.

Este es precisamente el encargo que te dejo, y es mi deseo que mis hijos sepan que en tu libro se tratará de mí.

Tú no conoces á mis hijos. Están lejos. Dios me había dado fortuna; Dios me la volvió á quitar. Ninguna otra cosa tengo que dejar á los que amo; quédeles al

menos el testimonio de los largos esfuerzos y de la viva ternura que han sido impotentes para asegurarles los bienes de la tierra.

Ellos vieron la luz en una gran casa, en donde nada faltaba sino la previsión. Yo, más afortunado que ellos, había nacido en una modesta vivienda, en donde á mi madre la costaba gran trabajo disimular la pobreza de su mobiliario con el lujo de su infatigable aseo. Mi padre, magistrado eminente, obligado por su posición jerárquica á ocupar cierto rango en el mundo, no tenía estrictamente para vivir más que los emolumentos de su empleo, y vivía, por consiguiente, lleno de privaciones.

Acerca de estas cosas guardo recuerdos que me oprimen el corazón.

Bajo la restauración, un consejero con su muceta encarnada ganaba tres mil desdichados francos al año, y marchaba en las ceremonias delante del receptor general, que sudaba oro por todas las costuras. La sonrisa orgullosa de este funcionario parecía decir á los pobres diablos de los magistrados: «Mi lacayo come más veces que vosotros». En Francia es necesario ser rico por su casa para desempeñar cargos honoríficos; solamente en las enrucijadas de la selva del ministerio de Hacienda es donde los empleados suelen estar contentos con sus gajes, cuando tienen las manos puercas y la conciencia... también.

El receptor de que hablo costaba á su país tanto como tres generales, tres presidentes y tres obispos. Es verdad que sabía poner su nombre muy legible sobre los papeles reglados.

Eramos muchos en casa de mi padre, el cual que solicitaba las comisiones más pesadas para ver de proveer á nuestras necesidades. Era el burro de carga del tribunal, clavado en su oficina desde la mañana á la noche. ¡Cuántas veces he visto á su frente, abrasada por la fiebre del trabajo, buscar el frío de sus manos, temblorosas de fatiga! El alquiler de la casa se iba reuniendo ochavo por ochavo, y todavía estoy viendo la cajita de pino que solía contener un pobre peculio como de un niño, y donde solían quedar solamente tres ó cuatro monedas de á cinco francos á principio de mes. Eramos religiosos en nuestros vestidos, que costaban tan caros...

¡Tan caros de comprar y tan caros de componer en las horas que mi madre tenía que robarle al sueño!

Apenas dormía; y mi padre se levantaba siempre antes que ella. ¡Ah, yo debía haber sido mucho mejor, porque tuve ante los ojos un espectáculo admirablemente bello en su heroica humildad!

Cuando alguno de nosotros tenía necesidad precisa de una chupa, de un traje, ó siquiera de un par de zapatos, ¡allí de las deliberaciones ocultas celebradas en los rincones!—¿Cómo lo haremos?—Los que no llevan cuenta de sus gastos, ¿saben cuánto pasa de esto en las familias numerosas?—¡Comed pan!—decía siempre mi madre al ponernos á la mesa; pero ella daba de todo á todos, guardando para sí las piltrafas, y repitiendo hasta la saciedad esta pobre mentira, que no enojaba, sin duda, al corazón de Dios:

—Lo que es yo, tengo un gusto muy raro: me gusta todo lo que los demás no quieren.

*
* *

Una tarde quedamos no poco sorprendidos; hacía muchos años que no se había visto cosa parecida: mi padre dejó su mesa de estudio antes de la hora ordinaria. A las siete, el velón dejó de alumbrar su despacho.

Se acostó, mas no fué por flojedad.

Su tarea, tan ruda y tan valerosamente desempeñada, había concluído aquí abajo.

Yo tenía entonces diez años, y era el hijo más pequeño. A pesar de la escasez con que luchaban mis padres, que andaba tan cerca de la miseria, nuestro hogar era notablemente alegre. Nos reíamos á cada paso, y con muchas ganas. No nos dábamos cuenta, al menos yo, del esfuerzo supremo que al lado nuestro se hacía por conservar la dignidad del rango y las apariencias. Mi padre se aniquilaba á sabiendas; conocía sus prodigalidades y sacrificaba resueltamente lo que le quedaba de vida sin perder la hermosa y franca sonrisa que vagaba por sus labios.

Mi madre, tan valiente como él, pero acaso menos resignada, tenía la misma abnegación infatigable, con un carácter del todo diferente. En sus penas se refugiaba ora hacia la tierra, ora hacia el cielo. Era al mismo tiempo jovial y piadosa.

En nuestra casa se sufría, pero no se lloraba. Cuando mi madre se puso el velo de viuda quise yo casi desconocerla, porque entonces la veía en los ojos las primeras lágrimas.

El pensamiento de la muerte.

Juan era de ordinario un orador de acción, que acompañaba cada palabra con el ademán y el gesto más propio, y recorría con ligereza una escala de inflexiones variadísimas. Aún hacía poco, mientras á pretexto de suministrarme asunto para un drama trataba á la ligera, pero con mucha gracia, la cuestión lamentable y grotesca del desmenuzamiento doctrinal sufrido por las diversas comuniones protestantes, admiraba yo la vivacidad de su gesto y la propiedad singular de sus entonaciones.

Pero ahora hablaba casi en voz baja, y sus manos, inmóviles, permanecían cruzadas sobre sus rodillas.

—Aquella tarde—continuó—en que mi padre se acostaba antes de la hora ordinaria por la primera vez desde que yo tenía uso de razón, nadie se alarmó por el pronto, porque había pasado en vela la noche anterior al lado mi madre, con Carlos, nuestro hermano mayor, y con nuestras dos hermanas Luisa y Ana. Mi madre sufría crisis muy dolorosas, pero que no dejaban otra huella que una irresistible necesidad de sueño.

El día se había pasado alegremente. Mi hermano el soldado había escrito, no me acuerdo de dónde, una de aquellas cartas que deseábamos tanto, y que, sin em-

bargo, no decían nada sino que en la próxima diría más; mi hermana mayor, la monja, había enviado del convento una hermosa cesta de ciruelas, que veo á través del tiempo más gordas que melocotones.

Mi padre comía poca fruta; pero tenía por la monja un poco de preferencia, que mi madre le reprendía sonriendo algunas veces, y gustaba de sus ciruelas. Habíamos comido con buenas ganas: mi padre nos había contado, mientras desocupábamos la cesta de ciruelas, de postre, la famosa historia de Lorenzo Bruand, el buen marinero de Bretaña que compró diez navíos cargados de oro molido por un botón de los pantalones (1); y como mi padre añadía siempre alguna nueva gracia al texto original, la comida concluyó con una explosión de risa.

Quedábamos cuatro hermanos en casa, fuera de los ausentes: Carlos, mis dos hermanas y yo. Todos reíamos con ganas cuando caía, y mi madre más alto que nadie.

Pero un cuarto de hora después que se apagó la luz en el despacho, reinaba ya en la casa un aire de sobresalto que era casi de duelo; yo oí cómo Ana, mi hermana menor, decía muy bajito á la otra:

—Iba todo encogido, arrimándose á las sillas, y mamá cerró tras de sí la puerta en cuanto hubo entrado en su cuarto.

Mi hermana Luisa, que era la más espabilada de la familia, tenía el semblante enteramente demudado.

(1) Esta leyenda, tan popular entre los marineros bretones, se encuentra en sustancia en la *Première aventure de Co-rentin Quimper*.

Me hizo poner de rodillas en el comedor, donde estábamos, y comenzamos los tres la oración de la tarde. Se sentían pasos que iban y venían.

—Pero ¿qué es lo que pasa?—pregunté yo después del *Padre nuestro*.—Yo no puedo respirar; parece que me ahogo.

Ana me respondió:

—Es papá, que no se halla bien.

Luisa añadió:

—No debiera nunca comer ciruelas.

Comenzamos el *Credo*. Mis hermanas sufrían distracciones, y sus débiles voces temblaban.

Nuestra anciana criada entró diciendo:

—Han vuelto al despacho. La señora ha querido arreglarle ella misma la cama; el señor se ha empeñado en arreglar sus papeles, y entonces se ha caído...

—¡Se ha caído!—exclamaron mis dos hermanas llorando.

Yo también dije «¡se ha caído!» y añadí:—¿Se ha hecho daño?

Nuestra buena Juliana continuó:

—Eran los papeles de la causa de Sicard, el que ha hecho quiebra, que el señor dice siempre que es inocente á pesar de todas las pruebas. Le hemos metido en su cama, después de bien calentita, la señora y yo... ¡Oh, no es muy pesado, ni está muy gordo el pobre señor! Y entonces el señorito Carlos se ha ido á escape á buscar al Sr. Jamond y al Sr. Olivier.

El Sr. Jamond era el cura de nuestra parroquia, y el Sr. Olivier, nuestro médico.

Mis hermanas se escurrieron fuera del comedor de

puntillas; yo quise seguirlas, pero Juliana me abrazó con fuerza, y vi que lloraba.

—¿Es que se ha hecho sangre papá cuando ha caído?—la pregunté.

Juliana se enjugó los ojos con el delantal, encogiéndose de hombros.

No vaya á creerse que me ocurriera el pensamiento de la muerte. La muerte no había entrado nunca en nuestra casa; yo no la conocía. El frío que penetraba entre mi carne y mis huesos era el horror de la muerte, pero no tenía aún nombre para mí.

Cuando estábamos malos, mi madre nos solía decir:
—Eso no será nada.

Lo mismo dije yo al preguntar á Juliana, mirándola á hurtadillas. Ella me respondió:

—Véte á la cama, hijo mío; lo ha dicho tu madre.

Obedecí en seguida, porque ví que ella me impediría entrar al cuarto de mi padre; pero me detuve tan pronto como pasé de la puerta, y escuché lo que decían.

—El doctor está aquí.

Yo me tranquilicé completamente; porque el doctor era nuestro mejor amigo, así como el señor cura; y por cierto, era un gran médico. Mi padre no hablaba nunca de él sin añadir:

—Es el mejor de los hombres.

Oí que decían también, y esta vez reconocí la voz de mi hermana Luisa:

—Casi se ha puesto malo mientras le tomaba el pulso...

Comprendí perfectamente que hablaba del doctor, y

sentí oprimírseme el corazón; pero la idea de la muerte no me ocurrió por eso.

Lo que yo quería era ver. Seguí el pasillo, donde nadie hablaba ya, y llegué hasta el dormitorio.

El doctor Olivier estaba en mangas de camisa. Mi hermano y mis dos hermanas, enteramente pálidos, estaban detrás de él. Mi madre se agarraba con sus dos manos erispadas á la madera de la cama por no caer al suelo.

Como estaba ella muy cerca de la puerta, la toqué el brazo para decirla:

—No será nada.

Me miró con aire de locura, y yo retrocedí como si me hubiera pegado.

*
* *

Pero pensar que la muerte estaba allí, entre nosotros, ¡oh, no! Estaba yo de ello á cien leguas de distancia. Además, mi padre, á quien ví cuando mi madre se volvió, estaba muy encarnado, hasta en el cuello, que ví por entre la camisa desabrochada. Sus ojos se movían como despavoridos. Movía los labios sin decir nada, y sus manos inquietas buscaban sobre la colcha cosas que allí no había.

La muerte es la palidez y la inmovilidad. Aquello no era la muerte...

El Sr. Olivier dijo una palabra que yo no entendí; mi hermana pequeña cayó desplomada haciéndose un ovillo. Se la llevaron. Nadie hablaba. El ruido producido por mis dientes, que castañeteaban, me parecía enorme; pensaba que incomodaría á todos, y repetía por lo bajo:

—No será nada, no será nada.

Alguien, yo no sé quién, me hizo callar; lo que me pareció cruel. Yo no veía lo que hacía el doctor.

Mi padre dijo de repente con una voz clara, pero que no era ya su voz:

—El desgraciado no tenía orden...

Mi madre levantó las manos juntas al cielo murmurando:

—Se ha matado á fuerza de trabajar. Esta causa de Sicard se le ha subido á la cabeza; vea usted. Habla de ella todavía. La otra noche, cuando me velaba, hablaba de ella. En el tribunal estaban todos contra el tal Sicard, y él había dicho: Yo le salvaré.

En esto llegaba Juliana con el hielo desmenuzado en un pañuelo. Colocó el bulto, todo mojado, sobre la cabeza de mi padre; yo pensé que mi madre la reñiría porque iba á echar á perder la almohada. El enfermo trató de revolverse contra este peso que oprimía su cráneo; pero el Sr. Oliver le sujetó, y dijo:

—¡La sangre aparece!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó por tres veces mi madre con apasionado fervor.—¿Tendréis misericordia de nosotros?

Al movimiento que hizo el doctor Olivier percibí yo por entre su brazo y su costado cosas extrañas: una palangana enrojecida y paños teñidos de color de escarlata... Esta vez ya no pude contener un grito de angustia. Juliana me sacó de allí á la fuerza.

—¡Está muy herido!—la dije.

—¡Ca, no!—me dijo ella...—¡Ah, estos chicos!... Eso es para sanar. ¡Ojalá que echara una palangana llena!

—Entonces, ¿esto no será nada?—la pregunté yo en seguida.

Juliana me abrazó; después me empujó y caí en la oscuridad cerca de mi camita.

—Reza mucho, mucho—me dijo;—Dios es muy bueno.

Me quedé solo, todo conmovido, todo temblando, con un vago deseo de huir yo no sé adónde ni sé de qué, porque el nombre del gran terror que me oprimía no sabía yo todavía pronunciarle.

Allí estaba aquello rojo que yo había visto por debajo del sobaco del doctor. La oscuridad que me rodeaba no me impedía tenerlo siempre delante de los ojos. También había un olor... Bien quisiera explicártelo, pero no puedo. Este olor de que hablo tal vez no está formado de fluvios materiales. Es la atmósfera misma de la última hora.

¡Oh, qué valientes son los que, no estando en amistad con Dios, pueden, sin embargo, soportar el pensamiento de la muerte! ¡Valientes ó ciegos! Porque nosotros los creyentes, desprendidos de todo lo que es terrenal, y colocada en esa hora suprema, fin de nuestras miserias y principio de nuestras alegrías, la mejor, la única esperanza de nuestra alma, nosotros mismos no acertamos á abordar ese pensamiento, ni nada de cuanto á él se refiere, sino con profundos terrores.

Yo no era más que un niño, acaso más niño que todos los de mi edad; tan niño, que no sabía dar nombre al mal que me afligía; y después de cincuenta años, este recuerdo hace acudir á mis poros un sudor frío.

Porque aquí no se trata de mi dolor: ya llegaremos

á él; aquí no se trata sino de mi terror; misterioso y misericordioso instinto que Dios ha puesto en nosotros, independientemente de lo que es la sabiduría, para combatir las fanfarronadas de nuestra razón y las traiciones de nuestra carne.

¡Caridad inmensa de Dios! ¡Providencia admirable, sobre todo en los detalles! ¡Ha señalado su papel al más pequeño grano de arena en el equilibrio de los mundos, y ha determinado la función precisa que ha de desempeñar en la obra de su salvación cada latido del corazón del hombre!

* * *

En nuestra casa, las habitaciones de recibir, es decir, las del exterior, no eran seguramente muy lujosas; conservaban, sin embargo, como todo nuestro porte, cierto decoro; pero todo lo que no se veía era francamente pobre. Dormíamos en cuchitriles. Mi cama y la de mi hermano Carlos, que acababa de recibirse de abogado, llenaban entre las dos casi herméticamente un pequeño pasadizo oscuro, tocando al despacho de mi padre.

Allí fué donde Juliana me dejó después de haberme dicho que rezara mucho, mucho. El despacho de mi padre estaba vacío, porque la familia se hallaba reunida en su dormitorio. Cuando se marchó Juliana, yo traté de hacer lo que me había mandado, pero no podía hallar las palabras del *Padre nuestro*. Tenía como una pesa de plomo que me quebrantaba el pecho, y repetía de continuo, sin querer, esta cantinela, que me hacía llorar, porque ya no creía en ella:

—No será nada.

Cada casa tiene su voz familiar, que escucha uno ya sin hacer caso, porque ha entrado como á formar parte de la vida; pero en cuanto esta voz cambia, se despierta la atención violentamente. Llegábanme ruidos que no eran la voz de nuestra casa, y cuando estos ruidos quedaban callados, lanzaba yo mis sollozos en silencio.

Otras veces me hablaba la soledad del despacho contigo... Oía yo la pluma de mi padre que arañaba, añañaba... y de yo no sé dónde, mi madre me decía al oído:

—¡Ha trabajado demasiado! ¡Esta causa de Sicard se le ha subido á la cabeza!

Mi padre nos quería mucho. Muy cortos eran los instantes que podía dedicarnos, pero siempre tenía historias conmovedoras, y otras para morir de risa, que nos contaba sobre la marcha. Estando con él, nunca se hacía el tiempo largo; en dos minutos se apoderaba de nosotros por medio de la alegría ó de las lágrimas. Como yo era el Benjamín, todavía me solía coger algunas veces en sus rodillas para hacerme el *arre, caballito*:

Arre, caballito,
vamos á Belén,
á ver á la Virgen
y al Niño también...

Al tiempo de cantar estos versos, figurando el trote largo, mostrábase ya él un poco desfallecido; pero cuando me posaba en tierra, encontrábame yo recreado como con un paseo de una hora. Era extraordinariamente vivo, y se aprendía á serlo estando á su lado.

Teníamos un anciano, con pata de palo, que vivía en las guardillas con dos niños. Mi padre era su visitador. El viejo le aguardaba con frecuencia al pie de la escalera para hacer el saludo militar á su lacito encarnado.

* * *

Hábame yo puesto de rodillas al pie de mi cama, tratando de asir mi oración, pero ella huía de mí; y eso que hacía tan grande esfuerzo, que estaba bañado de sudor. Al mismo tiempo, para no oír aquellos ruidos que me asustaban, para aislarme sobre todo de aquel silencioso gabinete, donde el roce de la pluma de mi padre sonaba en mis oídos, me arrebuqué cuanto pude la cabeza en la colcha, pensando:

—¡Yo os lo ruego mucho, mucho, Jesús mío! ¡Ponedme á mí malo en lugar de él!

¡Lo que zumbaba en mi cabeza! ¡Lo que se agitaba en mi corazón! ¡Yo jugaba al *arre*, *caballito* sobre sus rodillas!... «Una vez era un pobre niño...»

Figurábame oír esto, y que estábamos todos á la mesa en redor de mi padre, que comenzaba el cuento. Y la voz desolada de mi madre se abría paso hasta mis oídos, diciendo: «¡Se ha matado á fuerza de trabajar!»

¡Se ha matado! ¿Pero veía yo aquí la idea de la muerte? No. Desde que tuve uso de razón, mi madre repetía todos los días: «¡Se está matando!» Y mi padre vivía, y sonreía, y trabajaba sin descanso.

¿Cómo podía suceder aquéello? Lo cierto es que yo me dormí de rodillas, la cabeza envuelta en la colcha, y llorando lágrimas que me abrasaban. Soñé con un

gran pájaro que me picaba los ojos. Ignoro si dormí mucho tiempo: me despertó mi hermano Carlos, que me acostó sin decirme nada. Y yo nada le pregunté. Había entonces gente en el gabinete, y luz, porque pasaba un rayo por debajo de la puerta.

Quería yo mucho á mi hermano mayor, que era para mí la bondad misma, y á nadie he querido más que á él, excepto á mi padre, á mi madre y á María; pero á veces me hacía avergonzar un poco, porque en el colegio, donde yo iba externo, decían:—Carlos es un gazmoño.

No siempre tenían la culpa nuestros maestros, entre los que había algunos que eran excelentes; pero bajo la restauración, los chicos de la Universidad eran «liberales» y no apreciaban á los que no sabían fumar un cigarro de paja á la puerta del café. Confieso que yo participaba un poco de esta opinión.

Mi hermano Carlos era un gazmoño, un hipócrita, y hasta un jesuita, lo que es todavía mucho más grave, porque estudiaba concienzudamente y cumplía con fervor sus deberes de cristiano. Desde muy joven llevaba la economía hasta el extremo; pero era para dar á los pobres. Su oculta generosidad no conocía límites.

Estos caracteres no interesan más que á Dios. El hombre los teme; cada uno se siente más ó menos censurado por su ejemplo. Es siempre la historia de Phocion ó de Arístides, cristianos de antes de Jesucristo, y es, sobre todo, la figura de Jesucristo mismo, representada por el majestuoso y milagroso paso de su Iglesia á través de la calumnia de los siglos.

El Mal tiene interés y aun gusto en rebajar y ridiculizar el Bien.

Ya volveré á hablarte de mi hermano Carlos á propósito de mi gran estudio sobre Tartufa.

Y no es solamente el mal el que se encarniza contra el bien, sino que hasta el bien ve con malos ojos lo muy bueno.

Aun en nuestra casa, piadosa si las ha habido, Carlos estaba lejos de ser el favorito.

Cuando me metió en la cama, lloraba muy bajo, y tenía cuidado de no despertarme, creyendo que yo dormía todavía. Me mojó la frente al abrazarme. ¿Por qué no le hablé yo?

Mi madre rezaba muy alto al otro lado de la puerta, y decía:

—¡No me oyes, querido mío! Procura ir siguiendo lo que yo digo como si fueras tú el que hablastes, y ofrece tu sufrimiento al Corazón paciente de Jesús.

Mi padre, pues, estaba allí. Carlos murmuraba:

—¡Mamá se va á morir! ¡Es demasiado para ella! ¡Señor, tened misericordia!

Yo me admiraba de no sentir ya en mí aquellos quebrantos de poco antes, y me afligía por ello tanto más, cuanto que la verdad desgarradora trataba de abrirse paso; la oración de mi madre me había, por fin, hablado de la muerte.

Pero quedé como atontado: ni traté siquiera de leer mi pensamiento; al contrario, me aletargué de nuevo en una soñolencia que me sujetaba y me oprimía, soñando largamente que me ahogaba en un paraje del río encenagado por el trabajo de los curtidores, y en donde otras veces había visto á niños crueles torturar la agonía de algún pobre perro. Créfame yo en lugar

del perro, y conmigo era contra quien los niños se encarnizaban.

Me despertó un ruido como de gran movimiento en la casa. Una vez, con motivo de haber recibido mi padre la Cruz de la Legión de Honor, toda la curia había venido á felicitarle. Yo me acordaba de haber visto aquel día el gabinete materialmente lleno; el decano de los abogados había pronunciado un bonito discurso. Parecíame que también ahora era así, y que una multitud análoga se agitaba al otro lado de la puerta. El resplandor que señalaba el dintel me saltó á los ojos mucho más vivo. Me incorporé como si alguien me hubiera llamado. Traté de no pensar; había en mí como un profundo vacío pesado y doloroso que me atormentaba el corazón.

Carlos pasó por delante de mi cama, y al verme medio levantado, me cogió en sus brazos, tembloroso como se hallaba, para decirme muy bajito al oído:

—No hay que tener miedo: padre velará por ti en el cielo. Ven, Juanito mío, y no hagas ruido llorando; mira al sacerdote que trae al Señor...

—¡El Señor! — exclamé. — ¡Conque todo ha concluído!

Carlos me estrechó contra sí, y la voz del sacerdote llegó hasta nosotros diciendo en latín: *Pax huic domui*. «Paz á esta casa». El sacristán respondía con los asistentes, entre los que reconocí á mi madre: *Et omnibus habitantibus in ea*. «Y á todos los que la habitan».

¡Oh, la pobre voz de mamá, tan cambiada, pero tan firme, en la agonía de su dicha expirante!

Nosotros nos pusimos de rodillas detrás de la puerta, que Carlos no osaba abrir antes de concluir las oraciones que preceden á la última confesión. El sacerdote continuó: *Asperges me hisopo et mundabor*. «Señor, vos me rociaréis con el hisopo y seré limpio...»

Nosotros respondimos con los que estaban en el gabinete: *Lavabis me et super nivem dealbabor*. «Me lavaréis y quedaré más blanco que la nieve...»



VI.

La confesión.

Juan, al hablarme así, tenía los ojos medio cerrados, y vagaba por sus labios algo parecido á una sonrisa.

Tendióme la mano sin mirarme, y me dijo, estrechando la mía:

—Me prestas un buen servicio cuando me escuchas. Yo veo todo esto y lo comprendo. Es el primer paso de mi camino. Hay emociones que parecen destinadas á adormecerse en nuestro corazón y reposar allí largo tiempo, larguísimo tiempo á veces. Ocúltanse bajo la ceniza del olvido; nuestras ambiciones y nuestra locura las ahogan; y en tanto que estamos apegados á la tierra por los múltiples lazos del orgullo egoísta, de donde nacen los goces y los sufrimientos del hombre sin Dios, apenas sabemos que estas impresiones mudas existen todavía dentro de nosotros.

Pero que llega á sonar una de esas horas terribles y benditas en que Dios habla á cada uno de nosotros, una vez al menos, el lenguaje de sus avisos misteriosos; que nos llega la admirable intimación de la Providencia bajo la forma de angustias mortales, de duelos, de pérdidas, y entonces nuestros muertos recuerdos resucitan. Sentimos nuestros ojos humedecidos por la lágrima de otros días, desde ha tanto tiempo enju-

gada; la misma lágrima, ¡oh, yo respondo de que es la misma! y la juventud de nuestras almas, que la desgracia ha hecho revivir, nos arrastra hacia este camino recto que hollara nuestro candor de cuando niños, y en el que volvemos á entrar ancianos consolados para morir.

Tú eres todavía joven y puedes pasar por uno de los mimados de la vida. ¿Dentro de cuántos días sonará para ti la hora que derriba y que exalta? Yo no lo sé.

Pero poco importa.

Ella sonará.

Acuérdate entonces de lo que ahora te digo. Los años de duda y de indiferencia, que habrán formado la mayor parte de tu vida, te parecerá como que no fueron. Te admirarás de haberlos vivido. Para ti, tu conversión datará de tu misma inocencia, y seguirás día por día en tu pasado turbulento los pasos luminosos, no tuyos, ciego y miserable, los pasos luminosos de la misericordia divina, *las etapas de tu conversión*, que viene hacia ti á pesar tuyo, señalando su camino con tus lágrimas.

Tú te verás cristiano en medio mismo de tus rebeldías, en lo más fuerte de tus ingratitudes; no por ti, cobarde, casi apóstata, sino por obra de Dios, que obstinado se ocultaba dentro de ti para esperarte.

Continuo: las palabras «traen el Señor» eran las que me habfan obligado á entenderlo todo mucho mejor que si Carlos hubiera pronunciado el nombre mismo de la muerte. Tú eres también provinciano. Tú sabes la religiosa emoción que despierta á su paso el palio precedido de dos faroles, bajo el que marcha

apresurado, al son de la campanilla, el sacerdote portador del Santo Viático.

Allá entre nosotros, en mi pueblo natal, la gente no se ha dejado aún embrutecer del todo por los doctrinantes de la prensa materialista. El amoroso Señor que va á dar á los agonizantes el valor de morir es saludado todavía á lo largo de su carrera, y muchas almas buenas le acompañan, ya deteniéndose con respeto en el dintel de la casa visitada, ya entrando en ella á favor de la suprema hospitalidad que abre de par en par la puerta de la agonía.

Para los sencillos y para los niños, el Señor no se molesta en balde: viene á recoger una alma. La sublime idea de renacimiento, que nuestro Salvador ha colocado en el seno mismo de la muerte, se descubre aquí para los pobres de espíritu como para los doctores, y tal vez más claramente para los pobres de espíritu.

Bajo ese pequeño palio está la eternidad, que viene á traer otro bautismo al recién nacido de la vida futura.

Yo tenía diez años, y era de los que comprenden así la venida del Santo Viático, al menos por lo que hace á la pérdida de toda humana esperanza. Mi convicción se formó de un golpe, que me aplastó el corazón sin dar lugar á lucha. En vez de mi cariñosa ternura, que yo no había conocido bien, y cuya extensión medía entonces de súbito, sentía un sombrío duelo. Mi padre no estaba ya con nosotros. Yo asistía al comienzo de sus funerales.

El sacerdote decía: *Domine exaudi orationem meam*. Y respondíamos nosotros: *Et clamor meus ad te veniat*.

Después se recitó el *Introeat*, y sucedió un silencio lleno de sordas emociones. Mi hermano Carlos aprovechó aquel instante para abrir la puerta, y me hizo pasar el primero.

Lo que ante todo se presentó á mis ojos fué mi mismo padre, acostado sobre una cama en medio del cuarto, es decir, en el sitio justamente en donde estaba de ordinario su silloncito de cuero, delante del escritorio de madera negruzca.

Puede decirse que había pasado allí las tres cuartas partes de su vida, trabajando sin tregua ni descanso todo el día cuan largo era, y parte de la noche. Junto á la cobecera estaba mi madre, trasfigurada, en verdad, por el dolor, pero también por el ardor de su fe.

En el momento en que yo entraba levantaba ella con ambas manos la cabeza de su querido enfermo, cuyos movimientos desordenados habían desviado la almohada y hecho un lío de las mantas, y le decía muy alto, como se habla con los niños que no quieren levantarse:

—¿Me oyes, querido mío? ¿Tú, que tienes tanto valor? En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... ¿Me entiendes, esposo mío, querido mío? Hazme señas de que me entiendes. ¡Ah, si Dios quisiera darme tu sufrimiento! ¿Ya no me conoces, á mí, á quien has amado tanto? Dime siquiera con los ojos que me oyes. Padre nuestro... Padre nuestro... Padre nuestro, que estás en los cielos...

Y se volvió al doctor, que estaba de pie al otro extremo de la cama, preguntándole:

—¿Le haré daño con esto?

El doctor Olivier, hombre brusco en la apariencia y casi brutal, pero excelente persona, de quien sabía yo prodigios de caridad oculta, tenía la desgracia de no creer en las cosas de la otra vida. Por lo menos, él se jactaba de ello, como muchos de sus compañeros, que creen que el alma, movimiento de relojería perfeccionado, no debe existir porque ellos no la han encontrado nunca cortando carnes muertas en la sala de disección. Yo le había oído muchas veces ensañarse contra los que «atormentan» á los moribundos con pensamientos de religión; pero aquel día respondió:

—¡No, ca, no! ¡No le hace usted daño, pobre señora! Son ustedes dos santos, usted y él. ¡Si puede oír todavía alguna cosa, es el lenguaje que le habla el corazón de usted!

Y añadió, batiendo los párpados para detener las lágrimas:

—¡De oro era, de oro, el corazón de este hombre!... Puede usted muy bien, señor cura, tratar de «sus negocios», si usted quiere. Yo no me opongo... ¡Le he prometido tantas veces, bajo mi palabra de honor, no dejarle irse sin confesión! Quizá oiga y entienda todavía. Pruebe usted á ver.

Y echó á andar, ahogado por la emoción, apartándose á un lado para refugiarse en el pasadizo donde nosotros dormíamos, y donde le oí sollozar, repitiendo:

—¡De oro, era de oro... y mejor que de oro!... ¡Que haga Dios un milagro, que devuelva este padre de familia á los que van á quedar sin él tan desgraciados... y yo iré á misa, y aun á confesarme!

El señor Jamond, el párroco, estaba á la cabecera con el Crucifijo, y lloraba; pero de otra manera que el doctor. Sus ojos estaban mojados: su semblante permanecía sereno. El caso es que todo el mundo lloraba...

Y déjame decir exactamente cómo estaba aquélllo, porque parece que lo estoy viendo.

*
* * *

Detrás de mi madre se veían cabezas y más cabezas, formando como una rizada superficie, y perdiéndose en la otra habitación, que estaba también llena. Delante de mi madre estaban el señor cura, el sacristán y dos ácolitos, uno de los cuales llevaba el agua bendita, y otro los Santos Oleos. Mis dos hermanas estaban de rodillas junto á los pies de la cama. A la izquierda mía, según se entraba, habían puesto un mantel sobre la mesa donde mi padre ponía sus papeles del día, y habían arreglado un altar, sobre el cual estaba el Santísimo Sacramento. Más allá de esta mesa estaban una religiosa, parienta nuestra, y algunos amigos de la familia consternados, á quienes Juliana explicaba, con esa voz silbante que la mayor parte de las mujeres tienen cuando hablan muy bajo, que había habido una crisis espantosa en el dormitorio, y que había sido necesario trasladar á «su señor» allí, fuera de su verdadera cama, revuelta, manchada y toda empapada en sangre.

¡Pobre Juliana! Su anciana faz estaba toda bañada en lágrimas; pero, refiriendo el caso, mezclaba su orgullo á su dolor, y repetía á cada paso estas palabras:

—Ha producido una gran alarma en la parroquia y en todas partes. Está llena de gente la habitación, lle-

na la escalera, llena la calle: ¡toda la ciudad está alrededor de nuestra casa!

Y era verdad: mi padre, á pesar de su pobreza, que no era posible disimular del todo, tenía una gran posición, creada por el respeto. La suma del bien producido por él con recursos materiales casi nulos, era enorme. Prodigaba su trabajo con el mismo afán que otros ponen en hacer fructificar su dinero y en sacar el jugo á su propiedad. De nada, hacía mucho. Cuando se trataba de ser útil no le detenía ningún obstáculo; tenía ese magnánimo valor del justo, seguro de sí mismo y seguro de Dios, ese valor que cuida de los apestados y estrecha la mano á los manchados de infamia. La peste y la infamia se pegan: él lo sabía, y se iba allá derecho. Esta es la más difícil de todas las valentías, porque la acusación de infamia, aun la más calumniosa, no deja duda sino en la mente de las personas honradas.

La falange entera de los fariseos condena antes de saber, ansiosa como está de ostentar desde luego al sol el ropaje de austeridad con que se cubre ante las miradas del público. Los innumerables soldados de ese ejército tienen constantemente necesidad *de hacer sus pruebas*. ¡Nada de piedad! ¡Ninguna contemplación! Piensan que cada inocente que entierran bajo la feroz comedia de su indignación es para ellos una especie de diploma.

¡Y tienen tanta necesidad de certificados!

No es precisamente que tengan mal corazón esos terribles jueces, ¡ah! ¡nada de eso! El mismo día en que azotan y coronan de espinas al *infame* indefenso an-

tes de crucificarle, pondrán si quieres en libertad á Barrabás, al vividor exento de preocupaciones, que tiene amigos libres y opiniones generosas. ¿No es ésta una compensación abundante?

¡Bah! Después de tanto tiempo, aún no ha cambiado la moda en el Calvario.

Nadie busca el semblante de Jesús entre los que condenan y azotan.



Para no hablar sino del infeliz comerciante quebrado Sr. Sicard, cuyo proceso había matado á mi padre, según la expresión de mi madre, el tal Sicard era una mariposa de la industria provincial abrasada en la luz.

Por un momento había echado la casa por la ventana y deslumbrado á la ciudad con un lujo en extremo inconveniente. En el tiempo de su gloria todos los tontos de la localidad habían quemado ante él tan gran cantidad de incienso, que se había hinchado hasta dar un estallido. La historia es muy conocida. Al ruido de la explosión, la turba de sus aduladores arrodillados se habían levantado con las piedras del pavimento en la mano, y le habían apedreado sobre la escena, á lo judío.

Mi padre tenía motivos dolorosos, que ya sabrás, para juzgarle con más severidad que otro alguno; pero durante el curso del sumario reconoció en él al pobre diablo que no tiene valor para jugar la partida ladrona del *cané* contra el común de las fulleras comerciales. Al día siguiente de las revoluciones, las hordas, hartas de pillaje, fusilan con gusto, por ejemplo, al que ha

sido menos hábil en el robo. Así sucedía ya, salvo lo del fusil, en el tiempo en que *los animales* estaban *enfermos de la peste*, y así sucede todavía en el comercio.

Mi padre tuvo piedad, y se encontró solo contra todos, tanto dentro como fuera del tribunal.

Hizo un gran esfuerzo; gastó muchos días y muchas noches... No sabría yo cómo decírtelo: en el fondo no había nada de lo que puede alentar y sostener una adhesión semejante. El pobre Sicard no era un hombre honrado, si bien tampoco era un criminal: era un majadero. Mi padre no pedía ni su apoteosis ni aun su completa rehabilitación; le arrimaba humildemente á la pared, y se colocaba delante de él para impedir que la falsa cólera de los falsos caballeros del falso honor judaico le aplastara. Ni más, ni menos.

¡Si supieras lo que cuesta eso, tomadas las cosas así, según la justa medida de la equidad y de la verdad! ¡Comenzando uno por privarse de los diversos adinículos usados en la representación de nuestras comedias sociales: la pasión, la persuasión, todo lo que constituye la fuerza oratoria y el poder teatral!

No era solamente del negocio Sicard de lo que moría mi padre, sino más bien de la serie de otros mil negocios Sicard, que habían constituido toda su vida.

Moría á causa de su trabajo modesto heroicamente desempeñado.

*
* *

Vivimos en una época *positiva*, en la que, de cada diez personas respetables, ocho, por lo menos, han de encogerse de hombros al escuchar semejante historia.

El tiempo, en efecto, vale dinero, y mi padre no lo ganaba.

Pero si el tiempo vale dinero, ¿qué no valdrá la eternidad?

La cuestión no es ociosa. Los cándidos como mi padre llevan sus obras consigo. Pues bien: ¿has oído jamás decir que algún hombre listo, conocido tuyo, que haya hecho del tiempo dinero, se haya llevado media peseta de sus ahorros más allá de la tumba?

¿Dirás que se lo deja á sus hijos?

No siempre.

En este mundo todo lo que se refiere al dinero se parece bastante á una burla. Mi padre no me dejó nada, y me ha acontecido tener que dar limosna á los hijos de los más ricos de sus colegas. No es culpa de mi padre, ni de su pobreza, el que treinta años después de su muerte, Dios, que me había dado lo superfluo, viendo que abusaba de ello me haya quitado hasta lo necesario...

*
* *

Pero ¿dónde íbamos?... Antes de llegar á la confesión de mi padre, voy á decirte en dos palabras cuál era su enfermedad. Había sido atacado de una afección cerebral, que parecía ser á primera hora una meningitis, y que se había complicado con accidentes diversos, presentando los síntomas más alarmantes. Estaba entonces en boga la escuela de Broussais. No se conocía más que la sangría y los derivados. Si esto era un error, le hemos reemplazado con otros. La medicina parece no desempeñar otro papel que el de variar los

errores. Broussais ha muerto pidiendo á Dios que le perdone su medicina. ¡Broussais! ¡La ciencia y el genio!

El doctor Olivier era precisamente un amigo personal de Broussais y un práctico de primera fuerza. Atacó á la enfermedad *energicamente*, como ellos dicen (y estas maneras de hablar extravagantes agradan, que no pueden más, á los enfermos); le había dado sangría sobre sangría hasta cuatro, en su vehemente deseo de salvarle, y le hubiera dado hasta ocho á no haberle sobreenvenido desmayos.

Cesaron luego aquellos «accidentes», y experimentó un decaimiento general, un estado que se parecía ya á la postración. Has podido notar que el doctor Olivier no se engañaba mucho, puesto que pedía un milagro á Dios, en quien no creía. Carlos y yo le oíamos desde la puerta, junto á la que aún continuábamos. Se había dejado caer sobre mi cama, y maldecía su impotencia con verdadera desesperación. ¡Ah, mi padre era muy querido!...

El señor cura se inclinó sobre la cama, muy baja, en que mi padre estaba acostado, y le aproximó á los labios el Crucifijo.

De entre el silencio profundo que reinó de repente en el cuarto, se elevó de nuevo la voz de mi madre, diciendo con acento de súplica:

—Querido mío, es el Sr. Jamond, que nos quiere, y tu Dios, tu Dios amado, que está junto á tu boca.

Luisa murmuró, levantando las manos juntas:

—¡Jesús, escuchadnos!

La pobre Anita dejaba caer la cabeza lánguidamente.

Esta era muy joven y muy débil contra el sufrimiento. Había ya perdido el sentido varias veces.

Carlos me dijo al oído:

—Yo hago voto de ir á Sainte-Anne d'Auray á pie... y descalzo desde la ciudad. Promete tú también alguna cosa.

—¿Porque viva?—le dije.

—¡Sí, sí—me respondió mi hermano;—porque viva! Mas si no es ésta vuestra voluntad, Dios y Señor mío, porque muera como ha vivido, como cristiano, confesado santamente y con la dicha de haber recibido la sagrada comunión.

—Yo no quiero pedir eso—exclamé yo, porque todo ello no era nada para mí en comparación de la vida;—¡que viva, que viva solamente, y yo iré al cabo del mundo!

El señor cura me había oído; me hizo una seña imponiéndome silencio, y aproximó sus labios enteramente al oído de mi padre, diciéndole muy bajito:

—Amigo mío, hermano mío muy amado, ved aquí á Jesús, nuestro Salvador, que habla á vuestra alma por mi boca. ¿Le oís?

Y calló; todo el mundo suspendió la respiración. El enfermo no se movió ni respondió; pero sus labios, que estaban convulsivamente cerrados desde que había sido sacado de su cuarto, parecieron entreabrirse, aunque muy poco. Detrás de Carlos y de mí se sentía al doctor jadeante. Mi madre decía, sin darse cuenta de que hablaba:

—¡Jesús, Jesús; oh, Jesús, soberano dueño mío! ¡Tened piedad, piedad, piedad!

Por segunda vez el señor Jamond impuso silencio con un gesto, y después, aproximando el oído, escuchaba muy atentamente.

—Ha oído—exclamó tras de nosotros el doctor.— Ved cómo con los ojos atiende.

—Ha oído—repitió el señor Jamond; añadiendo:—*y ha respondido.*

Después volvió á decir:

—Apartaos para que pueda yo recibirle la confesión.

Mi madre se dejó caer de rodillas y besó la tierra en uno de esos trasportes de gozo que pueden abrirse paso á través de los más crueles dolores. Mi hermano Carlos me estrechaba contra sí. El doctor nos empujó por segunda vez para pasar: como que recobraba sus derechos ante esta llamarada de esperanza.

—A ver si le dais la medicina—dijo;—vamos nosotros á renovarle los sinapismos.

Tenfa yo los ojos clavados en el semblante de mi padre, que en verdad se reanimaba, porque sus pupilas estaban menos turbias; por dos veces creí que me miraba, y besé suavemente las yemas de los dedos reunidos para enviarle un beso. Su frente, sus mejillas y su cuello iban perdiendo poco á poco aquel siniestro color de ladrillo, que me ha quedado tan largo tiempo en la memoria, con una impresión de palidez bajo lo encarnado: un blanco jaspeado de púrpura que dejaba grandes manchas negras alrededor de los párpados.

Nuestro cura quiso él mismo darle la poción, en tanto que el doctor, levantando las mantas por los pies, examinaba los paños de mostaza, cuyo olor, pi-

cante y empalagoso á la vez, estoy sintiendo aún en el momento en que te hablo, envolviendo mis recuerdos de niño en una atmósfera que las tormentas de mi vida entera no han podido despejar. Todavía respiro aquel aliento de la impotencia humana, á través del cual pasa, como benéfica purificación, el aire de las cosas divinas: incienso que se quema en lo interior de un lugar hediondo.

Y sin aguardar más el señor cura, después de haber hecho señas al doctor que no continuara, comenzó á media voz á recitar la *confesión*. No fué posible hacer despejar el gabinete, porque la gente, apiñada en la sala contigua, oponía á los que querían salir una barrera infranqueable; pero cada uno se apartaba lo mejor que podía, y los más próximos se arrodillaron vueltos de espalda. Es indudable que muchos aguardaban un milagro, y mi pobre madre, con las dos manos extendidas anhelosamente hacia el cielo, mostraba los resplandores de su fe alrededor de sus lágrimas.

—Pide con todo tu corazón, Juanito—me decía Carlos.—¡Ah, yo quisiera ser niño! La oración de los niños hace á Dios más fuerza.

—Ya rezo todo lo que puedo—le respondí;—pero es para que se quede con nosotros siempre, siempre.

Y me enjuagué los ojos con las palmas de las manos para ver mejor, pues se me figuró que mi padre abrazaba el Crucifijo.

Así era en verdad: más de uno lo había visto.

Juliana atravesó la habitación para coger á mamá en sus brazos.

Al cabo de un minuto, poco más, el señor cura se

enderezó, y recitó la fórmula de la absolución. De todas partes surgía un murmullo diciendo: «¡Se ha confesado, se ha confesado!»

—Y la confesión no ha sido muy larga—dijo Juliana.—¡Lo buen cristiano que es!... Mas no será ésta la última si Dios escucha tantas oraciones como de todas partes se le dirigen en favor del amo.

El señor cura echó una mirada hacia el doctor Olivier, que continuaba al pie de la cama. Yo comprendí muy bien que aquella mirada quería decir:

—¿Ofrece bastantes esperanzas para retardar la Ex-tremaunción?

El doctor Olivier se acercó á la cabecera, tomó el pulso á mi padre, que reposaba entonces muy natural, con la cabeza en medio de la almohada. Ya he dicho que el color arrebatado de su semblante se iba apagando poco á poco desde hacía algún tiempo. Bien pronto no quedó ya de él ningún rastro. Tenía ahora un semblante como el mármol, con los ojos cerrados y la boca entreabierta; todo esto indicaba la calma de la completa postración. El doctor consultó el pulso con atención extraordinaria, fija la mirada sobre el segundero de su reloj. Yo trataba de leer en su fisonomía la impresión que le iba produciendo. Cuando dejó el brazo, bajó la cabeza, y el señor cura hizo una seña al sacristán, que abrió en seguida la caja que contenía el óleo consagrado.

Vi entonces á mi hermana mayor que sostenía á la más joven para impedir que cayese para atrás, y todo aquel flujo de repentina esperanza que me había invadido el corazón desapareció de repente dejándome en él un profundo vacío.

Mas bien puedo decir que yo era allí el único que experimentaba aquel sentimiento de rebeldía y de descorazonamiento. Carlos daba gracias con una resignación que me parecía desnaturalizada. Hasta mi hermana menor, en la que sólo el cuerpo estaba desfallecido, tenía como una especie de alegría en sus lágrimas. Y mamá, ¡oh, nuestra admirable madre, que amaba tan ardientemente su humilde dicha! ¡nuestra madre, nuestro corazón y nuestro aliento! allí estaba entre su marido moribundo, amor de su juventud y de su ancianidad y padre de sus hijos amadísimos, y su Dios vivo, su Dios vencedor, pero coronado de tormentos y de misericordias. No murmuraba, no, yo lo aseguro; y aseguro que bendecía á Dios en medio de sus sollozos, esclarecidos por una sublime sonrisa.

*
* *

Hay también una especie de embriaguez en la fe. ¿Y cómo la primera entre todas las fuerzas del espíritu no había de tener sus trasportes? ¡La fe: la virtud matriz que contiene en sí la excelencia de las otras dos virtudes teologales, la esperanza y el amor! ¿Es posible creer sin esperar, y esperar sin amar con una adoración infinita?

¡Oh Jesús, Dios mío! ¡Oh divino Jesús de mi madre! ¡Jesús, Criador, Señor, bienhechor y libertador! Vos que os mostráis en todo el atractivo de vuestra clemencia á los sencillos y á los débiles, ¿por qué no derramáis un rayo de vuestra bondad en el seno de esas nobles y hermosas inteligencias ofuscadas que se apartan de Vos? Vos sois quien las ha criado, ¡oh Dios, autor

de todas las cosas! y la guerra insensata que os promueven es hija de ese peligroso don de poder que habéis puesto en ellas. El orgullo que extravió al ángel rebelde es el que las suscita contra Vos. Señor, yo os pido para esos grandes talentos, algunos de los cuales son al mismo tiempo tan generosos corazones, un poco, una gota, Dios mío, un átomo de aquella preciosa fe que resplandecía en las miradas de mi madre.

Bien sé yo ¡oh Jesús mío! que os mostráis á todos Maestro clemente; que hoy, como en los primeros días, vais llevando la luz que el mundo no quiere ver, y solicitáis en balde hospitalidad en vuestra misma casa... Haced más todavía... ¡por vuestra santa Cruz levantada sobre el Calvario para la salud de todos los hombres! Abrid las puertas cerradas y apoderaos con violencia siquiera de aquellos que os aman creyendo aborreceros, puesto que escuchan la voz de la desgracia, puesto que aun en medio de sectarios rencorosos que lo ultrajan todo, hasta la limosna, hacen limosnas, y algunos de ellos de todo corazón.

Yo los conozco... ¡oh, Dios mío! Ya sabéis de quién hablo. Vos me habéis hecho prisionero de vuestras saludables iras, á mí, que no tenía disculpa; á mí que os había huído á pesar de las piadosas enseñanzas de la cuna, á pesar de la memoria de mi padre, de mi madre y de mi hermano; á pesar del perfume de incienso y de fervor, de lágrimas y de flores que mi primera comunión mantenía en mi recuerdo. Vos me habéis herido, Jesús mío, en el colmo de mi próspera fortuna, cuando yo me creía fuerte contra Vos; vuestra mano ¡ah, bendita seál ha quebrado mis esperanzas terrenales,

humillado mi orgullo y destruído todo el edificio que yo había levantado sobre arena; yo he visto á mis hijos pobres, y á mi familia dispersa; mi fama ha muerto aun en vida; mis amigos han llevado sonriendo el luto por mi honor... ¡Oh, Jesús, Jesús mío, dulzura infinita, piedad sin límites, Vos me habéis llenado de este beneficio inestimable de la fe! Héme doblegado sin murmurar bajo el peso de vuestra mano, he besado la tierra á los pies de vuestra cólera, me he arrastrado de rodillas, me he abatido y he clamado de lo más hondo de mi miseria aceptada: «¡Hágase, Señor, vuestra voluntad, así en la tierra como en el cielo!»

Y vedme aquí refugiado dentro de mi alma, donde Vos estáis, donde Vos habéis hecho tan grandes cosas, tantas maravillas; dentro de mi alma, vuestra esclava, que llora con la alegría de los consolados. Vuestra mirada ha descendido hasta mi resignación. Vuestra misericordia está sobre mí y sobre mi casa, porque vivimos en vuestro temor santo. ¡Señor, Señor! Vos habéis levantado á vuestros hijos á salvo de las injurias de la muerte; los hombres no pueden nada contra su dicha, que está en Vos, ni contra su gloria, que consiste en anonadarse en vuestra gloria. Yo os alabo, ¡oh Rey del amor eterno! Yo os bendigo, ¡oh Dios de las milagrosas clemencias! Yo os adoro ¡oh, Santísimo Padre de majestad infinita! ¡Yo tengo fe! ¡Santo, Santo, Santo! ¡Vos me habéis dado la fe! ¡Seáis glorificado por encima de los cielos!

Y prosternado en mi gratitud, cuya intensidad no puede expresar palabra alguna, extendiendo hacia el sacramento de vuestros altares las manos llenas de vuestros

beneficios, para daros gracias, ante todo, ¡oh Dios omnipotente! y después para suplicaros... Tened piedad, ¡oh, Jesús! de aquellos á quien amo y á quien admiro. Yo estaba con ellos ayer... ¡que estén ellos conmigo mañana! Iluminad su ignorante sabiduría; poned un grano de vuestra divina locura en el orgullo de su razón; curad con el reposo de vuestra sencillez la fatiga de su inteligencia enferma. ¡Jesús vencedor! entrad en ellos; pero, si es posible, no los hiráis como á mí me habéis herido; porque al golpe de vuestra cólera es lo cierto que me he bamboleado al borde de la desesperación. Vos lo sabéis, Dios mío: yo he llegado á ver muy de cerca el horror del abismo abierto.

Y no todos tienen detrás de sí esa mano bendita de los recuerdos que me sujetó suspendido sobre el borde del precipicio.

Mi conversión fué, como todo lo que aquí abajo sucede, obra bondadosa de Dios, que había comenzado á prepararla en el lecho de agonía de mi padre, muchos años antes de mi caída; y en la hora terrible en que yo pedía misericordia en el supremo esfuerzo de mi conciencia, allí estaba mi padre, y mi madre también estaba allí. Y todos los muertos que me eran queridos me rodeaban...



VII

La Extremaunción y el Viático.

Juan se detuvo aquí para decirme:

—Ya son las doce de la noche: si estás cansado, continuaremos otro día; pero te prevengo que no acortaré la relación, porque esta es la hora más grande de mi vida.

—Te escucho—le respondí,—continúa.

—¿Te interesa?

—Sí.

—Lo escribirás.

—Por ahora, no.

—Así me gusta—me dijo apretándome la mano.—Ya me lo has prometido; para tocar á estas cosas no basta tener talento, ni aun siquiera tener respeto: es necesario tener fe.

Y continuó en seguida:

—El Sr. Jamond, después de haber concluído las oraciones y hecho las genuflexiones ante el Santísimo Sacramento, preparó unas bolitas de algodón para empezar las unciones.

En medio del quebrantamiento doloroso de todo mi sér, sentía yo cierta curiosidad: jamás había asistido á una ceremonia que me pareciese tan solemne; pero debo añadir que, lejos de darme consuelo, todos los

detalles de esta escena eran para mí igualmente desgarradores.

En realidad, yo no conocía mucho mejor á Dios que a la muerte.

Hacía ya mucho tiempo que me enseñaban el Catecismo, y la letra la sabía bastante bien; pero las explicaciones me fastidiaban, y el trajín de la vida piadosa no me entraba, por más que me tenía rodeado.

Hay niños naturalmente piadosos que rezan como ángeles; pero yo rezaba para conseguir ésto ó aquéllo, del mismo modo que era juicioso para lograr la recompensa. Lo mejor que había en mí era la ignorancia completa de todo mal; tenía además mucha ternura para aquellos que me amaban tan cariñosamente; pero estoy seguro que ni una partecica de aquella ternura tendía hacia Dios más que de palabra.

Cuando tenía muchas ganas de alguna cosa, se la pedía á Dios con un ardor que estaba en proporción exacta de mi deseo. ¡Con qué entusiasmo solía ofrecer mi corazón á Dios la víspera de los días de campo para que hiciera buen tiempo! Mas si llovía, me enfadaba con Dios y con la oración; mi rencor era algunas veces muy fuerte, y la palabra *resignación*, que ya comprendía de sobra bien á fuerza de odiarla, expresaba para mí una idea enteramente enemiga.

Sobre este punto, el fondo de mi teología se resumía en esta cuestión:

¿De qué puede servir una oración que no es atendida?

¿Te pasa á ti lo mismo? Lo digo porque he hallado en el curso de mi vida una gran mayoría de niños viejos que no diré que razonaran así, pero que obraban

ó dejaban de obrar con arreglo á esta manera de discurrir disparatada.

* * *

Pues bien: allí, en aquella estancia de agonía, en presencia de aquellas terribles preces que significaban principalmente la detestada resignación, que aceptaban la muerte en vez de rechazarla, que la preparaban en lugar de combatirla, permanecía yo separado de la intención general, siguiendo con avidez las funciones sacramentales desempeñadas por el señor cura. Parecíame que los demás abandonaban á mi padre, no rogando sino por su muerte.

—¡Lo que es yo rezo porque viva—dije segunda vez al oído á Carlos, abismado en su fervor,—nada más que porque viva! ¡Ah, yo le quiero!

—Reza como tú quieras—me respondió mi hermano.—Dios, que es la bondad misma, aceptará lo que haya de bueno en tu oración; pero cállate, que esto es un Sacramento.

Ya lo sabía yo, y sin embargo, la palabra me dió en qué pensar, pues me hizo bajar la cabeza con más respeto. Escuchaba con atención, procurando entender bien el sentido de aquellas fórmulas latinas que eran algo más que oraciones, y que consagraban, como otro bautismo, el alma, presta á separarse del cuerpo para nacer á la vida inmortal.

Cierto es que entonces no me venían en mientes semejantes expresiones; pero acaso sentía más viva de lo que puedo expresarlo aquesta noción tan superior á mi edad.

El señor cura tocaba con la punta de los dedos pulgar é índice de la mano derecha, mojados en óleo consagrado, los párpados cerrados de mi padre, y decía al mismo tiempo en latín y en alta voz: «Por esta santa unción y su piísima misericordia, te perdone Dios todo cuanto has pecado por la vista» (1), y limpiaba en seguida la parte ungida con una de las bolitas de algodón, mientras que el sacristán, primero, y después todos los presentes, respondían *Amén*. Los labios de mi padre experimentaron un movimiento dulce y suave como si hubieran pronunciado esta misma palabra. Para mí fué como si se la hubiera oído.

Yo dije *Amén* con los demás. ¡Oh, qué deseo tenía de abrazarle!

—Jesús mío, buen Jesús—decía yo interiormente;— vedme aquí bien arrepentido y humilde; perdonadme: esto es un sacramento... Mas si quisierais la mitad de mi vida por dejarle con nosotros... Si quisierais toda mi vida...

¿Y qué pecado habían cometido aquellos ojos que todavía me sonrefan aquel día mismo por la mañana?

Habíales yo visto con harta frecuencia enrojecidos tras de largas vigiliias, y mi madre me había dicho muchísimas veces:

—Les fatiga para ganarte el pan.

Tanto, que un día llegué á formar intención de no volver á comer más para descansar los ojos de mi padre.

(1) Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam indulgeat tibi Deus quidquid per visum deliquisti.

—¡Pecado, Dios mío!—me decía yo;—¡si no ha pecado nunca! Mi madre y él son en la tierra lo que Vos sois en el cielo. ¡Dejadle con nosotros; yo os lo pediré de día, os lo pediré de noche, os lo pediré siempre! ¡Oh dulce Jesús mío, qué más puedo yo daros que á mí mismo!

Después, con los mismos dedos mojados en el óleo consagrado, tocó el señor Jamond las dos orejas del enfermo, y dijo:—«Por esta santa unción y su piísima misericordia te perdone Dios todo cuanto has pecado por el oído»;—y con otra bolita de algodón limpiaba, como antes, la parte ungida.

En tanto que todo el mundo respondía *Amén*, el doctor consultaba el pulso una vez más, y yo decía:

—¡*Amén, amén!* ¡Oh Padre mío de los cielos, tened piedad de mi padre mortal! Yo os amo; hay que amaros sobre todas las cosas... ¡Pero á él, Dios mío, á quien Vos mismo nos habíais dado para ser nuestro corazón y nuestra dicha!...

Mis ojos se encontraron con los ojos de mi madre, que levantaba al cielo las manos juntas, de donde pendía su rosario. ¿Habrà jamàs palabras con que decir lo que se veía en sus lágrimas? Yo sabía que ella invocaba entonces la agonía del Salvador, y Carlos, con la frente casi tocando á la tierra, murmuraba el llanto profético de David: *Han taladrado mis manos y mis pies, y se pueden contar todos mis huesos.*

¡Oh Mártir divino! Yo pensaba en mi padre de aquí abajo, en mi pobre padre; yo procuraba á finas veras amaros sobre todas las cosas, ¡oh gran Dios!... Pero mi padre...

El sacerdote había ungido la nariz y después los labios cerrados de mi padre, y decía, concluyendo la cuarta unción: «... te perdone Dios todo cuanto has pecado por el gusto y por la palabra».

—Así sea.— ¡El pecado, otra vez el pecado, siempre el pecado en todo aquello que nos ha dado vuestra bondad, ¡oh, Creador! en todos nuestros sentidos, en todos nuestros poros! La mancha es incesante, y sería preciso que la purificación fuera eterna. Pecado por las manos, que hicieron el mal y combatieron el bien; pecado por los pies, que se alejaron del bien para correr al mal...

Yo, niño ignorante y rebelde como era, no pensaba entonces de este modo; no veía más que la vida misma de mi padre, y no quería nada de Dios sino la prolongación de sus días; así lo creía yo al menos, pues tenía miedo de mí, y me asaltaba la idea de que era un impío; pero me engañaba, y la divina bondad se sonreía ante el error de mi congoja. La unción de la verdad penetraba en mí sin que yo lo advirtiera; á través de la blasfemia simplecilla de mi ternura filial se deslizaba silenciosamente el germen de la fe...

El señor cura ungió las manos, y luego los pies, llamando el perdón de una extremidad á la otra de este pobre cuerpo, instrumento de nuestras flaquezas y causa de nuestras caídas. ¡Así sea! ¡Así sea!

Y luego, después de haberse apartado del lecho para lavarse las manos, volvió de nuevo, y entonces comprendí yo muy bien que la obstinación de mis súplicas y de mi esperanza no era un crimen, oyendo la oración admirable que recitaba con todo su corazón: «¡Oh Dios y Señor, que por boca de vuestro Apóstol

Santiago nos habéis dicho: *Si alguno está enfermo entre vosotros, que llame á los presbíteros de la Iglesia, y recen sobre él, ungiéndole con óleo en nombre del Señor, y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará, y si tiene pecados, le serán perdonados;* os rogamos, Redentor nuestro, que por la gracia del Espíritu Santo curéis las dolencias de... (aquí los nombres de mi padre), le concedáis plenamente la salud del alma y la del cuerpo, para que, fortalecido y salvo por vuestro misericordioso auxilio, pueda daros gracias al pie de los altares!...»

Mientras que el Sr. Jamond rogaba así, los párpados cerrados de mi padre se abrieron tan grandes como eran, y yo ví sus carísimas miradas de otras veces buscar á los que amaba.

—¡Virgen! ¡Virgen Santísima!—balbució mi madre.

Yo me arrojé al cuello de Carlos, que lloraba á lágrima viva, y decía pensando en su voto:

—¡De rodillas... iré de rodillas!

Pero el semblante del doctor Olivier estaba sombrío, y cuando la mirada de mi padre se cruzó con la suya, observé que hacía un gran esfuerzo para sonreír.

—He aquí—dijo el señor cura, que había cogido el Crucifijo entre sus manos para presentársele al enfermo después de haber doblado la rodilla;—he aquí la imagen de la Cruz, sobre la que Jesucristo nuestro Señor ha sufrido la muerte para rescatarnos de las penas eternas; respondedme: ¿lo creéis?

—Sí, lo creo—dijo mi padre con voz débil.

Y al mismo tiempo se incorporó sin ayuda de nadie para tocar con sus labios los pies del Crucifijo.

—¿Unís—repuso el Sr. Jamond, cuyo acento denunciaba su emoción profunda,—unís vuestros sufrimientos á los del divino Salvador?

—Sí, padre mío.

—¿Ponéis en él toda vuestra confianza con una completa sumisión á su voluntad?

—Sí, padre.

El Sr. Jamond hizo con el Crucifijo la señal de la cruz sobre el enfermo, diciendo:

—En el nombre del Padre, del Hijo y de Espíritu Santo.

*
* *

La ceremonia, por lo tocante á la Extremaunción, había concluído. Verificóse entonces un movimiento en la concurrencia... Oía yo perfectamente las palabras de esperanza que se cruzaban; y fué menester hacer callar á Juliana, cuya alegría era demasiado ruidosa.

Mi madre, que se había acercado á la cabecera, sonreía y lloraba, todo á un tiempo, y formaba con mis dos hermanas un grupo que estaré viendo hasta el último día de mi vida. El señor cura formó por un momento parte de aquel grupo, y yo iba también á introducirme allá, cuando me detuvo Carlos. El señor Olivier se acercó al señor cura por detrás, y le habló al oído.

Un oscuro velo anubló de súbito el semblante ya tranquilo del buen sacerdote.

—¿Qué es?—pregunté yo con el corazón oprimido como por un torniquete.

—Es—me respondió Carlos con voz temblorosa—

que el doctor es de parecer de que conviene apresurarse á darle el Santo Viático.

—¡Apresurarse!—exclamé yo;—pero ¿por qué apresurarse? Mejor harían en dejarle respirar; mira, cada vez tiene mejor traza.

Y era verdad; en aquel momento mismo tendía papá una de sus manos á mi madre y la otra á mi hermana mayor, y oía yo decir á Juliana:

—Los miles y cientos de personas que llenan toda la calle, desde el río hasta la plaza, se habrán, al fin, molestado para nada. Esto no habrá servido más que para que se vea cómo se le quiere en la ciudad á mi amo. Pobre soy, pero así y todo he de hacer lucir una vela bien grande.

El señor cura estrechó la mano del doctor como para darle las gracias, y seguido del sacristán, se dirigió hacia la mesa dispuesta en forma de altar, y habiéndose arrodillado ante el Santísimo Sacramento, permaneció un instante en oración. Mi madre dijo:

—Guardemos recogimiento, que va á comulgar.

Todo el mundo se prosternó inmediatamente, y el señor cura comenzó en seguida á recitar en voz alta: *Salvum fac servum tuum, Domine*; el sacristán respondió: *Deus meus sperantem in te*.

A una con el sacristán pronunció mi padre la respuesta, y cuando el Sr. Jamond llegó al versículo *Domine exaudi orationem meam*, á mi padre fué á quien mejor le oí responder con un fervor profundo: *Et clamor meus ad te veniat*.

Ahora que mi padre hablaba, todas las cosas se me presentaban bajo un nuevo aspecto. Nueva luz ilumi-

naba mi corazón, ensanchado y fortalecido. El hecho de ver á aquel dueño tan amado de nuestra casa tomar con valor y sencillez un papel activo en el drama de su adiós á la vida me maravillaba, me enternecía y me hacía entrar en razón, pues mi inteligencia de niño, extraña hasta entonces á la idea de la muerte (por más que se hubiera hablado de la muerte mil veces), y cuya idea acababa de concebir de repente con un sentimiento de odio y de horror sin límites, entrevió en aquella hora lo que hay más allá y por encima de la muerte. Tuve entonces conciencia del alma imperecedera de otro modo que de palabra, y aunque en confuso, la verdadera grandeza de Dios pasó en lontananza por ante mis ojos como un relámpago á través de la niebla.

*
* *

¿Me hago entender bien? Todo esto de que voy hablando existía ya en mí, pero sólo á manera de estribillos y de lecciones aprendidas de memoria. Estaba, por decirlo así, lleno de fórmulas. Los niños que viven, como me sucedía á mí, en una atmósfera saturada de fe, pueden estar al corriente de todas las palabras y permanecer lejos de la idea. No han tenido necesidad de traducir las palabras.

Se da con frecuencia una especie de sueño en las almas tiernas que viven de la verdad, y para quienes la verdad forma como el aire respirable, sin choques, sin sustos, sin anhelos. Dios está en ellas y todo en redor de ellas, como llenándolas y circundándolas de continuo; Dios, á quien no han buscado nunca, porque nunca las ha faltado; le aman si han recibido el don

precioso de la piedad; pero le aman teórica, poéticamente, por el lado blando y encantador de las ternuras católicas; le aman en la dulzura de los cánticos, en las flores del mes de María, en el himno que la Noche-Buena levanta alrededor del pesebre, y en el resplandor de esos rayos benditos que la procesión lleva en triunfo por las naves entre arrobamientos y armonías.

Para los niños católicos hay casi dos Dioses: el Niño Jesús, sonriente en los brazos de su Madre Inmaculada, y el gran Jesús de la Cruz, que llora, que padece y que se eleva en el aire.

Y es así verdad, porque uno y otro son Dios; pero ni es toda la verdad, ni son todo nuestro Dios.

¡Ah, Señor! Yo tenía diez años cuando os conocí de improviso. ¡Oh Dios del sacrificio terrible y del inmenso consuelo! Yo tenía diez años, y ciertamente os amaba mucho, divino pequeñuelo sonrosado, sonrisa aman-tísima de María, á quien se quiere siempre la primera.

Vos permitís esto, Jesús mío; Vos lo queréis. Os parece que los corazones, intimidados por el fulgurante resplandor de vuestras glorias, se acojan primero bajo el ala angelical de vuestra Madre.

Yo tenía diez años, y vivía lleno de Vos en una santa casa que era toda vuestra; pero casi no sabía quién érais, porque me lo decían continuamente y yo no lo escuchaba ya á fuerza de oirlo.

Os ví con un estremecimiento sin nombre, pero con una confianza inaudita, clavado en la cruz que tocaba los labios pálidos de mi padre. Me sentí rodeado de Vos y traspasado y penetrado hasta lo más recóndito de mi alma; y ¿por qué no habrá de creérseme?...

Lo diré como sucedió. La tan elevada noción del nacimiento en la muerte surgió en mí con una claridad, si no perfecta, suficiente, á lo menos, en el instante mismo en que os descubrí. Aquel lecho de agonía se me presentó realmente como una cuna; dejé de obstinarme en mi aborrecimiento de la muerte, y hubo un momento en que recé, con todos los cristianos que estaban allí, por el grande, por el único objeto de la oración cristiana, por la vida que nace de la muerte.

He dicho un momento porque, efectivamente, aquello no fué más que un momento. Tenía diez años, y claro es que no había de hacerme hombre en un minuto; pero aquel momento en que vi á Dios, al Dios de los hombres, que les presenta su Cruz y la salvación de su Cruz, fué precioso, aunque pasajero, y dejó dentro de mí una marca indeleble, una herida profunda, un jalón que ha sido el primero de mi camino.

La voz de nuestro cura, fervorosa y concentrando toda la emoción de su cariñosa amistad, proseguía: «Oremos: ¡Oh, Dios, único apoyo de la humana flaqueza! Extended vuestra poderosa protección sobre la debilidad de vuestro siervo para que por vuestra tierna piedad y por vuestra gracia fecunda reciba como provisión de viaje el cuerpo de Jesucristo, vuestro Hijo, que siendo Dios vive con Vos y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos.»

Mi padre respondió también ahora el primero de todos:—Así sea.—También reconocí entre las demás la voz demudada del doctor, que tenía una rodilla en tierra y se ocultaba detrás de mi madre.

El Sr. Jamond se volvió hacia la cama.

Era el momento de la exhortación. Con los ojos humedecidos y la palabra temblorosa, nuestro venerable amigo dijo sencillamente:—Hermano mío, habéis sido entre nosotros el ejemplo de las virtudes cristianas y el más perfecto modelo de la honradez y del honor; pero ¿qué es nuestro honor á los pies de Jesucristo? ¿Y qué son vuestras virtudes ante las perfecciones del divino Maestro? Hermano mío y mi amigo, corazón carísimo en quien he puesto mi mejor amistad sobre la tierra, hijo mío en nuestro Señor Jesucristo, hijo mío amadísimo, sois hombre y habéis pecado. Elevad vuestro arrepentimiento hasta el Corazón de Jesús, que os ve, que os ama y que va á prestaros su ayuda para vivir ó para morir. Érais, hermano mío... iba á deciros que érais el alma de esta pobre mansión afligida; pero esto no es cierto: no hay más que una alma para todas las casas, y es el alma inefable de la misericordiosa y augustísima Trinidad. Si Jesús no escucha nuestras ardientes súplicas, si sois separado de los que os aman y á quienes amáis, el alma de vuestra casa quedará en vuestra casa, y glorioso como estaréis junto á las gradas del trono celestial, veréis vivir entre vuestros hijos y en la conciencia de vuestra santa esposa vuestro ejemplo y vuestro recuerdo. Vos sois aquél de quien Dios ha dicho por boca del Profeta: *Bienaventurado el hombre que teme al Señor; la descendencia de los justos será bendecida*. Recogeos, hijo mío querido, interiormente: voy á daros la comunión.»

Mi padre dijo:

—Muchísimas gracias, padre mío y mi amigo. Imploro la misericordia de Dios en el cielo, y pido per-

dón á todos aquellos á quienes he ofendido en la tierra.

Y como mi madre se aproximase para ponerle entre las manos el paño de la Comunión, la atrajo hacia así, la besó y la dijo:

—Perdóname por todos.

El Sr. Jamond tomó el Santísimo Sacramento de sobre el altar, y después de haber recitado de nuevo la confesión, elevó la Hostia redentora sobre el copón, y dijo:—*He aquí el Cordero de Dios; he aquí el que quita los pecados del mundo;*—y repitió por tres veces las palabras del Centurión:—*Señor mío Jesucristo, yo no soy digno de que vuestra divina majestad entre en mi pobre morada; mas por vuestra divina palabra, mis pecados sean perdonados y mi alma sea sana y salva.*

La belleza de las ceremonias de nuestra Iglesia católica está en poner constantemente en acción la milagrosa vida de Jesús; nuestras oraciones son la historia de nuestro Dios.

Mi padre se había incorporado, y mamá le sostenía por detrás; golpeóse el pecho todas tres veces, y pudo sostener sin ayuda de nadie el paño extendido debajo de la barba.

—Verdaderamente está mejor—murmuró Carlos detrás de mí, que sin pensar me había adelantado.

Y todavía me suena en los oídos la frase de nuestra Juliana, que no podía contener la lengua y cuchicheaba entre un grupo de vecinas:

—*Por esta vez, todo va á quedar en conversación.*

¡Pobre mujer! Hubiérase sorprendido no poco si se la hubiera acusado de irreverencia.

También yo estaba maravillado del buen aspecto de mi padre; pero la idea de la muerte, que tanto trabajo la había costado entrar en mí, había hecho asiento ya, y el peso enorme que me oprimía el pecho permanecía inmóvil.

El Sr. Jamond presentó á mi padre la Hostia diciéndole:—*Recibid, hermano mio, el Viático del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, para que os guarde contra el enemigo y os conduzca á la vida eterna.*

Y los labios de mi padre volvieron á cerrarse sobre el pan de los ángeles; sus párpados estaban medio entornados; dos lágrimas rodaron por sus mejillas, y todo su semblante parecía bañado en un gozo indecible.

—*Dominus fortitudo mea*—dijo el Sr. Jamond volviendo á colocar el Santísimo Sacramento sobre el altar.—Nosotros respondimos:—*Quoniam ab eo salutare meum.*

Antes de la postrera oración, y en tanto que el señor Jamond adoraba en silencio, elevóse la voz de mi padre como reprimida. Parecía ceder á una necesidad, pero al mismo tiempo vacilaba en introducir aquí lo que el uso de la Iglesia no ha prescrito. Mi madre le había puesto de nuevo la cabeza sobre la almohada; dirigió él hacia el cielo sus miradas llenas de tierno reconocimiento, y el cántico de acción de gracias de la Virgen Madre se exhaló dulcemente de sus labios: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se exalta de alegría en el seno de Dios mi Salvador».

Mi madre primero, y mis hermanas después, y luego todos nosotros repetimos el prolongado grito profético de bendición arrancado á las entrañas de María por el

misterio que vivía en su seno; y los versículos del *Magnificat*, recitados á coro, pasaron como una aura sobre nuestras frentes inclinadas.

Mi padre, que había tenido las manos extendidas, volvió á cruzarlas sobre su pecho, y el Sr. Jamond, después de haber recitado la última oración, le hizo sobre la frente la señal del cristiano, diciendo:—*La bendición de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vos, y permanezca siempre. Amén.*



VIII

El negocio de Sicard.—Carlos.—La palabra cortada al medio.

Todo el clero de nuestra parroquia estaba allí entre los asistentes. Comenzó el gentío á deslizarse pausado y en silencio, siguiendo á Jesús Sacramentado, que se retiraba en manos de uno de los vicarios, y oí entonces al doctor Olivier que decía allí cerca de mí:

—*¡Ah, me dejaría cortar la mano derecha por creer!*

El Sr. Jamond y él habían sido antiguos camaradas, y con frecuencia solían disputar de religión en nuestra casa, sin que el ardor de sus controversias pudiese alterar su amistad recíproca. El buen sacerdote le respondió:

—Guarda tu mano derecha, doctor, y corta tu orgullo.

Después le llevó aparte, y los dos se pusieron á hablar en voz baja. Ya no quedaban más que una media docena de parientes ó amigos muy íntimos con mi madre y mis hermanas alrededor de la cama, y aun éstos se retiraron después de algunas frases de buen deseo para no molestar al enfermo.

*
* * *

Evidentemente la impresión general era por extremo favorable, y mi madre y mis hermanas participaban de

ella. Sin llegar hasta la convicción de Juliana, que, en voz alta é inteligible, proclamaba en la pieza contigua el milagro que se había verificado, nuestros amigos llevaban esperanza. Ofrecían con un tono casi alborozado enviar á la mañana siguiente á saber «mejores noticias», y mamá les estrechaba la mano á todos, sonriéndose por entre los restos de sus lágrimas.

Cuando ya no quedó nadie, se volvió hacia el señor Jamond y el doctor, que conversaban todavía.

—¿Qué es eso?—les preguntó como en broma.—¿Se ocultan ustedes de nosotros para hablar?

El señor cura se aproximó en seguida; pero el señor Olivier tomó su sombrero, que había dejado sobre mi cama, en el cuchitril de Carlos y mío. Carlos andaba detrás de él, y papá dijo:

—Este Carlos parece el caballero de la triste figura.

De lo cual todo el mundo se rió, y mi madre más alto que los otros. Carlos trató de reirse también. No era, en verdad, menos querido que nosotros; sólo que, creo habértelo dicho ya, tenía demasiada devoción, si así pude decirse, y demasiada perfección, aun para una familia toda de Dios como la nuestra. Todo el mundo en casa solía estar en guardia contra él; pero el pagano de Olivier era el que mejor le juzgaba. Mis hermanas dijeron las dos á un tiempo:

—Hubo un momento en que ya no nos atrevíamos á mirarle.

Y Luisa le abrazó en seguida creyendo haberle ofendido.

—¿Se va usted, Olivier?—le preguntó mi padre, cuya voz era débil, pero desahogada.—Yo no sé si la crisis

ha concluído, pero no me duele absolutamente nada en este momento.

El doctor esquivó la respuesta á la pregunta contenida en las últimas palabras, y dijo con mucha gracia:

—He dejado á la señora gobernadora de parto, para venir aquí, y voy á ir á ver si tenemos ya un gobernadorcito.

—Pues vaya usted con Dios, mi buen amigo—replicó papá;—muchísimas gracias, y hasta mañana.

Cuando el doctor iba á traspasar el dintel, añadió mi padre, guiñando el ojo á los circunstantes:

—¿Cumplirá usted la palabra empeñada?

—¿Qué palabra?—preguntó el Sr. Olivier.

—Ha prometido usted ir á confesarse si me sacaba del apuro.

—¡Ah, conque oías!—exclamó mi madre.

—Ya se le ha olvidado—dijo Luisa, que era la favorita del bueno del doctor;—pero el señor cura es testigo.

El señor cura guardó silencio. A mí se me ensanchó el corazón, aunque no hubiera quizá sido capaz de decir por qué. Estaba en el carácter del doctor, y asimismo en su deber, el tomar la puerta sin más discusión, porque realmente le esperaban en el gobierno civil, de donde habían venido ya á casa á buscarle varias veces. Sin embargo, volvió á desandar lo andado, y cogió la mano de mi padre, que tuvo apretada largo rato entre las suyas; por último, al marcharse dijo:

—Lo ofrecido es deuda.

Todos experimentamos un sentimiento de sorpresa; mas paréceme que yo era allí de entre todos el que

menos se interesaba por la religión, pues que mi extrañeza no era, como en los otros, de alegría. Carlos, desde que le habían echado en cara su tristeza, trataba, con poca habilidad, por cierto, de parecer alegre; mi madre y mis hermanas batían palmas, y el señor cura se sonreía con cierto aire de incredulidad.

Es menester que te hagas bien el cargo de la verdad de la situación: todo el mundo en casa, cuál más, cuál menos, se había tranquilizado. Del pasado terror quedaba como un cardenal, pero que se iba resolviendo á la manera como las lágrimas de mamá se secaban con la sonrisa. Tan cerca de la Extremaunción, administrada y recibida con tanta solemnidad, la idea de la muerte inminente había ya desaparecido. Si alguno hubiera querido infundírnosla de nuevo, nos hubiera dejado aplastados. Mi padre dijo, y no recuerdo haberle visto nunca tan dulcemente alegre á pesar de su fatiga:

—Olivier lleva el tiro en el ala... Quiero decir con esto que está ya herido de la gracia. Va preocupado. Se lo he conocido perfectamente. Cuando me tenía cogida la mano, ni siquiera me ha tomado el pulso. ¿Podrís figurároslo? ¡Él, que tiene para conmigo un afecto tan profundo y tan sincero! Y ahora que se ha marchado, voy á confiaros mi secretito, á usted, señor Jamond, y á todos estos queridos míos, por quienes he llorado hace un instante. En el momento en que creía morir, y lo he creído hasta el punto de sentir ya la angustia misma de la muerte, tuve un pensamiento, que permanecía claro en medio de la tenebrosa noche de mi cerebro. Yo había oído decir que en el último momento se puede obtener del Corazón de Jesús la

conversión de un alma, y... no me diga usted que no, señor cura, amigo mío, porque mi difunta hermana, la madre asistenta del Sagrado Corazón, pidió mi alma en su lecho de muerte, y la obtuvo. Y eso que yo no era un simple incrédulo como Olivier. Bien sabe usted que he conservado mi cáustica perversidad aun siendo cristiano. Antes de ser cristiano hice, tontamente, es verdad, pero lo mejor que pude, el papel de Voltaire...

—Vamos, vamos, mi amigo—dijo aquí el Sr. Jamond interrumpiéndole;—habla usted, y habla usted como si no le faltasen dos ó tres tazas de sangre. ¿Quiere usted creerme, señora? Pónganos usted á todos á la puerta...

—No, por cierto—exclamó mi padre;—al contrario, quedaos todos. Tengo necesidad de sentirlos cerca de mí, de veros y de hablaros. ¡Es tan hermoso el volver á la vida en medio de aquéllos á quienes se ha llorado!... ¿Dónde iba yo? ¡Ah! Hablaba de mi oficio de bufón volteriano... Yo supe la muerte de mi hermana el día 14 de Diciembre, y comulgué ya por Navidad. Pues bien: quiero yo tanto á ese zamacuco de noble inteligencia, á ese pobre diablo de gran corazón, á nuestro Olivier, y hace tanto tiempo que le quiero, que cuando me estaba muriendo, su alma era la que pedía al Corazón de Jesús.

—¡Ah!—dijo mamá;—¿y nosotros? ¡Es decir que no pensabas en nosotros!

—Vosotros... vosotros ya pertenecéis á Dios—la dijo mi padre cogiéndola la mano y llevándosela junto á los labios.—¿Crees tú, querida mía, que estaba yo inquieto por vosotros? ¡No! Yo te puedo decir lo que es la muer-

te, puesto que he sentido sus desgarramientos y sus consuelos. Lo que el cuerpo sufría no sé decírtelo. Se perdía en un desfallecimiento de todo el sér, penetrado y como avivado por una angustia llena de horror, que era la lucha suprema, y por en medio de todo la gracia de mi divino Señor me sostenía y me levantaba. Oía un cántico que decía: «*Venite adoremus...* ¡Amad y adorad á Jesús, Dios de misericordia! ¡Tened esperanza, confianza, certeza! Si amáis mucho, amad mil veces más todavía...» ¡Oh... esposa mía! ¡Hijos míos! Vosotros sois mi corazón; pero puesto que Dios me llevaba, ese Dios grande y bondadoso claro es que adoptaba por hijos á los objetos de mi ternura. De eso estaba yo bien seguro, era un pacto entre su gloria y mi nada... ¡Oh, no! Ya había pasado la hora de las prudencias y de las inquietudes que tenemos en la tierra; Dios daría un apoyo á mi viuda, un padre á mis huérfanos, y yo me marchaba tranquilo, contando con la bondad de Dios...

—Llaman al señor cura que vaya en seguida—dijo Juliana desde la puerta;—que corre mucha prisa.

El Sr. Jamond se levantó inmediatamente.

—No se admire usted, pues, amigo mío—continuó mi padre siguiendo su idea,—si Olivier se ha separado de nosotros pensativo; Dios le busca, Dios le está agarrando, mi dedo se le ha designado á Dios... Sí, entonces, es verdad, lo confieso: he olvidado un momento á mi mujer y á mis hijos por él, y he sentido que Dios me le concedía.

El Sr. Jamond no se cuidó de contradecirle; pero él creía saber mejor que nadie la causa porque el doctor

Olivier estaba pensativo. Al salir dijo á mi madre, que le acompañaba:

—Valor, hija mía; él nos está dando á todos hermoso ejemplo.

—¡Oh!—dijo ella.—Yo no sé cómo puede una amar... Yo he sudado verdaderamente su agonía, y aún no estoy en mi cabal sentido, no. Mire usted, se me ha olvidado preguntar al doctor por si acaso pedía de comer... puede ser que le haga daño...

—Ya le he preguntado yo, hija mía. Puede usted darle todo lo que pida.

—No mucho cada vez, ¿eh?

—Y la medicina cada cuarto de hora.

—¿Era eso lo que le decía á usted cuando hablaban ustedes dos?

—Sí, eso era.

—¿Y le ha dicho á usted si todavía abrigaba temores?

—¡Oh, hija mía! Después de una crisis como ésta...

—Es verdad, es verdad; cien años que viva me estaré acordando. Pero yo también entiendo un poquito. Desde que el doctor se ha marchado, la mejoría aumenta, aumenta... Yo por mí no he hecho voto alguno, señor cura; pero como si le hiciera. Yo sé que iré á dar gracias á Dios cuando todo se haya pasado...

El Sr. Jamond se evadió de contestar, porque Juliana vino de nuevo á la puerta diciendo:

—Parece que corre mucha prisa, señor, mucha prisa.

Mis dos hermanas habían ocupado el sitio de mamá á la cabecera; Carlos se mantenía de pie detras de la almohada; yo estaba al lado de Luisa, y mi padre, que me había llamado, acariciaba mis cabellos.

—¡Ah! Tú, Juanito—me dijo con un suspiro profundo,—mucho tiempo te falta aún para poder andar solo.

Y como mi madre se aproximaba trayendo en la mano una cucharada de medicina, añadió:

—*El juicioso* es el que hubiera sido el jefe de la familia.

Así llamaban á Carlos muy á menudo, y este apodo no estaba enteramente exento de burla, no porque implicase entre los que se lo llamaban un contrasentido ó una duda, sino al contrario, porque expresaba la exacta realidad. Seguramente, este apodo del *juicioso* no era un eco de este otro, el *mogigato*, aplicado á Carlos por las bestias dañinas, grandes y pequeñas, de nuestro colegio, sino que expresaba hasta donde era posible, en un medio aceptable, el instinto mismo de reserva y aun de desconfianza.

Carlos no se quejaba nunca. Me acuerdo que un día, después de unas palabras un poco ásperas que se la escaparon á Luisa, la cual tenía muy buen corazón, pero había heredado de mi padre cierta tendencia á la burla, Carlos me dijo, y por cierto que tenía los ojos húmedos:

—Eso no quita que me quieran...

Y por otra parte, sólo para él era tan *juicioso*, es decir, tan severo; para mí su indulgencia dejaba atrás á menudo á la de mi madre.

—Carlos es el mayor—añadió mi padre con más gravedad;—y es digno en todo y capaz de dirigir la familia.

—Nadie ha pretendido nunca lo contrario—dijo mamá, que al pasar inclinó hacia sí con el brazo la ca-

beza de Carlos y le besó en la frente;—mas ¿por qué hablar de ello?

—Cuando se está, como yo, dispuesto á todo, es preciso saber hablar de todo. Yo me siento admirablemente bien; pero he visto muy de cerca un acontecimiento, al que estoy sujeto como todos los hombres, y estaba un poco atormentado de pensar que no había dejado á nadie una palabra de dirección. Hay, sí, una carta que había empezado la otra noche, pero no está, ni con mucho, concluída, y desde mañana pondré por escrito todo lo que tengo que deciros. No será un rico testamento...

—¡Padre, padrico mío!—dijo Anita juntando las manos.

—Has de saber tú, sensitiva—continuó papá,—que el cumplir un deber nunca hace daño. No se muere uno antes por haber hecho testamento ni por haber recibido la Extremaunción. Vuestra madre será siempre aquí la reina. ¿No es verdad? ¡Oh! No es necesario que me respondas, Carlos. ¡Bah! te conozco. ¿Pero te haces bien el cargo de esto, es decir, de que si tal caso se diera tendrías el deber y probablemente la posibilidad de comenzar á ganar dinero en seguida?

—¡Ah, no, pobre muchacho!—dijo mamá—yo respondo de que no ha pensado jamás en eso.

Mi padre se volvió hacia Carlos, y Carlos respondió en voz baja:

—Si es malo haber pensado en ello, confieso que he pensado.

Mi madre sufrió como un estremecimiento, mis hermanas bajaron los ojos, y yo confieso que experimenté

una impresión dolorosísima; pero mi padre tendió la mano á Carlos y murmuró:

—Pobre hijo mío; tú eres el mejor de todos nosotros...

Y añadió de pronto, como si tuviera propósito de no enternecerse...

—Verdaderamente que mi muerte, cuando acaezca, abrirá para ti una herencia muy particular. Tengo muchos y buenos amigos en posición de conseguir cualquier cosa del gobierno. Y como quiera que tú has de ser el sostén de la familia...

—Escucha—le interrumpió mamá;—tú has dicho que yo era la reina, con que obedéceme: te mando que no te fatigues la cabeza en atormentarnos así á fuego lento...

—Ten paciencia—la interrumpió mi padre á su vez;—ya he concluído casi, y ya hubiera concluído á no ser por ti; Carlos tal vez me haya comprendido.

—Sí, papá—contestó Carlos en voz baja,—ya he comprendido.

Mi padre quedó maravillado, y le dijo:

—Veamos, explícate.

A Carlos le costó trabajo hablar; pero respondió con un tono que nos pareció bastante frío y seguramente muy reflexivo:

—He comprendido que, en atención á los servicios de usted, y por su influencia, sería probablemente nombrado sustituto del primer golpe...

—¡Y ha soñado en eso!...—dijo mi madre con verdadera angustia.

Y mis dos hermanas repitieron:

—¡Ha soñado en eso!

Y Juliana, que escuchaba, sin duda, detrás de la puerta, soltó un golpe de tos que equivalía á una maldición.

Yo, por mi parte, también quedé penosamente impresionado; pero mi padre dijo:

—¡Bien, Carlos, bien; has pensado muy bien! Tienes valor, hombre, tienes valor, mucho y verdadero valor; y tu religión es la buena, porque pasa por encima del respeto humano. Vales mucho más de lo que yo á tu edad valía. Los jóvenes no se atreven muchas veces á decir aquellas cosas que, á juzgar por las apariencias, han de ser mal interpretadas. Tú te atreves á todo lo que debes.

—Entonces es decir — murmuró mi madre, — que nosotros no hemos obrado bien.

Carlos estaba con aire muy contrito. Sin duda desconfiaba un poco de los elogios de papá, que con mucha frecuencia solía hablar en tono irónico. Papá continuó:

—Nadie ha obrado mal, ni siquiera Juliana, que haría mejor en entrar para escuchar más cómodamente; pero es lo cierto que yo me iré de aquí tranquilo cuando Dios lo disponga, fiado en este Carlos, á quien ya iréis conociendo mejor de día en día. No os disculpéis para con él: le asustaríais, y tal vez le haríais sufrir...

Era ésta una orden embozada. Yo me lancé el primero á cumplirla, y me colgué del cuello de mi hermano mayor, conociendo, aunque confusamente, que había en ello un gran acto de justicia. Carlos casi me rechazó; pero cuando mi madre vino á su vez á cogerle de

la cabeza con ambas manos para bajarle la frente y darle en ella de todo corazón media docena de ruidosos y apretados besos, se le llenaron los ojos de agua. Luego vinieron también mis hermanas, y Juliana, que había entrado al oír las últimas palabras de mi padre, dijo:

—Seguramente que escuchaba, señor; pero no era por curiosidad, era por afecto; ¡hace veintitrés años que estoy en casa!

El beso de Luisa y el de Ana resonaron casi á un tiempo sobre la mejilla derecha y sobre la mejilla izquierda de Carlos, que á entrambas las estrechó cariñosamente contra su pecho. No creo haber hallado jamás á mi padre tan visiblemente conmovido.

—No te reprendo, amiga — dijo, contestando á las excusas de Juliana;—has entrado joven en nuestro hogar de jóvenes... y he aquí que juntos nos hemos ido haciendo viejos. De seguro, de seguro que no es curiosidad lo que sientes; es afección, ya lo sé, y haces bien: quieres á los que te quieren, Juliana.

Esta hizo una reverencia sin poder hablar, porque la emoción la embargaba.

Y mi padre continuó paseando su mirada sobre todos nosotros:

—Aquí faltan dos. Nuestra monja, que habrá ya recibido mi visita, pues que me ve en sueños siempre que estoy enfermo, y nuestro militar, que estará tal vez de excelente humor, el pobre palomino aturdido... Yo quisiera tenerlos aquí... por Setiembre vendrán... pero para veros cuando no estáis no tengo más que mirar á vuestra madre; á todos os encuentro juntos en su corazón.

Su sonrisa era cada vez más dulce, pero más triste.

—¿No será posible—dijo de repente cerrando los ojos—el abandonar este mundo miserable sin tener el alma desgarrada?

—¿No querrás, al fin, descansar?—le dijo mi madre.

Transcurrió algún tiempo sin que respondiese. No sabré yo encarecer lo que había de sosiego, y aun de bienestar físico, en la melancolía de aquel semblante, que parecía iluminado por dentro á través de un transparente, y rejuvenecido, y embellecido. Todos pensábamos lo mismo que Juliana dijo á media voz al volverse á su cocina.

—¡El pobre señor, buena necesidad tenía de aquella sangría!

Cuando mi padre volvió al fin á tomar la palabra fué para responder á la pregunta de mamá.

—No—dijo,—no tengo ganas de dormir, y es preciso que hablemos un rato en serio todos juntos. Yo creo que Dios me ha firmado una nueva prórroga para que me quede entre vosotros, hijos míos; pero ¿por cuánto tiempo? Lo que acaba de suceder es un aviso, y aun cuando hubiera de tener todavía muchos años de vida para amaros aquí abajo, bueno es que todo el mundo esté preparado, así el que se va como los que se quedan. He aquí por qué deseo atar todos los cabos y dejarlo todo en regla. No ha de ser cosa de mucho, y así, os tendré un instante más apiñados aquí en redor mío. Carlos el juicioso ha adivinado la verdad de la situación. ¿Cómo? Yo no lo sé, porque no ha tenido, en verdad, muchas ocasiones de trabar conocimiento con el mundo. Quizá hay madera en él para un buen juzga-

dor y conocedor de situaciones. Y tanto mejor para nosotros, porque ahí está todo el secreto de hacer carrera en este mundo; y por otra parte, Carlos no nos abandonaría jamás, aun cuando llegara á subir muy alto. A mí no se me ha tratado bien nunca en mi vida; los que hayan podido tratarme mejor, tienen conciencia de ello; y si yo desapareciese de repente, tendría lugar en pos de mí un tardío movimiento de justicia, estoy seguro; porque las tres cuartas partes y media de los hombres son naturalmente inclinados á demostrar sensibilidad ante las tumbas. Aman al que ha muerto con tanto más motivo cuanto que ya no le temen. En el caso de que hablo, Carlos obtendría una colocación en el acto, ó á más tardar, al día siguiente; por otra parte, la pensión de mi mujer sería señalada con esplendidez; le darían una buena propina á Juanito, y aun el ajuar de novias á... ¡Vaya! no quiero lloros; estamos arreglando con anticipación nuestros asuntos, con mucha anticipación, y todo esto para venir á decirle á nuestro Carlos que posee dos buenas cualidades, que están muy cerca de ser dos defectos: la formalidad, que constituye su gloria, y la economía, que le ha valido muchas pullas, aun aquí en casa. Ya ves, hijo mío, cómo no te juzgaba yo del todo mal, ¿no es así? Y si he de decirte con franqueza todo mi pensamiento, yo confío en ti tanto como en mí mismo, y un poco más acaso. Acepta, pues, mi consejo, hijo mío, tú que eres la confianza de tu padre. La formalidad no es formalidad sino á condición de ser tolerante, atemperada por la indulgencia, iluminada por el discernimiento. Estas cosas son realmente la formalidad misma; pero nos-

otros ya sabemos en qué sentido empleamos la palabra formalidad tratándose de ti. No hemos sido siempre contigo lo que tú merecías. Sé indulgente cuando seas aquí el amo, y deja á un lado la economía siempre que se trate de tu madre y tus hermanas.

* * *

Carlos escuchaba con los ojos bajos en medio de todos nosotros, que nos deshacíamos en lágrimas porque el sesgo que había tomado la conversación nos volvía de nuevo á las más dolorosas impresiones de la velada. Mi padre era el que no estaba triste, y aun en la breve alocución que acababa de echar á Carlos había mezclado de cuando en cuando algún tantico de ironía entre muchísima ternura. Carlos era de todos nosotros el único que no tenía sus puntas de burlón; tenía más bien, de mi madre, un carácter risueño y franco, á la buena de Dios.

—Acabóse—añadió papá en un repentino arranque de alegría, que nos hizo sonreír á todos con los ojos mojados;—el señorito Carlos sabe ya tanto como yo, y desde ahora, el primero ó la primera que llore pagará una prenda. Aquí donde me veis soy capaz de tomarme mañana un día entero de vacaciones.

—¡Un día!—repitieron á una voz mi madre y mis hermanas.

Y mi madre añadió:

—¡Si creerás que te vamos á dejar trabajar ni en quince días!

En el semblante de papá se dibujó el asombro.

—¡Carlos!—exclamó.—Te confiero decididamente la

regencia, porque te conozco capaz de obedecerme como un esclavo. Tú me ayudarás á meter en carrera á todas estas mujeres insurreccionadas. ¡Pobres hijos míos! ¡aún no os veo bastante alegres! Ahí está Anita que parece una desenterrada, y Juanito tiembla todavía como un azogado, y Luisa tiene su semblante de las grandes solemnidades, y mi mujer no se rie más que con un ojo. ¿Qué hora tenemos?

El reloj del salón comenzó justamente á dar horas; contamos, y eran las once.

—No os olvidéis de dar cuerda á mi reloj. ¡Nada más que las once! ¡Las cosas que pueden pasar en nada de tiempo! ¿No eran las seis cuando me caí?

—¡Si no te has caído!—replicó mi madre con viveza.

—¡Bueno!—dijo mi padre.—¿Á que vais á tener miedo de darme miedo, y andar en tapujos conmigo, como con el pobre tío Miguel cuando tuvo su ataque de sangre? Si queréis, os iréis á acostar cuando dé la media.

—Todas estas pobres criaturas están muy cansadas—dijo mamá, que buscó este rodeo para no ponerle por delante á mi padre el propio desfallecimiento suyo.

—Lo que es por mí—dijo él,—me estaría hablando como ahora hasta la mañana. Vosotros os iréis cuando queráis, queridos míos; pero juntaos aquí para que os estreche á todos contra mí... y ponte tú delante, Carlos; nunca te había visto tan bien como esta noche.

—¡Está visto—dijo Luisa—que el *juicioso* está de moda!

—¡Qué calamidad serías tú—murmuró papá—si no tuvieras ese hermoso corazón! ¡Pero qué casa ésta más

graciosa!... Nadie me ha preguntado todavía cómo me comenzó el mal. Por lo menos no sois curiosos.

—Tú, tú si que eres malo—le dijo mi madre, presentándole una cucharada de la poción;—yo no soy médica, pero estoy segura de que has hablado ya demasiado.

Mi padre rechazó la poción y dijo:

—Abrázame; es verdad que ya no valgo nada... Pero escucha otra cosa: en lugar de tu medicina preferiría cenar.

Mis dos hermanas se fueron volando inmediatamente, y se las oía andar con la vajilla en el comedor; pero luego volvieron con las manos vacías, diciendo:

—¿Qué le traeremos á papá?

—Eso era lo que había que saber antes de haberos ido—las respondió mamá.

Y todo el mundo se echó á reir, pues que papá dió la señal el primero. Juliana hizo á poco su segunda aparición solemne con una bandeja, en la que traía una taza de sopicaldo, una pechuga de pollo y unos dulces. Había obtenido un modesto triunfo sobre mis hermanas, y las permitió que sirviesen ellas mismas á su querido enfermo.

Cuando pienso en aquella hora tan tranquila y tan feliz, encajada entre los recientes terrores de la velada y el profundo duelo que iba á venir en seguida, me vuelvo niño para sentir de nuevo, con tal viveza de impresión que nada es capaz de embotar, la serie de nuestros temores y nuestras esperanzas, de nuestras inquietas alegrías y de nuestras seguridades, no exentas, por cierto, de amenazas terribles.

—¿Lo ha permitido el doctor?— preguntó papá echando sobre la bandeja una mirada glotona.

—Bien comprendes—le replicó mamá—que nos hubiéramos negado redondamente á darte de comer si el doctor no lo hubiera mandado.

—¿Y qué es lo que ha dicho que puedo comer?

—Lo que tú quieras.

En la mirada de mi padre se manifestó cierto asombro.

—¡Ah—dijo,—el buen Olivier sabe que soy un tragaldabas!

Y rehusando la sopa y la carne fría, hizo que Luisa le preparase una torreja de pan con manteca y miel, al estilo de nuestro país. Comió con gusto, casi con gula, y cuando concluyó la torreja, pidió otra. Después bebió como un dedo de vino puro, y dijo:

—Cuando se está enfermo, el vino no parece bueno; es así que el vino me parece muy bueno: luego yo no estoy enfermo. Vamos á ver, señor *juicioso*, ¿que tiene usted que reprender en este silogismo?

—Es decir, ¿qué te sientes enteramente bien?— le preguntó mamá.

—Enteramente, excepto un vacío que tengo aquí (y señalaba al cráneo); es sin duda que toda la sangre se me había reunido en la cabeza, y el buen doctor la ha hecho bajar. No me quejo de esto, porque esa era precisamente mi enfermedad... Pero ¡es bien extraño lo que pasa en nuestro pobre mecanismo! Yo estaba admirablemente bien, trabajaba como un tigre, y tenía el corazón satisfecho porque empezaba á tocar el entronque, el verdadero fundamento, para demostrar claro

como la luz á esos señores que no ha lugar á seguir el proceso en el negocio del desgraciado Sicard... Y á propósito, señorito Carlos, fijate bien en esto por si fuera necesario: todo lo que concierne á este proceso de Sicard se halla en la segunda carpeta de la izquierda, excepto la página en que iba á escribir cuando me comencé el mal. Hay en esta carpeta una nota detallada de los documentos, la carta de que te he hablado, que no es más que para ti, y además un resumen. En caso de impedimento por mi parte, sería preciso ir, lo más tarde el miércoles, á casa del presidente con los documentos que he rubricado con tinta encarnada, y leerle tú mismo el resumen, añadiendo que exijo de su buena amistad una hora de seria atención para compulsar los documentos rubricados; hay seis, pero no son largos. Lo harás así, ¿no es verdad?

—Así lo haré, padre mío.

—¡El decir que ese Sicard le bulle todavía en la cabeza!—murmuró mi madre, y añadió:—Pero, dínos, ¿qué es lo que has tenido?

—Casi no sé—respondió papá;—era á la caída de la tarde. Yo hubiera querido veros, y estuve á punto de llamar...

—¿Para qué?

—Para charlar. Tenía así como mucha gana de reir y de hacer saltar á mi Juanito. Después, de repente, me puse triste; comencé á pensar en cosas que me dan pena; y la verdad es que no tenía motivo para darme tormento... ¡Como si no hubiera Providencia que cuidara de nosotros! Seguía escribiendo, sin embargo, y aún iba bien lo que escribía. Llegó un momento en

que me pareció que la ventana que tenía á mi derecha se ponía encarnada. Volví la cabeza para verla de frente, y la ventaba estaba blanca como de ordinario; mas apenas tornaba los ojos al papel, veía de soslayo la ventana roja. Al propio tiempo se me hacían ondas sobre el papel que se movía. El punto donde mis ojos se fijaban estaba negro, orlado de color de naranja; todo alrededor había ondas de color rojo, unas muy brillantes, otras apagadas como la ceniza. Iban comiéndose las unas á las otras, y las negras cambiaban de sitio conforme hacía yo vagar la mirada. Estuve así mucho tiempo sin asustarme. Al principio examinaba aquello como una cosa curiosa, para después contároslo. Sentí como cansancio en el cuello, después un dolor en la nuca, no muy grande; pero tenía la cabeza pesada, y cuando llevé las manos á ella advertí que estaban heladas y que la frente me ardía. Esto me sucede á menudo. Volví á coger la pluma, sin ocuparme ya en ello, y quise acabar una palabra que había dejado á medio escribir. ¡Entonces sí que de veras tuve miedo, pero mucho miedo!... No reconocía ya aquella palabra, que era para mí hebreo. Y á la hora de ésta aún no sé lo que era aquella palabra...

Pareció como que hacía memoria, y después añadió:

—No, yo no lo sé.

Mamá dió la vuelta alrededor de la cama para ir hacia la mesa del despacho. Me figuro que quería ver la palabra.

Y lo mismo debió pensar mi padre, porque la dijo con voz bastante alterada:

—¡No, no! no vuelvas la hoja; la he puesto yo adrede

del lado del revés para no volver á ver esa palabra en medio de la que he perdido la facultad de pensar. Me parece que si la viese volvería á recaer...

Y experimentó un fuerte estremecimiento, y sus ojos manifestaron el espanto propio de un niño.

Mi madre no tocó la hoja vuelta, y se volvió á su sitio.

Yo por mi parte hubiera querido ver aquella palabra, que ya me figuraba terrible.

Papá continuó:

—Si no llego á volver la hoja, hubiera caído muerto sobre esa palabra... y aun la veía á través del papel. Quise levantarme. La mesa andaba y se balanceaba como un navío. Después, lo que á esto siguió ya no lo sé, ni volví á dar cuenta de mí hasta el momento en que me vi en la cama envuelto en sangre, y á Olivier con su lanceta y con los brazos remangados. Me alegro de haberos dicho todo esto, porque ya no hablaremos más de ello nunca... nunca.

*
* *

Sus párpados fatigados se cerraron, y mamá nos hizo seña de que no nos moviéramos; pero esta vez tampoco se durmió; volvió á entreabrir los ojos para mirar primero á mis hermanas, después á mí, que comenzaba de nuevo á temblar sin saber por qué, pues él no tenía mal semblante.

—Estoy bien—nos dijo,—y pasaría una buena noche si mi Juanito tuviese siquiera unos quince años. Y eso que, á decir verdad, hay tres que aún tendrían necesidad de mí.

—¡Oh!—exclamó mamá.—¡Todos tenemos necesidad de ti!

Ana y Luisa se le apoderaron de las dos manos; las atrajo hacia sí y pronunció de nuevo mi nombre.

—¡Vosotros tres!—dijo.—Antes de dormirme quiero acabar de vaciar el saco para no volver ya más á este asunto. Contra vosotros tres, sobre todo, he pecado. No es broma. ¡Bah! El buen señor Jamond me ha regañado cuando estaba tan abatido. Me ha regañado en el momento de ir á darme la absolución... Bien sé que ya no era yo el mismo, y que Dios nos juzga según el estado en que nos encontramos; pero, escuchad, hubo un instante en que he sido un mal padre, un mal marido, un mal hombre y un mal cristiano. El trabajo, que ha sido mi vida y como el aire que he respirado desde hace más de treinta años, me dió horror de repente. Me he sentido dominado por el cansancio, por el disgusto, por el descorazonamiento... y aun todo esto es poco decir. He pedido favor como un cobarde y como un perezoso, y he dicho: «¡No puedo más, basta, basta, renuncio!» Y he añadido: «Dios mío, habéis cortado en dos mi última palabra para que no se termine nunca. ¡Que sea, pues, mi fin! Me he tambaleado y he caído bajo el peso de mi cruz; no me levantéis: yo lo imploro de vuestra piedad divina. Haced muy felices, dad el sosiego á los que os dejo tras de mí. No me sanéis, ¡Dios mío! Hanse agotado completamente mis fuerzas, y os suplico me concedáis el reposo después de haber concluído mi jornada».

Hizo aquí una pausa, en la que sentí latir con fuerza mi corazón; Carlos lloraba.

—¡Ya veía yo—murmuró mi madre con acento desgarrador—que el trabajo te hacía daño! Hace tiempo que odiaba yo esa mesa, en donde te sientas como para sufrir el tormento.

—¡Oh, no!—exclamó papá.—Es simplemente un minuto de extravío. ¿Tenía yo acaso la cabeza firme? Eso no es verdad. Yo amo mis tareas... y aunque las detestara, ¡os amo á vosotros tanto, y es para mí una dicha tan grande trabajar para vosotros!... Los que me perdonen, que levanten el dedo...

Nos arrojamos sobre él todos á la vez; y aún andaba Juliana por allí cerca, pues la oímos sollozar.

—¡Pobrecito, pobrecito mío!—balbució mi madre sin saber lo que decía.

—Vamos, vamos—repuso papá;—ya veis que Dios no ha oído mi mala oración. Ahora que me habéis perdonado, voy á dormir; que todos hagan lo mismo: no tengo necesidad de nada ni de nadie. Buenas noches, queridos míos, buenas noches...

Y así diciendo, reclinó sobre la almohada su faz sonriente, y yo creo que dormía ya al pronunciar la última palabra.

Todos queríamos velarle; tuvo mamá que hacer uso de su autoridad para enviarnos á nuestros cuartos, y aun fué menester el miedo de despertar á nuestro querido enfermo para reducir á mis hermanas á la obediencia. Nos retiramos todos al fin, bien á disgusto nuestro, y sola se quedó mamá en la silla poltrona, que aproximó á la cabecera. Juliana recibió también orden expresa de ir á descansar.

Carlos se metió en la cama después que hubimos

hecho juntos y muy bajito una breve oración. Había yo dejado adrede la puerta entreabierta, y antes de acostarme pude ver á mamá, que había cogido de nuevo el Crucifijo y le tenía entre las manos mientras rezaba el rosario.

—Entrega el corazón á Dios, Juanito—me dijo Carlos,—y duerme tranquilo. Mientras vivas te acordarás de esta noche. Somos hijos de un santo...

Serían las once y media; yo no sé si Carlos se durmió en seguida, mas de mí sé decir que no oí dar las doce.



IX

La sonrisa de papá.

El deseo de Carlos no debía cumplirse.

Hallábame yo demasiado violentamente conmovido para poder dormir con tranquilidad; así fué que, tras de un breve sueño, me desperté sobresaltado, soñando que papá me llamaba en su auxilio.

No había nada de esto. Reinaba completa calma en el gabinete, en donde mi madre seguía velando y rezando, y me volví á dormir después de haber ido hasta la puerta á echar una ojeada al sueño de papá, que me pareció dulce y profundo.

En cuanto me quedé otra vez dormido, torné á soñar que papá me llamaba en su ayuda. Estaba todo él de color de escarlata, como le había visto por la tarde: el pecho, la cara y hasta la cabeza tenían color de fuego. Luchaba contra el doctor Olivier, que trataba de curarle, y él no quería dejarse curar, y se quejaba con voz débil, como de un niño, diciendo:

—¡Yo que te quiero tanto, Olivier! ¿Por qué te empeñas en que trabaje todavía, cuando no puedo más? ¿No he trabajado ya bastante en ese sillón y delante de esa mesa? No soy yo quien ha cortado la palabra; yo quería acabarla... Mi última palabra... la muerte es la que se ha deslizado entre ella y yo...

Y con el dedo crispado apuntaba á una hoja de papel en donde había una palabra que ni él, ni el doctor, ni yo podíamos leer, pero que era terrible, sin embargo.

El esfuerzo que hacía yo por descifrar aquella palabra, que no era una palabra, sino yo no sé qué, una sangría abierta, una quemadura en carne viva, una herida sangrando, chorreando, me bañaba de sudor frío, y papá decía con voz tenue y suave:

—Jamás se ha visto palabra parecida, Olivier; su comienzo está en la tierra y su fin en el cielo. ¡Oh! te lo suplico: soy el perro echado á los pies de su dueño; ten piedad de mí, no me cures.

Y como un perro, en efecto, le veía yo, echado á los pies del Santo Cristo grande de nuestra parroquia. Tenía la cabeza ras con ras de la tierra, se fatigaba, resoplaba, y le colgaba la lengua, como la de los perros rendidos por el cansancio. Un dolor profundo me oprimía el corazón; creía estar viendo la agonía de un perro, y lo que veía era el martirio de mi padre.

*
* *

Tú escribirás todo esto si puedes, y añadirás que no tenía yo más que diez años cuando vi en sueños esta imagen terrible de la condición del hombre aquí abajo.

Y dirás que este perro con la lengua afuera, este vencido por las amarguras de la vida, este pobre justo, mi padre, en fin, no había perdido el valor sino en la mentira de su delirio ó en la mentira de mi sueño.

En realidad moría sufriendo con la alegría de los héroes y de los santos.

Y es verdad, sin embargo, que espiraba jadeante, con la lengua en el polvo, á los pies de Dios crucificado; pero él no pensaba, soldado valeroso como era, acortar ni un minuto la hora de su dura fatiga; amaba ardientemente su puesto de sufrimiento; se olvidaba á sí mismo por nosotros, que vivíamos de su sustancia, y al paso que elevaba por nosotros las ternuras de su oración hasta las llagas de Jesucristo, decía por lo tocante á su persona:

—¡Señor: yo no deseo más sino que se haga vuestra santísima voluntad!

No hay nada más grande sobre la tierra que el trabajo improductivo. No hay nada tan hermoso como una elevada inteligencia que se gasta con resignación, sin protestar ni murmurar, en el roce de un labor incesante y oscuro. ¡Que Dios derrame sus misericordias sobre los vencedores, recompensados por la fortuna ó por la gloria! Reguemos por ellos. Pero implorémos, al contrario, las oraciones de esos nobles vencidos, cuyo combate fué silencioso, y su trabajo desconocido, y su sacrificio castigado. Esos son los perros del Señor, humillados como el Señor; echan la lengua y les baten los ijares de la fatiga y angustia del Señor; han lamido el oprobio del Señor, y serán con él en la majestad de su gloria eterna...

Yo, en tanto, me esforzaba por ver el fondo de aquel sueño, en que todo parecía confuso, y experimentaba una angustia que iba creciendo sin cesar. Me parecía que mamá trataba de volver la hoja comenzada, la hoja donde estaba la palabra cortada, y que la palabra cortada se escurría y se enroscaba como una serpiente.

Desperté con el desesperado esfuerzo que hacía por gritar, y permanecí mudo de horror un instante. La respiración de mi hermano llegaba á mis oídos igual y tranquila.

Percibí no sé qué ruido que venía del gabinete, me tiré de la cama y corrí hacia la puerta.

La luz había cambiado de sitio.

Hacia un instante la lámpara estaba sobre el velador, cerca de mamá, que rezaba el rosario sentada en la poltrona. Ahora ya no había nada sobre el velador más que el medicamento y la cuchara. Mamá, según me pareció, se había dormido; conservaba cruzadas las manos, pero el Crucifijo se la había deslizado hasta encima de las rodillas.

He dicho «según me pareció», porque mamá estaba en lo oscuro, y en el primer instante ni aun sabía yo de dónde venía aquel poco de luz que continuaba alumbrando el gabinete, como si la lámpara, medio apagándose, estuviera oculta detrás de una pantalla.

Encontrábame todavía bajo la impresión del sueño, y sentía grande turbación en mi espíritu; así es que comencé por dudar del testimonio de mis ojos, cuando al pasar la vista de la poltrona á la cama, la hallé vacía y toda revuelta.

Seguramente debía de engañarme: á veces es uno juguete de ilusiones singulares, sobre todo por la noche, cuando ciertas claridades misteriosas hacen medio visibles las tinieblas.

Pero por otro lado, á pesar de ser tan niño, no ignoraba que esas enfermedades inflamatorias del cerebro pueden traer catástrofes funestas; nosotros tenía-

mos una tía que se precipitó por la ventana en un acceso de fiebre. Miré apresuradamente hacia la ventana, y estaba cerrada. Esto, sin embargo, no me tranquilizó, porque una segunda mirada que dirigí á la cama me convenció por entero de que mi padre no estaba allí.

Mamá suspiró en su sueño. Era verdad que dormía. ¡Pobre mamá! Había velado siete noches seguidas, sin cerrar los ojos, durante la larga enfermedad de mi hermano Francisco, el militar, pero ahora, no sé si te lo he dicho, acababa de salir de una crisis, y el doctor se servía de la morfina para adormecerla los dolores.

Juliana roncaba al otro lado de la puerta entreabierta que comunicaba con el cuarto vecino; había arrasado allí un colchón para estar bien cerca de «su amo». En rigor, mi padre había podido huir y pasar al lado de Juliana sin despertarla. Mis hermanas, que dormían al otro lado de la sala, no hubieran podido ni verle ni oírle.

Todo esto se me iba subiendo á la cabeza, é iba ya á dar la voz de alarma, cuando hirió mis ojos el objeto mismo que me ocultaba los rayos de la lámpara: la pantalla.

La lámpara estaba casi apagándose á mi izquierda sobre el mismo escritorio, en el sitio donde papá trabajaba habitualmente, y dibujaba una aureola de tenue claridad alrededor de un objeto de volumen considerable que servía de pantalla, y que ocupaba el sitio donde estábamos acostumbrados á ver el sillón de cuero. Este objeto, por lo demás, no tenía para mí forma ninguna

precisa, y como tiraba á blanco, le tomé por un montón de ropa de camas.

Maravillábame, sin embargo, porque no estaba allí cuando mamá se había quedado á velar, una ó dos horas antes.

—¡Buen quehacer tendríá en adivinarla!—dijo en este momento muy cerca de mí la voz de papá, que me hizo dar un brinco.—No la hallaré jamás; no era una palabra, era lo contrario de una palabra: una palabra es el signo de un pensamiento, y ésta representa el trabajo de la mano, que continuaba funcionando cuando me faltaba ya el pensamiento...

Hablaba bajo y con calma. Al mismo tiempo el objeto, ó sea la pantalla, se movió, y vi que el objeto era mi mismo padre, que al dejar la cama se había arrebujado en la colcha.

Por qué se había levantado, ya supondrás que ni siquiera me lo pregunté: lo sabía. Se había aprovechado del sueño de mamá para saltar del lecho, llegar al sillón y volver la cuartilla.

¡La cuartilla donde estaba la palabra!

Tal vez estaba allí desde hacía mucho rato, con la cabeza entre las manos y los ojos fijos en aquellas sílabas enigmáticas cuya reunión presentaba á su mente un problema insoluble. Yo no le veía los ojos, pero adivinaba que ardían. A decir verdad, no distinguía yo nada de él, porque le veía de espalda y no presentaba á mis ojos más que una masa informe arrebujada en la colcha; pero para mí había en aquel envoltorio una fisonomía que dejaba traslucir el inmenso deseo de penetrar el misterio.

Y comprendía tanto mejor este deseo, cuanto que era mi mismo deseo mezclado de infantiles terrores. Yo me figuraba aquella palabra como un abismo oscuro ó como un foco deslumbrante. ¿Se perdía en las sombras de la noche, ó lanzaba relámpagos? Hay en la Escritura palabras insondables y palabras que aterran.

Mira: si tendría yo gran respeto á mi padre, cuando en mi deseo desenfrenado de ver no me escurrí detrás de él para mirar el papel por encima de sus hombros. ¡Estaba tan seguro de que hubiera podido leer, descifrar, adivinar, saber!...

* * *

Mi padre siguió hablando, y decía:

—Mientras exista me estará tentando. Y siempre, siempre aceptaré el desafío de esta monstruosa charada, que no tiene más que su *primera*, dos letras de su *segunda*, y cuyo *todo* se pierde más allá de los linderos de la vida. Evidentemente ha venido por sí sola; no tiene la tal ninguna conexión con las frases que preceden, trazadas y pensadas por mí. No era yo, pues, quien escribía. ¿Quién era?... Añadiendo algunas letras á las que tiene ya, se llegaría á formar el grito de este horrible desaliento que ha entrado en mí, sin ser mío, cuando yo ya no era yo... ¡Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo! ¡Vete de aquí, ángel malo y condenado! Ya tengo otra vez las manos heladas y ardiendo la cabeza por haber conversado contigo, aun cuando haya sido para rechazar la tentación de tu enigma. ¡Enemigo! ¡Anda afuera!...

Y rasgó la hoja en dos, después en cuatro, y luego

en un número infinito de pequeños fragmentos. Quiso levantarse, pero no pudo, y se llevó á la frente ambas manos temblorosas, murmurando:

—¿Qué adelanté con destruirla? Todavía la veo... Señor, bien sabéis que yo quiero vivir. Yo no he escrito esto, no, lo juro. ¡Me aman tanto! ¡Y hay tres, por lo menos, que tienen todavía necesidad de mí! ¡Os lo pido, Jesús mío, de todo corazón: dejadme todo el peso de mi vida! ¡No era yo, no... yo no era el que os pedía la muerte!...

Entonces me vino la idea de que tal vez Dios iba á recompensarle con la muerte; mas un instante después consiguió levantarse sin gran esfuerzo; se volvió, y al descubrirme inmóvil detrás de él no manifestó sorpresa alguna.

—Ya que estás aquí, Juanito—me dijo,—ayúdame á arreglar la cama, y no despiertes á nadie.

No tenía mal semblante. Pusimonos á arreglar la cama, operación que quedó muy pronto concluída, y luego se acostó él solo, exhalando un suspiro de bienestar, como el que ha hecho un largo viaje y se sienta al fin del camino. Yo experimentaba por aquel momento, y como por contagio, el mismo sentimiento de satisfacción y de consuelo. Mi emoción era solemne, aunque bastante vaga.

No lo comprendía yo todo; pero había cosas que comprendía quizá mejor que un hombre hecho y derecho. Es indudable para mí que estuve entonces más cerca que hoy de penetrar el misterio de aquella palabra mutilada, fuese oración, amenaza ú oráculo.

Hoy ni siquiera sé ya si había en ella misterio, pues

que la suerte común de los hombres es que se les quede la palabra cortada al medio en la hora gloriosa ó funesta en que sus días se pierden y se anegan en la eternidad.

—Juanito—me dijo mi padre, que tenía los ojos medio cerrados como para saborear mejor alguna alegría íntima,—tú no estás todavía cansado. La vejez es el cansancio. Hay algo de bueno en el cansancio, y es la sed de reposo... ¡Ah! Yo amo el trabajo, y le amaré todavía si Dios quiere. Los que son ricos no conocen esta dicha sin igual de gastar la vida, de consumirla gota á gota, como tu madre hacía contigo cuando eras chiquitín y te daba su propia sustancia á beber y á comer. Los pobres son ricos dentro de sí mismos, y los ricos son pobres... ¿Vas muy adelante en el Catecismo?

—Ya le sé todo—le respondí, no sin cierto orgullo.

—Dime: ¿quién es Dios?

—Dios es una cosa la más excelente y admirable que se puede decir ni pensar; un señor infinitamente bueno, sabio, justo, poderoso...

—Sí—dijo interrumpiéndome;—es la verdad, tienes razón; Dios es infinitamente bueno, es todo amor, el amor salvador... Coge el Crucifijo de encima de las rodillas de tu madre, Juanito mío, y dámele. Tengo necesidad de mi Dios para dormir bien y mucho.

Cogió el Crucifijo que yo le alargaba, y oprimió los pies contra sus labios.

—Cuando cierres los ojos—me dijo mientras besaba los pies de Jesús crucificado—acostúmbrate á ver lo vivo de estas misericordiosas heridas, y acuérdate que es Él, Él sobre todo, quien se da en alimento y bebida

á sus hijos. ¡Pecho generoso, pródigo manantial!... ¿Qué tal amas á Dios, Juanito?

—De todo corazón y sobre todas las cosas, queriendo antes perderlas todas que ofenderle—respondí, siempre agarrado al Catecismo.

Me miró con una mirada que era una tierna y dulce caricia; después pronunció muy bajito:

—Es bastante; quizá no se pueda decir más. ¿Y á quién amas después de Dios?—volvió á preguntarme.

—Á ti y á mamá.

—Á mamá primero—me interrumpió con viveza.—El amor de la madre es el que está más próximo al amor de Dios, por razón de la sangre, por habernos llevado en su seno, por derramar por nosotros tantas lágrimas. El alma de Jesús es una madre... ¡Ay, Juanito! ¡Si tú supieras cuánto lloro los días en que aún no había aprendido á amar á Jesucristo con todo el fervor, con toda la fuerza de mi sér, y á los hombres, mis hermanos, como á mí mismo por el amor de Jesucristo! Esto es una ley; mejor dicho, la ley. No es la naturaleza; está por encima de la naturaleza. Esto se aprende en la verdad, en la fe, en el dolor. Es una ciencia; mejor dicho, es la ciencia. ¡La grande, la única ciencia!... ¡Oh Corazón de Jesús! ¡Cielo abierto! ¡Cómo es posible hallar un solo enemigo de vuestras ternuras adorables!...

Era esto como una especie de cántico pausado y dulce que se desprendía de sus labios, y á cada una de sus pupilas asomaba una lágrima que brillaba débilmente. Yo no había visto ni oído jamás nada parecido.

Carlos era piadoso, pero de otra manera, y mamá no sabía más que sus oraciones.

Hasta entonces miraba yo á mamá, y sobre todo á Carlos, como devotos de primer orden. Papá no hablaba nunca de religión. Decía en voz alta el *Benedicite* y la acción de gracias antes y después de la comida; nos rezaba las oraciones de la noche; pero fuera de esto, en los cortos instantes que pasaba con nosotros, charlaba, reía, y sus historietas de dos minutos tenían á menudo un tinte jocoso.

Una vez que me habían mandado ir á llamarle para comer, le sorprendí arrodillado delante del Santo Cristo de su biblioteca, y me quedé asombrado.—¿Crefas tú, Juanito—me dijo levantándome en brazos,—crefas tú que yo tenía aquí á nuestro Dios y Redentor no más que para adorno?

No, seguramente, yo no creía eso; pero lo cierto era que el doctor Olivier no le mezclaba jamás en las «bromas» con que acosaba de ordinario á mamá, á mis hermanas, y á Carlos, sobre todo, á quien el buen hombre quería de veras; pero le llamaba mogigato, ni más ni menos que los pilletes del Instituto.

Estaban además todos acordes en la Audiencia, en la Universidad, y entre las personas sabias de la población, en reconocer que papá tenía una fe «ilustrada».

Toma tú la cosa como quieras; pero lo que es á mí no me alegraría nada que hablasen de mí de esa manera en ciertos centros.

La fe *ilustrada* de esos señores se parece á la república *moderada*, ó al liberalismo *conservador*, que derriban las iglesias, arrasan los conventos, y con sus constantes vacilaciones hacen temblar á todo el mundo.

Yo no puedo ocultar que en aquel tiempo me gus-

taba bastante oír las alabanzas prodigadas á papá por su *fe ilustrada*. No era yo enteramente una de esas bestiecillas materialistas que infestan ahora nuestras escuelas; pero el fervor no me sofocaba tampoco, y estaba contento de poder oponer la *fe ilustrada* de papá á la *mogigatería* del caballero Carlos. Aquella *fe ilustrada* me redimía y me rehabilitada, por decirlo así, para con mis compañeros, cuyos papás tenían el honor de ser liberales, porque entonces se estaba en pleno liberalismo; y lo que de allí salió ya tú lo sabes.

Pues bien, á pesar de todo cuanto pudiera decirte, el cántico de suave piedad que se exhalaba de los labios de mi padre, y que no parecía ser de mi padre mismo tal como yo le había comprendido y le había visto hasta entonces, no me causó el menor asombro; así como tampoco me admiraba gran cosa el que aquella palabra penetrante conmoviese fibras en mí que me eran desconocidas. Yo estaba ya sobre aviso y bien preparado por las grandes emociones de la velada.

En medio de las sensaciones desconocidas y los sentimientos nuevos que aquella noche experimentaba yo, los hay tales, que ni siquiera debía tratar de comunicártelos á causa de su naturaleza, ó demasiado vaga, ó completamente contradictoria; pero hay algo en mí que me impulsa á decírtelo todo, y luego allá verás; aquello que no puedas expresar en toda la integridad de la impresión por mí comunicada, queda de cargo tuyo el descartarlo.

Así, por ejemplo, yo creía á mi padre fuera de peligro; en la superficialidad de mi pensamiento era cosa convenida que la muerte ya no amenazaba, al menos

la muerte próxima; y sin embargo, la idea, ó el *sabor*, más bien, de la muerte, rebosaba en mí.

Para hacerte comprender esto necesito volver á hablarte en sueños. Por encima, y en redor de mi confianza real, andaba rondando una inquietud, que no entraba dentro de mí, pero que trataba de entrar, como sucede en medio de una pesadilla cuando uno pretende tranquilizarse con el conocimiento vago que tiene de estar sufriendo las ilusiones del sueño.

No hay más sino que en el caso presente era el contento y la paz lo que yo tenía en mí, y el conocimiento vago de la desgracia era lo que rondaba en torno mío como un despertar terrible.

Momentos había en que la ansiedad exterior se me acercaba tanto, que me hacía sentir un verdadero malestar físico. Entonces miraba yo á mi padre, cuya fisonomía serena retrataba, no solamente la ausencia de todo sufrimiento, sino además la gratitud, la confianza, el valor, la dicha.

Las señales de una vejez anticipada, que, desde hacía algún tiempo sobre todo, se mostraban en su semblante, habían desaparecido. Tompoco le quedaba ningún síntoma de calentura.

Estaba arrebatado en espíritu. Su meditación llegaba á esas alturas heroicas adonde la palabra del celebrante, con toda la bizarra concisión de una voz militar de mando, nos llama en el santo sacrificio de la Misa. *¡Sursum corda!* dice el sacerdote; como si dijera: «¡Armas al hombro! Porque vuestra arma es vuestro corazón». A lo cual responden los fieles, obedientes como el soldado: *Habemus ad Dominum*; es decir,

«nuestro corazón, que es nuestra arma, está presto para el combate del Señor».

Ahora trasládate á los tiempos en que esos admirables diálogos de nuestra liturgia tenían lugar en la noche de las catacumbas, entre el mártir oficiante y los mártires que rodeaban el ara del altar, todos conocedores del edicto del César, todos preparados para el tormento.

«¡Arriba los corazones!» ¡*Sursum corda!* ¡Cuán grandes son nuestras tradiciones católicas; cuán preciosos nuestros recuerdos cristianos! *Habemus ad Dominum.* «¡Oh, Señor, nuestros corazones... ahí los tenéis!»

Lo que hablaba en las facciones de mi padre era el sentimiento mismo expresado por esta sagrada contestación, tan afectuosa, tan sencilla y tan bella. Su corazón estaba todo trasportado, enteramente elevado, presto del todo, y él le elevaba todavía más, encumbrándose á tan alto espacio sobre las cimas de la tierra, que para seguirle me eran necesarias las alas de mi candor de niño.

Me acuerdo perfectamente de las alturas adonde aquella hora sublime trasportó y arrebató mi pensamiento; pero cuando quiero traducir en palabras lo que hay en mi memoria, no las hallo. Las cosas que veía y escuchaba eran ya del cielo, y nuestro idioma terrenal, que va á estrellarse contra el énfasis en cuanto trata de medir al Inmenso, ó de sondear al Altísimo, se quiebra entre mis manos, que han dejado de ser puras...

El amor, un amor acendrado, pero tranquilo, sin mezcla y sin medida, es el recuerdo que me ha dejado

aquella hora. Yo sé que mi padre al hablarme veía más allá de la vida, porque todo reflejo es engendrado por una luz; y ¿á qué foco hubiera podido arrancar aquellos rayos inefables si no hubiera estado contemplando al mismo Soberano Corazón de Jesús? Yo tenía diez años, ¡oh Corazón sacratísimo, que entreví á través del sereno éxtasis de un santo, como era mi padre! ¡Yo no os pido lo imposible, lo que además estoy lejos de merecer; yo no os pido la visión perfecta de vuestra gloria; pero yo os pido, yo imploro de vuestra misericordia infinita la gracia de volver á hallar dentro de mí la figura del Justo aquí abajo, aquella calma potente, aquella tranquilidad, aquella ternura inmensa y límpida en donde se miraba el amor mismo de Dios! Yo quisiera volver á hallar en mí la sonrisa de mi padre...

Mi padre había cesado de hablar hacía algunos momentos; pero aún no dormía, pues oyó sonar las dos de la mañana en el reloj de la sala. Sus ojos volvieron á abrirse.

—¿Todavía estás ahí, Juanito mío?—me dijo.—¿Te disgustaría que te mandase á la cama?

—¡Ay, papá! Déjame estar contigo... si quieres.

—Bueno; si quiero—me respondió,—sí quiero. Así, tú serás el que me habrás velado.

Después, mirando á mamá, que dormía con la cabeza inclinada contra el respaldo de la poltrona, añadió:

—Eso es la morfina del bueno del doctor... Buena falta tenía la pobre de sueño.

Quedóse en silencio por unos instantes, y noté que se ponía más pálido.

Cerró los ojos y volvió á estrechar contra su corazón el Crucifijo, que se le había caído á un lado.

—Carlos es de oro—me dijo de repente,—es de oro. Tú le quieres mucho, ¿no es verdad?

—Sí, papá mío; le quiero mucho, mucho.

—Es de oro; ahora lo veo mejor que nunca. Tú le recordarás los papeles del pobre Sicard. En el escritorio, á la izquierda... los documentos de prueba están todos juntos. También le dirás al doctor que he hablado mucho de él...

—¡Pero si vendrá él al amanecer! Al menos lo ha prometido...

—Naturalmente... ¡Pobre Olivier! ¡Dios le aguarde!... Tú le dirás...

Vaciló un momento, y después continuó:

—Tú le dirás... ¿Este año es cuando vas á hacer tu primera comunión, Juanito?

—Sí, papá, en el mes de Mayo; para entonces tendré ya casi once años.

—Le has de decir: «Doctor, papá me lo ha prometido; usted y yo haremos nuestra primera comunión en el mismo día».

En este momento fué cuando el miedo tornó á apoderarse de mí completamente, porque creí que le había vuelto el delirio. ¡Y sin embargo, su voz era tan desahogada y tan dulce! Luego añadió más despacio, como uno que se está durmiendo:

—Mira, Juanito, cuando te acuerdes de mí, has de acordarte de tu padre el de hoy, el de esta hora bendita...

—¡Ah, papá!—exclamé yo.--¿Por qué me hablas así?...

—¡Chit!—me dijo.—No despiertes á tu madre... Te hablo de esta manera porque esta hora es grande y la mejor entre todas las que he vivido. Mira lo que esta hora me ha enseñado, Juanito. Es menester amar, y no es menester más que amar. Es menester amar con todo el corazón, con toda la vida y con toda la muerte...

¡Jesús, Amor divino, amante de las almas, yo no os había conocido del todo hasta esta hora!... ¿Por qué lloras, Juanito?

No quise decírselo; pero me cubrí el rostro con las manos.

—Pobre hijo mío—murmuró.—No llores, por Dios, no llores. Tengo dos hijos que están lejos de mi casa. Tú les dirás que no les he olvidado. Se los entrego á la Santísima Virgen... y lo mismo á Luisa, y á Ana, y á ti, y á mi santa esposa... ¡Bah! Dios no muere, y nadie muere muriendo en Dios: yo estaré con vosotros...

—Papá, papá mío—le dije;—¡déjame despertar á mamá!

—¿Para qué?—me preguntó dulcemente.

Y yo estaba viendo todavía por entre mis lágrimas la hermosa serenidad de su sonrisa, que esparcía en redor de sí como una irradiación de luz suave y derramaba esperanza en mis terrores.

—¿Para qué?—volvió á repetir;—bien sabe ella cuánto yo la quería.

En seguida levantó los ojos al cielo, murmurando:

—¡Oh Jesús mío! ¡Oh Corazón santo! ¡Sed el padre en esta casa!...

Y como me viese asustado y en actitud de ir á echarme en brazos de mamá, puso el dedo en los labios y

me dijo:—¡Chist!—mientras que ponía la otra mano sobre las mías de forma que me las sujetaba entrambas.

—Papá, ¿no quieres que la avise?..

—Me duermo, Juanito; buenas noches.

Aquella mano querida, que me tenía las mías prisioneras, me tranquilizaba, y lo mismo el aliento apacible que pasaba por sus labios entreabiertos, y también su sonrisa agradecida y buena, como la alegría de los pobres.

No me atrevía á moverme por miedo de turbar su sueño.

Mas al cabo de algún tiempo me pareció que los dedos se aflojaban; la mano iba perdiendo su natural calor, y ya no percibía yo bien el soplo de su aliento; la sonrisa permanecía, sin embargo.

Cuando el reloj dió las dos y media, la mano estaba ya tan fría que me helaba hasta el corazón. Quise colocársela sobre la ropa para llamar á mamá; pero el brazo estaba tan pesado y rígido, que se me escapó y cayó inerte contra los hierros de la cama. Al fin lo comprendía todo. Caí de espaldas sobre el pavimento, y lancé á la vez un grito desgarrador, que me asustó á mí propio en el silencio de la noche.

—¡Mamá, despierta! ¡Papá se ha muerto!



X

María.

Antes de perder del todo el sentido pude oír todavía á mamá, que se levantaba sobresaltada, y decía, respondiendo al grito mío de desolación y de angustia:

—Tú estás loco, Juanito... ¡Si tu padre se está sonriéndol...

Lo que luego fué de mí no lo he sabido hasta mucho más tarde. Llevóme Carlos á casa de unos vecinos, más ricos que nosotros, que vivían en el primer piso. Toda la casa, de alto á bajo, estaba en vela; solamente en nuestra habitación se había dormido, y todavía Juliana ha estado sosteniendo hasta su muerte que no había pegado los ojos aquella noche.

Ello es que me hallé, ya muy entrado el día, en un cuarto desconocido y acostado en una camita muy linda, tan primorosamente arreglada como una cama de muñecas. Al lado de la cama, una señora anciana, con gafas, cosía delantales para los pobres. Estábamos solos ella y yo; pero en el cuarto contiguo se oía mucho estruendo y una voz que decía entre el chocar de las sillas amontonadas:

—Yo quiero ver á Juanito en seguida; ¡estoy segura de que le consolaré!

No tenía yo necesidad de esta última palabra para

volver á entrar en posesión de mí mismo y de mis recuerdos. Me había despertado con un peso abrumador encima del pecho, y aquel peso era ya la certidumbre de mi desgracia. Como me sintiese llorar en silencio, la pobre señora se quitó las gafas para mirarme, y entonces reconocí en ella á la vecina del primer piso, á la señora de Moy, con quien mamá cambiaba una visita á principios de año, pero en cuya casa no había yo entrado jamás, y luego sabrás por qué. Era una señora muy cariñosa, y trató de sonreirme; pero se la agolparon las lágrimas á los ojos.

—¿Es verdad que ya no tengo padre?—la pregunté.

—El pobre señor está muy malo, muy malo—me respondió ella con el embarazo de los buenos corazones que emplean misericordiosas mentiras;—por poco no se nos va esta madrugada cuando tú perdiste el sentido... Y de todos modos, no hay que tener mucha esperanza, hijo de mi alma.

Al otro lado de la puerta repetía la misma voz el mismo estribillo: «Yo quiero ver á Juanito en seguida, estoy segura que le consolaré».

Era ésta una voz chillona y penetrante, que tenía cierta expresión de cólera y que me irritaba; porque la cólera ha sido siempre para mí un mal contagioso, que contraigo por la sola excitación de los nervios. Yo sabía perfectamente de quién era aquella voz.

Tenía yo en la casa dos enemigos desde mi más tierna infancia: el perrillo de la tienda de juguetes, que se me solía agarrar á las piernas, y la niña María de Moy, que me esperaba con la puerta de su casa entreabierta en el primer piso, para llamarme *Juan Fa-*

rina cuando yo subía ó bajaba la escalera. Aquello era verdadero odio.

Una vez me había tirado desde la ventana, en el momento en que salía yo por la puerta de la calle, un troncho que podía muy bien haberme dejado en el sitio. La tenía todavía más miedo que al perro, y eso que éste me había mordido muchas veces; y aquí tienes el motivo por qué mi madre no me había llevado nunca á casa de nuestra anciana vecina.

El origen de esta animadversión, verdaderamente salvaje, se remontaba al primer día del *Corpus* de que yo me acuerdo. María, que tenía un año más que yo, sus criadas y la señora anciana, habían hecho un hermoso arco de rosas y lirios para sostener á través de la calle una de esas piadosas coronas que aún se balancean hoy en día en nuestra provincia encima del Santísimo Sacramento. Al ir á suspender la corona, se halló que quedaba demasiado baja, y fué menester atar el arco á nuestro balcón. No era por la gloria del Santísimo Sacramento, sino por su propia gloria, por lo que la señorita María se tomaba tanto interés en la corona, que, según ella, debía adornar su balcón.

El ver la corona pendiente del balcón de *Juan Farina* fué para ella una sofocación terrible. En lugar de ponerse á la ventana para ver pasar al Santísimo, admirando el efecto de su corona y deshojando flores, se encerró en el interior de su casa, y no me lo perdonó jamás. Ya siempre fué para ella el usurpador de su corona.

No te admire el ver que me detengo en este detalle frívolo en medio de un duelo, que fué el primero y

uno de los más amargos de mi vida. María de Moy ocupa un ancho espacio en mi historia. Ella fué la madre de la otra María, mi hija, mi principal orgullo, mi principal amor...

*
* *

Juan hizo aquí una pausa, y llevó los ojos al cuadro que representaba al pintor veneciano en el momento de fijar en el lienzo las facciones de su hija muerta.

—¡La etapa—murmuró,—la principal etapa de mi conversión! Porque yo no soy pintor, es verdad, pero he sido poeta, y como Tintoreto, he luchado con la empresa terrible de hacer el retrato de mi hija en su lecho de muerte.

Pasado un instante, añadió:

—Ya estás al cabo de todo; casi he concluído. La señora de Moy, aunque con gran repugnancia, se había decidido á meter á María pensionista en un convento por ver de quebrantar su carácter diabólico. Habían podido, pues, darme su cuarto, porque ella ya no le habitaba; pero aquel día, por desgracia, era día de *salida*, y estaba desde por la mañana en casa hecha un diablo, llorando, gritando, amenazando y diciendo que era harto desgraciada en no tener ya ni cama, ni cuarto, ni nada en su propia vivienda. Tan pronto me maldecía bajo mi antiguo nombre de *Juan Farina*, como se enternecía, jurando que me perdonaba lo de la corona, puesto que yo estaba llorando; y se sentía capaz de consolarme de repente sin más que darme todos sus juguetes, todos sus confites, en fin, cuanto tenía.

Entre tanto, volvía los muebles de arriba á bajo y

mordía á la criada, á quien *adoraba*, según su propia frase.

Yo no la escuchaba demasiado á causa del quebranto que me abrumaba; pero ya sabes tú cómo los enfermos miran cuanto se halla en redor suyo, y qué es lo que buscan, y qué es lo que encuentran en el dibujo de las cortinas de su cama, ó del papel que tapiza su alcoba. Cuando las lágrimas no me cegaban los ojos, miraba al papel de la habitación, donde se repetía cien veces este mismo asunto: dos palomas, que se besaban con sus picos, posadas sobre los labios de una copa antigua.

Mis ojos iban de una copa á la otra, de una pareja de palomas á la siguiente, y me ponía á contarlas. Iba luego á enfadarme, pero parecíame que mi padre, con su apacible sonrisa, me decía: «Cuenta, cuenta, Juanito, que eso te distrae. ¡Tendrás tanto tiempo de pensar en mí!»

Una cosa me incomodaba, y era la profusión de planas de escritura y de papeles de dibujo que había clavados á la pared. Cada uno de estos obstáculos cubría dos ó tres de mis copas y me impedía contar las palomas; lo cual fué lo que me hizo fijarme en ellos. Había en los papeles de dibujo estudios de principiante muy mal hechos; puedes verlos si quieres. He vendido mis cuadros, pero estos espantajos los conservo todavía.

Y aquí Juan me mostraba con el dedo las cuartillas de escritura amarillenta y las hojas de vitela empolvada, en donde la tinta de la alumna se iba borrando.

—También me incomodaba—prosiguió—contra los largos rosarios de castañas de Indias, y contra los gran-

des collares de granas del acebo, que estaban entonces nuevas, lustrosas y brillantes; uno conservo todavía: mírale ahí delante de ti; ya está todo carcomido y arrugado; todas estas cosas han durado bastante más que María.....

*
* *

La anciana estaba avergonzada del ruido que hacía la niña, y decía de vez en cuando con suspiros de ternura:

—¡Qué duende, Jesús, qué duende!

Y una vez añadió, dirigiéndose á mí:

—Yo tengo en parte la culpa; ¡ha sido tan mimada! Su madre ha muerto tan joven... y luego no nos atrevíamos á reprenderla porque tosía lo mismo que su madre.

Y se levantó los anteojos para enjugarse las lágrimas.

—Yo la he visto dar cuartos á los pobres—dije por complacer á la buena señora.

—Sí, eso sí, muy á menudo; y pesetas también; da todo cuanto tiene... y haces muy bien, Juanito, en ponderar el bien que hacen los demás; ¡pero no es nada extraño; perteneces á una familia tan santa!... A Dios gracias, mi chiquita tiene buen corazón. La superiora me decía el domingo, sin ir más lejos:—Es tan buena como traviesa...

En esto sonó un gran estrépito, como si todas las sillas se hiciesen añicos á la vez en el otro cuarto.

—¡Dios mío!—exclamó la abuela—¡si se habrá hecho daño!

Mas en el momento en que se levantaba de prisa

para ir á ver si María se había desnucado, la voz chillona estalló en un grito de triunfo:

—Dos han quedado cojas—dijo hablando de las sillas,—y otra partida por el medio. ¡Ah, soy terrible!... Pero les está bien empleado. ¡Á ver por qué no me dejen ir á mi cuarto! ¿Creen acaso que le haré daño al pobre Juanito? ¡Yo le abrazaré y le diré que se quede ya siempre con nosotros!... Así.

—¡Qué diablejo, qué trasgo!—murmuró la abuela con mal disimulada satisfacción.

Mas de repente aprestó el oído con muestras de inquietud. No era ya á María á quien escuchaba. Pusiéronsele coloradas las mejillas y bajó los ojos, tosiendo al mismo tiempo como para impedirme que oyera.

¡Ah, no era posible! Hacía algunos instantes que me atronaba los oídos un ruido sordo, producido, al parecer, en toda la casa, y aun afuera.

Sentí en las escaleras gente que subía y que bajaba; y luego llegó á mis oídos un canto de iglesia que me cuajó toda la sangre. Sonaban las campanas. Abrióse al mismo tiempo la ventana del cuarto en que estaba María, la que sin duda quiso mirar lo que pasaba por la calle, y por la ventana entró la sonora voz del figle, que acompañaba la salmodías fúnebres.

¡Ah! yo no podía engañarme; conocía todo aquello demasiado; precisamente por nuestra calle era por donde pasaban los entierros, anunciados siempre desde lejos por los cánticos del clero, que repetían los fieles.

Aquí en París no tenéis nada semejante; pero allá en provincias, cuando los muertos se van del mundo, el pueblo y los curas hablan á Dios por ellos todo á lo

largo del camino. ¡Y cuántas veces me había yo arrodillado mirando por entre los torneados hierros del balcón á los que llevaban los cadáveres con paso trabajoso y lento, balanceándose fatigados bajo el peso del ataúd!

—¡Qué!—pude balbucir entre los sollozos que me desgarraban el pecho,—es que ya...

—Hace ya dos días que estás aquí muy enfermo—me respondió la anciana,—y el doctor Olivier ha temido mucho por tu salud.

—¿Y han venido á verme?—pregunté.

—Sí; tu hermano Carlos, que se ha envejecido lo menos diez años; tu madre, valerosa como las santas, y tus dos hermanas, pobres ángeles... Tu otra hermana, la monja, ha llegado esta mañana, y se espera al militar esta tarde.

Y se hincó de rodillas para rezar, porque los cánticos lúgubres sonaban entonces precisamente debajo de nosotros. Yo también quise rezar; pero temblaba todo como un azogado, y no acertaba. Veía el ataúd cerrado bajo el paño negro, y le veía también abierto con el cuerpo amortajado que contenía. «¡Arre, caballito, vamos á Belén!» escuchaba yo entre el *Libera me Domine*; y oía también, bajo el fúnebre paño, cosido á grandes puntadas: «¡Oh, Corazón santo! ¡Sed el padre en esta casa!» y también: «Buenas noches, Juanito; me duermo...»

Pero había allí además otra voz, tu voz, pobre madre querida, que lloraba á mi oído diciéndome: «Tú estás loco, Juanito; ¿qué ha de estar muerto, si se está sonriendo?»

No estaba yo para oraciones. Tenía decidida voluntad de implorar á la Virgen, no por mi padre, á quien creía bienaventurado, sino por nosotros, es decir, por mamá; y el Ave María jugaba conmigo de una manera cruel, no podía atraparla... Comenzaba:

—Dios te salve, María... María, María... Vos ya me entendéis, ¿no es así? Él está cerca de Vos. Escuchad lo que os diga por nosotros, Santa María, Santa María...

Alejóse el cántico y se cerró la ventana de la pieza contigua. La señora de Moy volvió á sentarse, toda agitada y estremeciendo su cabeza venerable. No me dijo una palabra, y eso que hubiera yo querido que me hablase, porque tenía disgusto de la postración en que me hallaba y de la intolerable persistencia que ponía en seguir en mi pensamiento anonadado las filas de copas y de palomas...

¿Qué haría mi madre en tanto?...

Había una, quiero decir, una copa, que estaba cortada por un rosario de granas de acebo, y no veía yo más que una de las dos palomas; el esfuerzo que hacía para desviar el rosario y ver el otro pájaro me bañaba las sienes de sudor frío. Parecíame que aquello era sólo lo que me hacía sufrir.

Ya no se oía á María en el otro cuarto, ni el ruido de la calle, ni nada. La abuela era para mí un objeto inanimado, como los muebles ó los bordados de las cortinas. No había allí nada vivo más que las largas filas de pájaros, que desplegaban las alas y extendían el cuello sobre el empapelado.

¿Cómo se está en el cielo? ¿Tendría allí todavía mi padre la misma sonrisa, ú otra aún más hermosa? Pero ¿era verdad todo lo que me pasaba? ¿Y era posible que papá no me volviera ya á poner sobre sus rodillas?

La voz de la criada que cuidaba de María en la otra habitación dijo á alguien, que sin duda acababa de entrar:

—Supongo que habrá habido mucha gente.

A lo cual, otra voz anhelosa, que yo creí reconocer por la de nuestra Juliana, respondió:

—Toda la ciudad; no se ha visto nunca nada parecido. La Audiencia, el Juzgado, el Obispo con su servidumbre, los militares, los abogados, los condes, los marqueses... ¿Y señoras? ¿Y pobres? ¡Ah, lo que es pobres!... De tanto como he corrido, llorado y relatado, porque todos querían saberlo todo, estoy con la cabeza trastornada... ¿Y nuestro pobre chiquitín Juanito? ¿Al fin ha vuelto en sí? El señor Olivier tiene miedo que le dé yo no sé qué... ¡las enfermedades de ahora tienen unos nombres tan enrevesados!... ¡Ah! Cuando la desgracia se mete en una casa, fácilmente se ve cómo empieza, pero cómo va á concluir, nadie lo sabe... Yo quería verle.

—La señora ha prohibido entrar—replicó la criada muy alto.

Pero añadió más bajito:

—Por causa de este diablo tentador, que le volvería los sesos. Da la vuelta por la otra puerta, si quieres.

Hacia ya rato que el diablo tentador de que hablaba la criada, es decir, mi antigua enemiga María, no había

hecho ningún estropicio; pero en aquel instante lanzó un rugido de fierecilla enjaulada.

—¡Bien te oigo—dijo,—y mientes! ¡Hace ya más de una hora que estoy juiciosa! Y ya que esto no sirve de nada, ahora vas á ver lo que es bueno.

María debió pegar á alguno, porque sonó el ruido de una bofetada, y dijo inmediatamente:

—Entra, Juliana, yo te doy permiso.

Y la puerta se abrió con violencia.

María se precipitó la primera; pero se detuvo, toda cortada, á los tres pasos, y se quedó mirándome. La abuela, que se levantó azorada, dejando caer á un lado las tijeras, al otro el dedal, y pisando la costura, tomó una actitud de severa majestad delante de María; pero ésta no la hizo caso, sino que dirigiéndose á mí me dijo:

—Juliana quería verte... No era cosa de impedirla el entrar á ver á su señorito, ¿no es verdad? Yo por mí me voy á ir.

Era María una niña bastante alta para su edad, y más bien fea que guapa, á pesar de tener unos ojos excelentes. Después llegó á ser muy hermosa. Y eso que hermosa, hermosa, yo no sé... encantadora es más bien lo que quería decir. Por entonces había en toda su fisonomía no sé qué de anguloso y de duro, que era casi extravagante, pero nada desgraciado. Tenía, por lo demás, rasgos de primer orden y todo el atractivo de un boceto.

De ordinario no había nada capaz de detenerla; si se había mostrado tímida aquel día al entrar en mi cuarto, y como sobrecogida, era porque mi desgracia la subyugaba.

Á su genio diabólico le era necesaria la resistencia, y enfrente de mí, quebrantado como estaba, se tornaba en ángel impensadamente. Pero no sabía hacer este papel. Era un cordero que conservaba un poquito de aire de lobo.

Por más que había dicho «Yo me voy á ir», no se movía, y fijaba los ojos en mí con una compasión tan intensa, que me hacía daño. Mientras tanto había entrado Juliana; pero en lugar de venir hacia mí hizo una profunda reverencia á la abuela, levantando una punta del delantal, y la dijo, no sin cierta dignidad:

—La familia la está á usted muy agradecida por su bondad para con el chiquito, señora de Moy; no nos debía usted nada.

Después, sin transición, y dando rienda suelta á su voz penetrante, añadió:

—¡Pero la gente que había! ¡Si el pobre señor hubiera podido ver esto! Ha sido un entierro como el del señor Obispo, con los tambores enlutados y todo... como que tenía la cruz de honor. Los jueces, los escribanos, los alguaciles, los procuradores... esto, á la verdad, no tenía nada de extraño, porque era allá de entre ellos; ¡pero todo el mercado, toda la pescadería!... ¡Y los señores curas de las otras parroquias, y las comunidades, y el gobernador, y el general, y el recaudador de propiedades!... El cambista de enfrente decía:—¿Por qué toda está muchedumbre detrás de un hombre que no tenía un cuarto?—Yo le respondí:—¿Que no tenía un cuarto? Por de pronto nunca le ha ido á pedir á usted nada prestado, tío Judas, ¿eh? Y luego átesela usted al dedo para después: aquí van todos aque-

llos á quienes nadie verá de seguro ir detrás de su caja de usted cuando caiga usted á lo profundo del paraíso de los avaros, que está lo menos cinco estados de tierra por debajo de la bodega de casa.—No hizo más que cerrar el pico el grandísimo Roboam, como puede usted figurarse. ¡Que no tenía un cuarto! Lo cierto es que nuestros ochavos valen tanto como los escudos de los otros; y luego, como él era un hijo de la clase del pueblo, hasta las piedras, todo á lo largo de la calle, rogaban por él y se dolían. ¡Y las señoras que lloraban! ¡Y el señor cura, que había que sostenerle medio en brazos! ¡Y el doctor Olivier, que tenía una traza de difunto!... Todo lo he visto; ¿y quién tendría mejor derecho que yo para verlo todo? ¡Veinticinco años que hace que les sirvo! Así es que me hicieron sitio en el cementerio y pude llegar hasta la misma sepultura. No tenía yo más que decir: soy Juliana, la de casa, y ya me dejaban pasar. Cuando el señor Jamond concluyó de leer las oraciones, dijo:—¡Adiós, adiós, gran corazón; ruega por nosotros!—Y cayó en brazos de sus vicarios, que lloraban como Magdalenas; y el doctor estaba arrodillado en el barro; los señores curas no se desdeñaron de levantarle, quiero decir, al doctor, por más que no sea de su cuerda... Y yo no sé cómo he vuelto, porque todo el mundo me quería tocar y hablar tan de cerca, que ni siquiera me dejaban coger el delantal para limpiarme los ojos. ¡Ah, señora, cómo le querían! Parece como si la ciudad hubiera perdido el padre de todos... Porque si no tenía miles ó millones, como tantos otros, contaba con el respeto y el cariño de todos, bastante para contentar á veinte ricos y á

todo su orgullo; y esto es una cosa que no se puede comprar con todo el oro de la tierra...

Decía Juliana todas estas cosas muy de prisa y sin pararse á tomar aliento; los cabellos entrecanos se la salían desgredados por debajo de la enorme cofia, y traía los ojos abotargados de los restregones que les daba con el delantal á cada instante. Aparentaba asimismo cierto aire de cólera; contra quién, yo no lo sé; pero la señora de Moy, que se consideraba ya como rica, tomó la cosa para sí, y dijo secamente:

—Es menester que haya personas acomodadas para que socorran á los desgraciados, hija mía.

No sé yo lo que hubiera respondido nuestra Juliana, porque María no la dejó tiempo de desplegar los labios, poniéndose de un salto junto á su abuela, y diciéndola:

—Tú, sí, tú eres buena, muy buena; pero es cosa fácil el dar cuando lo hay. En el convento dicen que los padres de Juanito no tienen nada, y dan, sin embargo, como si tuvieran. ¡Eso sí que es lo bueno!

Juliana la levantó en brazos, comiéndosela á besos; pero enternecida y todo como estaba, refunfuñó:

—¡Se cortan unos vestidos en ese convento! Nuestras dos señoritas han estado allá; pero nadie, que yo sepa, ha venido á ver lo que hay y lo que no hay en nuestra casa. Se vive de lo que se come, en nuestra casa como en las otras, y lo que se come se paga.

La señora de Moy, lejos de enfadarse, sonrió á Juliana y estrechó á la niña contra su corazón.

—Tienes razón tú, querida mía—la dijo,—y Juliana también; los padres de Juanito están más cerca de Dios que nosotros.

—¡Oh! Lo que toca á eso—exclamó Juliana, que no quería quedarse atrás en punto á cortesía,—yo no he querido rebajar á ustedes en nada, ni decir que no tendrán ustedes acompañamiento en su entierro cuando llegue el caso; yo misma, que hablo, prometo desde luego ir como vecina. Señora, ustedes son muy buenos.

Al fin Juliana vino hasta mi cama; María la seguía muy de cerca, de puntillas por no hacer ruido, y conteniendo la respiración cuanto podía, y me miraba con aquellos ojos tan grandes como eran. ¿Es posible que aquellos ojos estuviesen á menudo llenos de malicia y de cólera?

—¡Ah, señorito—me dijo Juliana;—la cosa no va tan bien como usted quisiera seguramente!

Y añadió volviéndose hacia la abuela:

—Da lástima el verle.

—Cállate—la dijo María;—cuando yo estaba mala y se compadecían de mí allí alrededor de la cama, me hacían sufrir el doble y tenía miedo de morirme.

¡Ah, yo por mí no tenía miedo de morirme! Lo que hice fué echar los brazos al cuello de Juliana, y agacharla la cabeza para decirla al oído:

—¿Y mamá?

Juliana me respondió:

—Está fuerte... ¡Pobre señora!... ¡Qué mujer! Tiene más valor que todos los soldados juntos de un regimiento; el nervio es lo que la sostiene; ella ha cuidado de todo. Se ha pasado la mañana de ayer poniendo los sobres á las esquelas de defunción. Había seis escribiendo sobre la mesa del despacho del señor; ¡él, que prohibía con tanto rigor el que nadie tocara allí! Había

esquelas de luto sobre todas las mesas, sobre todas las cómodas, sobre todas las camas.

—¿Y Carlos, estaba también escribiendo sobres?

—No, por cierto; había ido á la alcaldía, á la iglesia y á todas partes donde había que ir. Tiene bastante sangre fría, y aun de sobra. Desde que ocurrió la desgracia yo no sé si los demás le han visto llorar; yo por mí, no... ¿Quieres venirte?

—Sí, sí—la respondí.

Mientras Juliana me hablaba, María se había separado con una formalidad que parecía impropia de su edad, y sobre todo, de la impetuosa vehemencia de su genio. Mas aunque estaba ya tras del sillón de la señora de Moy, y aunque Juliana había bajado la voz para dirigirme la última pregunta, María la oyó lo mismo que mi respuesta, porque dijo con un movimiento de cólera:

—¿Crees que no está bien en nuestra casa?

Afortunadamente, Juliana decía al mismo tiempo que ella y en voz alta:

—El pobrecín tiene buenas ganas de volver á ver á toda su gente, y ahora ya no hay nada que lo impida.

—Pero el doctor Olivier—le replicó la anciana—ha dicho que no se podía levantar en dos ó tres días, y eso yendo la cosa bien.

María se la echó al cuello agradecida; pero yo, que ardía en impaciencia por abrazar á mi madre, quise desmentir al doctor é hice un gran esfuerzo para sentarme en la cama; parecía que en lugar de carne tenía estopas en ambos brazos. Mi esfuerzo, que yo juzgaba

capaz de hacerme levantar de un salto, no produjo resultado alguno; antes bien creí que iba á volver á desmayarme: hasta tal punto me sentí desfallecido.

—¡Ah, no, no!—dijo Juliana asustada;—bastante tenemos con una desgracia; estate quieto, Juanito; dirían que yo tenía la culpa si tuvieras una recaída.

Yo no sé cómo María se las arregló, pero en un instante se halló al lado de mi cama, entre Juliana y yo, y oí que me decía al oído muy bajito:

—Si es por causa mía por lo que te quieres marchar, me van á llevar al colegio á las ocho, y ya no te incomodaré. Has de estar juicioso para que te cures. ¿Te acuerdas de aquel caballo mío grande que anda? *No es un juguete de niña*, ¿sabes? y en cuanto te pongas bueno será tuyo; te lo prometo.

Aquí había una alusión.

Había detrás de nuestra casa un jardincillo, ó más bien, un patio, asentado sobre un viejo lienzo de mampostería, bastanté ancho, resto de las murallas romanas de la ciudad. Allí era donde María tenía sus recreos, en extremo ruidosos, pues las ventanas del cuarto principal daban á piso llano sobre este patio. Tenía ella todos los gustos, todas las aficiones de un muchacho, y la había yo envidiado muchas veces viéndola maniobrar con un caballo grande que se movía á torno. Las palabras que te acabo de subrayar era yo quien las había dicho por primera vez, detrás de las cortinas de mi ventana, un año ó dos antes, en un acceso de envidia. Recordábalo yo perfectamente, y recordaba también que *La Peste* (porque es preciso decirlo todo: yo llamaba entonces á María *La Peste*, y no ha habido nun-

ca un apodo mejor aplicado) me respondió sin volver la cara á mirarme:

—¿Has acabado ya? Pues yo conozco un *Juan Farina* que no tiene ni juguetes de chico ni juguetes de niña. ¡Vuelve por otra!

Juliana se marchó prometiéndome que mi madre y mis hermanas bajarían á verme.

—¿Y Carlos?—la dije yo.

—¡Ah!—me contestó, mordiéndose los labios.—Carlos es ya un señor desde la desgracia. Todo el mundo se acercó á estrecharle la mano en la iglesia, y él tenía el talante que le era propio, lo cual no impedía que hubiera más de uno que dijera para sus botones: «El padre era un cristiano á macho y martillo; pero este Carlos es enteramente un jesuita».

Esto me hirió mucho. Aun en las familias más piadosas, el nombre de jesuita por aquel tiempo solía tomarse en mal sentido. Han sido menester todos los trabajos, todos los dolores, todos los combates de nuestro siglo para rehabilitar en su popularidad católica á esa vanguardia de héroes que ha dado continuamente sus más intrépidos campeones al gran ejército de la fe.

Y á no haber sido por los furiosos excesos de los *libre-mentidores*, que han sublevado la indignación en todas las almas honradas, quedaría todavía entre el común de los fieles, y aun entre el clero, alguna triste levadura de las calumnias dirigidas por el jansenismo, vergonzosamente ligado con el ateísmo, contra esta Orden gigante, que es el baluarte vivo de la verdad dogmática y la verdadera guardia noble de Jesucristo.

Dícese que en 1832, cuando el saqueo del palacio

arzobispal de París, un elocuente escritor fué cogido por los malvados, que á vuelta de mil injurias le llamaron jesuita. «Amigos míos, les respondió, no ofendáis mi modestia.» Yo, que conozco al hombre, no he tenido nunca esta respuesta por un rasgo de talento. Era una convicción expresada con sencillez, un tributo rendido á la justicia, nada más. Los saqueadores hicieron con ella, sin duda, lo que los puereos con las margaritas.

La buena Juliana no veía tampoco mucho más allá, y no vió en ello malicia. *Jesuíta* tenía para ella poco más ó menos la misma significancia que *mojigato* para los pilluelos del Instituto. ¡Ah, sí! ¡Mojigatos son esos zuavos de Dios que caminan alegres y con el pecho desnudo á la fiesta de su propio martiriol...



Cuando se fué Juliana me quedé solo con la señora de Moy y con María, que hubiera querido hablar; pero á mí me costaba un esfuerzo terrible el pronunciar la menor palabra, y lo mismo el comprender lo que decían los otros. Estaba mucho peor que antes de venir Juliana. Los párpados se me cerraban á pesar mío, y las palomitas del empapelado se me perdían á la extremidad de las hileras en siniestra y confusa neblina. Expiró el día, trajeron luz, y á María fué á quien se la ocurrió poner una pantalla á la lámpara para que no me hiriese los ojos.

Hizo algún ruido, sin embargo, por espacio de cinco ó seis minutos, unos minutos antes de irse al convento. Yo no supe la causa de aquel ruido hasta la mañana

siguiente, en que ví el famoso caballo que andaba, colocado á los pies de mi cama con esta dedicatoria, mal escrita pero bien sentida: *Regalo de María al buen Juanito. ¿Por qué bueno?* Sin duda lo puso recordando el tronco que me había tirado en otra ocasión, grueso y pesado como un adoquín, de lo cual no me había yo quejado ni vengado.

Pasé el resto de la noche en la más completa postración. Mis hermanas vinieron á verme todas tres, la monja inclusive, y Carlos también vino, pero no mi madre. Fuéme imposible hablar á ninguno. Hubiera tenido un gran consuelo en llorar, pero no podía. Las últimas palabras que oí fueron las del doctor Olivier, que dijo, tomándome el pulso:—Este niño ha sufrido como un hombre.



XI

El testamento.—«El Benedicite».

Al día siguiente era miércoles, día fijado por mi padre en sus últimos momentos para el paso que había que dar en nombre y lugar suyo cerca del presidente de la Audiencia en interés del acusado Sicard, paso á que él daba tanta importancia. Yo no lo había olvidado, y puedo decir que era la única cosa de que me acordaba con claridad en los momentos en que se me extraviaba la razón.

Desde muy de mañana pregunté por Carlos, á quien no había podido hablar hasta entonces. Cuando le hube dado las instrucciones de papá, me dijo:

—Mamá vendrá á verte hoy; no la hables de Sicard, porque ella cree que papá ha muerto por causa de ese hombre.

—¿Y tú?—le pregunté.

Carlos me respondió:

—Somos hijos de un santo. Todo acaece por la voluntad de Dios. Pero yo creo que ese Sicard ha hecho mucho daño á nuestro padre.

—¿Qué le ha hecho mucho daño?—exclamé.—¡Pero si papá pensaba en él más que en nosotros!

—No olvides nunca esto, Juanito—murmuró Car-

los:—Jesús murió por sus verdugos. Hay en el perdón cristiano un infinito tesoro de ternura.

Yo estaba todavía muy débil; más al fin pude incorporarme de medio lado.

—¿Cómo, cómo?—exclamé:—¿quieres decir que Sicard ha hecho daño á nuestro pobre padre de otra manera que robándole sus horas de reposo, que es lo que le ha matado, según me lo ha dicho el señor Olivier?... Porque has de saber que hacía ya un mes que papá se levantaba todas las noches.

—Ya lo sé—dijo Carlos;—yo trabajaba con él todo el tiempo.

—¿Y Sicard le ha hecho algún otro daño además de eso?... ¿Verdadero daño?

—Sí—dijo Carlos muy bajito,—verdadero daño.

—¿Te lo ha dicho papá?

—No, nunca.

—Entonces, ¿cómo lo sabes tú?

Carlos vaciló un momento, y luego me dijo:

—Papá ha dejado un testamento.

—¿Y tú le has leído?

—Sí, como era mi deber.

—¿Y quieres decirme lo que Sicard ha hecho á nuestro padre?

—Ahora, no; pero ya lo sabrás.

Carlos se levantó, y yo le agarré de la levita.

—No quiero que te vayas—exclamé,—porque te vas á ir de seguro á casa del presidente de la Audiencia, y vas á salvar á Sicard...

Carlos me cortó la palabra en los labios con un beso, y me dijo con dulzura:

—¿No lo ha mandado papá?

Pero yo me despegué de sus caricias; la cólera me daba fuerza.

—¡No irás, no irás!—le repetía.—¡Mamá tiene razón en detestar á ese hombre malvado! ¡Como tú vayas, se lo diré todo! Yo podría perdonar el mal que á mí me hubieran hecho; pero perdonar al bandido que ha causado la muerte de mi padre, no, ¡jamás! ¡Oh! ¡nunca, nunca!

Carlos tornó á abrazarme. Al ruido que yo hacía acudió la doncella de la señora de Moy, que entró en el momento en que mi cabeza caía otra vez sobre la almohada.

—¿Qué es lo que le ha hecho usted?—pregunto la pobre muchacha con rudeza.

Y como Carlos se retirase de prisa, porque quería llegar á casa del presidente antes de la hora de audiencia, añadió:

—¡Mire usted si es malo! ¡Si estos jesuitas!...

Estas palabras apagaron mi cólera. ¡Carlos malo! ¡Ah, ciertamente que era todo lo contrario! Y sin embargo, me quedaba una espina en el corazón: Carlos iba á servir á «el hombre que había matado á mi padre». No amaba, pues, á papá como yo, por ejemplo, ó como mamá, de quien se ocultaba.

Amaba demasiado á Dios. Este era en el fondo también mi pensamiento expresado en pocas palabras. Nosotros estábamos muy lejos de amarle como él; estábamos muy lejos de Dios en comparación suya.

¿Y no había yo visto lo mismo con mi padre? No dudaba yo del amor profundo que mi padre nos tenía. Y

sin embargo, ¿cuál había sido el pensamiento de su última hora? ¿Nosotros? Yo podía asegurar que no, yo que había sido el único testigo. ¡Dios, Dios, y nada más que Dios! ¡Y el hombre que le había «hecho daño», es decir, también Dios! Y la conversión del doctor, es decir, ¡siempre Dios!

¡Ah! Por eso no quería yo á Dios: porque poseyendo todas las cosas, no renunciaba tampoco á nuestra parte en los corazones queridos que nos pertenecían... ¡á nosotros, que no teníamos más que eso!

Sin embargo, cuando mamá vino á verme con su manto negro y sus pobres ojos encendidos, obedecí á Carlos y no pronuncié el nombre de Sicard. Y cuando me dijo entre sollozos: «Vivía para nosotros», comprendí muy bien que esto era la pura verdad, y que amando muchísimo á Dios, papá nos había amado apasionadamente.

Aquel mismo día llegó mi hermano el soldado. Era un excelente muchacho, que había sentado plaza por el horror que le inspiraba el latín. Era cadete, y todavía estaba lejos de la charretera. Mis hermanas le querían más que á Carlos, aunque era un poco calavera, ó tal vez precisamente por eso.

Todo el mundo tiene cierta inclinación á los malos; sobre todo los que no lo son.

Se llamaba Francisco, y á la verdad que no se le podía echar en cara el ser un mojigato ni un jesuita. Mamá, á quien se parecía mucho en lo alegre del carácter, era la única que le reñía; pero no con mucha acritud, porque la hacía reír.

Por lo demás, no vaya á tenersele por un pagano:

crefa todo lo que se quisiera con tal que se le dejara vivir á su modo; y cuando el buen anciano Sr. Jamond, nuestro cura, empezaba á abrazarle, era cosa de no acabar. El doctor era su padrino, y le enviaba á menudo aguinaldos á pesar de la prohibición expresa de mi padre.

*
* *

Dos días después, un viernes, por cierto, volví yo á entrar en casa. Luisa y Francisco me sostenían por los sobacos para subir la escalera, y Juliana nos seguía detrás con el caballo grande de máquina. La buena señora de Moy había conseguido que nos le lleváramos, diciendo que no se atrevería á presentarse delante de María mientras el caballo estuviera en su casa.

Todos se hallaban en el gabinete de papá en redor de Carlos, sentado en una silla al lado del sillón de cuero, que estaba vacío delante del escritorio. Allí estaban el señor cura, el doctor y tres parientes nuestros campesinos, que debían formar parte del consejo de familia, pues todos éramos menores de edad, excepto Carlos y la monja. Estos parientes eran buenas personas; no nos habían tratado apenas con intimididad, y tenían traza de estar allí como cohibidos.

El principal de entre ellos se llamaba el Sr. Gué-rault, y era pariente por parte de mi madre. Era alcalde de su pueblo, y no le gustaba que nadie ignorase esta circunstancia. El pobre papá nos solía decir de él que le debía de haber costado muchos miles el dar color á su nariz, verdaderamente considerable y de un hermoso tinte de escarlata.

Así que entramos, Francisco me entregó al doctor Olivier, que me metió entre sus rodillas y me abrazó saltándosele las lágrimas. Yo estaba temblando como una hoja, pero no tan emocionado como había temido estarlo al aspecto de aquel sitio, en donde había visto á mi padre por última vez. Una cosa me daba qué hacer, que no era ni Guérault ni sus compañeros. En frente de Carlos, y no lejos de mamá, que estaba sentada en fila con mis hermanas al lado del escritorio, estaba un hombrecillo de fea catadura, sentado en la esquina de una silla, sosteniendo sobre las rodillas el sombrero.

No me hubiera yo fijado en aquel hombrecillo, de facha de un pobre alguacil, si el doctor no me hubiera dicho al oído:

—Ese es el señor presidente de la Audiencia.

Mas tan pronto como el doctor me hubo dicho estas palabras se me abrieron los ojos, y el hombrecillo tomó para mí proporciones majestuosas. Entonces vi que él era allí el centro, y que el gran dolor que llenaba nuestra casa tenía como vergüenza de mostrarse al descubierto delante de él. Nuestra pena sonreía casi en presencia de aquel gigantesco hombrecillo, y apenas había allí nadie más que el jesuíta de Carlos que permaneciera inalterable ante su augusta mirada.

No sé yo si tú llegas á formarte cabal idea de lo que puede ser un señor presidente en la morada de un magistrado. Recurramos á la elocuencia de los números. Bajo la restauración, los miembros de la Real Audiencia, con todo de ser unos personajes, tenían 3.000 francos de sueldo, como los viajeros de las ca-

sas de comercio, en tanto que el presidente percibía 30.000 francos cada año.

A primera vista parece esto dar á entender que el señor presidente valía justamente por diez magistrados: cálculo erróneo. En estas materias las progresiones ascienden, no por adición, sino por multiplicación, y serían menester trescientos magistrados juntos para darnos la equivalencia de un presidente.

Pues bien, la opinión general en la ciudad era que mi padre, por su elevación de carácter y por su mérito en la carrera, valía trescientas veces más que aquel hombrecillo, que estaba tantos codos por encima de él. Se decía (pero sabido es que á las familias suelen rugirlas los oídos, y acaso era á nuestro orgulloso cariño á quien oíamos hablar entre nosotros), se decía que el hombrecillo aquél, conociéndose á sí mismo, tenía un miedo tan grande á mi padre, que había estorbado sistemáticamente toda su vida el que fuera nombrado presidente de Sala.

De suerte que aquel hombrecillo de fea catadura, no solamente estaba elevado á la altura de 30.000 francos de sueldo anual, sino que tenía además para nosotros las vagas é inconmensurables proporciones de una fatality de carne y hueso.

Una frase corría alrededor de mí.

—Esto es cosa hecha—decían por lo bajo.

La aprobación era general, porque todo el mundo creía que el hombrecillo traía el nombramiento de Carlos para algún empleo de la magistratura, y Guérault, más autorizado que los demás—dijo á media voz:

—Esta es una cosa que honra al gobierno.

Pero Guérault se engañaba, y los demás también. Aun cuando el Gobierno vaya de prisa, las oficinas siempre van despacio, y el nombramiento de Carlos debía quedarse largo tiempo en el camino.

El hombrecillo tosió con energía y comenzó á hacer cumplimientos de pésame. Hablaba con dificultad, pero con énfasis, y las paredes, habituadas á la amorosa palabra de papá, á la vez tan sencilla y brillante, debieron oírle indignadas. Después que el hombrecillo hubo dicho en términos estudiados que el tribunal sentía como era debido la pérdida que acababa de experimentar, y que él personalmente deploraba el «acontecimiento, la circunstancia, el accidente, el golpe funesto que el tribunal estaba bien lejos de esperarse», cogió su sombrero con ademán cursi, y se levantó de pronto, como por un resorte.

Mas, aun así, era grande, y Guérault le admiraba.

—¿Y eso es todo?—preguntó el doctor al señor cura.

El hombrecillo saludó á mi madre y á mis hermanas con aire oficialmente conmovido, y antes de irse se volvió de pronto hacia Carlos.

—¡Ah!—dijo el doctor.—¡Por fin!

Y todo el mundo se quedó como en expectativa.

—Joven amigo mío—dijo el hombrecillo con agrado,—usted me ha hecho el honor de llevarme antes de ayer á mi despacho un lfo de documentos puestos en orden por vuestro digno padre, mi infortunado colega. Pues bien, yo los he remitido á quien correspondía, recomendándolos muy especialmente, y tengo el gusto de anunciar á usted que han producido ya su efecto en favor de la persona por quien ustedes se interesaban.

Esta mañana se ha dictado auto de sobreseimiento en el proceso del llamado Sicard.

Y dichas estas palabras se retiró, seguido de Carlos, que le acompañó respetuosamente hasta la puerta. Entonces pudo oírse á Guérault, que decía á los otros dos parientes campesinos:

—¡Calla, calla! ¿Qué es lo que nuestro difunto primo podría tener con ese Sicard?

Una expresión de cólera brilló en la bondadosa y dulce fisonomía de mamá, y á todas mis hermanas se las subió la sangre al rostro. Cuando Carlos volvió á ocupar su sitio le dijo mamá:

—¡Cómo, hijo mío! ¿Tú has recomendado á ese hombre?

—¿Al que ha matado á papá?—añadió Francisco, que desde su llegada había oído veinte veces esta palabra.

Debo decir de paso que Francisco quería mucho á Carlos; pero que su oficio de semi-calavera le imponía la obligación de ver las cosas de la misma manera que los pilletes del Instituto. Despreciaba á los mojigatos... También tú, ¿no es verdad? y yo lo mismo; somos del mismo parecer sobre el particular...

Sólo que es preciso entenderse; y ya hablaremos en tiempo y lugar oportunos de la libre mojigatería.

Debo decirte que la visita del señor presidente había interrumpido una sesión preparatoria y enteramente oficiosa de nuestro futuro consejo de familia, todavía no constituido legalmente. En el momento en que entraba el eminente magistrado, es decir, un poco antes de mi llegada, Carlos había abierto uno de los cajones

del escritorio, de donde había cogido un papel, que aún tenía en la mano.

—Yo no he hecho—dijo Carlos en contestación á mamá—otra cosa que ejecutar la orden expresa de papá, que me fué trasmitida por nuestro Juanito.

—Es verdad—dije yo;—el pobre papá no hacía más que pensar en eso, y era su voluntad decidida.

Mamá levantó los ojos al cielo y se quedó callada; Carlos añadió, desdoblado el papel que tenía en la mano y dirigiéndose á Guérault:

—Señor alcalde, si la visita del señor presidente no me hubiera interrumpido, ya sabría usted á estas horas «lo que mi padre *tenía* con el Sr. Sicard», pues iba á dar á la familia reunida lectura de este escrito que me ha sido dirigido, y que viene á ser como el testamento de mi padre.

En medio del profundo silencio que estas frases produjeron, Carlos añadió con voz un tanto alterada:

—Con el Sr. Sicard, lo que *tenía* mi padre era su corazón generoso, siempre elevado hacia el corazón de Dios; *tenía* su caridad ardiente, que obedecía á la letra y al espíritu del mandamiento divino, del primero de todos los mandamientos, el cual contiene toda la ley: *Oye, Israel: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, y amarás á tu prójimo como á ti mismo por el amor de Dios. Tenía* el perdón de las injurias y la voluntad de volver bien por mal, y *tenía*, por último, que era el verdadero Israel, es decir, el cristiano verdadero, el que desde los pies de Jesús, donde ahora se halla, desde lo alto de su recompensa eterna, derrama sobre nosotros la más

hermosa, la más rica, la mejor de todas las herencias: su bendición bienaventurada.

No puedo ocultar que el doctor hinchaba los carrillos y resoplaba oyendo estas cosas, al mismo tiempo que se le estremecía todo el cuerpo.

—Todo eso es muy hermoso y muy bueno—murmuró;—pero están los hijos...

—Y está la Providencia—le interrumpió dulcemente el Sr. Jamond.

—Bien, sí—dijo Guérault á media voz;—pero con todo, en materia de herencias yo preferiría otra cosa...

Gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de mi madre. La monja se acercó á ella la primera, y luego también Luisa y Ana; permanecieron un momento abrazadas todas cuatro, y por encima de las cabezas de las hijas reunidas, el soldado fué á estampar un sonoro beso en la frente de la madre.

—¡Ah! ¡Qué gente más buena!...—dijo Juliana desde la puerta, restregándose los ojos.—¡Qué gente más buena!

—Lo que es á ti—le dije al doctor muy bajito, pues se incomodaba cuando no le tuteaba;—á ti no te queda ya mucho tiempo para burlarte de todas estas cosas, ¿entiendes?

Olivier me miró espantado, revolviéndome hacia sí con las dos manos para verme mejor la cara, y manifestando en los ojos marcada inquietud.

—¿Te ha dicho él algo para mí?—murmuró tan bajito, que me costó trabajo entenderlo.

No tuve tiempo de responderle, porque Carlos comenzaba la lectura en aquel momento.

*
**

Yo poseo pocos papeles de familia; todos se los he dado á mi sobrino, el hijo de Francisco, que es ahora el jefe de la casa; pero esta carta la recibí de las manos de Carlos cuando á su vez abandonó este mundo, y jamás me desprenderé de ella. No tengo necesidad de sacarla del cajón: la sé de memoria.

Estaba escrita en papel de cartas sencillo, y á la cabeza decía: «Mi querido Carlos»; pero en seguida venía la fórmula que pone la última voluntad del cristiano bajo la protección de la Santísima Trinidad: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»; después la carta continuaba de este modo:

«Tú no me has desobedecido jamás. Tú gobernarás la casa prudentemente bajo la autoridad de tu madre, á la que doy y lego todo cuanto pueda poseer en la hora de mi muerte. Esto ha de ser tenido por mi testamento. Doy las gracias á mi mujer por la dicha que me ha proporcionado. La amo más que á mis hijos; á ella, después de Dios, es á quien se los debo; después de Dios ella ocupa el primer lugar en mi corazón. Amadme y respetadme en ella; mientras ella viva permaneceré en medio de vosotros.

»No estoy más enfermo hoy que ayer; mi única enfermedad es este cansancio que se va apoderando de mí. Creo conocer el verdadero nombre de este cansancio: se llama la vejez antes de llamarse la muerte. Estoy preparado para ésta, y no tendría que hacer más que daros el beso de despedida al partir, si no fuera por un disgusto muy fuerte que he tenido y que vosotros no conocéis.

»He comenzado á escribir ésta dirigiéndome á ti

solo, Carlos, y he aquí que, sin quererlo, me dirijo á todos, á mis hijos y á mi mujer, mis pobres prendas queridas. Este disgusto no lo he soportado con resignación. He dado entrada en mi corazón al despecho, á la cólera, casi al odio. Y la intranquilidad de mi conciencia me ha hecho sufrir más que el disgusto mismo.

»En la Audiencia se me acusaba á menudo de dejar á Dios el cuidado de todo lo concerniente al porvenir de mi familia, y añadían: «Eso es muy cómodo». Yo les dejaba decir, porque hay siempre ciertas asperezas que es preciso sufrir; pero en realidad, el pensamiento de nuestra precaria situación no me dejaba un punto. Por más que dijera á Dios en mis oraciones: «Me abandono á vuestra Providencia con entera voluntad; dejo en vuestras manos misericordiosas el cuidado de mi cuerpo y de todo lo que me pertenece», todo esto era verdad por lo tocante á mí, pero no respecto de vosotros. Yo os veía al día siguiente de mi muerte, y aunque os oía pronunciar esas palabras de confianza que mi corazón lleno de fe me hubiera dictado, escuchaba también la otra voz que hay en nosotros, la de la prudencia humana, y me despertaba de noche bañado de sudor, porque había visto en sueños á mi mujer vestida de negro, que distribuía á sus hijos un mendrugo de pan insuficiente... No había en esto exageración ninguna. No tenemos nada, y nada podemos esperar de nadie...»

Aquí Guérault tosió. Este alcalde tenía una tos de Hércules.

Los otros dos parientes campesinos manifestaron

cierta incomodidad, como si ya se les hubiera pedido dinero.

Nuestro buen párroco se aproximó más á mamá, y el doctor me estrechó contra sí.

Carlos continuaba leyendo:

«Una vez, hace ya ocho años, me encontré dueño de quinientos francos por haber presidido dos sesiones del tribunal del Jurado en las ciudades de nuestro distrito. El sobresueldo asignado para los quince días que dura una sesión es de trescientos francos. Yo había vivido cada una de las dos veces con cincuenta francos. Es verdad que el señor presidente me hizo algunas observaciones sobre el *respeto* que un magistrado se debe á sí mismo, y no dejaba de tener razón: es preciso que cada uno guarde su propio rango; mas yo guardaba mi conciencia en paz, porque nunca he despreciado á los que comen en secreto un poco de pan duro.

»Ello es que yo tenía mis quinientos francos.

»Hay entre mis compañeros quienes gastan el doble de esta cantidad cada vez que convidan á comer á una media docena de amigos; pero á mí, el tener delante quinientos francos me asombraba, me embargaba y no sabía dónde ponerlos. Era muy poco y era demasiado: muy poco para procurarse con ello renta, y demasiado para emplearlo en los gastos ordinarios; y por otra parte, nunca hemos tenido deudas á pesar de la excesiva escasez de nuestros recursos; de suerte que yo no tenía ningún agujero que tapar. Ocurrióme la idea de consultar el caso á los que se interesaban por mí; mas me detuvo el temor del ridículo. ¡Tener que colocar

quinientos francos, y consultar á la gente para eso! Por esta vez tuve la debilidad de *respetarme* á mí mismo.

»Comenzábase á hablar entonces de esas combinaciones económicas que nos llegaban de Londres bajo el nombre de *Seguros sobre la vida*, y me había yo mostrado opuesto á ellas por un motivo análogo al que decidió á la zorra de la fábula á decir que estaban verdes las uvas; pero mis quinientos francos me sugirieron la idea de asegurarme.

»Había entonces entre nosotros un comerciante y banquero á la vez, empresario y comisionista, que ejercía casi casi todas las industrias. Su crédito era considerable, é inspiraba, sobre todo á las clases ilustradas de nuestra población, una confianza sin límites. Conocíale yo por haberle tratado de cerca en un negocio judicial, en que se había conducido como un caballero. Vino casualmente á verme para darme las gracias por no sé qué buen servicio que había tenido ocasión de prestarle, y de una en otra llegué á hablarle de la colocación de mis quinientos francos. Mostróse conmovido por la pequeñez misma de la cantidad, respetuosamente conmovido, y me dijo: «Yo no hago en mi casa »negocios de esa clase; pero si tiene usted confianza »en mí, deme usted su dinero. Puede usted ir añadiendo en cualquier tiempo lo que pueda distraer del gasto »ordinario de la casa. Todos los años le pondré á usted la »cuenta de su situación y... ¿quién sabe?... En todo »caso no arriesga usted nada».

»Yo acepté la proposición, y él me cumplió la palabra. Con lo que yo le iba entregando de tiempo en

tiempo, y los intereses que él me iba acumulando, en ocho años mis quinientos francos se triplicaron, y comencé á decirme: «Ahora, si yo muriera, mi mujer »tendría, por lo menos, algunos meses de desahogo »para revolverse». Y tuve un poco de orgullo pensando que no era ya un marido enteramente inútil, ni un mal padre...

Carlos se detuvo, porque le faltaba la respiración. Bajo la forma, hasta cierto punto ligera, de este escrito, había en él un no sé qué tan doloroso, que todo el mundo tenía el corazón oprimido, excepción hecha de Guérault y compañía, que comenzaban á interesarse por los mil quinientos francos.

Mi madre escuchaba con creciente asombro; decididamente no había oído una palabra de este asunto. Aquel pequeño ahorro era una sorpresa triste y laboriosamente preparada, que el pobre papá había querido hacer á nuestro duelo para el día siguiente de su muerte. Comprendía yo esto sin adivinar lo demás, así es que experimenté gran extrañeza al oír al doctor, que refunfuñaba detrás de mí con reconcentrada cólera:

—¡Ah, miserable! ¡Estafador, villano!

¿De quién hablaba?

Carlos se encargó de responder á esta pregunta, continuando la lectura:

«Una mañana del pasado invierno el Sr. Sicard...

Este nombre fué recibido con general murmullo.

—¡Sicard!—murmuró mamá.—¡Era él!

—¡Bandido!—dijo el doctor Olivier.

—¡Ya pareció aquello!—exclamó Guérault.

Mis hermanas se agitaron, y debo confesar en honor

de Francisco el calavera que trataba de calmarlas, dando pruebas de tener excelente corazón; pero Luisa le impuso silencio, diciendo con tono dolorido y grave:

—¡Por él ha muerto el pobre papá!

—Le hemos perdido por la voluntad de Dios, hijas mías—dijo el Sr. Jamond con timidez, pues temía irritar inútilmente aquellos rencores que tenían su principio en un dolor tan legítimo.

Carlos añadió con mucha más energía:

—Los que amen la memoria de papá, no deben maldecir al hombre que él ha perdonado.

—Es verdad—dijo en seguida mamá;—tú vales más que nosotros, hijo; pero ¿no era bastante perdonar? ¿Era preciso olvidar por ese canalla á su mujer, á sus hijos?...

—Hija mía—la dijo el señor cura;—déjele usted, por Dios, que concluya.

Mamá bajó la cabeza, murmurando:

—¡Él ve mi corazón, él tendrá compasión de mí!

La pobre viuda hablaba de su marido; pero Dios es el que ve los corazones, y depositario fiel, va recogiendo y juntando el tesoro de nuestras lágrimas. Carlos repitió, continuando la lectura:

«Una mañana del pasado invierno, el señor Sicard vino á mi despacho y me dijo: «Me voy á pegar un tiro...»

—¡Te veo!—dijo Guérault.

Y los otros dos primos se encogieron de hombros con mofadora sonrisa.

—He aquí—murmuró el doctor—tres animales tan feroces, que casi le hacen á uno compadecerse de Sicard.

«...Había depositado ya su libro de caja—continuaba la carta de papá,—y estaba medio loco ó loco del todo, hablando á la vez de fuga, de suicidio y de inmensas especulaciones, por medio de las cuales volvería de nuevo á subir al pináculo de la fortuna. ¡Pobres queridos míos!... ¡No dejéis por esto de quererme!... No pensé en mis mil quinientos francos, es decir, en vosotros, hasta que él hubo salido de mi despacho. Mientras que estuvo en él, mi deber era el apartarle de sus ideas de muerte violenta; mas tan pronto como le perdí de vista, vino la reacción y caí en un gran abatimiento por la suerte de vuestra pequeña herencia. En vano trataba de resignarme.

»Luego salieron los vendedores de periódicos preguntando el suceso. La quiebra de Sicard era la noticia del día, conocida de todo el mundo. Este desdichado había exasperado la envidia en torno suyo con su lujo fastuoso y necio. Tenía naturalmente cierta habilidad para llamar al dinero, y se atraía los capitales; pero en el fondo no era ni siquiera un hombre ordinario, ni menos un hombre de mundo, y su triunfo de un día había sido para nuestra ciudad una cólera, un escándalo, una humillación y un disgusto. La ciudad se vendaba en cuanto podía. Unos decían que había ocultado sumas enormes en un agujero; otros contaban multitud de casos que se asemejaban á mi propia desventura como una gota de agua á otra gota de agua. Se le acusaba de haber incitado á un centenar de pobres hombres á confiarle sus economías, y de haber hecho de todas ellas una suma, que había expedido sobre Liverpool ó sobre Jersey.

»Así se pasó todo el día. Ya que fuera á casa de mis colegas, ya al tribunal, ya en la calle, en todas partes oía hablar de aquel hombre, cuya fortuna, robada y puesta al abrigo de la justicia, iba creciendo para mí de hora en hora. Era un ladronicio y un destrozo: había saqueado á las tres cuartas partes de la población.

»Mi indignación llegaba hasta la cólera, y el odio se apoderaba de mí. Supe su arresto hacia las tres de la tarde, y dije: «¡Bien hecho!» A las seis me llamó el señor presidente, anunciándome que yo era el encargado de instruir el sumario, y añadió:—Es preciso que se haga un ejemplar.—Esa era mi opinión. Me fuí á la cárcel para recibirle la indagatoria, y allí el tal Sicard me propuso que me devolvería mis mil quinientos francos...»

—¿Y nada más para con ellos?—interrumpió Guérault.

El doctor Olivier se levanto tan bruscamente, que quiso derribarme en el suelo. Su mirada hizo á Guérault bajar la cabeza como si le hubiera puesto la mano encima, y el pobre alcalde, que no era malo del todo, balbució:

—Yo no he querido injuriar á nadie...

No sé yo si la pobre mamá había comprendido bien. Me inclino á creer que los mil quinientos francos, de que sus hijos tenían tanta necesidad, la ocultaron un poco todo lo demás. Carlos ni siquiera se volvió á mirar á Guérault, y continuó leyendo la frase interrumpida hasta el final:

«... Sicard me propuso devolverme mis mil quinientos francos en fraude de los demás acreedores de la

quiebra. Hacía largo tiempo que yo creía haber dominado completamente mi orgullo, pero me engañaba. La idea de que había podido hacérseme semejante proposición á mí, magistrado, me sacaba de quicio, y salí de la prisión decidido á concitar contra aquel desgraciado todos los rigores de la ley. El juez está investido de tal responsabilidad, que lo que en la conducta de los demás es mera debilidad ó simple falta, en él es un crimen. Comencé el sumario bajo la presión de la cólera, y vi á Sicard culpable aun en tesis general; porque en lo particular, y por lo tocante á mí, claro es, había cometido un acto doblemente culpable.

»El excelente amigo, el digno sacerdote que dirigía mi conciencia, descubrió antes que yo mismo la turbación que nacía en mi alma. Ante todo desaprobó el vanidoso pretexto que me había inducido á no rechazar todo papel activo en el negocio por la extrema repugnancia que tenía yo en confesar mi posición de estafado.

»Mandóme que me recusara, lo cual hice incontinenti, y el sumario fué seguido por uno de mis colegas.

»Pero un sumario, como toda obra de este mundo, sigue el impulso que se le ha dado desde el principio. Para mí, desde el principio, Sicard era culpable. Le había yo *buscado* culpable en todos los documentos, en todas las circunstancias del proceso, y he dirigido la presente carta á Carlos á causa principalmente de lo que voy á decir aquí mismo. Estas pocas líneas podrán ilustrar toda su carrera de magistrado: *La condición más difícil, y la más indispensable para cualquiera que investigue la verdad judicial, es la de investigar sin*

preocupaciones. El más íntegro de los hombres y el más perspicaz será engañado y engañará á lo que se llama la justicia humana, si se escucha á sí mismo un solo instante antes de interrogar á Dios...»

Guérault tuvo aquí un golpe de tos fuerte, y también oí al doctor que murmuraba:

—¡Caramba, esto nos lleva en andas y volandas á la Edad Media!

«Atribúyome, pues, por una parte—continuaba mi padre en su carta,—la falsa pendiente por donde desde un principio y sin intermisión ha corrido la instrucción del proceso de Sicard; yo era el que había marcado el rumbo que después han seguido, aun á pesar mío. He acumulado después, es cierto, una montaña de trabajos para reparar mi falta; pero no he hecho bastante, y mi deuda no quedará bien pagada sino el día en que haya vuelto á dar al caso de ese pobre hombre su verdadero carácter. Mi mérito, si en ello tengo alguno, consiste en que no hay nada en ese hombre que pueda inspirar cariño, ni interés siquiera. Era un hongo de los muladares comerciales, y al pisarle se volvió á meter en el estiércol. No tiene ni corazón, ni talento, ni cálculo, ni mucho menos probidad; es una nada, un vacío, una cosa profundamente inútil, una cosa neutra, que en cierta jerga suele designarse con la palabra *industrial*.

»Esta palabra, sin embargo, así aplicada es una mentira: la industria tiene personas que valen.

»El *industrial* de que yo hablo vive de todo lo que es malo, ó por lo menos dudoso, en nuestro orden social; pero vive legalmente. Ante el Código de Comercio, tal

como le han hecho, y ante el conjunto de nuestras leyes sobre la quiebra, el Sr. Sicard no es un criminal; el tribunal nada tiene que ver con él. Me ha ultrajado después de haberme estafado; ha empañado mi honor en el concepto de mis compañeros; pero éstas son injurias que ha cometido contra mí personalmente, y que no podían modificar en nada mi deber como representante de la justicia. En consecuencia, yo soy ahora su deudor, estoy bajo el peso de la obligación contraída por mí para con él el día en que, yo el primero de todos, torcí el giro que el sumario debía seguir, presumiendo temerariamente que se hallaría delito, y aun delitos calificados, en su cartera de escamoteador vulgar que trabajaba con permiso de la autoridad, como se dice en las ferias, bajo la tolerancia del uso, de la jurisprudencia y de las costumbres. Ninguno de sus actos era conforme á la honradez estricta; pero ninguno hacía á la honradez legal una de esas heridas cuya importancia, minuciosamente regulada por la ley, determina las jurisdicciones y fija con escrupulosidad farisaica la medida de las represiones públicas.

»El Código no es el Evangelio, ni con mucho. El Código tiene las más anómalas severidades y las más extrañas indulgencias. Protege al comercio, en lo cual va muy adelante. Pues bien, en mi sillón de magistrado soy, como en todas partes, siervo del Evangelio; pero allí soy especialmente esclavo del Código.

»Según el Código, el Sr. Sicard es *inocente*; pero ¡que Dios os libre á todos de semejante inocencia!

»He empleado muchas veladas para ver de llegar á establecer la *inocencia* de Sicard, y no he concluido

todavía; pero creo que llegaré á ese resultado. No hay más que un hecho resueltamente criminal en los cargos contra el Sr. Sicard, y es el hecho mismo que á mí se refiere, la proposición que me hizo al indagarle; yo no tengo derecho á pasar ese delito en silencio, pero le atenuaré en la medida que me lo permita mi lealtad, y el Sr. Sicard no irá por él ante el tribunal ordinario; de este modo quedaremos él y yo cuenta con pago, pues que el tribunal de Comercio, por lo que hace á mis mil quinientos francos, le concederá el descargo de los fallidos.

»¿Estoy igualmente en paz con vosotros, mi mujer y mis hijos?... Tengo solicitado presidir una sesión más que otros años; y en mi oficio de presidente ambulante me *respetaré* todavía un poco menos, si es posible, para ahorrar un poco más. ¡Aquí me tenéis ya viejo y tan cansado, pero también tan lleno de confianza!... Trabajando yo por Sicard, cuando el fastidio y el cansancio me abrumaban, parece que Dios me decía: «Valor, pobre obrero; los que amas recibirán tu salario». ¡Oh Jesús mío, que tengan un poco de ventura! ¡Que mi mujer querida les vea crecer en redor suyo y ser buenos! ¡Dadles el pan de cada día, el pan del cuerpo y el pan del alma!...»

*
* *

La carta se interrumpía aquí, pero para continuar con la fecha de cinco días después, es decir, la víspera misma de su muerte. En esta segunda parte mi padre hablaba de la enfermedad de mamá y de sus ataques, cada vez más frecuentes. Veíase allí un terror que tra-

taba de deslizarse á través de su confianza. Daba gracias á Dios por la buena salud suya, y le pedía perseverancia y aumento de valor.

«Iré continuando día por día—seguí el escrito—esta comenzada carta. Pondré en ella mis consejos y mis instrucciones; lo más ya está hecho, pues que ya he concluído con la historia de mis mil quinientos francos; pero mañana os diré cómo os deberíais conducir, si yo faltara, con Sicard ó con su familia, según las eventualidades. Me tiembla un poco el pulso, porque todavía esta mañana, á lo más largo, mi mujer no tenía del todo buen semblante. ¡Hace tanta falta en casa! No permitirá Dios, así lo espero, que se vaya del mundo antes que yo.»

Esta era la última palabra. Mi madre dijo con voz quebrantada y doliente:

—Dios ha tenido á bien escucharle; yo soy la que sobrevivo, pero le siento rogar por nosotros en el cielo. ¡El divino Salvador sea bendito desde el fondo de nuestra pena! Era aquél, hijos míos, un dinero desdichado, y que había costado bien caro seguramente: vuestro pobre padre había consumido su vida en ganarlo, y ha consumido también su vida en perderlo. ¡Qué padre y qué cristiano! Quiero arrancar de mí todo rencor, y os ruego, hijos míos, que perdonéis, como yo, á ese hombre que...

No acabó la frase, pero tenía las manos cruzadas y todo su pensamiento se remontaba al cielo.

Mis tres hermanas, Francisco y Carlos, se agruparon en torno de ella, y dijeron todos juntos:

—Le perdonamos por el amor de papá...

—Por el amor de Dios—rectificó mi madre.

El doctor Olivier me tenía preso entre sus brazos, sin saber lo que hacía, y me apretaba contra sí, murmurando:

—¿Pero qué es lo que hay en el fondo de esas ideas?

Hasta los tres parientes campesinos no dejaban de experimentar cierta emoción. Uno de ellos dijo:

—¡Pues señor, sea en buena hora; no está mal!

Y Guérault replicó, mirando hacia nuestro lado con recelo, pues el doctor le imponía.

—Está muy bien, tanto más cuanto que el gandul de Sicard es insolvente; aunque se le machacara en un mortero, y se le exprimiera, no se le sacaría un céntimo; tanto monta, pues, regalarle la deuda.

El Sr. Jamond pasó por delante de nosotros para ir junto á mamá, y la cogió las dos manos. Yo me quedé solo con el doctor, que hacía vanos esfuerzos por aparecer tranquilo.

No puedo decir que sintiese en mí muy pronunciada vocación de apóstol, toda vez que me había aprovechado de mi alejamiento para no juntar mi voz á la de mis hermanos y mis hermanas cuando habían perdonado á Sicard; pero sentí no sé qué interno impulso, y por otra parte obedecía al último encargo de mi padre; así es que me revolví entre las rodillas del doctor, y fijé mis ojos en los suyos para preguntarle de repente:

—¿Es verdad que no has hecho todavía la primera Comunión?

El doctor frunció las cejas, balbuciendo:

—¿Quién te ha dicho eso?

—Papá—le respondí.

Y como él guardara silencio, apartando los ojos hacia otro lado, añadió:

—Este año voy hacer yo la mfa.

—Mejor para ti, Juanito—me dijo aparentando indiferencia.

—Es que papá ha dicho—añadí—que tú harías la tuya al mismo tiempo que yo la mfa.

Cref que se iba á reir, pero me rechazó de sí con una violencia que rayaba casi en brutalidad; después, cogiéndome de nuevo, me puso sobre las rodillas, todo asustado como yo estaba, para decirme al oído muy poquito á poco:

—Escucha, Juanito; te quiero mucho, mucho.

—Ya lo sé yo—le contesté;—pero ¿te he incomodado?

—¿Y tú—me preguntó él á su vez sin responderme,—tú me quieres también?... Sí, estoy seguro de ello.

—¡Oh, sí, ciertamente!

—Pues bien, Juanito mío—añadió bajando la voz más todavía;—no me hables nunca de eso.

—¿Por qué?

—Porque si me hablaras de eso no volvería á ver á tu madre.

Levantóse, y quise retenerle cogiéndole de la levita; pero en aquel momento Juliana abrió de par en par la puerta, y dijo con solemnidad:

—La sopa está en la mesa.

En seguida añadió, dirigiéndose á toda la concurrencia:

—Esta es la primera vez que se ponen los manteles en casa después de la desgracia. Nadie ha comido ni

ha bebido, de tantos como son; ¡ni siquiera se había atizado en la cocina!

Todos los que no eran de casa se retiraron inmediatamente, incluso el señor cura y el médico, y solos ya los de la familia, entramos en el comedor, que me pareció como si no le hubiera visto nunca.

En ninguna otra parte se nos mostró el vacío dejado por la ausencia de mi padre, tan ancho ni tan profundo. A decir verdad, él no tenía para dedicarnos más que las horas de comer, y allí era especialmente donde nosotros le habíamos amado, agrupados en torno suyo, recreados con su dulce sonrisa, y encontrando siempre demasiado cortos los instantes que quitaba para nosotros á su trabajo.

Permanecemos de pie, y con el corazón oprimido, alrededor de la mesa, donde no faltaban cubiertos, pues había dos más que de ordinario. Nuestras servilletas estaban en sus respectivos aros, salvo las de la monja y del soldado, que acababan de salir del armario, plegadas y limpias.

Pero en el sitio de papá, que estaba en el centro de la mesa, no había nada.

Mi madre iba cogida del brazo de Francisco, y la monja la sostenía por el otro lado. Detúvose un instante á mirar aquel sitio desocupado, y murmuró:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Todavía me parece que no es verdad!...

Todos los pechos estallaron en sollozos, porque eso mismo era precisamente lo que sentíamos todos y cada uno; y lo que es yo por mi parte conservaba en mí todavía no sé qué necia esperanza.

Cada campanillazo me hacía bailar el corazón, y sentía sobresaltos cuando se abrían las puertas.

La sopa vaporeaba en medio de la mesa, y yo hacía por recordar si vaporeaba lo mismo antes. Juliana estaba de pie detrás de la silla de mi padre, con las manos caídas sobre el delantal.

—¿Pero qué hacen ustedes?—dijo de pronto con cierto enfado, viendo que nadie se acercaba á la mesa.

Como no la respondía nadie, dió con la punta del delantal un gran restregón á sus ojos, y se fué al aparador, donde cogió la pila de platos que solía poner de ordinario delante de papá, que era quien nos servía.

—Yo no sé—dijo—si ahora habrá que poner esto delante de la señora.

Mamá se estremeció é hizo con la cabeza un signo negativo, mostrando á un mismo tiempo con el dedo el sitio desocupado.

Todos creímos que iba ella á sentarse allí, y en verdad que todos estábamos del mismo parecer en aprobar su determinación:

Francisco y la monja se pusieron en marcha para conducirla al sitio de preferencia, donde Juliana acababa de depositar la pila de platos; pero mamá les hizo detenerse en su sitio de costumbre.

Llamó á Carlos con una voz que parecía robustecida por el exceso mismo de la emoción.

Y Carlos vino.

Yo no sé si podría ponerse más pálido á la hora de la muerte.

Repito una vez más que á Carlos le queríamos, puesto que no había entre nosotros más que amor; pero era

el menos querido de todos, á causa, sin duda, de su mayor piedad y de su extraordinaria modestia. Este sentimiento de disgusto enfrente de la perfección se encuentra dondequiera que haya criaturas humanas, en el estado eclesiástico como fuera de él, y le he encontrado hasta en la soledad de los desiertos que habitaron los santos.

Mamá posó su mano sobre la frente de Carlos, lo cual creo que fué una especie de bendición; después le abrazó con ternura, y le designó el sitio de preferencia.

Carlos dijo muy bajo, poniéndose casi de rodillas.

—¡Madre mía, madre mía! ¡Yo te lo ruego!...

Pero ella le respondió:

—Hijo mío querido, es lo que corresponde. *Él* lo quería, y yo también lo quiero.

*
* * *

Entonces rodeamos á Carlos y le abrazamos todos. El soldado, que no había sido nunca de su parecer, fuese cualquiera la cosa de que se tratara, le dijo de lo íntimo de su corazón:

—Ya sabes: puedes mandarme, que yo te obedeceré.

La monja se le colgó del cuello, en tanto que Luisa y Ana esperaban su turno. Juliana hizo con la cabeza encanecida signos afirmativos con expresiones de gran contentamiento, en el fondo del cual quedaba, sin embargo, un poco de desconfianza.

Cuando hubimos conducido á Carlos á su nuevo sitio, rezó el *Benedicite*, como papá tenía costumbre de hacerlo. Desde entonces había ya en nuestro mismo dolor cierto consuelo severo y apacible; el vacío no era ya

tan aterrador ni tan grande. Al hundir el cucharón en la sopera nos dijo Carlos:

—Aquí estoy, según el mandato mismo de papá, bajo la autoridad de nuestra madre; y la he obedecido al aceptar este puesto, como la obedeceré siempre.

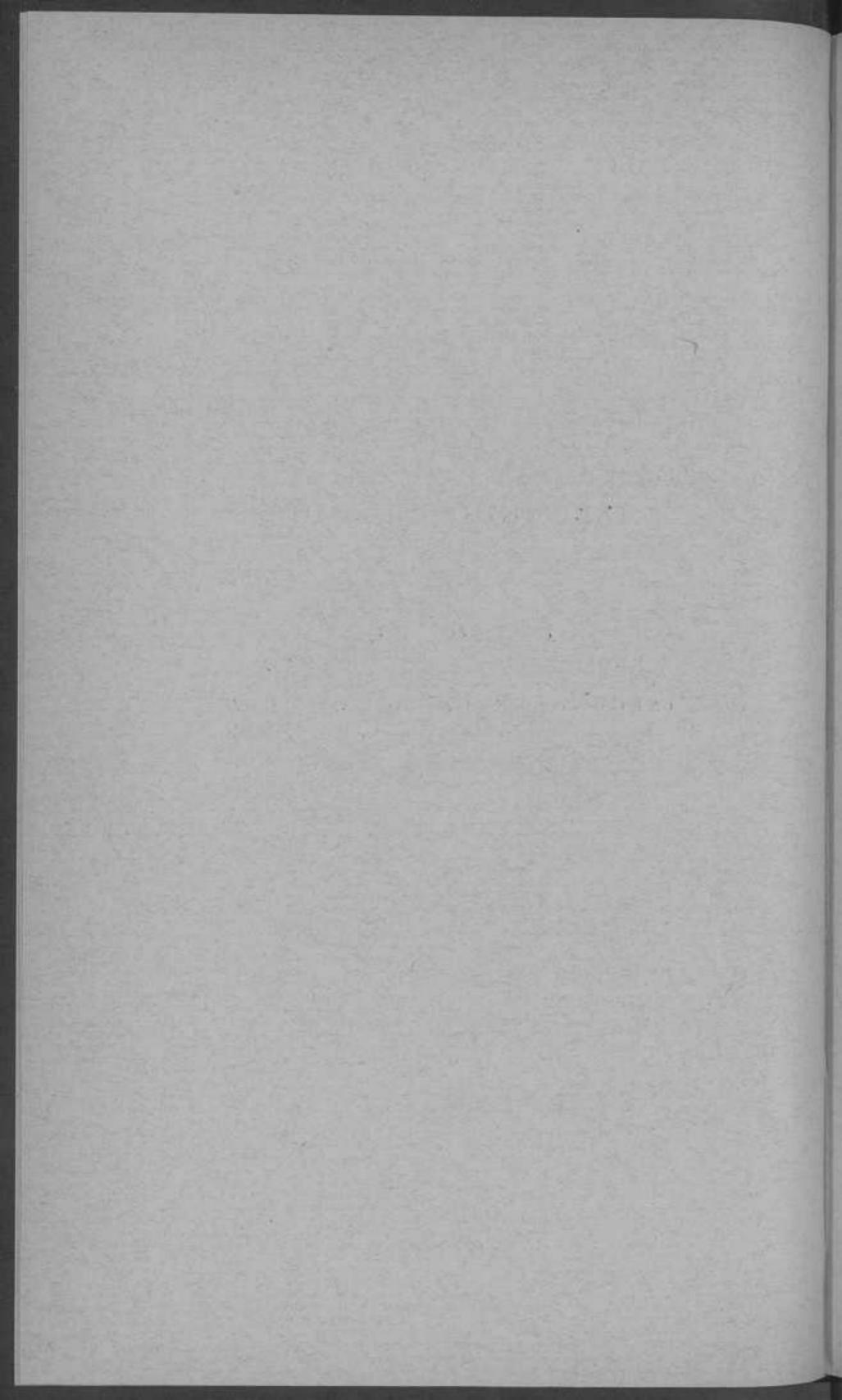
Dicho lo cual nos sentamos todos, dando así comienzo la primera comida de nuestra familia huérfana.

FIN DE LA MUERTE DEL PADRE

SEGUNDO EPISODIO

PEDRO BLOT

(SEGUNDA RELACIÓN DE JUAN)





PREFACIO-ANÉCDOTA

LA LIMOSNA DEL SAGRADO CORAZÓN

... Se levantará sobre la ciudad culpable y castigada como un escarmiento en el sitio de un crimen... Apartará los peligros del presente y servirá de lección para el porvenir. Monumento de fe, enseñará á nuestros nietos nuestras desdichas, nuestro arrepentimiento, y, si Dios quiere, nuestra redención.

I

JUAN estaba de pie en el alto del acirate. Hubiérasele podido tomar por la estatua de la flacura si no fuera porque movía los brazos accionando. También accionaba en aquel mismo sitio, en época anterior, el telégrafo antiguo de Montmartre. Después habían hecho allí una torre de yeso, que se llamaba Malakoff ó Solferino, ó no sé qué otra cosa así, pues el tiempo de que voy á hablar no era el mejor seguramente para retener nombres victoriosos.

Á la sazón no había ya nada en aquella cima de París, sino los vestigios de unos terraplenes levantados á toda prisa tres años antes para poner en batería los ca-

ñones de la *Commune*. Estábamos á últimos de Julio de 1873.

Á lo primero creí que Juan hablaba solo, cosa que le acontecía algunas veces cuando no tenía nadie con quien hablar; pero conforme iba subiendo por la ladera, me fuí convenciendo de que tenía, por lo menos, un interlocutor, pues oía una voz que respondía á la suya. Una voz alegre y simpática, aunque revelaba cierto cansancio y acaso cierto sufrimiento. En el punto en que comencé á percibir distintamente las palabras, decía:

—Mucha gente viene ya á ver, desde que se ha presentado la ley á las Cortes. Parece que la Iglesia estará aquí mismo donde estamos nosotros. ¿Ve usted la linterna del Panteón, allá por encima de las torres de Nuestra Señora?

—Sí—contestó Juan;—es decir... no nos alabemos: yo no veo más que la niebla; pero sé que deben estar allá las torres y la linterna.

—Pues bien—continuó la otra voz;—aquí, detrás de usted, á la derecha de esas irrisorias fortificaciones que enviaron á M. Thiers y á sus valerosos ministros hasta Versalles, se colocará el altar mayor, cuya primera grada estará precisamente á la altura de la cruz de Santa Genoveva. Y cuando el sacerdote oficiante se vuelve á decir á los fieles: «El Señor sea con vosotros», el aliento de su salutación reanimará á todo París, que es, según dicen, el corazón enfermo de Francia.

Juan alargó la mano, sin duda para estrechar otra mano, y noté la emoción de su acento cuando preguntó:

—¿Ha predicado usted la palabra de Dios, hermano mío?

—No, nunca—le contestaron.—Antes de ser, como soy ahora, una boca inútil en nuestra Orden, enseñaba á leer á los niños de los que fusilaron á los dos generales, aquí cerca, en el corral del académico.

En este momento llegué yo al alto y ví á la persona que daba conversación á Juan. Era un hermano de la Doctrina Cristiana, cuyas facciones, regulares y dulces, pero enfermizas, denunciaban una prolongada lucha con el dolor. Estaba sentado, por lo cual no había podido yo verle antes; su asiento era el reverso de la comodidad: no tenía respaldo, apenas se levantaba del suelo y hacía el efecto de un exiguo banco de césped, en donde el polvo hubiera destruído la hierba. A su lado yacían un mal cayado y un devocionario forrado de franela raída.

En la manga derecha de su vestido no había brazo. Parecía tener unos treinta años á lo sumo.

—Mira, mira—me dijo Juan—el excelente conocimiento que acabo de hacer en pago del trabajo de haber llegado el primero. Este buen hermano es un inválido del sitio. Le hicieron la amputación en el bosque de Vincennes, al aire libre, con un frío de doce grados bajo cero, mientras desclavaban ya la tienda de la ambulancia después del combate de Champigny. Habíase metido demasiado por levantar á un oficial de los movilizados de *Ille et Vilaine*, que había caído herido en la escampada, y á la vuelta recibió tres balazos; dos que le destrozaron el brazo, y otro que le partió la rodilla al volverse de cara al enemigo para mostrar la cruz internacional.

El hermano me devolvió el saludo enternecido, y añadió:

—La rodilla le da mucho quehacer al médico de nuestra casa matriz; pero no admito eso de que fuí demasiado lejos, pues que salvé á mi subteniente, que hoy está sano y bueno, á Dios gracias. Era joven, muy joven, y llamaba á su madre... Tenía excelente corazón. Me ha escrito allá desde Breña para saber noticias mías y anunciarme su boda. ¡Ah, qué fuerte era yo entonces! Le llevaba al hombre cuando recibí los tres balazos, y me dije: ¡Tente firme; Dios está en todas partes! La rodilla me dolía tanto, que lloraba como un cobarde; mas con todo, anduve bastante ligero, pues me reuní al batallón, y no solté á mi bretoncito hasta que caí redondo, ya dentro de las filas.

Sus pálidas mejillas se habían coloreado un poco, y se sonría. Juan se sentó á su lado y le dijo:

—La verdad es que esta historia merece ser contada por extenso. Vamos, hermano, le escuchamos á usted.

Pero el hermano respondió:

—No tengo más que contar. Ya lo he dicho todo.

A pesar de ser temprano hacía mucho calor. Juan y yo nos habíamos citado tan de mañana en el acirrate para librarnos de la fuerza del sol al visitar el sitio que se decía haber escogido el señor Arzobispo de París para edificar su gran basílica del Sagrado Corazón. Se hablaba mucho de esto á causa del voto de la Asamblea. Notábase que la iglesia del Voto Nacional iba á reemplazar justamente las fortificaciones levantadas por la insurrección. En estas alturas, desde donde los insurrectos hacían llover poco antes el hierro y

el fuego sobre la capital de Francia, el hombre de Dios, el pastor heredero de tantos mártires, había recibido la misión de plantar el estandarte de la paz perpetua. En este lugar, templo ya en los tiempos de la barbarie pagana, é iluminado luego con los resplandores del heroísmo cristiano, donde San Dionisio había muerto vencedor de los ídolos, donde San Ignacio había nacido al más grande apostolado de los tiempos modernos, en esta montaña, manchada por los altares de Marte y de Mercurio, pero rescatada por la oración y glorificada por la sangre, iba á surgir un templo al mandato de un santo obispo, como cruz inmensa de un nuevo Calvario, extendiendo sus brazos para abrazar á la vez á París, á Francia, á Europa, al mundo.

Y precisamente al otro día de la terrible bacanal movida por el odio, era cuando el pensamiento de un príncipe de la Iglesia, aconsejado por la voz milagrosa del Salvador, caía en buena tierra cual fecunda semilla, germinaba allí, todavía invisible, pero preparaba ya el alumbramiento lleno de gloria, donde iba á elevarse y á florecer la obra, símbolo de nuestras esperanzas sobrenaturales.

Me acuerdo que, bajo el reinado de Luis Felipe, allá cuando la carmañola de los charlatanes descargaba como un torbellino en este pobre París, enloquecido por los motines seudo-literarios, por las revoluciones industriales, por las religiones ateas y por otras mil enfermedades trágicas ó grotescas; en tiempo de los Sansimonianos, de los Furrieristas, de los Jóvenes-Templarios y de Jerónimo Paturot, se echó á volar un pensamiento que á mucha gente pareció grandioso. Un

artista, M. Preault, propuso *tallar* el acirate de Montmartre. ¿Qué quería hacer de él? No lo sé á punto fijo; pero me figuro que se trataría de representar á una dama adornada con gorro frigio, ó á un emperador coronado de laurel: á Napoleón, ó á la Libertad. Nuestro siglo no ha sabido adorar más que al cañón ó al hacha.

He citado el proyecto del colosal estatuario, no para reirme de él, que hace ya mucho tiempo que no me río de nada, sino para mostrar á qué alturas se cierne la Religión aun por encima de lo imposible. La Cruz tiene verdaderamente á la fantasía bajo sus pies.

El Catolicismo no talla las montañas para fabricar juguetes monstruosos, sino que eleva todavía más las más altas cumbres, haciéndolas al mismo tiempo accesibles; construye en ellas torres que tienen sus cimientos en las entrañas de la tierra, y las corona con el símbolo del perdón, oponiendo el hermoso contagio de sus ternuras á las epidemias del odio.

Y llena estas casas de luces tan vivas, que sus muros, penetrados de esplendores, brillan como faros, llevando á todas partes su radiación luminosa, merced á la cual las almas extraviadas encuentran su camino á través de la noche de la humanidad.

II

Todo esto que acabo de manifestar estaba yo bien lejos de sentirlo en el mes de Julio de 1873. El mundo católico había acogido con entusiasmo la idea de que M. Guibert se había hecho promovedor; pero yo en-

tonces no formaba todavía parte de ese mundo más que por cierta atracción, bastante vaga, de mis instintos y de mis recuerdos. Era un cristiano de teoría y de imaginación, detenido no sé por qué en el umbral de la iglesia, pero á la parte de fuera.

Conozco innumerable multitud de personas que están lo mismo. Por ellas es preciso rogar con preferencia.

La expiación monumental preparada por el Arzobispo de París aparecía ante mis ojos como un gran poema. Sentíame obligado á admitir en él la religión; pero lo que más deseaba ver en él era el arte. Me había tomado el trabajo de buscar el profeta que había de escribir en versículos de piedra el majestuoso salmo de nuestra penitencia. El hombre tan hábil y tan de actualidad que ha hecho el teatro de la Ópera, era el primero que acudía á mi mente, pero no me gustaba. Como quiera que sea, el Sr. Ch. Garnier siempre habrá ejercido sobre su época una influencia real bastante difícil de definir. Me daba miedo él y cualquier otro por causa suya. Ya veis que me adelantaba no poco á los celosos promovedores de la obra. La mosca rara vez va en la trasera del coche, sino á la cabeza de los caballos.

No creo yo que el Sr. Garnier haya fundado una nueva escuela; pero la turba perjudicial de los imitadores contribuyen por unanimidad á darle fama y reconocen cuanto de él procede. Ni cristiano, ni pagano, ni romano, ni griego, es un Nabab de Asiria que hace al mismo tiempo lo chico y lo grande, que concibe diabluras babilónicas exageradas con maravillosos accesorios, lo cual agrada lo que no es decible.

Paréceme que Nabucodonosor, convertido en bestia, anda vagando por el peristilo de esa Bolsa de la sensualidad que llaman la Ópera, tipo de lo gigantesco en miniatura, excelente bazar donde todo se vende, el arte, los oficios, la vergüenza, la gloria, el placer y la ruina. Este es el género de actualidad; y no olvidéis que de dos años á esta parte la magnífica escalera, obra maestra de estilo sátrapa, tiene todas las noches 20.000 francos de entradas. París trepa por ella á cuatro pies, como Nabucodonosor.

Está visto, pues, que á París y á mí nos gusta esta obra, propia de Nínive, más curiosa que ninguna otra de las edificadas en nuestros días. Sólo que París nada teme, y yo tiemblo por los demás palacios y aun por las catedrales. En este siglo de imitación desenfrenada, en que las manos están tan prontas y tan tardo el pensamiento, puede cualquier arquitecto meter la mano en el bolsillo del Sr. Garnier y sacarle (me lo estoy temiendo) un plano que debe de haber allí entre otras obras maestras: el plano de la pagoda de Baltasar.

Pero entiéndase bien: no quiero decir que el talento extraordinario del autor de la escalera sea incapaz de trazar una bóveda cristiana; creo precisamente lo contrario, y sólo hablo de los imitadores, gente mero-deadora que cambia en cobre vil el oro robado. Con razón ó sin ella, tenía yo la pesadilla de ver destacarse en la cima de Montmartre lo que ellos llaman «una idea», alguna cosa nueva, alguna invención, quizá hasta alguna cosa ORIGINAL; en una palabra: una iglesia de ACTUALIDAD. Y como recordaba el fabuloso costo de la Ópera, que llamó en París la atención casi tanto

como la Ópera misma, preguntábame yo dónde encontraría nuestro Arzobispo una mina de oro capaz de reemplazar al Estado, que de mil amores paga los gastos de las óperas, pero no los de las basílicas.

Era yo, pues, un si es no es de oposición, como suelen ser todos los malos feligreses. La futura iglesia del Sagrado Corazón me parecía soberbia como bandera de fe, útil como protesta, elocuente como cántico ó plegaria; pero la encontraba cierto color de lujo y cierto perfume de temeridad.

Juan me decía:—No juzgues tú de eso, porque estás demasiado lejos del altar. Por presuntuoso que seas, ¿tendrás la pretensión de examinar el estilo de un poema escrito en lengua para ti desconocida?...

Aunque confusamente, veía yo que Juan tenía razón y que me faltaba el compás para medir estas cosas; pero no daba mi brazo á torcer y me quedaba con mi opinión. Siempre hay que tener una.

III

El hermano Ignorantino (1), si hemos de darle este hermoso nombre de que la pública ingratitud ha hecho casi una injuria, no pertenecía ya á ninguna de las escuelas de distrito. Vivía retirado en la casa matriz, donde, á consecuencia de sus heridas, se habían suavizado para él las austeridades de la regla, y tenía

(1) *Ignorantins* llaman los franceses á los Hermanos de la Doctrina Cristiana, cuya principal misión es enseñar el Catecismo á los niños.

permiso para venir á Montmartre todos los días que hacía buen tiempo. Como él nos había dicho, allí habían corrido los años de su juventud; antes de la guerra se dedicaba á enseñar á leer á los niños, pobres salvajillos de la ciudad fabril, que no oyen nunca el nombre de Dios más que en la blasfemia. Les amaba con ternura, y ahora volvía á verlos. En aquellos terrenos del acirate, que después han sido trastornados á costa de tantos trabajos, sólo encontraba entonces la soledad. Se sentaba en la hierba, leía algunas líneas en su libro forrado de franela, rezaba mucho, y á veces reunía en redor suyo á los muchachos vagabundos para contarles alguna interesante historia. Sabía muy bien que su vida terrestre tocaba á su fin; pero no era esto para él motivo de vanagloria, sino que animaba con una santa alegría su paciencia.

Conocía palmo á palmo el cerro, y nos le enseñó todo. Apoyado en su muleta llegó hasta el borde del acirate que avanza sobre el campo arenoso por donde va ahora el nuevo *boulevard*. Desde allí dominábamos á la derecha la ciudad, erizada de monumentales maravillas; enfrente, los arrabales de la miseria; á la izquierda, la llanura, cuyo centro señala la veleta de San Dionisio. Seguía después la barriada industrial, coronada de vapores; los verdes oasis de Saint-Ouen; Enghien, mancha gris donde la especulación, los anuncios y la política cultivan sus dependencias amontonadas alrededor de un lago más profundo que el estanque del Palacio Real. Mas allá de todo este aburrimiento que hace esfuerzos desesperados por divertirse, la selva, una verdadera selva tapizaba lo lejano de las

colinas, mostrando á nuestro purgatorio de París el paraíso de la campiña francesa.

El hermano nos enseñó este panorama, explicándonos sus detalles con cuatro palabras sumamente sencillas, cada una de las cuales era una pincelada. Juan no solía tener curiosidad de ver nada; era además muy miope, de lo cual no le importaba gran cosa; nunca he visto á nadie que se cuide menos de mirar. Como veía dentro de sí mismo cosas que le interesaban, se había acostumbrado á creer en los objetos exteriores bajo la palabra de los demás.

Pero aquel día no sé qué le dió, que apoderándose de mis gemelos, no cesaba de mirar con ellos. Creo que debía mirar el paisaje que el sol iluminaba profusamente; pero estoy seguro de que vió algo que le llamó la atención más allá de los límites del paisaje, porque luego exclamó:

—Puede un velo cubrir la conciencia de un pueblo lo mismo que los ojos de un hombre, y este es el milagro que debe hacer el voto nacional de penitencia.

Miró un instante, mas con la sorpresa incrédula de los niños, y temiendo que no le hubiéramos comprendido, añadió:

—Es ciertamente una figura grande y conmovedora, aun cuando en el fondo no se trate más que de un simple par de gemelos. ¿Puede darse nada más hermoso que un remedio para la miopía de los entendimientos y de los corazones? Yo mismo no sabía que era corto de vista. Oía decir á los demás que veían, pero me parecía una cosa indiferente. Y cuenta que no me quejo de haber mirado á Dios en mí mismo, sin

observar apenas los espectáculos que fórman el esplendor material de su obra. Quizá los adivinase yo tan hermosos como los veis vosotros, y acaso más. La cuestión no es esa. Para vosotros estaban presentes estas cosas; para mí no existían, ó porque no las conocía, ó porque las había olvidado, que eso lo mismo da, y ha bastado un simple círculo de cristal para creármelas. ¡Ah! yo contaré esto en San Sulpicio, y hablaré del Sagrado Corazón.

Quise que se quedara con mis anteojos, pero me los devolvió inmediatamente como si hubiera temido abusar de aquel prodigio.

—Que sea un cristal—añadió,—un hecho ó una palabra, ¿qué importa? Lo cierto es que la ceguera del hombre puede ser curada. Pienso en los que sufren, en aquellos á quienes envuelve la niebla de la desesperación, en mis obreros, á quien los enemigos de Dios fatigan poniéndoles una venda en los ojos... Te digo que todo esto es grande y que la bondad de la Providencia inunda mi corazón. La iglesia del Voto será el telescopio colocado en lo alto de la montaña, y gracias á él verán de repente nuestros ojos más allá de las barreras de la mentira.

El hermano, que iba delante de nosotros haciendo de *cicerone*, se detuvo junto á un lienzo de pared protegido por unas tablas, y dijo:

—Aquí es.

Estábamos á la entrada de la finca del difunto señor Scribe, el autor dramático que celebraba las ganancias de su propio genio en la lengua de Virgilio, tomando por enseña una pluma con estas cuatro palabras, que

él creía latinas: *Inde fortuna et libertas*; por lo demás, persona apreciable que tenía el derecho de dar dictamen, pues era académico, para fijar la lengua de Bossuet.

El hermano separó una tabla y nos mostró el sitio donde habfan sido fusilados los generales.

—Allí estaba yo—nos dijo,—rodeado de aquellos infelices poseídos de furor. Me tenían prisionero. Á casi todos los conocía, á algunos de ellos les doy todavía limosna; pero no son éstos los que hieren y asesinan: el pensamiento homicida está detrás de ellos.

Rezamos los tres un *De profundis* por las almas de aquellos republicanos asesinados por la República. Aca-so Dios haya visitado su última hora. No sé qué tristeza indefinible oprimía nuestros corazones. ¡Ah! No hay nada más triste que el suplicio de los Girondinos, á no ser esa cosa burlesca que anida en las hojas de los libros y que llaman en serio la gloria... la gloria de los Girondinos.

Algunos días antes me había yo arrodillado en el suelo de la calle de Axó, y se me había deshecho el corazón en lágrimas. No había allí más que un pobre muro, como aquí, acribillado á balazos; pero un soplo de vida animaba para mí la soledad de aquel lugar miserable. Allí había esa otra gloria que es lo contrario de la gloria de los Girondinos, y que es la Gloria. El jesuita Pedro Olivaint y sus compañeros cayeron en aquel polvo, desde entonces sagrado, cantando el himno de las grandes alegrías; y Jesús, el divino Mártir, hijo de María, presidió aquella fiesta de propiciación... ¡Olivaint, espíritu apacible, corazón grande, caridad

espléndida, soldado, soldado de pacíficas violencias!... Ya me acercaba yo al buen camino, pues mis lágrimas eran de alegría... Una muerte como la tuya, deseada largo tiempo y abundantemente merecida, vale tesoros de perdón; y tu último suspiro, padre mío muy amado, rescata para la fe á los Girondinos y á sus verdugos.

IV

Veinticuatro horas hacía que era conocido el voto de la Asamblea, y á medida que París se despertaba, iban y venían á Montmartre algunos curiosos hablando de la Basílica que se proyectaba levantar. Habíase recientemente abierto para reconocer el terreno un pozo, el cual estaba rodeado de una empalizada. En torno de ésta se reunían algunos grupos, donde se hablaba de las inmensas dificultades que había que superar aún para saber si era ó no posible la construcción del monumento en aquel sitio. El hermano nos dijo que algunos redactores de periódicos, muy inteligentes en la materia, habían subido la cuesta expresamente para afirmar después que el proyecto era impracticable, dando en favor de su opinión las razones que les parecían mejores. Lo absurdo de la empresa les daba gran contento. Había quien decía que, dada la naturaleza de aquel terreno, el edificio, al cabo de algún tiempo, se metería por la tierra como se mete la licencia de un soldado en su canuto. Otros pronosticaban que cualquier mañana, después de una noche de lluvia, la Basílica se pondría en marcha, como los barcos cuando se

botan del astillero á la mar, y se iría majestuosamente á aplastar el barrio de Nuestra Señora de Loreto.

Juan oía con atención al hermano, que contaba estas cosas con mucha gracia, y de cuando en cuando me miraba con desconfianza, como supeniéndome cierta complicidad, si no precisamente con aquellos redactores de la prensa avanzada, al menos con aquellos cristianos *prácticos* que se echan á temblar al poner el pie en un terreno tan ardiente como el del Sagrado Corazón.

—¿Sabes tú—me preguntó de pronto—si el señor Thiers ha votado por el proyecto de la Basílica?

—No lo sé—le respondí;—pero no me extrañaría, porque durante el Imperio votaba con los católicos en las cuestiones de interés para el Papa, y en favor de su poder temporal.

—Por señas, que sobre esto tuvo una discusión histórica con el Sr. Barthelemy Saint-Hilaire...

—Ya me has contado eso otra vez—le dije:—es apócrifo.

—¿Cómo apócrifo?—preguntó el hermano.

—¡Apócrifo! ¡apócrifo!...—exclamó Juan;—nunca han disputado el Sr. Thiers y su fiel amigo tanto como entonces. ¡Figúrese usted, hermano, una riña de familiar! Thiers en aquella ocasión no era el más fuerte. Estrechado por los cargos de su excelente amigo, que le acusaba de abandonar decididamente el librepensamiento, opuso á ellos al principio su buen humor, que, según dicen, era inagotable en la intimidad; pero al fin, acosado y puesto ya en aprieto, exclamó:

—Pues bien, lo confieso; personalmente no tengo nada contra Dios.

—*Bien lo sabe él!*—replicó tristemente M. Barthélemy Saint-Hilaire;—y esto es lo que le envalentona.

Juan lo contaba admirablemente; así es que la primera vez que se lo oí me hizo reír mucho con esta historia, que probablemente sería invención suya, pero que no dejaba de ser verosímil. El hermano, sin embargo, no se rió, ó porque no comprendió el sentido, ó porque quizá la burla le pareciera exorbitante.

Juan prosiguió dirigiéndose á mí:

—No es que quiera hacerte el obsequio de compararte con el Sr. Thiers, pero tienes algo de esa clase de religión. Esa frase tan ridícula, «personalmente no tengo nada contra Dios», es la expresión exacta y aun algo favorecida del estado de respetable moderación en que yace dormido el pensamiento del mundo *práctico*, en su esfera más inteligente, y tú formas parte de este mundo. No dejo yo de tenerles un poco de buena voluntad á los que han estado en el Liceo y guardan cierta neutralidad benévola para con Dios. Siempre es una galantería de su parte. Tú, por ejemplo: tu opinión en el fondo es decente y pulcra, porque si te dan miedo los *clericales* es por interés del mismo Dios, y para defender á la Iglesia has dado con el ingenioso recurso de encerrarla en un armario.

Sin embargo, compágname esto si puedes: esta idea clericalísima del Voto de Francia te inspira cierta especie de entusiasmo. Hasta te has tomado el trabajo de inventar la frase con que aplaudirla con toda reserva. Es una *sublime imprudencia*, dices. Y esta fórmula conciliadora permite á tu corazón entusiasmarse sin que tu cabeza pierda nada de su estimable *sensatez*.

Más adelante mirarás con una mezcla de gratitud y curiosidad estos días de transición en que estabas ya circundado y verdaderamente bañado por la virtud de la Cruz, pero en que todavía podías retirarte de ella á voluntad, y salir perfectamente seco. Los que te aman é imploran sobre ti la luz de lo alto con paciente anhelo, se asustan más bien que se regocijan de esa apariencia de fe, en cierto modo literaria y ficticia, en que tu imaginación entra separada de tu alma, y que te deja todos los síntomas de la indiferencia, incluso hasta el más característico, la cobardía, disfrazada de sensatez; pero yo, que he pasado por ese camino, te veo andar y espero...

*
* *

La anécdota del Sr. Thiers introdujo nuestra conversación en el centro mismo de la cuestión de la Basílica. El hermano estaba bastante más fuerte que nosotros sobre los orígenes del Voto. Había asistido á la sesión de los Comités católicos del 5 de Mayo de 1872, donde el pensamiento de la obra fué referido de una manera tan conmovedora. El hermano nos dijo lo que había oído, y según él lo dijo os lo refiero.

Era en la hora más cruel de nuestros desastres. Un cristiano aislado y voluntariamente desconocido, recibió esta inspiración en la soledad de su alma, lacerada por la inmensa desgracia de la patria. Este cristiano estaba exento de cólera hasta el punto de creer en la buena voluntad del Dictador que usurpaba entonces el Gobierno de Francia. No ponía en duda su patriotismo; pero le veía, como todo el mundo, lamen-

tablemente inferior á su empresa, disipar nuestros supremos recursos, inutilizar nuestros soldados, aniquilar nuestros generales y redoblar sus fanfarronadas á medida que su insuficiencia pesaba más cruelmente sobre la agonía de su país. Todo era desesperado: Bourbaki caía en el Este al ruido de la orgía garibaldina; Chanzy no tenía ya soldados. La nación más valerosa del mundo (1) exhalaba su último suspiro... El cristiano desconocido, solo, sin misión de nadie, usurpador también, arrodillado á los pies de un Crucifijo, en un cuarto de una posada, consagraba esta ruina tan querida al Corazón sacratísimo de Jesús.

¡Oh! ciertamente, muchas personas á quien yo no debo criticar, pues hasta ayer mismo participé de sus timideces, hallarán aquí motivo para sonreirse. ¡Quiera Dios iluminar á aquellos que todavía tienen sobre los ojos la misma venda que yo tenía sobre lo míos! Es preciso rogar fervientemente por ellos, perdonarlos de todo corazón; pero sobre todo, amarlos, amar á los mismos á quienes hay que combatir. Tal es la ley. ¡Vamos á entrar en esa inmensidad de amor donde los hombres se reconciliarán, porque esa inmensidad es el corazón de Dios!

Aquel cristiano desconocido, que no quiso dar su nombre á su obra, hizo oración y vió sobre sí un resplandor desusado. Como le agobiara su aislamiento, confiése á otra alma igualmente piadosa, y ya fueron dos cristianos á conspirar por la liberación del país. Abrieron luego sus conciencias á Monseñor Pie, y el

(1) Téngase en cuenta que lo dice un francés. — N. del T.

santo y elocuente Obispo de Poitiers bendijo la hermosa locura de sus esperanzas.

Trabajaron, y llegaron á ser diez; un santo religioso de la Compañía de Jesús fué su consejero y su guía; Monseñor Guibert, Arzobispo entonces de Tours, les animó con su bendita palabra, y yo no sé cómo, á pesar de ser entonces tan difíciles las comunicaciones, se propagó en seguida la idea por toda Francia, como impelida por la gracia.

Nuestros ejércitos no alcanzaron victoria. El señor Thiers no llevó la persuasión al ánimo de los soberanos extranjeros, ninguno de los cuales hubo que nos tendiera la mano; y cuando todo lo que era de la tierra nos faltaba, Francia, desprovista de todo humano auxilio, recibió la suprema herida, fué mutilada...

Y sin embargo, vive... iba á decir que ha resucitado... ¡Bendito y glorificado sea el Corazón de Jesús!

V

En el espíritu de los fundadores era ésta una obra de expiación. Siglos hacía que París y Francia entera estaban olvidados de Dios: la basílica debía ser el testimonio de su arrepentimiento... «Se levantará — dijeron— sobre la ciudad culpable y castigada, como un escarmiento en el lugar de un crimen. Apartará al mismo tiempo de nosotros los peligros del presente y servirá de lección para el porvenir, mostrando á nuestros descendientes nuestras desgracias, nuestro arrepentimiento, y, si Dios quiere, nuestra salvación.»

«Hemos visto—añadían—que alejándonos del Señor, la vida se aleja de nosotros: el poder, la energía, el amor patrio, la habilidad, todo ha desaparecido con la fe. Volvamos, pues, á buscar nuestra vida social en su fuente verdadera, en el Corazón de Jesús, de donde salió la sangre que regeneró al mundo...»

«¡Jesucristo ama á los franceses!—exclamaba algún tiempo después el P. Montsabré en la cátedra de Nuestra Señora.—Les ha colmado de glorias: les ha dado la gloria de las leyes, de la magistratura y de las armas; la gloria de las ciencias, de las letras y de las artes; la gloria del heroísmo, la gloria del apostolado y la gloria de la santidad.

»¡Jesucristo ama á los franceses! Les libra de peligro de muerte; Tolbiac, Poitiers, Bouvines, Orleans, Denain, son nombres de salvación, más todavía que de gloria. Cuando el valor de los hombres no corresponde á la grandeza del peligro, nuestro divino amigo suscita una doncella para blandir la espada de San Luis, y Juana de Arco salva por Cristo al reino de Francia...

»¡Jesucristo ama á los franceses! No ha permitido que, como tantos otros pueblos, fuesen separados del cuerpo de la Iglesia (1) por el cisma ó la herejía; les ha dado á sus reyes el título de cristianísimos, y á su Francia el nombre de hija primogénita de la Iglesia... (2).

»¡Jesucristo ama á los franceses y á Francia! El esposo de la Iglesia ama á la hija primogénita de la Iglesia.

(1) El autor pone aquí una nota diciendo que la cita no es literal, sino tomada de memoria, y al poco más ó menos.—N. del T.

(2) Así han llamado á Francia los franceses.—N. del T.

La Iglesia sufre, la Francia está enferma. Cuando esta hija valiente y generosa podía sostener un arma, Jesucristo la decía: «Defiende á tu madre». Pero hoy, ¡oh Jesús, Esposo de la Iglesia, arma tu propio brazo! Francia, tu hija pecadora, no puede sostener el acero, y acude á tu nombre y á tu amoroso Corazón: *Christo ejusque sacratissimo Cordi Gallia pœnitens et devota...*»

...«El que resucita á los muertos, ¿no ha de poder volvernos la vida?» «Señor—le diremos,—si hubieras estado aquí, tu inmortal Esposa no estaría cautiva y su hija no hubiera muerto.» Él nos responderá con voz dulcísima: «Francia, nuestra hija, no está muerta; no está más que dormida.» Y dirigiéndose á los miserables restos de la gran nación, dirá: «¡Francia, levántate; sal afuera! *Gallia veni, foras...*» Y ahí tenéis á la gloriosa muerta, de pie, resucitada por el amor; ahí tenéis cómo se arrepiente y se consagra á Jesús y á su Corazón amantísimo para siempre...»

El texto original de estas palabras era mucho más elevado y mucho más hermoso, y recuerdo que juntaba con la idea del Voto Nacional la esperanza más cara de cuantos aman á Francia: la pacificación interior de la patria. El elocuente religioso, potente como un profeta, desgarraba un jirón del velo del porvenir, y mostraba los hijos de Francia libres ya de sus odios impíos, agrupados, reunidas sus almas en una, formado otra vez más el pueblo invencible y rey, consagrado por el bautismo de Clodoveo.

No sólo la multitud de fieles congregados bajo las bóvedas de Nuestra Señora oyeron este inspirado llamamiento, sino también todos los católicos de Francia.

La obra surgió entonces grandiosa bajo la protección del Arzobispo de París, el cual puso también el peso de su venerable palabra en el platillo favorable de la balanza. Desde la altura del Calvario romano, donde la cruz nuevamente plantada sostiene la imagen viviente de Jesús que sufre y ora, descendió también la ofrenda del Padre común de los fieles cristianos, ofrenda magnífica, aunque menos preciosa que el tesoro de su bendición. Todos los Obispos hablaron á un tiempo, y la bolsa del Voto, apenas abierta, pesaba ya más de medio millón.

Entonces fué cuando el eminente Pastor de la diócesis de París se dirigió al Gobierno y le pidió que reconociese la obra por una ley. Esto sucedió en pleno siglo XIX y tres años después del reinado blasfemo de la *Commune*. El Gobierno se mostró favorable. Presentada la ley, tuvo por defensor á un hijo católico de Alsacia, provincia tan querida y tan llorada, y conforme con su discurso, la Asamblea, por trescientos ochenta y dos votos contra ciento treinta y ocho, declaró... «la utilidad pública de la iglesia que, por medio de una suscripción nacional, se proponía el Arzobispo de París levantar en honor del Sagrado Corazón de Jesús sobre la colina de Montmartre para atraer sobre Francia, y más especialmente sobre la capital, la misericordia y protección divina».

¡Esto sucedió, repito, en pleno siglo XIX, siglo de la putrefacción creadora, siglo del acaso vencedor de Dios, siglo de la mona *alma mater* de la humanidad! ¡Esto sucedió en presencia de los que niegan los milagros! El tiempo presente tiene esta página en su historia.

El Voto de la Francia católica fué así ratificado por la Francia sin epíteto.

No es, pues, la conclusión material del edificio la que arreglará la deuda de la patria para con Dios; la deuda está ya arreglada por la ley, en el sentido de que estamos todos comprometidos á pagar en la forma elegida. Dios nos ha abierto un crédito regular. «Quien tiene un plazo para pagar, no debe.» Sobre esto se funda el código especial de los comerciantes; pero este axioma tan favorable está compensado con una sanción muy severa: la quiebra.

El plazo, verdad es, no está inscrito en la ley; es un secreto de Dios y su servidor el santo Obispo que después ha sido investido de la púrpura romana. Vosotros los que odiáis, no tengáis esperanza; vosotros los que amáis, no tengáis miedo. Francia, que ha hecho á Dios el Voto, no hará quiebra.

VI

No quiero olvidar que esto es una anécdota, y que tengo que seguir narrando. Juan y el hermano entraron en la iglesia parroquial de Montmartre cuando tocaron á misa de ocho. Yo no les seguí. Habíame despertado el apetito el aire de la colina, y me senté á la mesa de un figón que había en la plazoleta misma de la iglesia, á tomar una taza de café con leche. Nadie había allí en el momento en que me la servían. Recuerdo que pensaba en Juan, y más aún en el hermano, con ese sentimiento especial que ya he des-

crita, mezcla de compasión y de envidia. Era yo entonces un hombre feliz, según el mundo, sumamente feliz, y mi vida me llenaba de orgullo. El mundo era mi dueño, y me tenía amarrado muy corto. Mis esperanzas todas, sin excluir las que se referían á mi familia, á quien tan tiernamente amaba, tendían hacia el mundo; y, sin embargo, la figura del hermano me parecía brillante; conocía hasta qué punto oscurecía la mía.

Después de aquel joven tan extraño al mundo, nacido en cierto modo en el servicio de Dios, se me representaba Juan, pobre viejo pecador, arrodillado en las losas de la vetusta iglesia. Juan era una de esas personas que parece que todavía se las ve cuando ya no están presentes.

¿Qué hacía yo con aquellos dos hombres tan diferentes de mí? Trato ahora de averiguar, interrogándome á mí mismo, si creía ya entonces que la suerte de ellos era mejor que la mía, pero me parece que no; mi hora estaba todavía muy lejos.

Mientras yo tomaba mi refrigerio, llegó gente. Gente pobre, pero alegre y de buen carácter; eran obreros sin trabajo que volvían *secos* de la plaza de Clichy, donde habían estado de plantón inútilmente. Sentáronse cinco ó seis á cada mesa para beber un vaso de vino y comer un bocadillo de pan. Quejábanse de la huelga de aquel día, pero sin impacientarse. Aunque ninguno de ellos era politicastro, sabían las noticias del día, y hablaban como de cosa corriente de la «asonada» de los diputados que iban á venir en procesión á bendecir á Montmartre. La cosa les parecía, más que nada, ridícu-

la. Había allí muchos á quienes les pasaba lo mismo que á Thiers, que no tenían nada contra Dios.

La mayor parte consideraban el hecho desde el punto de vista de *la obra*, que iba á andar abundante, y ciertamente no dejaban de estar en su derecho. Según los mejor informados, los cimientos de la basílica debían tener justamente la misma profundidad que el pozo de Grenelle, y aunque estaban á cincuenta pasos del primer trabajo de sonda, afirmaban que este agujero tenía ya trescientos metros de hondura. Todo lo demás que decían era así al símil en punto á exactitud. A través de su plática, en la que se bosquejaba la buena fe, los millones rodaban como las olas del mar; porque en el tejido de contradicciones que forma la opinión de las turbas, la religión es una cosa muerta de consunción. y capaz al mismo tiempo de conmover las montañas. No se cree en los milagros que la religión proclama, pero se la acusa de muchos milagros que nunca ha proclamado. ¡Este cadáver hace cosas admirables!

Cuando yo concluía ya mi desayuno, aparecieron dos figuras muy diferentes de las otras, repugnantes las dos y desharrapadas: eran un hombre, joven aún, y una mujer vieja, con la mejilla derecha tan hinchada por un golpe reciente, que no se la veía el ojo. Caminaban á bastante distancia el uno del otro, diciéndose improprios.

—¡Mirad á Chamoin, que acaba de zurrar á su presidente!—dijeron á mi lado.

Y todos se echaron á reír.

Comprendí, desde luego, que la vieja del ojo hin-

chado era el presidente de Chamoin. Tenía la tal muy mala traza, y aunque era fea y repugnante, mostraba en su porte ciertos conatos de coquetería. Detúvose á la entrada de una callejuela y empezó á dar desaforados gritos, llamando á alguien que no veíamos:

—¡Bastián, Bastián!

—¡Nada de golpes, Bastián!—dijo Chamoin, como quien está acostumbrado á hacer frases.

Y continuaron las risas.

La vieja gritó llena de coraje:

—¡No, pues como yo te vaya á buscar!...

Chamoin se sentó, rehusó el vaso de vino que le ofrecían y pidió una copa de ajenjo.

En seguida se puso á perorar. Era un charlatán con la cabeza llena de frases pescadas en el revuelto mar de las calumnias. He conocido periodistas del mismo trapío, y «aun personas respetables», pero menos fuertes que él; porque él tenía chispa, gracia en el decir y una especie de sinceridad tan pronunciada, que emborrachaba á sus oyentes. Excusado es decir el tema de su sermón: llevaba en la mano un número del periódico *El Sus*, con la noticia del voto *clerical* de la Asamblea.

—He aquí—dijo agitando el periodicucho mal impreso—uno siquiera que no oculta su opinión política. Los demás se llaman *El Pueblo*, ó esto, ó lo otro, ó lo de más allá; pero éste, lo primero que demuestra es de lo que trata: *El Sus* (1). Conozco á uno de sus redactores, y he aquí su manera de pensar: «Para

(1) Moneda de cobre de cinco céntimos de franco, de que es copia fiel nuestro *perro chico*.—N. del T.

tener suses no hay más que adular á los que no los tienen».

Tras de este exordio, que tuvo favorable acogida, porque el obrero, aunque la cosa sea verdaderamente extraña, no se forja más ilusiones respecto de sus escritores que de sus representantes, Chamoin empezó á hincarle el diente al pastel, á la verdadera golosina, un poco hueca y algún tanto averiada por estar de muestra en el escaparate de cualquier pastelería revolucionaria, pero siempre, siempre apetitosa; me refiero al inagotable *capítulo de los cuervos*. No tenía inventiva Chamoin; no hacía más que traer á colación todas las piltrafas del odio, pero bien revueltas en ensalada, y sazónándolo todo con una sátira llena de buen humor. Esos detestables *cuervos*, cuya infamia inaudita llega hasta el punto de dar al pobre los suses que le quitan los rojos, fueron pintados por él de mano maestra. No podía yo menos de admirarle, y su peroración, en la cual instituyó, con los millones del SAGRADO CORAZÓN confiscados por el Municipio, una caja de capitales para los obreros, que ya no tendrían que trabajar, fué elevándose de tono con brío sorprendente hasta su última palabra, que recomiendo á los que se asustan de cualquier cosa:

—El asunto es éste—dijo Chamoin para concluir:—á la derecha los hipócritas viles que os predicán el sufrimiento; á la izquierda la gente alegre que os habla de gozar: la elección no es dudosa.

Lo cual sería verdad, mirada la cosa de tejas abajo, si esa *gente alegre*, en materia de goces, diera jamás otra cosa que la miseria.

Calló Chamoin, y oyóse la voz de un niño que lloraba en la calleja, donde la mujer del linternazo en el ojo había entrado amenazando al hasta entonces invisible Bastián. Casi inmediatamente después se la vió salir trayendo medio á rastra una pobre criatura que daba pena, aullando de dolor. Bastián podría tener unos diez años, y no era más que unos huesos deformes dentro de un andrajo. Su aspecto excitó un movimiento de compasión en las mesas de los obreros, y alguno dijo:

—Debías atar corto á tu presidente, Chamoin.

Este, algo avergonzado, respondió:

—Verdad que es mala; pero la irrita el tener á su hijo tan enfermizo.

En este momento aparecieron en la puerta de la iglesia Juan y el hermano, que salían ya de misa. La harpía estaba exasperada; al ver al hermano dió un fuerte empujón hacia adelante al pobre Bastián, y gritó con voz temblorosa de furor:

—¡Mirad, mirad cómo nos ponen los cuervos á nuestros hijos!

La exclamación hizo efecto entre mis vecinos, y más cuando Chamoin añadió:

—¡Apuesto á que esos manos largas le han pegado!

El hermano, en tanto, bajaba á la plazoleta y se dirigía hacia el pobre Bastián, que, cambiando el lloro en tierna sonrisa, le tendía los brazos.

Los obreros, al ver esto, empezaron á cuchichear; pero es su esclavitud muy rigurosa. Casi nunca se atreven á escuchar lo que les dice la inteligencia ni lo que les dice el corazón. La mentira ha edificado para ellos

de cal y canto la fachada de una religión que tiene dogmas tiránicos, y en la que los hombres llevan un yugo como los bueyes...

Hubo, sin embargo, uno entre ellos que murmuró:
—Este de veras es bueno; le conozco mucho.

Y otro añadió:

—Es el inválido del sitio.

Mas estas frases tímidas no tuvieron eco.

La escena que á esto siguió fué verdaderamente característica, y no se me borrará de la memoria.

La vieja conocía también al hermano, pues se retiraba hacia nuestras mesas conforme el hermano se acercaba á ella, y arrastraba consigo al pobre Bastián, que pugnaba por agarrarse á la sotana del religioso. Este no dijo más que estas palabras:

—Sé bueno, Sebastián, hijo mío; ama á tu padre y á tu madre, que Dios te lo premiará.

Cuando la vieja llego reculando hasta las mesas, dijo á su marido:

—¡Vámonos de aquí!

Y Chamoin se levantó. También él conocía al hermano, y andaba huyendo de él con la vista. Cogió en brazos á su hijo, que probablemente haría ya mucho tiempo no se había visto en otra, y se fué sin decir una palabra.

—Son unos infelices—dijo el hermano, sin separar de ellos su mirada compasiva.

Un obrero que había apurado ya su vaso, se llegó entonces al hermano y le dijo:

—Hay aquí quien ha estado en Champigny... allí le han visto á usted. No hay traje que pueda ocultarlo... Usted tiene mucho *de aquí*.

Y dándose unas palmaditas sobre el corazón al pronunciar las últimas palabras, volvió la espalda, añadiendo:

—Los Chamoin no son buena gente.

No hubo más. Las mesas quedaron desiertas en un abrir y cerrar de ojos.

¡Ah! Es dura su esclavitud, muy dura. Tienen el corazón recto, son honrados, conocen que el hermano tiene mucho «de aquí», mucho corazón, conocen que los Chamoin no son buena gente... Pero huyen del hermano como de la peste, y se van con Chamoin.

¿Por qué? ¿Acaso Chamoin les dará el bienestar de que él mismo carece por completo? Quizá tengan en él un poco de esperanza: ¡tan niños son!

Pero hay otra cosa.

Por los ojos de Chamoin les está mirando un poder oculto, y tienen miedo.

VII

En el coche de alquiler á que hicimos subir al hermano para volverle á la casa-matriz, quiso Juan saber lo que yo había visto y oído en el figón mientras él estaba en misa, y se lo dije. Había yo recibido muy mala impresión. El hermano se mostró muy discreto, como era su deber; mas ciertas frases recogidas alrededor de las mesas me dejaban entrever que aquel Chamoin y su mujer se encontraban entre los siniestros actores del drama de la calle de Scribe.

—El Voto Nacional—dije yo—es una gran cosa; pero

es una gran cosa que no es de nuestros tiempos. La basílica no llegará jamás á edificarse, y si llega á ser edificada, será destruída. Es un reto demasiado atrevido lanzado al rostro de la victoriosa coalización formada por la duda, la incredulidad y la indiferencia. Ustedes mismos proclaman que todos los que no están con ustedes, están en contra. Pues bien; en este siglo de medias tintas, de compromisos, de amalgamas, de atenuaciones y de acomodamientos, en que toda criatura humana comercia con el deber, discute el sacrificio y se condena inteligentemente y según las reglas de la más exquisita prudencia, esa divisa de ustedes es una divisa desastrosa. Las filas de ustedes se enrarecen, mientras que las de los enemigos se hacen cada día más compactas merced á la divisa opuesta. Porque ellos dicen: «todos los que no están contra nosotros, están con nosotros», y este sí que es en el fondo el espíritu del Evangelio. De este modo ellos reclutan todas las bajas de ustedes; y yo, que estoy entre los dos campos, imagen viva de la imparcialidad, estoy viendo claramente que les dan ustedes motivo para que se rían. Al crear ese monumento se parecen ustedes bastante á un pueblo que hiciera tirar salvas y cantar el *Te-Deum* después de una batalla perdida. ¿Tienen ustedes muchos recursos de sobra que gastar? ¿No les quedan ya pobres á quien socorrer, para que arrojen ustedes la sustancia que ellos necesitan como pasto á ese fastuoso quemadero de incienso prodigado y perdido?

El buen hermano me miraba sonriéndose con cierta gravedad. Maravillábame yo de que Juan no me con-

tradijera; pero Juan había cogido el devocionario forrado de franela y le andaba hojeando.

Yo por mi parte proseguía mi exposición, y por supuesto, tenía buen cuidado de repetir al final de cada período que hablaba de aquella manera por el interés únicamente de la religión. Es la ley constante de toda murmuración y de todo daño. Un destronamiento no puede hacerse en toda regla sino al grito de: ¡Viva el rey!

Había ya concluído con la imprudencia de la «manifestación»; preparábame á tronar contra el crimen inútil de semejante limosna prodigada irrisoriamente á la riqueza de Dios delante de la miseria de los hombres, y es seguro que hubiera podido continuar muchísimo tiempo hablando en el mismo tono, sin que se me agotara la vena, cuando la mano de Juan cayó de golpe sobre su libro abierto.

—Escucha—me dijo:

Y leyó en alta voz la parte del Evangelio de San Juan que se lee el lunes de la Semana Santa: «Seis días antes de Pascua llegó Jesús á Bethania, donde había muerto Lázaro, á quien Él mismo había resucitado. Diéronle allí de cenar, y Marta servía la mesa, siendo Lázaro uno de los comensales. María por su parte tomó una libra de unguento de nardo de preciosísimo perfume, y ungió con ello los pies de Jesús, limpiándolos y enjugándolos en seguida con sus cabellos; y toda la casa se llenó de olor del unguento. Y en esto uno de los discípulos, Judas Iscariote, que era el mismo que había de entregar á Jesús, dijo: *¡Por qué no haber vendido este unguento en trescientos*

»denarios y haber dado esta cantidad á los pobres...?»
Juan volvió la hoja y prosiguió:

—Tal fué la palabra de Judas. Aquí tienes ahora la respuesta del Salvador en el Evangelio de San Marcos:
«Dejad en paz á esta mujer; ¿por qué la molestáis...?»
»Ha hecho lo que ha podido: ha ungido y embalsamado
»con anticipación mi cuerpo para la sepultura. Y os
»digo la verdad, que dondequiera que fuere predica-
»do este Evangelio en el universo mundo, la acción de
»esta mujer será contada en su alabanza...»

El hermano besó la cruz de su rosario; yo quedé mudo; Juan cerró el libro.

—¡Es bellísimo!—dije yo después de un momento de silencio.

—¡Cállate!—murmuró Juan, que rezaba.

VIII

Poco después continuó:

—Lo de Dios todo es hermoso. No alabes solamente el esplendor de su palabra con tus juicios de poeta: contempla la hechura de sus manos, admira la obra de sus misericordias, maravíllate, prostérnate... ¿Tienes realmente miedo por Dios, ó al menos por el santuario de Dios circundado de amenazas y de odios? Es en verdad un sentimiento bueno, y quizá no esté yo lejos de participar de él; quizá abrigue yo tus mismos temores. Yo llevo también una tristeza en mi pensamiento; pero al mismo tiempo me dan ganas de reirme de ti, y de mí sobre todo, porque nuestros temores no

van bien dirigidos. Lloremos por los hombres, y no más que por los hombres. En Dios todo es duración, todo es fuerza. Nada peligrá en Dios ni nada muere. ¡Bah! no seas nunca prudente cuando se trata de Dios. Ámale si puedes sobre todas las cosas, y no le prestes jamás la protección de tu sabiduría. Judas injurió á la hermana de Lázaro en nombre de los pobres, pero su indignación era una mentira. Escucha á Jesús y da á Jesús, que es á la vez el más pobre y el más rico. Que tu perfume sea derramado hasta la última gota y se pierda á sus pies. ¡Tanto mejor si vale trescientos denarios ó mil ó cien mil!

Tú vives en el siglo de los hombres sensatos, razonablemente enloquecidos, de los sabios que no ignoran nada sino el principio de toda ciencia; en medio de esos talentos ruidosos que se creen profundos porque están huecos, y oyes á cada paso á los corifeos de la duda lanzar á los cuatro vientos el constante grito de su estupor al ver á esas masas de creyentes, inmensas y sin intermisión renovadas, emprender viajes sobre viajes sin otro objeto que ir en tropel rezando y cantando á adorar el corazón de Dios, á honrar á la Madre de Dios, á la madre de la Madre de Dios, á San Miguel Arcángel, y ¡qué sé yo!... á todo lo que es de Dios. ¿Piensas que entre ellos no hay doctores? Son millones de peregrinos, y van á cien y cien santuarios y ermitas tan humildes, que los comerciantes de popularidad no conocían ni por asomo sus gloriosos nombres; se arrodillan delante de los sepulcros de San Dionisio y de San Martín, de Santa Radegunda y de Santa Genoveva, en Tours, en Poitiers, y ¡oh vergüenza! en

París, manantial de tintas que sirven para todo!... Beben el agua de Lourdes y el agua de la Saleta, desacreditadas por los médicos; traen consigo rosarios de la Saleta y de Lourdes; dan la vuelta de rodillas alrededor de la basílica de Santa Ana, y piden, besando la tierra, ante el Sagrado Corazón en Paray-le-Monial, no ciertamente el castigo de los que, ciegos, les aborrecen á ellos y á su religión y de los que triunfan sobre su propia desgracia, sino su vuelta á la felicidad y á la luz verdadera. Pues bien: ahí tienes que esos mismos peregrinos y otros todavía más innumerables vuelven ya sus ojos hacia Montmartre, la colina escogida, desde donde el inmenso amor de Jesús va á descender sobre Francia en torrentes de bendiciones.

¡Así lo creen! ¡En 1873!

Este hecho, ¿no te da en qué pensar?

Van á venir, ya vienen; y el templo del Voto Nacional, cuyas raíces penetrarán en la tierra más profundamente que las de los cedros del Líbano, no existe todavía más que en esperanza. ¿Qué será cuando nuestro Arzobispo haya sembrado la bellota de piedra, de la que ha de surgir y elevarse el árbol con todas sus ramas? Entonces vendrán á centenares. Y cuando los primeros perfiles de la obra aparezcan sobre la cima de la montaña, les verás venir á miles; y cuando el primer cántico resuene dentro de la nave sagrada, el monte todo entero, de la falda á la cumbre, se verá materialmente erizados de actos de fe vivientes.

Yo sé que ha de suceder todo esto; oigo en el porvenir resonar la sinfonía pacífica que consagre al corazón de Dios el corazón de mi patria; este es para mí el gri-

to de resurrección que sube, más agudo que nuestros dolores, más hondo que nuestras ignominias y vasto como nuestras esperanzas, hasta el cielo, que invade, lanzado por millones de pechos. Estos tumultos de fervores rinden á la Providencia.

Existen, tú lo has dicho, serias amenazas en medio de estas consoladoras promesas. ¿Pero acaso tú sólo acabas de descubrir esta mañana la batalla que se viene librando desde hace casi diecinueve siglos entre Cristo y Belial? Sabemos que nuestro enemigo se prepara al asalto; hace vanagloriado de su fuerza y ha insultado nuestra debilidad; pero ¡loado sea Dios! el triunfo tiene para nosotros dos fases, una de las cuales es la del martirio, y triunfamos aun siendo derrotados; nosotros vemos la victoria en donde está realmente: en el cumplimiento, sea como fuere, de la voluntad divina.

Tenemos quizá nosotros en nuestras horas la misma visión que los profetas del mal. Vemos la ola de la impiedad venir contra nosotros como la marea que sube. Vemos la inundación de la cólera cubrirlo todo. Nada resiste á esta muerte; los cánticos sagrados enmudecen; el templo se desploma; no queda del santuario más que un lienzo de pared, lo justo de alto y de ancho para que se arrimen los santos que van á morir. *Te Deum laudamus.*

¡Gloria á Vos, Señor y Padre nuestro, gloria, gloria! ¡Oh! ¡Gloria eterna á vuestro adorado nombre! Tened piedad de esa corriente homicida que rueda precipitada contra vuestros siervos. ¡Habéis muerto ¡oh perdón inmortal! por esas almas en plena demencia! ¡Tened

piedad de los verdugos por amor á las víctimas... tened piedad hasta de Judas, si es posible!...

Y hasta tened piedad ¡oh Dios, cuya misericordia no tiene límites! tened piedad de los amos de Judas, de esos príncipes del pueblo, de esos fariseos y esos escribas, poseedores de los números y de las letras, que son ricos, que son elocuentes, que son sabios hasta el punto de que se les llame con el nombre mismo de la ciencia, «doctrinarios», y que combinan sin cesar el plan de la destrucción sin atreverse jamás á poner mano en ella.

Porque éstos no tienen más que un valor, el de la apostasía; su única audacia es la de mentir sin ruborizarse, y si hieren es desde lejos, sin ponerse á tiro, fuera de alcance, fuera de peligro, destilando por la palabra y por la pluma el veneno en que los verdaderos asesinatos templen luego y afilen sus puñales...

Éstos ¡oh Jesús dulcísimo! son mucho más culpables que Judas, porque éstos excitan á Judas y hasta le pagan.—¡Ah! ¡En verdad que no le pagan muy caro: treinta dineros que Judas no comerá ni beberá, y de que los doctrinarios volverán á aprovecharse después que Judas se haya ahorcado!

Yo, por mí, me compadezco mucho del nuevo Judas, el miserable de los miserables, al paso que mi pecho estalla de indignación cuando pienso en el crimen de los doctores, sus patronos; pero Vos, ¡oh Dios mío! tened piedad hasta de los doctores.

Y en tanto, Señor, ¿cuál de estas dos fiestas presenciaremos? ¿La del bien, ó la del mal? ¿La inauguración? ¡Gloria á Vos entonces! ¿La ruina? ¡También entonces

os sea dada toda gloria! Vuestros templos, Señor, claman á Vos dos veces: cuando se levantan y cuando se hunden. Más incienso hay siempre en las lágrimas que en las oraciones mismas; y la cúpula derruida que coronó vuestros altares no está menos cerca de Vos en el polvo que en las nubes.

Vos habéis dicho, Señor, con palabra de verdad, que en cualquier parte del mundo donde fuere predicado vuestro Evangelio se hará mención de la prodigalidad de María Magdalena en loor suyo. Así sea. La ganancia, la verdadera ganancia, Señor, el beneficio incalculable es aquel que se pierde á vuestros pies.

Nuestro voto tiene por objeto la expiación. ¿Qué importa, pues, la manera como nuestro voto ha de cumplirse? Nosotros haremos cuanto esté de nuestra parte; mas á Vos toca realizar la obra. Es menester que la basílica brote del suelo como una alabanza de mármol y oro, y brotará. Es menester que crezca y que florezca para coronar á París, que corona el mundo. Es menester que su forma sea pura, y sus muros preciosos por la materia y por el arte. ¿Puede hallarse nada bastante bello para la casa de vuestro amor? Quisiera yo que fuese posible tallarla en un solo diamante, como que por ella han de correr los tesoros de la caridad infinita. No sería por eso ni demasiado consistente ni demasiado brillante para ser el don de Francia, el homenaje que ha de vivir tanto como los siglos, ó que se hundirá mañana, hecho polvo, en el primer temblor de tierra. ¡Sea, si á Dios le place!

¡Sea! ¡Y pueda en este caso ser la ruina bastante grande para valer todo el perdón de Dios!

Para esto, para esto sobre todo, que sea ¡oh Jesús mío! incomparable en su magnificencia el palacio de vuestra ternura. ¡Que nada iguale su soberana belleza si ha de ser demolido por Judas, ciego y mercenario, asalariado por el crimen ilustrado de los doctores!

Demos, pues, los trescientos denarios de unguento aun cuando hayan de derramarse por el suelo hasta la última gota. Dad con profusión los que habéis recibido el temible depósito de la riqueza de que se os ha de pedir una cuenta tan estricta. Demos también los que somos pobres. Que la opulencia y la indigencia sean igualmente pródigas, á fin de que el *exvoto* monumental de la Francia católica sea de plata maciza si ha de quedar en pie, y todo de oro si ha de ser derruido. Para dar lo que podamos, ¿tenemos acaso necesidad de saber si la maravilla dedicada al Corazón de Jesús le glorificará por largos años ó exhalará ante él de un soplo todas las piedades de su perfume como un incensario quebrado?

Lo que sabemos y lo que es cierto es que la bondad de Dios no tiene límites, que su reino viene á nosotros sin cesar, que su voluntad se hace eternamente, y que en el instante en que nuestra expiación suba hacia él victoriosa ó vencida, su corazón divino la derramará convertida en bálsamo de gracia sobre la llaga por donde sangra el corazón de Francia.

¡Dad, venturosos; dad, desvalidos; dad todos, y dadlo todo para rescatar el *alma de la patria!*...

Y diciendo estas palabras entre grave y risueño, nos tendió la mano, abierta como los que piden. Obedecimos ambos inmediatamente á este mandato, y cayeron en su mano á un tiempo el *sus* del hermano y mi bolsillo.

Sólo que al buen hermano se le enaguaron los ojos, mientras que yo llamaba á Juan «fanático», para vengarme.

IX

Algún tiempo después fui visitado por la desgracia, al parecer muy cruelmente. Bajo la primera impresión del golpe anduve vacilando al borde de la rebelión que mata.

Pero vine una mañana á arrodillarme en la capilla provisional del Sagrado Corazón, y fui salvo, recibiendo el beneficio de las primeras lágrimas.

Desde entonces creo, espero y amo. Soy feliz: sé rezar.

Hace quince días, terminaba la publicación de *Pedro Blot* en la *Revista del Mundo Católico*, cuando supe, por el triunfante clamoreo de los periódicos hostiles á la religión, que las suscripciones á la obra del Voto Nacional iban enfriándose. Inmediatamente me ocurrió el pensamiento de añadir este prefacio á mi libro, no porque me lisonjee de poseer la menor influencia, sino con el objeto de crearme así una ofrenda que depositar sobre el altar del Sagrado Corazón.

Escribiendo luego estas páginas surgió en mí otro pensamiento. Según la palabra del mismo Dios, me

dije, el que divulga el bien que ha hecho, ha recibido ya su recompensa en este mundo.

Y resolví entonces dar dos veces: primero, el salario de mi trabajo, y después, publicándolo, la futura recompensa, para tener el derecho de decir á mis amigos ricos: ¿Habéis dado? Pues dad otra vez. ¿Habéis dado mucho? Pues dad el doble, porque es preciso imponer silencio á las burlas de los malos. Dad y divulgad vuestra dádiva aun á riesgo de perder la recompensa. Levantad vuestra bandera, sostened el honor de vuestra fe. La pecadora fué perdonada porque su corazón estalló como un vaso demasiado lleno é inundó la casa de perfumes. Imitad este amor, superior á las prudencias humanas. Vosotros, la Francia católica, habéis hecho en vuestro arrepentimiento una promesa solemne al Corazón de Jesucristo: *Christo ejusque sacratissimo Cordi Gallia paenitens et devota*. Estáis en deuda. ¿Dejaréis que se ultraje á Francia y á su voto? ¿Dejaréis protestar su deuda? ¿Dejaréis insultar su penitencia y provocar el rayo?

Os hablan: oíd. No soy yo, que no soy nada; es el Sagrado Corazón, que lo es todo. Os llaman: levantaos y venid. El enemigo ha cantado victoria antes de tiempo, pues que ahí estáis vosotros prestos á dar lo que tenéis, todo lo que tenéis, más de lo que tenéis, y á daros por añadidura vosotros mismos al Corazón que ama á los franceses, para rescatar á Francia.



P E D R O B L O T

ME determino á publicar aparte, y fuera del lugar que debiera ocupar en la serie intitulada LAS ETAPAS DE UNA CONVERSIÓN, la narración que va á leerse. Por orden de fechas, fué la segunda historia que me contó Juan; la segunda, al menos, relacionada con su propia vida. Sálese, en verdad, del plan general que me había trazado, y apenas sabría qué lugar darla entre los episodios que forman las cinco jornadas del viaje misericordioso de la Gracia al encuentro de un alma.

Estas cinco etapas, que son: *La muerte del padre, La primera comunión, El corazón de Carlos, María y La segunda comunión* (1), forman un todo completo y no dejan entre sí hueco alguno donde poder intercalar un episodio de cierta importancia.

Y sin embargo, ni quiero ni puedo yo suprimir este

(1) Este plan fué luego modificado por el autor, que suprimió dos de las cinco etapas proyectadas, las que se habían de titular *El corazón de Carlos y María*, y cambió á la última el título de *La segunda comunión* por el de *El golpe de gracia*.—
N. del T.

episodio, que muestra á Juan bajo un aspecto que es necesario conocer; que muestra las buenas cualidades de Juan, y también sus defectos. Colocado al fin de toda la obra no estaría bien: sería demasiado tarde. Entre *La muerte del padre* y *La primera comunión* fué donde Juan me contó el extraño suicidio del obrero en cuyo corazón habían asesinado á Dios los sofistas, y en el mismo intermedio voy yo á contarle.

Mas en lugar de abrir, como él, un ancho paréntesis al efecto, pongo bajo un título especial este drama, que está completo por sí mismo. Y de esta manera habré respetado, hasta en este ligero detalle, el deseo de aquel que es el verdadero autor de estas páginas.

En realidad, esta es una aventura de Juan *ya convertido*, y no está ligada al resto de la obra sino por el niño Facio, el hijo adoptivo de Juan y de Magdalena.

Pero Juan, á quien yo deseo pintar tal cual era, me parecía mutilado si no le mostrara siquiera una vez en su papel de amigo al lado de un obrero, con su ardiente pasión por hacer bien, su desprecio, tal vez exagerado, de las teorías políticas, y la idea imperfecta que tenía de las soluciones ofrecidas en lo más angustioso del problema social por la ciencia católica, que ha entrado en la lid después que él ha muerto.

La vida cristiana de Juan estuvo consagrada casi toda ella á los obreros. Aunque estaba lejos de tener sobre las cuestiones obreras la ciencia y la experiencia de los que predicán hoy en día la cruzada de *reconciliación*, empleaba ya, sin embargo, esta palabra, implícitamente contenida en el programa de las Conferencias de San Vicente de Paúl, y bien que sus ideas

fuesen insuficientes é insuficientemente por él expresadas, quizá tuvo el mérito de ser el primero que las enunciase, como nacidas en él de su odio contra la política de explotación, contra esa lepra que corroe la senectud del mundo.

Llamaba él política de explotación á la industria de esos comerciantes que labran su fortuna vendiendo mentiras á la miseria y odios á la desgracia.

No era seguramente ignorante en materia de socialismo. Había ido cayendo, uno á uno, en todos los errores, llamados *generosos*, que entusiasmaron y embrutecieron al primer tercio de este siglo; había conocido al Mapah, cuyo nombre significaba padre y madre, tío y sobrino, tía y sobrina; dios singular que se bebía hasta la camisa; había admirado la soberbia barba del *padre* Infantín, cada pelo de la cual se convertía, á la hora que se quisiera, en una sociedad israelita comanditaria; había creído á Carlos Fourier, el menos loco de los utopistas y el más desinteresado, pero que, desgraciadamente para su mecánica falansteriana, encontró un día medio y ocasión de hacer un ensayo, es decir, de dar al traste con ella; había viajado por el país de Icaro con Cabet, y había frecuentado los talleres nacionales con el Sr. Luis Blanc; no había sistema, no había tienda del género, no había específico social que le fuera desconocido. Y no deja de tener sus ventajas el conocer todo esto, pues cuantas más veces se han visto los frutos del charlatanismo llevado á la práctica, mejor se descansa en brazos de la verdad.

Conocía Juan perfectamente á todos los clowns de

la popularidad; hábales visto tan de cerca, que conservaba de ellos una especie de náusea continua, y su principal vocación era la de aislar y libertar al obrero de su influencia corruptora.

Quizá había llegado él demasiado viejo á la luz para servir á los demás de lumbrera; esta es la desgracia de los que tardan. No hallaréis en la aventura de Juan con su obrero ni observaciones, ni máximas, ni teorías; no es más que una pobre historia desnuda de adornos, precedida de un punto de discusión literaria.

Debo añadir que Juan me ha contado otras muchas historias del mismo género, y que yo mismo he visto con mis ojos gran número de hechos análogos que tendrían el mérito de ser más sencillos, más fáciles de poner en escena, y por consiguiente, más conmovedores; pero Juan estaba enamorado precisamente de esta anécdota por lo extraordinario del asunto. Y en efecto, no puede dudarse que penetra de lleno en el fondo del abismo de absurdos en que se anega el desamparo de los infelices á quien la industria de los políticos de café ha escamoteado la consolación suprema; de suerte que, en lugar de tener á Dios por refugio, machacan las contusiones de su frente contra este muro terrible: el odio de Dios.

No ciertamente contra el odio que Dios tiene... Dios no tiene más que inmensas é infinitas compasiones, sino contra el odio que ellos tienen á Dios, odio con que les han traidoramente envenenado.

Si Juan hubiera sido más joven se hubiera puesto al frente del movimiento de que estamos siendo testigos: este era su papel natural. Vió por lo menos la aurora

de este movimiento, y recuerdo que la primera vez que oyó, muy poco tiempo antes de morir, la elocuente y profética palabra del soldado, joven entonces y desconocido, que ha llegado á ser el general del ejército del bien, exclamó trasportado de alegría:

—He ahí un coracero (1) que empleará quizá doscientos años en abrir el portillo por donde Dios vuelva á entrar en la mansión del trabajo; pero ¿qué importa el tiempo? Muerto ó vivo, él habrá desbloqueado el taller, y la victoria se llamará con su nombre.

Marchóse aquel día sin ofrecer su mano envejecida al joven y vigoroso apóstol, no ciertamente porque tuviera celos; pero contra su costumbre, se apoyó silenciosamente en mi brazo para volverse á su buhardilla, y ya en la escalera, me dijo:

—Dios tiene piedad de los que llegan como yo, malos obreros de la última hora, pero nada más: no tiene más que piedad. No les concede nunca la sublime alegría de los vencedores. A los jóvenes, á los valientes que son bastante dichosos para tener en la edad de la fuerza la santa voluntad de pelear, yo no puedo ayudarles más que con el fervor de mis oraciones.

Y en uno de los días siguientes, calmado ya por la reflexión, añadía:

—¿Has visto bien, has oído bien al coracero? No sé yo si se saldrá con la suya, porque Dios no ha prometido á su Iglesia un consuelo tan grande. La tiranía que el mal ejerce sobre el obrero es el máspreciado privi-

(1) El señor conde Alberto de Mun era entonces capitán de coraceros.

legio del infierno, y el infierno no quiere soltarle. Pensar que esos millones de infelices que sufren pueden ser consolados aun en este mundo y victoriosamente emancipados de su tenebrosa esclavitud, quizá sea una utopia. Pero de todos modos, ¡bendiga Dios al valeroso joven que ha dado una fórmula clara, sencilla y viril á los indecisos conatos de mi deseo! Ese joven ama verdaderamente á Jesús en el obrero. Es un alma noble y un corazón firme y decidido. Detrás vendrán otros más sabios que él, si no más elocuentes; pero lo que él funda será más bien una falange, más bien un ejército que una escuela, y él quedará siempre de jefe por el derecho que le da su intrépida iniciativa.

Aun cuando cayera en el camino, bajo el peso demasiado enorme de la cruz que ha cogido áuestas, su caída siempre sería gloriosa y fecunda como un triunfo. Los hombres de su temple alcanzan la victoria sólo algunas veces en vida, casi siempre muriendo...



El libro que hay que hacer.

La familia de Juan, como he dicho, se componía de Magdalena, su mujer, y de Facio; pero puede decirse que formaba parte de ella también la niña Berta, que iba á pasar el día á su casa una ó dos veces por semana, estando lo demás del tiempo en un colegio.

Parecíame que Magdalena no quería demasiado á esta niña; pero Juan estaba loco por ella. Berta y Facio andaban á la greña por inclinación. A decir verdad, ni uno ni otro eran malos; pero Facio tenía el dardo parisiense en la punta de la lengua, y Berta, por su parte, en la punta de los dedos.

Los otros hijos de Juan y de Magdalena, es decir, sus verdaderos hijos, ya mucho mayores, se habían establecido en pueblos lejanos. Era una familia dispersada por la ruina del padre.

Juan estaba casado en segundas nupcias, y Berta era hija de la hija de su primer mujer, que fué aquella María de Moy que en otro tiempo le tiraba cajas de juguete á la cabeza por la ventana del cuarto principal. Es decir, que Juan era abuelo de Berta, cuya madre había muerto.

Mucho tiempo pasó sin que Juan me volviera á hablar de sus *étapas*. Estuvo enfermo una gran tempora-

da á luego de aquella entrevista desmesuradamente larga (comenzó á las ocho de la noche y terminó al amanecer) en que me contó la muerte de su padre. Y yo, por mi parte, tampoco procuraba hacer recaer la conversación sobre el asunto, porque su primer historia me había dejado una impresión profunda, pero *inútil*, como que no pensaba que me sirviera para mi oficio de escritor. ¿Qué había de hacer de ella? Y sobre todo, ¿qué habían de hacer de ella mis lectores habituales, á quienes amaba tanto y amo todavía, mis queridos lectores, empeñados en resolver conmigo, de número en número de folletín, el importante problema de saber cómo Agueda se casará con Teodoro?

Á más de que yo había prometido no poner mano en el asunto sin estar convertido, y nadie es más tardo en convertirse que los hombres como yo, amigos platónicos de Dios, respetuosos para con Dios, pero que no sienten la necesidad de Dios y que se pasean quizá toda su vida sombrero en mano alrededor de Dios sin entrar en Dios.

No tomé apuntes acerca de lo que Juan me había contado aquella noche, y no sólo no tomé apuntes, sino que hice lo que pude por borrarlo de la memoria. Había en el fondo de aquella narración cosas que me impresionaban de una manera desagradable. Sin llegar hasta el punto de decir, como el doctor Olivier: «Si me vuelves á hablar de eso no vendré más», le agradecía yo á Juan muchísimo su silencio.

Él, por su parte, parecía experimentar aquella vacilación, aquella misma repugnancia que le había detenido tan largo tiempo en el dintel, como si dijéramos, de

nuestras relaciones. Así como había retrocedido días y días antes de penetrar en el secreto de su vida, así ahora buscaba pretextos para no continuar esta excursión por entre los dolores de su pasado.

Y lo que es en esto, los dos éramos cómplices. Si Juan tenía miedo de renovar en su corazón una llaga, yo por mi parte no pretendía ni mucho menos resucitar emociones que habían dejado una especie de contusión en mi alma.

No me gustaba nada aquella emoción que me arrasaba con importunas violencias hacia un lugar donde yo no quería ir todavía.

Pero debo confesar que cuanto más pugnaba por olvidarlo, más vivo mantenía el recuerdo.

Una figura, en especial, de entre las que Juan había bosquejado ocupaba siempre mis horas de soledad y me asediaba; era aquel joven á quien no querían apenas en la familia porque le respetaban demasiado; aquel Carlos, el *mojigato* para los tábanos del Liceo; el *jesuita*, que decía la buena Juliana, y el *juicioso*, como le llamaban sus hermanas y su madre.

Para mí, su hermano, el bueno de Francisco, el soldado, valía tanto como él, no lo oculto; pero entonces, ¿por qué Carlos vagaba de continuo rondando mis pensamientos, mientras que el bravo Francisco me ocupaba tan poco?

Durante este período de tiempo, Juan me entretenía casi exclusivamente con el famoso libro que había que hacer sobre Tartufa.

Su pensamiento era complejo; veía dos Tartufas: el uno, santo; el otro, pillo, y esto nos traía á la memoria

á Carlos, pues Juan me había dado á entender en diversas conversaciones que Carlos había sido calumniado gravemente, insultado y abofeteado—si no materialmente con la mano, al menos con el pesado golpe de la mentira,—y había presentado la otra mejilla al ultraje con la frente serena y bajos los ojos.

Lo cual es terrible; es contra la inclinación de la naturaleza, como todo lo que es sobrenatural.

Había en ello un heroísmo milagroso, ó una cobardía sin nombre.

Yo tenía miedo de saber más á propósito de aquella historia, que me repugnaba de antemano enérgicamente: ¡hasta tal punto la entrevista alejada de mí y superior á mí!

*
* *

Una mañana de primavera, un jueves por cierto, vino Juan á mi casa pidiéndome de almorzar. Traía consigo á Facio y á Berta, porque era día de vacaciones. A Magdalena la gustaba más quedarse en casa, y nunca solía venir á la mía.

Vivía yo entonces en una habitación encantadora, situada en medio de un barrio muy feo, en la calle de San Mauro de Popincourt, no lejos de la iglesia de San Ambrosio.

Era la antigua casita del señor de Breteuil, embajador de Francia en Rusia al comienzo del reinado de Luis XVI. Todo el contorno estaba lleno de fábricas y talleres; pero el jardín era precioso y muy bien aislado. Se podía hablar allí como en medio del campo. A Juan le gustaba mucho aquel jardín, cuya historia había en-

contrado entre los papeles de la parroquia de San Ambrosio.

En tanto que Berta y Facio se olvidaban de pegarse, entretenidos en jugar con mis hijos, Juan se entretenía también disertando largo y tendido mientras tomaba su café bajo el emparrado.

—No lo dudes—me decía;—el siglo va tomando un camino muy particular; vamos á entrar en una corriente literaria católica muy acentuada, por consecuencia precisamente de los esfuerzos extraordinarios que va á intentar la impiedad por ver de aniquilar el catolicismo. *Non prevalebunt*: ni los gigantes ni los hongos de la materia prevalecerán en definitiva, porque tal es la promesa de Dios, según nosotros sabemos y ellos quizá no ignoran; pero entra en el orden de la Providencia y en la naturaleza misma de las cosas el que lleguen muy cerca del éxito y hasta obtengan victorias considerables en apariencia, y que tengan su día en que le sea permitido al impío subirse á los tejados para ostentar á la faz del sol su effimero triunfo.

Así debe suceder, y así sucederá; son numerosos, son, mejor dicho, innumerables; son poderosos por su talento, por su ciencia, y aun algunos por el genio.

Los hay, y yo por mi parte conozco algunos, que hasta son poderosos por la virtud, tomando la palabra en su acepción puramente humana.

Quiero y respeto á algunos de ellos, como hubiera respetado y querido á Sócrates ó á Platón.

En todos tiempos ha encontrado el catolicismo defensores que tenían todas las cualidades que acabo de enumerar, y que las tenían en grado admirable; há-

llanse de siglo en siglo los apologistas del catolicismo en la primera fila de los escritores ilustres, y la pluma de sus grandes obispos ha sido siempre de oro; pero si nunca le han faltado al catolicismo generales gloriosos, lo que es soldados sí le han faltado algunas veces, á lo menos cierto género de soldados: los que dejan atrás á la caballería, aun marchando á pie, á la carrera; los que pelean con ambas manos; los que asustan al enemigo; los *cazadores*, los *zuavos*.

También ahora, en verdad, van á ser menester soldados, y precisamente de estos soldados, porque la batalla va á propagarse y extenderse, va á descender á la arena misma de la vida de un día á otro. Ya lo verás antes de mucho tiempo.

Va á ser una refriega en que habrá que hacer uso de todas las armas, desde el cañón hasta el alfiler. Llegará el día en que los santos tendrán que aprender la gimnástica del sarcasmo, la esgrima de la burla, y hasta ese arte ignorante de cortar una miserable novelucha en trozos pequeños para excitar el apetito de los viejos marmotos que se alimentan de estos guisados.

Hará falta gente, mucha gente, en redor y por debajo del gran periodista católico, que es el primero de todos los periodistas. Es verdad que no está solo, bien lo sé, aunque tiene las espaldas más al descubierto que los demás; su estado mayor es bueno y brillante. Pero no es, al fin, más que un estado mayor; mientras que en redor de la impiedad hay todo un ejército que arremolina sus apretados batallones.

Mas quisiera yo que se dejara la palabra á los maestros; pero no va á ser esto posible en un siglo en que

los tartamudos tienen el valor de pronunciar discursos.

A más de que el auditorio del periódico, y aun del libro, hase aumentado tanto, y tanto ha descendido el nivel de las curiosidades apetitosas, que los maestros han de sentir la necesidad de tener detrás de sí hombres que no sean maestros, que sepan siquiera un poco el idioma de los sencillos, y que sean capaces de conversar corrientemente con millón y medio de abonados de á *sus*; cosa, en verdad, difícil.

Estas muchedumbres curiosas á quienes habrá que hablar no carecen de inteligencia; por lo menos, no creo yo haber querido indicarlo; al contrario, son en gran manera inteligentes. Lo grande, lo sencillo, lo bello, las apasiona en pequeña escala y por breves momentos; pero quieren ante todo divertirse, y la admiración *no divierte*.

Las gusta además burlarse de sus mismos divertidores, despreciarles amigablemente y darles un puntapié diciendo: «¡qué bruto!», como para vengarse del *sus* que han pagado.

Los maestros no se prestan bien á estas familiaridades: son menester servidores.

No creo yo que los diarios católicos de reducido tamaño lleguen de buenas á primeras á recaudar un millón de *suses* cada día, pero pueden hacer un bien considerable.

Si yo tuviera todavía voz en la prensa, diría á los periódicos pequeños del catolicismo: «Sed la morada de los maestros, pero sed también la mansión de los jóvenes. Buscad á los jóvenes, atraed á los jóvenes, á los

vigorosos, á los resueltos, á los atrevidos. El *Magnificat* brotó, es verdad, espléndido y ardiente del corazón de una mujer; pero aquella mujer era la Virgen María, y todo el resto del Evangelio es varonil.

»Nada hay tan viril como el pensamiento de Dios.

»Huid de lo soso, de lo mediano, de lo ñoño, de lo afeminado, de lo dulzarro, de lo empalagoso. Dejad á Emerenciana con su candor talludo, algún tanto necesitado de tutela, por más que sea de azúcar de cebada; devolved á Athenaida su pomada austera; dejad á la condesa de Ventavilla en sus periódicos de modas. Toda esa gente de nada os sirve.

»Hombres, hombres, amigos míos, y hombres jóvenes y fuertes, son los que necesitáis para sostener enhiesto y levantado el estandarte de la Cruz, que es pesado de llevar».

Y creo que tendría mil razones para hablar así; porque veo en esta creciente invasión de mariposas una amenaza para la mies literaria.

Hay, sin embargo, mujeres fuertes, me dirás, en el arte como en la virtud. ¿Qué hombres hay más grandes que las hijas de San Vicente de Paúl? Santa Teresa, Santa Gertrudis y tantas otras han hecho oír más alto que los hombres el verdadero lenguaje del Amor divino. Todo eso es verdad; pero, ¿sabes? aquí no hablamos precisamente de santidad, aunque Emerenciana sea buena persona. Hablamos de acción.

Iré, si quieres, más lejos que tú: es verdad que la mujer es el elemento íntimo y cordial de la piedad en la familia; todos ó casi todos nosotros somos cristianos gracias á nuestras madres; y no se puede entrar en

una iglesia cualquiera sin experimentar una emoción de alegría y de tristeza á la vez viendo la inmensa superioridad de número en que se hallan las mujeres: hay cien mujeres por cada hombre. ¡Dios las bendiga! Pero bien pocas de entre ellas tienen manchados de tinta los dedos.

El hombre es el que está en el altar; el hombre es el que está en el púlpito.

Todo depende, por otra parte, de la ocasión. Cuando Apolo cambia de sexo en la *Revue des Deux Mondes*, por ejemplo, lo encuentro correcto y hasta conveniente; pero, acá entre nosotros, eso mismo me inquieta. Yo diría, pues, á mis amigos: «Echad mano, si queréis, de las mujeres fuertes; echad mano hasta de las pobres mujeres. Insensato sería querer privar al concierto cristiano de ese registro espléndido, suave, tierno, penetrante, que recorre todos los tonos de la inspiración. Sólo que, cuando llueve, hay que temer el diluvio. Escoged con cuidado, y sobre todo, economizad la inspiración. También las especias son muy buenas y, sin embargo, no hacen buen efecto empleadas con demasiada abundancia. No conviene que las alabanzas de Dios suenen en los oídos de cierta clase de gente que entra en las capillitas de nuestra prensa, como las coplas de Calafinos, con acompañamiento de víhuela destemplada...»

*
**

Juan se iba animando, según costumbre, á medida que hablaba de esta manera. Tenía inquina contra las literatas, á pesar de su admiración entusiasta por Jor-

ge Sand, á quien, según él, «no le faltaba más que Dios», ¡que no era poco!

En este punto se interrumpió bruscamente para gritar, mirando hacia arriba:

—¡Facio! ¡Bribón! ¡Que te vas á desnucar!

Los niños que viven encerrados se salen de sus caderas en el momento que se ven libres. Facio, el prisionero de la *cueva*, hubiera querido saltar de rama en rama por encima de los árboles como las ardillas.

Había llegado á trepar hasta lo alto del emparrado que cubría el cenador, y lloraba porque no sabía como bajar.

Subíme yo sobre un banco para hacer el salvamento de Facio, y Juan continuó:

—Barbey d'Aurevilly, que de un rasgo dibuja la fisonomía de un hombre, me definió de este modo una tarde que estaba haciendo mi apología: «Juan es un viajero muy elocuente que sale para París y va á parar á Roma». El caso es que á menudo me sucede que no digo lo que tenía intención de decir. ¡Mal año para Emerenciana y la condesa de Ventavilla, y el estilo de tocador y los papeluchos impresos de cualquier color y olor que sean! Yo había venido á hablarte de Tartufa.

Es menester que comiences en seguida nuestro libro sobre Tartufa, pues para eso ni aun tienes necesidad de estar convertido. Te bastará con tu honradez nativa.

Y no tengas miedo de mostrarte irreverente con Molière, tu ídolo. Puedes quemar todo el incienso que quieras ante su estatua: yo te ayudaré.

Sólo Dios es eterno, pero el mal es inmortal, porque Dios no ha querido poner término á su castigo, que es

el ser el mal. Tartufa existía antes que Molière, y quizá Molière, al cogerle, le ha echado á perder.

Mas no por eso dejo yo de agradecer al admirable maestro de la comedia francesa el que haya echado el alma del hipócrita como pasto á la risa y al desprecio de los hombres.

Hase dicho con insistencia que el tipo que Molière tuvo á la vista para crear á Tartufa era un jansenista muy conocido, enemigo venenoso de los jesuítas. Pero eso, á la verdad, no me importa gran cosa.

De cualquier manera, yo no creo que Molière haya querido herir al sacerdote en la persona de este ateo, ni siquiera al *devoto*, y sin embargo, puede ser que lo haya hecho, porque en Francia la oposición lo arrastra todo y conduce á todo, siendo, como es, condición indispensable de todo feliz éxito.

La palabra «oposición» ha podido ser inventada hace poco; pero la cosa en sí es tan antigua como el mundo.

En el tiempo en que Molière vivía de gloria y de oprobio, de que al fin vino á morir, había en los honores que se concedían al católico piadoso algo por una parte que podía incitar la oposición de un satírico, y por otra parte algo que podía tentar la codicia del incrédulo.

Molière estaba, pues, en su derecho de oposición y dentro de la verdad del arte al atacar el reverso de la piedad; es decir, el comercio del incrédulo que usurpa el traje de un creyente.

Hasta aquí todo iba bien; pero esto era lo estrictamente justo, y el afán de obtener un éxito ruidoso no

se cuida gran cosa de la justicia, á más de que no podía conseguirse gran éxito en el ataque dirigido contra la incredulidad, que es la oposición.

Para obtener un éxito completo era menester ir más allá; era menester adular á la oposición y tomar como punto de partida un tipo conocido, consagrado, oficial, como si dijéramos. En todos los templos hay fariseos, y Molière estaba también en su derecho atacando á un fariseo.

Es verdad que su objeto al crear á *Tartufa* fué arrastrar por el lodo al fariseo católico exclusivamente, y no al fariseo protestante, ni al fariseo jansenista, ni al fariseo parlamentario, ni al fariseo de la sinagoga, ni al Judas de cualquier apostasía, ni al farsante de cualquier francmasonería, ni al santimbanquis de una filosofía cualquiera.

Esto fué una injusticia y una desgracia.

Molière tenía talla para hacer una cosa mejor. Tenía la talla y la fuerza suficientes para luchar cuerpo á cuerpo con el fariseo sin epíteto, con el hipócrita de cualquier clase, y ahogarle en el abrazo de su genio... ¿Parece que no eres de mi opinión?

Al ser interpelado en esta forma contesté, no sin cierto mal humor:

—Molière ha cogido á Tartufa donde le ha encontrado.

—Está bien—exclamó Juan frotándose las manos.— Precisamente no deseo otra cosa sino ir haciéndote algunas concesiones; los obsequios fomentan la amistad: concedido. Molière ha cogido á Tartufa donde le ha encontrado, es decir, donde su instinto de cortesano de

las muchedumbres galoneadas ó harapientas, y su olfato de gran poeta, amante del éxito, le ordenaban buscarle, so pena de haberle hallado en cualquier otro sitio mucho menos favorable para el efecto cómico y el éxito de su obra. Tu respuesta me satisfice completamente, porque deja clarearse esta confesion, á saber: que Tartufa no vive siempre en el mismo número de la misma calle.

En efecto: á menudo se muda de casa el infeliz. Y algo menos de cien años después de aquella noche del 17 de Febrero de 1673, en que Molière el comediante moría con la cabeza en el regazo de una hermana de Caridad, si Molière resucitado hubiera querido buscar su fariseo, seguramente no hubiera ido á llamar á la puerta del mismo teatro para preguntar á todo un ejército de lacayos galoneados: «El Excelentísimo Señor duque de Tartufa, ¿está visible?»

Eran aquéllos los tiempos en que un gran ministro (como le llaman los diccionarios), modelo de filosofía, de patriotismo y de lealtad, pensionado por el Austria y pensionando á su vez á la vieja Pompadour, dejaba nacer á Prusia y morir á nuestras colonias; labraba la fortuna de Inglaterra; mataba á Montcalm, mataba á Lally-Tollendal; perdía el Canadá, perdía la India; estrechaba nuestras fronteras á pesar de las batallas ganadas por nuestros soldados; echaba á pique nuestras flotas, empobrecía nuestros campos, firmaba una paz humillante después de una guerra gloriosa, y se retiraba, enemigo cruel de su rey, pero amigo cariñoso de Voltaire, á su tranquila morada para embotellar allí, después de mezclado con el jugo de la Enciclope-

dia, el brebaje diabólico que debía amamantar á Robespierre.

¡Pobre hombre!

Los diccionarios le han perdonado todo esto porque expulsó y robó á los jesuitas, culpables de haber estorbado á su patrona la Pompadour la ocasión de cometer un sacrilegio.

Este Tartufa ya no se parece nada al Tartufa de Molière.

Y sin embargo, ¿no es Tartufa?

Y si es cierto que el talento obliga más todavía que la nobleza, ¿no tenía Molière el deber de cortar el manto de su fariseo, bastante ancho para que pudiese venirles bien á todos los hipócritas?

Pero pasan los años... y aquí tenemos ya al ciudadano Tartufa, en lugar del Excmo. Sr. Tartufa; porque se me antoja saltar por encima del Tartufa ginebrino y del Tartufa enternecido por «la religión de la naturaleza», el que se desvive por ver cómo se levanta en Oriente el carro de la Aurora...

¿Habré de hablar largamente de Tartufa el de la guillotina? No por cierto. Guillotinóse á sí mismo en su afán de no estar parado, y esto le disculpa hasta cierto punto. A más de que me objetarías que Molière no pudo presentar en escena tan odioso personaje, puesto que no le conocía ni le adivinaba siquiera en la honradez natural de su pobre alma cándida.

Mas con todo, ¿no es una verdadera desgracia para un gigante como Molière el haberse gastado la pólvora en tirar á un tan ruin gazapillo como es su Tartufa de pseudo-sacristía, cuando en un solo cuarto de hora de

caza vamos nosotros encontrando tantos y tan enormes Tartufas que combatir que no son el suyo?

¡Ah! ¡Que el gran Molière, para hacernos odiosa la plaga eterna de la hipocresía que envenena al mundo desde que es mundo, haya cogido un zamacuco que acumula traiciones sobre villanías para tentar la tela de un hábito que ni aun llega á manchar, y para engañar á un hombre de bien, confiado hasta el exceso, sin llegar á robarle, y que hasta el gran rey Luis XIV haya empleado sus ocios en desbaratar esta pobre intriga de tercera clase!...

¡Y éste es Tartufa! ¡Este es el impostor por excelencia, el milagro de hipocresía! ¡Ha sudado la gota gorda durante cinco años para que se burle de él madama Elmira, sin que él, por su parte, logre engañar más que al pobre Orgon, empeñado en dejarse engañar!

Y por contera, esa serpiente, ese monstruo negro y horroroso está siendo cada día acribillado á heridas y como pespunteado con hilo blanco para que todo el mundo le haga burla, conociéndosele desde luego, pues ha habido alguien que le ha llamado «el principal enemigo del fraude».

¿Quién ha podido ser ese alguien? Preguntéle en cierta ocasión á Janin, que me respondió con el habitual buen humor de su escepticismo:

—¿Quién había de ser, voto á bríos...! ¡El comisario!

¡Ahí tienes! ¡Ese coloso de astucia tiene ya su proceso abierto en las oficinas de policía, en casa del teniente de lo criminal, Tardillo, que vivía ya entonces en la calle de Jerusalén! ¡Ese saco de marrullerías se ha dejado tomar la filiación por el secretario del Juz-

gado de paz, y el inspector le ha atado un hilo á una pata!

Vamos, que hay que convenir en que el tal Tartufa no es cosa grande.

Ha sido menester todo el genio de Molière para meter miedo... á D. Prudencio con ese fusil de caña.

He oído sostener una vez á un elocuentísimo escritor, que en sus escritos nunca trata de estas cosas, pero cuya conversación, que tiene tanto de animada y viva como su prosa de grave y seria, sale siempre salpicada de conceptos brillantes, presentados en forma paradójica; he oído sostener, digo, la tesis de que Tartufa no es en el fondo más que una obra maestra de ironía arrojada por el autor á la cara de los Prudencios del siglo xvii.

Yo, por mí, no lo creo así. Molière es más grande que la ironía, y en tiempo de Orgon no había Prudencios.

Orgon y D. Prudencio son incompatibles.

Ten en cuenta que Orgon es de un siglo, y D. Prudencio es de otro; pero Tartufa es de todos los siglos. Y aquí tienes por qué censuro yo el Tartufa de Molière, porque no es más que el Tartufa del siglo de Orgon.

No; Molière no ha querido burlarse de los que le aplaudían. Era comediante y era autor dramático, y por estos dos títulos vivía de los aplaudidores, que por lo general no sufren en manera alguna que se burlen de ellos.

Molière quiso hacer una obra de gran éxito, y puso en ella el *quantum sufficit* de oposición, de justicia y de odio: el odio dirigido contra una cosa realmente abo-

recible, como es la hipocresía; la justicia aplicada á cosas criminales, como son el dolo, la seducción, la intrusión del extraño en la familia; la oposición, en fin, hecha á una cosa potente y casi soberana entonces, cual era la influencia religiosa.

Viene á ser, pues, la obra de Molière casi una obra de circunstancias, como lo da á entender la vehemente y verbosa charla de madama Pernelle; y quizá aun la parte viviente de la acción señalaba un hecho particular, pues que Tartufa, en cuatro actos de los cinco, se sale enteramente del cuadro de la antigua comedia convencional, y los nombres mismos de Tartufa y de madama Pernelle hacen presentir un paso de exploración fuera de las costumbres teatrales de entonces para entrar en el camino por donde va todo el mundo. Philinto es todavía griego por su nombre, y Orgon, lo mismo; Elmira parece venir de hacia España; pero madama Pernelle es ya de Pontoise, y Tartufa, discretamente arropado en una *duletta* de Italia, viene de Roma en vía recta, ó á lo menos hace los posibles por parecerlo.

Es humilde é insolente á la vez, á lo Mazarino, y ha podido muy bien nacer de los odios suscitados y conservados por la invasión italiana de tantas reinas y de tantos ministros; figuras que tenfan su grandeza, pero que eran hostiles al temperamento de Francia.

Huele á desquite más bien que á blasfemia; manobra cuando más en favor del galicalismo, próximo ya á descomponerse, y ciertamente no sospecha siquiera que, después de haber hecho reir á aquella corte erudita y profundamente necia; á aquellos marqueses ino-

centes, y tan cargados de ingenio; á aquellos escépticos titulados que escupían hacia arriba con muchísima gracia la mofa que debía tornar á caer como un diluvio y ahogar á toda su raza en la inmensa alcantarilla de la revolución, no sospecha siquiera Tartufa, ó por lo menos Molière, que le ha hecho, que la incredulidad va á agarrarse de él, á echarle en sal, á mecharle, á escabecharle, á ponerle en el asador ó en la cacerola y hacer de él el plato fundamental de la cocina atea del siglo XIX.

¿Te gustan á ti aquellos pobres marquesucos incrédulos? Todavía no han muerto, ¿sabes? Yo conozco algunos todavía, y tengo para con ellos ternuras como de rolla. Dios les daba el alimento ya mascado, como á los pajaritos, y era menester que fuesen muy ingratos, por lo mismo que estaban atragantados de beneficios...

En cuanto al gran Molière, yo te apuesto á que no le admiras tú más que yo; pero miraba demasiado de cerca las enfermedades humanas, para poder ver la salud inmensa de Dios. No conocía el lado providencial de las cosas. Por encima de él se cernía Bossuet en la visión de Jesucristo, sin que Molière ni aun la sospechara, ocupado como andaba en sus admirables é inmensas niñerías.

Para mí es mucho más discupable que Pascal, otro cómico de primer orden, álgebra sublime, fe estrecha, amor sin confianza, y que, nacido para ser el primer padre de la Iglesia en su siglo, pero enfermo del cuerpo y separado de Dios por los escrúpulos, siguió un día las huellas de no sé qué Arnaldo, medio protestante, jansenista y medio, que redactaba ya la *Revue des*

Deux-Mondes y el *Journal des Debats* bajo el reinado de Luis XIV, más de un siglo antes de la aparición de estos respetables «órganos».

Es una fatalidad: por esos caminos no se anda, se hunde uno: nadie pone los pies en ellos sin sumergirse en el fondo del abismo. Puerto-Real (¡ah, cómo se alegraba de ello el pobre Sainte-Beuve!), Puerto-Real ahogó á Pascal después de haberle sacado del cuerpo las *Provinciales*, *Tartufa* colectivo que llaman el Jesuíta; cerca de mil páginas, de las cuales las novecientas son pesadísimas, y las otras cien forman una especie de obra maestra de maldad inútil que la incredulidad ha utilizado, sin embargo, para batir en brecha al Dios de Pascal, para extirpar la religión de Pascal, para arrancar de cuajo todo aquello en que creía Pascal, todo lo que Pascal respetaba, todo lo que adoraba de rodillas y con la faz humillada en el polvo.

¡Quisiera yo ver la cara que pondría el desventurado Pascal si le fuera dado leer nuestros periódicos publicados de cien años acá y contar las innumerables salsas venenosas que se han condimentado con sus *Provinciales*!

Pero Molière, el rey de nuestro teatro, con su buen sentido tan recto y tan penetrante, poco conocedor de Dios, es verdad, pero tan conocedor de los hombres... ¿qué diría Molière si levantara la cabeza y viera el uso que se hace de su *Tartufa*? ¿Qué diría, sobre todo, al ver esos Tartufas nuevos, plagios en acción, que no le roban su idea para ponerla en escena ó en los libros, pues no son tan estúpidos como todo eso, pero que se sirven de ella política, social, periodística, industrial y

judaicamente, como de un excelente pasaporte para penetrar en las moradas del sufragio universal y escamotear los favores de Orgon, que no se ha hecho, por cierto, más avisado ni menos tonto con haberse hecho elector?

Figúrome que Molière se quedaría desde luego como quien ve visiones ante la innumerable bandada de ánades rojos empollados por su gallina negra, porque seguramente nunca imaginó ni soñó siquiera con semejante posteridad.

Por ahí anda todavía el duque de Tartufa, y aun el doctor Tartufa, y en rigor, hasta el Tartufa periodista, y el Tartufa orador, etc.; mas todos estos Tartufillas, todos estos Tartufetas, todos estos Tartufotas, estos centenares, y montones, y costales, y cestos de Tartufas... ¡oh! es preciso convenir en que Molière no se los había imaginado. Si los viera, empuñaría una zurriaga, caso de que no encontrara una pluma, y vapulearía...

Aquí Juan interrumpió de nuevo su discurso para exclamar:

—¡Facio! ¡bribón, que te voy á matar!

Facio no era todavía un bribón, y debo decir que con el tiempo ha llegado á ser un muchacho de talento y de buena conducta; pero entonces no era más que el hijo de un salvaje de París, y se dejaba llevar de ideas que sólo la buena de Magdalena encontraba graciosas.

Magdalena era, en efecto, partidaria de Facio contra Berta, á la que solía llamar, no sin cierto amargo retintín, «la señorita».

Esta vez Facio había ideado lisa y llanamente alimentar á Berta con hierba, que á la fuerza iba intro-

duciéndola en la boca; y la muchacha, ya sin respiración apenas, lanzaba gritos inarticulados. Juan se abalanzó bastón en mano; pero Facio estaba ya al otro extremo de la pradera, y el incidente no tuvo consecuencias.

—Aquí tienes—me dijo Juan cuando tornó á sentarse á mi lado:—este abejorro de Facio me ha caído encima, cuando menos lo pensaba, por obra de Tartufa, y, sin embargo, no por eso quiero peor á Tartufa, porque Facio es un animalejo feroz que se irá domesticando poco á poco. Ya ha comenzado; ya sabe el Catecismo sin errar una palabra.

Hoy había venido á contarte mi primera comunión y la de María; pero en el camino ocurrióseme la idea de bosquejarte á grandes rasgos la notable escena de Molière andando á vueltas con la descendencia de su Tartufa, escena que constituye el libro que hay que hacer, ó por lo menos es el prólogo de ese libro.

Pero ahora Facio me lo impide. Ya le llegará su turno á Tartufa. Voy á contarte cómo he recogido á Facio, miserable fruto caído de un árbol que se secaba herido por el hacha del ciudadano Tartufa.

No hará esta relación mal efecto en el libro hallando una coyuntura donde introducirla.

Sólo que tiene todo el aire de un cuento.

Escucha.



El fondo de un agujero.

Juan comenzó de esta manera:

—Aún no hacía mucho tiempo que me había yo convertido, seis ó siete meses quizá, ó un año á lo sumo. Estaba ya, por supuesto, arruinado en toda la línea, pues que la pérdida de mis bienes fué lo que me volvió á Dios.

¡Ah! No será orgullo en mí el confesarlo, cuando podría muy bien afirmar que he sido atemorizado en el Señor por la muerte de mi hija.

Lo cual, por una parte, sería menos vulgar, y por otra repito que no mentiría mucho cuando lo dijera, puesto que la pérdida de la hacienda no ha dejado en mí huella ninguna, ni jamás he hablado á Dios de ella, mientras que sin cesar le hablo de María... la segunda María, ¿sabes? la hija de la que me regaló aquel caballo con máquina. La muerte de esta hija ha quedado entre Dios y yo como un lazo de dolor, de arrepentimiento y de esperanza, que no habrá fuerza que le pueda romper...

Vivíamos solos Magdalena y yo en mi cueva, que acababa yo de alquilar, y á la que á ella la costaba mucho trabajo acostumbrarse después de haber tenido un hotel. Los hijos y las hijas habían ido ya despajarando:

todos están por allá bastante bien colocados, á Dios gracias. En fin, los castigos de la Providencia han estado para nosotros llenos de dulzura; y si Magdalena no se acordara de «su coche», recuerdo que la suele ocurrir los días de lluvia, sería la anciana más feliz del mundo, porque en seguida se encariña con lo que ve, y Facio, con quien nada tiene ni es nada para ella, basta á reemplazar á todos los demás... Lo cierto es que yo he conocido muchas personas mejores que nosotros.

Una tarde del mes de Junio dije á Magdalena:

—Pon á asar ó á freir un trocito de cualquier cosa para llevárnoslo y comer mañana de fiambre. Si te parece, nos iremos al campo, lejos, lejos; necesito andar diez ó doce leguas á pie.

Magdalena se echó á reir y me contestó:

—¡Pobre hombre! En otros tiempos habrías andado catorce y todo...

Y decía la verdad; y quince también, y veinte, y más todavía; á la edad de dieciséis años hice ya á pie el camino de Angers á Tours, desde las seis de la mañana á las once de la noche. No sé cuántos kilómetros cuentan ahora entre ambas ciudades; pero entonces había veintisiete leguas del país. Otra vez escribí dos tomos regulares en seis días. Hazañas propias de un caballo de coche de plaza.

Pero á la sazón de que hablo, yo era ya viejo, y Magdalena tenía razón en reirse.

—¿Dónde iremos en ese caso?—me preguntó.

—A cualquier parte: á San Germán, si quieres; veremos extenderse ante nosotros el bosque.

Magdalena puso á asar no se qué, y á la mañana,

muy temprano, nos pusimos en marcha; yo con las manos colgando, y ella con su cesta de provisiones debajo del brazo, y de muy buen humor, por cierto, pues que aquella especie de gira la recordaba tiempos aún más lejanos que los tiempos de su coche.

Nos tragamos sin sentir el *boulevard* Bosquet y la avenida Josefina, por donde ganamos la ronda de Curva-vía. No me contrariaba á mí otra cosa sino el que San Germán estuviese tan cerca, y me iba diciendo:

—El caso es que apretar hasta Rouen sería demasiado para Magdalena...

Estaba un tiempo hermoso, pero hacía mucho calor á pesar de ser tan de mañana. Al puente de Neuilly comenzaba yo á entrar en calor; y al alto de la cuesta de Curva-vía iba ya sudando á mares, y me tendí jadeante en una de aquellas heredades que están á la espalda del Monte-Valeriano, por el lado de Nanterre. Las conocía perfectamente. En otro tiempo se cultivaban allí rosas para las ramilleteras ambulantes; pero la arena que asoma por todas partes á flor de tierra se ha sobrepuesto á la capa vegetal y ha imposibilitado el cultivo. Al presente son una serie de terrenos baldíos tristes y negruzcos, por donde se ven vagar soldados desorientados y confundidos siguiendo veredas de ovejas que no conducen á ninguna parte.

De tiempo en tiempo suelen comenzarse allí misteriosos trabajos estratégicos que contribuyen á aumentar lo melancólico del sitio. Los parisienses no van allí nunca.

Conocen al Monte-Valeriano como á la Luna, sólo

por un lado; bien es verdad que ésta es su manera de mirar todas las cosas.

En el fondo yo soy un parisiense y un baturro. Como la cima del Monte-Valeriano me ocultaba á París, y aun el bosque de Bolonia, experimentaba yo la misma sensación que el primer navegante cuando dejó de ver la costa. Parecióme aquél un sitio inmejorable, porque no podía ya con la fatiga, y me maravillé de que no se hubiera ya pensado en edificar allí una ciudad floreciente. Magdalena, que no es nada maliciosa, me contestó que tal vez sucedería con el tiempo.

Lo que me hacía falta era sombra, porque el cielo estaba sin un nublado. Pero había allí cerca un raquí-tico bosquecillo de acacias, cuyas menudas hojas acribaban ó cernían los rayos del Sol como un cedazo. Proclaméle bosque virgen, y en cuanto llegamos á él exclamé:

—Acampemos aquí, á la frescura, que me parece que ya tenemos bien ganado el almuerzo.

—Sí por cierto, hombre, sí por cierto—me contestó Magdalena;—¡como que has andado ya media legua de las catorce!

Destapada la cesta de las provisiones, contenía pan tierno, carne fiambre, un ángulo agudo de queso de Brie, cerezas y una botella de vino ya empezada. Aquello era una comida de campo en toda regla.

Tanto Magdalena como yo solemos tener buen apetito; así es que los dos comimos de firme; pero como el vino era poco, empezamos á sentir mucha sed. Yo quería agua.

Pero precisamente lo que ha impedido hasta ahora

el establecer una población hermosa y rica en los terrenos incultos del Monte-Valeriano es quizá la falta de fuentes. No hay en todo por allí más que un pozo que se agota en tiempo seco. Después de haber paseado por los alrededores una mirada investigadora, dije á Magdalena:

—¿Ves aquella casa de campo, allá abajo, en aquel vallejo? Allí pasaría yo contento toda mi vida.

—¿Sí, eh? Pues yo no—me replicó Magdalena.

Nunca suelo yo incomodarme con ella porque no sea de mi misma opinión, y continué:

—Por ahora no se trata sino de ir allí á buscar agua. No presenta gran aspecto de riqueza; de suerte que, si te reciben bien, dejas disimuladamente un par de suses en la esquina de la mesa.

Magdalena fué, y volvió en seguida con el agua en una botella rota. Al alargármela se la arrasaron en lágrimas los ojos.

—¿Por qué lloras?—la pregunté.—¿Eran mala gente y has reñido?

Pero Magdalena, en lugar de responderme, se contentó con sollozar, y luego me preguntó á su vez:

—¿Tienes todavía aquella moneda de cien suses?

Debo advertir aquí que mi vanidad en lo tocante al bolsillo no murió inmediatamente después de mi cambio de vida. Para muchísimas cosas era yo ya entonces humilde hasta hacer gala de mi bajeza, lo cual, sea dicho de paso, para nada sirve, y debo acusarme de ello; pero para otras cosas conservaba todavía una grande semejanza con los pavos reales. Así es que la moneda de cinco francos á que aludía Magdalena no se me iba

nunca del bolsillo. Formaba, por decirlo así, parte de mi traje, y no la cambiaba nunca, en lo cual hacía muy mal, puesto que conocía mucha gente más pobre todavía que yo. A la pregunta de Magdalena respondí:

—Que la tenga ó que no la tenga no hace al caso, puesto que no hemos de gastarla.

—¡Ay, querido!—exclamó ella.—¡Querido mío! Yo sé que tienes buen corazón; y si vieras semejante miseria, estoy segura de que esos cinco francos te quemarían en el bolso.

Tenía yo ya mi vaso de agua en la mano, pero en lugar de beber me puse en pie y eché á correr hacia lo que yo había llamado una «casa de campo». No diré que el deseo de acabar allí mis días, manifestado por mí momentos antes, fuese muy serio; pero con todo, la verdad es que soy miope y que había visto aquella vivienda de una manera muy vaga desde el paraje en que estábamos almorzando.

No será á ti ciertamente á quien haya necesidad de enseñar que se hallan con harta frecuencia, en esa especie de desierto cercano á París, casuchas de vagabundos, por junto á las cuales pasa uno con cierta sospecha de que hayan podido servir un día ú otro de escondite á un hombre. Tú has tratado de esto mucho, hasta de sobra: has descrito minuciosamente esos albergues, ora aislados, ora reunidos en verdaderas ciudades de miseria y constituyendo lo que los mismos pobres, en su doloroso buen humor, llaman «las Californias».

Lo que has hecho así es curioso, y verdadero hasta cierto punto; pero tarde ó temprano te ha de pesar de

haberlo hecho, porque es poco digno el andar buscando el lado puramente curioso de la contorsión arrancada por un gran sufrimiento.

Tú no has adulado ni fomentado nunca los odios tan disculpables de ese pueblo extraño, lo cual ya es algo; pero ¿has tratado alguna vez de calmarlos? ¿Les has mostrado alguna vez con decisión y valentía á esos condenados de la Tierra la evidente, la espléndida compensación que les está ofrecida en el Cielo? Se te hubieran reído, ¿no es así? Y tú has tenido miedo á esa risa. ¡Cobarde!

Yo supongo que no te lanzarías, sin llevar el bolsillo abierto, en medio de tales estrecheces y miserias. Supongo que les abrirías á aquellos infelices ambas las manos; pero ¿les abrías tu corazón? ¡Ah! tú te mostrabas simplemente bienhechor allí donde era necesario ser caritativo. Y no quieras alegar ignorancia; lo sabes tan bien como yo: la beneficencia es hija de la compasión, pero la caridad es el amor mismo...

Detúvose aquí Juan, y yo le tendí la mano, que me apretó, según su costumbre, moviendo lentamente la cabeza.

—Está bien—continuó:—corto aquí mi sermón, porque eres discreto; pero déjame que te lo diga: si brotara una sola chispa de abnegación, entiéndase que hablo de verdadera abnegación, de entre el egoísmo perezoso de los hombres honrados de tu misma laya, Tartufa-ateo y el ajenjo no lo tendrían tan fácil para envenenar la buhardilla...

Volvamos al asunto: no hay tal *California* al otro lado del Monte-Valeriano. Lo que me plugo al princi-

pio tomar por una casa de campo era una de esas infelices madrigueras de hurones descivilizados que se albergan alrededor de París en los rincones abandonados por la cultura. Una de esas barracas que subsisten allí, sea que el dueño del suelo las tolere, sea que ignore su existencia, hasta el día en que cualquiera que se cree con derecho viene y dice al intruso morador: «¡fuera de aquí!»

Me acuerdo bien de una de estas barracas de tus libros, que tú nos construiste con pedazos de argamasa, huesos, pucheros quebrados, carbón de piedra, escoria de fragua, tizones, pedruscos, cieno y latas de sardinas. Y es verdad: yo la he visto entre Clichy y Saint-Ouen. Pero la que aquí nos ocupa era sencillamente una antigua choza de pastores, abandonada ya por vieja, y que habían enterrado hasta la mitad, entre despojos y desperdicios de todas clases, con el fin de darla solidez y consistencia.

El antiguo cuerpo de la choza formaba como un molde que sostenía en forma cónica los desperdicios amontonados, y al mismo tiempo éstos amparaban y vestían, por decirlo así, el decrepito armazón de la cabaña. El viento nada podía hacer allí, porque la choza estaba metida en un hoyo; pero para reducirlo todo á un montón de polvo hubiera bastado un puntapié algo fuerte.

Iba yo lo más á prisa que podía, y Magdalena, que se había detenido á meter otra vez el sobrante de las provisiones en la cesta, seguía tras de mí gritándome desde lejos:

—Mira, yo no pude dejar la moneda en la esquina

de la mesa, lo uno porque no tengo dinero, y además porque allí no había mesa ninguna. Ten en cuenta que seguramente no debe de ser ese un pobre bueno, porque huele á ajenjo que apesta; pero allí está estirado en el suelo, metido en un costal, y yo creo que se muere... y el niño está llorando, enteramente desnudo y arrastrándose por el suelo como un gusano; ten cuidado, al entrar, dónde pones los pies; no le despachures.

Llegaba yo entonces justamente al dintel de la choza, y no estaba de más la advertencia, porque me encontré con una miserable criatura en camisa, ó mejor dicho, en harapos de camisa, arrastrándose al través de la puerta. Podía tener poco más de dos años; su carita era graciosa, aunque estaba horriblemente manchada, y sus miembros bien formados, á pesar de estar muy flacos. Lloraba, y el llorar era sano todavía.

—No hace aún mucho tiempo que tiene hambre— me dije al oírle.

Apenas hube entrado sentí que me cortaba la respiración una horrorosa hediondez formada de humo de tabaco, de ajenjo, de muerte y de miseria.

—¡A beber!—resolló una voz cavernosa en la oscuridad y hacia la derecha de la puerta.

Por supuesto, no había ventana alguna. Yo miraba y no veía más que tinieblas; pero dije para mí:

—El que ha hablado debe de estar en el suelo.

Y no me engañaba. La voz cavernosa añadió:

—¿Es usted de los de San Vicente de Paúl?... ¿Hasta aquí vienen también esos pajarracos á ejercer su industria? Aquí no comemos de eso... La pobre Adela clama-

ba hace poco por un cura... ¡Qué tontería!... ¿Y dónde estaban las piernas para ir á buscarle?... A más de que los curas no vienen más que por el dinero...

—Hay aquí otro saco—exclamó en aquel momento Magdalena, que entraba á su vez y miraba hacia la izquierda de la puerta;—y es una mujer la que está en él.

El niño se clavó á los manteos de Magdalena, gritando: «¡Mama, mama!» Y el hombre que estaba metido en el saco de junto á mí, es decir, en el de la derecha, se echó á reir de una manera tan lúgubre que me temblaron las carnes.

—Mira á ver—la dije á Magdalena:—yo creo que esa mujer debe de estar muerta.

Al mismo tiempo me incliné sobre el saco que había yo descubierto primero. Se me iba acostumbrando ya la vista á aquella oscuridad, y pude distinguir un rostro macilento y horriblemente desencajado en donde se dibujaba una sonrisa dolorosa. Tenía el labio inferior colgando y me dejaba ver blanquear los dientes, entre los que apretaba el tubo de una pipa apagada.

—Sí, está muerta—me contestó Magdalena, que estaba al lado del otro saco.

—Por eso es—dijo el hombre—que ha dejado escapar al chiquillo... ¡Claro! ya hacía rato que no la oía yo moverse ni quejarse.

—Mira, Juan, no nos estemos aquí—exclamó Magdalena,—que se nos va á pegar el mal.

—¡Qué bestial!—murmuró el hombre;—¡que se te va á pegar el mal!... ¿Acaso ha tenido tiempo de corromperse? Se ha *marchado* esta noche... ¡Pobre Adela!... Y

el niño, en cuanto ella no ha podido tenerle, se ha escapado por ahí, como era natural, haciendo altares... ¡Cosas de su edad!... Y ha roto sin querer la última botella de ajeno, que se ha derramado... Por eso huele tanto...

—¡Mama, mama!—segua llamando el niño.

Y el hombre le respondía con voz fatigosa, pero sin que hubiera la más leve ironía en su acento:

—¡Bah, bah! llama á tu madre, que ya no la molestas.

Y continuaba riendo con una risa medio apagada; pero el estertor que salía de su garganta no era precisamente el de la agonía. Ni tampoco era enteramente el hipo de la embriaguez. Participaba un tanto de uno y otro, y el atontamiento que á ratos le dominaba era combatido por no sé qué resto de inteligente ingenuidad.

Hay hombres de esta clase que mueren rabiosos; mas hay otros también que llegan á un estado neutral y relativamente apacible. Los tres venenos del salvaje de París, el ajeno, la miseria y el odio, producen síntomas muy diversos según el diverso temperamento del atacado, y Tartufa-libertador no asesina á todos sus clientes de la misma manera. Este salvaje mío era más bien de condición pacífica, y hubieran sido menester quizá muchísimas lecciones dadas por los profesores de odio, por los pontífices del dios Nada, para reducirle á la desesperación.

Se llamaba Blot, Pedro Blot, y el niño que se arrastraba por aquella madriguera era Bonifacio, ó por lo menos había de ser Bonifacio, puesto que no tuvo nombre cristiano hasta la tarde de aquel día. Pedro le

llamaba el «niño», y parecía quererle bastante. Ya verás luego de dónde provenían la desnudez del hijo y la enfermedad del padre.

Pedro Blot hablaba con voz apagada, pero con bastante tranquilidad, metido en su saco; y refiriéndose á la mujer que estaba muerta, decía, no sin cierto tono de sentimiento muy amistoso:

—Eso era lo que la quedaba del Catecismo, el deseo de ver á su cura... ¡Y pensar que todavía se enseña el Catecismo en lugar de instruir al pueblo!... Tenía todas esas ideas estúpidas... El Catecismo era también lo que la hacía obstinarse en no querer vivir en mi compañía hasta no estar casada por la Iglesia. ¿Para qué sirve eso? Para engordar á los curas... Hacía ya tiempo que tosía mucho del pecho; yo por mí, el arca del cuerpo siempre la he tenido sana, y antes del accidente de las piernas no padecía nunca más que de hambre y de sed. Ahora estoy impedido, pero estoy fuerte, y aun en este momento, quitado lo de las piernas, estoy mejor que usted... Lo que me falta es el ajenjo.

Magdalena se había arrodillado delante del otro saco y tenía al niño en brazos. Pedro no la veía porque estaba yo interpuesto y se la ocultaba. Sacó una mano para frotarse los ojos, y me parece que debía escocerle en ellos alguna lágrima, porque dijo en seguida:

—Alguna que otra vez solíamos disputar acaloradamente ella y yo con motivo de sus ideas de santurronería; pero nunca la he pegado fuerte, como hacen algunos que apalean á sus mujeres tísicas. Yo lo encuentro eso muy cobarde... Mientras ha tenido fuerza y aliento para chochea, ha chocheado á su sabor con su

buen Jesús y su Santísima Virgen. ¡Qué majadería!... ¡En el siglo diecinueve!

—¿Sabe usted leer?—le pregunté al oírle esta última frase, que es propia de la prensa.

—¡Ah, yo lo creo!—me respondió;—no es á mí á quien se le puede venir á contar patrañas... Con todo, ella quería muchísimo al niño... ¿Y qué voy á hacer yo ahora del niño, yo solo?

—¿Quiere usted que hablemos de eso?—le pregunté.

Sonrióse maliciosamente al oír mi pregunta, y trató de recobrar la pipa que se le había escapado de entre los dientes, refunfuñando mientras yo se la daba:

—¿De veras es usted de los cuervos de San Vicente de Paúl?

—Sí lo soy—le respondí;—pero, desgraciadamente, no lo soy de hace mucho tiempo.

—¡Farsas, farsas!—repitió Pedro Blot; y con voz cascada comenzó á canturrear:

Fantasmas oscuros,
¿de dónde salís?

—¡Silencio!—dijo Magdalena indignada.—Espere usted siquiera á que la entierren.

Pedro dejó de cantar inmediatamente, murmurando:

—Tiene razón, ya no me acordaba; lo demás, no crea usted que soy un hombre sin corazón.

Magdalena, que se había levantado y andaba dando de comer al niño con lo que había quedado en la cesta de las provisiones, advirtió que yo cogía una de las manos de Pedro para tomarle el pulso, y exclamó asustada.

—¡Pero, hombre, tú no estás bueno! ¡Vas á coger el mal por andarle tocando!

—¡Calla, hija, calla!—la respondí.—Al principio me había engañado; pero no está muy malo... ni es muy malo tampoco en el fondo, seguramente. Vamos á ver, traele algo de la cesta; los dos somos ya dos buenos amigos, hablamos, y en comiendo algo de eso tomará fuerzas...

Pero Pedro me miró á la cara y me dijo con dureza:

—No hay hambre, gracias. Ha oído uno hablar ya de los mendrugos de San Vicente de Paúl, y eso no es cosa buena; eso deshonra.

—Amigo Pedro—le dije,—hace usted mal en ultrajar lo que usted no conoce. No es ciertamente para dar á usted un rebojo de pan seco para lo que San Vicente de Paúl llama á su puerta. Tiene usted razón, sin embargo, en decir y en pensar que el pan que gana uno mismo con el sudor de su frente es el mejor de todos. Fíjese usted bien en esto que voy á decirle. Yo no sé lo que usted vale, pero sé que yo no valgo ciertamente más que usted hoy en día, y que ayer valía menos aún, porque era más rico.

—¡Ah!—dijo Pedro.—¿Conque usted tampoco quiere á los ricos? Entonces puede ser que usted sea más bien un engañado que un engañador, pues que, según dice, no hace mucho que milita en el regimiento del solideo.

Y diciéndo esto me miraba con cierta benevolencia.

Íbame yo cansando de estar agachado sobre su saco, y discurrí sentarme en el suelo á su lado, de suerte que mi cara quedó al nivel de la suya. No creo fuese

posible hallar una faz más profundamente desolada. Él, por su parte, parece que debió también hacerse cargo de la ventaja que le llevaba ya en lo físico, porque le oí refunfuñar:

—¡Diablo de *cuervo*! No tiene traza de haberse hecho embaucador por ganar cuartos.

Yo me decía precisamente de él casi lo mismo, aunque en otros términos, y sentía que le amaba ya en su abyección miserable. Y estaba satisfecho, y sobre todo agradecido, de amarle.

Porque la simple compasión tiene sus límites, bien estrechos por cierto, y no resiste á lo que repugna violentamente. Me ha sucedido alguna vez retroceder todo asustado al abrir una puerta por donde me saltaba á la vista la asfixia horrorosa de la miseria. Además, por naturaleza no soy muy bueno, y entregado á mis propias inclinaciones, no puedo tener por mucho tiempo compasión del abominable. Era, pues, Dios quien me sostenía, es decir, la caridad, milagro permanente que llega á ser la vida misma de los que están en Dios.

Por supuesto que, esto último, no lo digo ya de mí mismo. Yo trato de vivir en Dios, pero hay gran distancia del intento á la obra perfeccionada; y si te digo la alegría que sentía dentro de mí en aquella estancia repugnante, el atractivo de la verdadera caridad, es precisamente porque no estaba muy acostumbrado á ello.

¿Por qué no he de decirlo? Yo sufro mucho en mi espíritu. El cumplimiento del deber no trae consigo la plenitud de la recompensa. Hay horas para la gracia; y según San Agustín, parafraseado por el autor de la

Imitación (1), las horas que más se nos computan para nuestra salvación son precisamente aquellas en que con angustia nos vamos abriendo camino sin el socorro de la gracia. Este mismo pensamiento resplandece en Bossuet. Mas ¿quién nos dice que no es precisa y únicamente la gracia la que puede sostenernos en la ausencia aparente de la gracia?... ¿Has acabado de leer la *Imitación*, que te di el otro día?

—Sí—le respondí;—y es un libro muy hermoso...

—¿De veras?—me dijo con su gracejo ordinario.

—Es un libro muy hermoso—continué yo;—pero no me gusta.

—¡Ah!... ¡pobre *Imitación*!

(1) Es el libro conocido generalmente en España por *El Kempis*, del nombre de su autor. Los franceses trataron de atribuirsele á Gerson, y por eso le llaman la *Imitación* simplemente, después de haber hecho desaparecer el nombre de Kempis de la portada de sus ediciones, conducta que han seguido en España los catalanes, siempre imitadores de los franceses. Cuando éstos se consideraban del todo triunfantes, entróles también á los italianos la envidia de reclamar para su patria la gloria que los franceses querían para la suya, y comenzaron á defender que el verdadero autor de la *Imitación de Cristo* era un tal Gersen ó Gersenio, abad de un monasterio de benedictinos en Italia; y, en efecto, demostraron que no pudo ser el canciller Gerson el autor de la obra. Pero en cuanto á que lo fuera su Gersen ó Gersenio... parece lo más seguro que no ha existido semejante personaje, ni el código en que los italianos fundaban sus derechos. Resultado: que los enemigos de la gloria del venerable Tomás de Kempis se destruyeron unos á otros, y que después de los luminosos trabajos del P. Roberto Ros-Beid, de la Compañía de Jesús, la creencia de que el autor de la *Imitación de Cristo* es Tomás de Kempis es mucho más segura que cuando nadie la había puesto en tela de juicio.—*N. del T.*

—Me gusta más Bossuet; las *Meditaciones sobre el Evangelio*.

—Y sobre todo el Evangelio, ¿no es verdad? Vamos, no has perdido del todo el gusto. Pedro Blot, por su parte, entre la *Imitación* y Bossuet no tenía preferencia bien marcada. Sin embargo, se iba amansando poco á poco, y bien pronto se volvió del todo hacia mí para decirme:

—Adela padecía del pecho; yo por mí, de tiempo en tiempo parece que me ahogo aquí del corazón; pero el cuerpo le tengo sano, y esto no ofrece peligro. No sé yo lo que será menester para matarme cuando tan bien he resistido ahora. ¿Tiene usted deseo de saber quién somos, de dónde venimos y qué es lo que habíamos venido á hacer aquí?

—Sí, por cierto—le respondí.—Deseo y necesidad...

—¡Calla! ¡Necesidad! ¿Por qué?... En fin, no importa; es cosa breve de contar y es, además, la historia de mucha gente. Vamos allá.



III

Un suicidio.

Pedro Blot continuó:

—Adela y yo no estábamos casados, ¿entiende usted? Pero como si lo estuviéramos; era igual. Nos queríamos mucho; trabajábamos cuando había obra, y se hacía uno duro al hambre y á todo; como que no ha estado uno jamás ni un momento sin sufrir desde el día en que ha nacido.

Yo no tenía vicios, excepto el de fumar. Pero me empuqué al trago cuando se comenzaron á pagar las idas y venidas para mejor elegir el candidato á concejal. Había necesidad de ilustrarse los unos á los otros, y esto da sed, ¿no es cierto? Llegó el embarazo de Adela, y con el embarazo la enfermedad; se puso insufrible; yo comencé á volver á casa cada vez más tarde por no estarla oyendo todo el día, y fui tomando el gusto á la política que da de beber. Vino por fin el chiquillo: Adela dejó por completo de trabajar; ella quería bautizarle, yo no. Entonces ¡qué diablo! fui bebiendo cada vez más para matar la tristeza. No hay más remedio. ¡Pues si no procuramos alegrar el espíritu... estamos hechos unas máquinas!

Me iba, pues, metiendo mucho por la bebida, pero no me había dado todavía al ajenjo, porque no lo podía

sufrir: me repugnaba. «Es la pócima más amarga que hay en la botica», solía yo decir, estremeciéndome al gustarlo. El ajenjo no vino sino con las elecciones generales, cuando Mazagrán comenzó á hablar contra los viejos rezagados de 1848. ¡Ah, cómo nos acalorábamos, unos en favor de los viejos barbas y otros en contra! ¡Tenía que ver!... El ajenjo, el beber ajenjo es peor de aprender que un oficio. Cuesta muchísimo trabajo hacerse á ello, y después no puede uno pasar sin ello. Es como la política, que le aburre á usted al principio...

—Y se acaba por creer en ella—dije maquinalmente.

Pedro Blot me miró con ceño y se encogió de hombros.

—¡Si fuera sólo creer en ella!—murmuró.

Después continuó con desenfado:

—¡Vaya, no nos haga usted tan tontos! Ya sabemos que los farsantes son farsantes, porque hemos oído cantar á los viejos antes oír cantar á los jóvenes. Por supuesto, siempre la misma música y la misma letra. Los viejos querían hacer su negocio, y le han hecho; los jóvenes van contra ellos por hacer su negocio, y le harán á su vez. Los viejos no han hecho más que su negocio; los jóvenes no harán más que su negocio.

—Pero ¿y los negocios de ustedes?—le pregunté.

—Parece—me respondió Pedro Blot sin pestañear—que nuestros negocios no se pueden hacer ahora en seguida; hay que esperar.

—¿Y usted obedece así y todo á esos á quien usted llama farsantes?

—Así y todo.

—¿Y por qué?

—Porque demuelen.

—¿Y después?

—Después... ¿Qué quiere usted?... eso siempre gusta. Matan á Dios, que es el mal, y puede ser que al fin y á la postre eso nos traiga alguna otra cosa mejor que Dios.

Quedéme helado al oírle, y no pude menos de pensar en la facilidad prodigiosa del oficio de Tartufa-ateo. No ha menester ni de lógica, ni de ciencia, ni de nada. Ni aun siquiera tiene necesidad de engañar á su Orgon, que ya cuida de engañarse el solo.

Con tal que demuela el bien, llamándole el mal, su Orgon todo lo demás se lo pasa. ¡Señor, Señor! ¡Bendita sea vuestra misteriosa providencia! Los hombres se preguntan muchas veces por qué habéis ensanchado y allanado tan extraordinariamente los senderos de la mentira; pero ¿no es tan claro como la misma evidencia? Y la mentira, constantemente vencedora sobre la Tierra, ¿no es la encargada de demostrarnos la verdad del Cielo?

Por supuesto que Pedro Biot no daba el nombre de Tartufa ni á los antiguos barbas ni á los galanes jóvenes de la demolición; pero continuaba de esta manera su elogio:

—Entre tanto ellos se pasean en coche y nosotros andamos zancajeando á pie, con los zapatos torcidos, cuando los tenemos; ellos viven en palacios, mientras nosotros nos albergamos en estos agujeros, y eso cuando no nos arrojan contra un guardarrueda; ellos comen buena carne y beben buen Champagne, y su pipa *aculotada* no es más que una pantalla que no les im-

pide fumar buenos puros de capitalista, cada uno de los cuales representa el valor de un pan de cuatro libras. Antes se escondían de nosotros para eso, pero ahora lo tienen á gala; y bien mirado, ¿qué nos va á nosotros en eso? Nosotros estamos aquí para nombrarles diputados; nosotros les nombramos diputados, y ellos son buenos diputados porque todo lo hunden. Así es que ahora, cuando vienen á presentársenos alegando méritos, les es ya permitido prescindir de mancharse las manos adrede, como hacían antes, para entrar en nuestras casas, lo mismo que se ponen guantes de color de manteca fresca para ir á los bailes de sociedad. Ya sabemos que no creen una palabra de todo lo que nos dicen, y guiña uno el ojo. *Esta no es la cuestión*, como ellos suelen decir en la Asamblea. A más de que ¿quién es el que cree hoy lo que dice? Yo tal vez, cuando digo que no creo en nada... y si acaso. Hay momentos en que esto del corazón me hace tanto daño, que se me corta la respiración. Entonces, cuando me falta el aliento, me pasa por las mientes la idea de que voy á cascar; y no tengo miedo, ¡cal eso no; pero siento frío en los huesos, prueba de que no estoy bien seguro de que voy á dormir con la muerte de los perros. ¡Qué tontería!

Detúvose aquí sin aliento y tan terriblemente desfallecido, que á mí también me asaltó la idea de que se iba á morir allí de repente. Tenfale la mano entre las mías y estaba fría y mojada.

Yo no sé si es una maldición el haber sabido manejar la pluma. Quería yo ser todo entero para aquel desgraciado, y hubiera dado la sangre de mis venas por

encontrar dentro de mí las palabras que eran menester para la curación de su alma; pero la tiranía de mi antiguo oficio me abrumaba.

He tratado de reproducirte el lenguaje de Pedro Blot tal cual era, y tú has debido de pensar que estoy fingiendo con poca habilidad el estilo. No, no lo creas: Pedro hablaba como te cuento, y yo, aun en mi dolorosa emoción, que gracias á Dios era sincera, escudriñaba y criticaba sin querer aquel lenguaje en que el francés llano y honrado del obrero apenas se mezclaba con alguna que otra palabra de *argot* (1), pero se desviaba de vez en cuando hasta usar maneras de hablar que no eran propias del pueblo.

Debo añadir que todo iba envuelto y como empapado en ese acento especial innoble del albañil de París, que hacen todavía más repugnante esa especie de cansancio ó languidez crónica de los labios y esa torpeza ó grosor de la lengua, síntomas del vicio inveterado de la embriaguez.

Buscaba yo á finas veras una palabra sola que decir, y no la encontraba. Las últimas frases de Pedro Blot parecían prestarme un asidero, pues que él mismo había manifestado alguna duda acerca de la sinceridad de su completa perdición.

Es muy raro que yo me corte; pero aquella vez tenía la desgracia de *observar*, y no hay nada que envilezca tanto las emociones como ese espionaje literario, antigua manía ¡ay! inveterada en mí, como en el pobre Pedro Blot la sed del borracho.

(1) Jerigonza peculiar de la gente baja en Francia, á manera del *caló* de Andalucía.

En vez de hablar, socorrí materialmente á Pedro Blot lo mejor que pude, de lo cual tenfa grave necesidad, porque se le había cortado la respiración y volvía los ojos en blanco. ¡Ah! en verdad que Tartufa-emancipador no apacienta su piara en pastos muy succulentos; al sostener á Pedro, medio incorporado en mis brazos, sentí á través de la tela del saco que estaba anguloso y ligero como un esqueleto.

Magdalena había salido con el niño envuelto en su mantón, por ver de adormecerle al aire sano de afuera. Y mientras Pedro iba recobrando trabajosamente el aliento, oía yo la voz un poco temblona, pero muy dulce, de mi mujer, que canturreaba un villancico del país con el que habíamos sido adormecidos nosotros y todos nuestros hijos.

La letra decía:

«La puerta del Paraíso
se ha abierto de par en par,
y el Niño Jesús, de flores
allí coronado está.

La Virgen Santa le adora
con ternura sin igual;
¡vamos, vamos, al Dios Niño-
nuestros dones á llevar!»

Cuando Pedro acabó de recobrar la respiración quiso darme las gracias con los ojos; su mirada era buena. Su figura en aquel momento, de relativo bienestar, aislándola de los objetos que la rodeaban, valía bastante más que su lenguaje.

—Ha creído usted—me dijo—que me las iba á liar, ¿no es verdad? Lo que tiene es que esto no es tan pe-

ligroso como parece. Aún estoy fuerte, y lo que es el arca del cuerpo está famosa... ¿Qué es eso que arrulla la señora allá fuera?

Aplicó el oído, diciendo esto, al canto de Magdalena, y cuando pudo recoger los últimos versos, tornó á su mal talante para exclamar:

—¡Ca, no, no; ni hace falta!.. ¡Es una tontería!... Está uno bastante embrutecido, es verdad, pero no tanto como para eso. Si su Niño Jesús de ustedes estuviera en ese Paraíso de ustedes ó en otro lado, donde ustedes quieran, ¿dejaría trabajar á nuestros farsantes de cantina? ¿Á nuestros farsantes, que son nuestros amos y nuestros criados?... Que nosotros les sirvamos, aun despreciándolos y todo, se concibe, puesto que saquean y destruyen, puesto que sus dientes son garfios que socavan los fundamentos del viejo edificio social...

—¡Usted no ha nacido obrero!—le dije, interrumpiéndole á pesar mío, pues que había formado el propósito de oírle en silencio.

Pedro dejó de mirarme.

—Yo no sé lo que he nacido—me contestó muy bajo, arrugando sobre los ojos la piel de la frente.

Después, irguiendo de súbito contra mí su faz pálida, en donde resplandecía de improviso una conciencia terrible, añadió entre dientes:

—No, yo no lo sé... ¡pero aborrezco á mi padre y á mi madre!

—¿Viven?—le pregunté.

—No vivirán mucho tiempo, como de mí dependa.

Sentía yo escalofríos de pies á cabeza al oírle, pero

él se dió en reír con una risa nerviosa, como al principio de nuestra conversación. Después continuó:

—No tenga usted miedo. También yo empleo figuras retóricas, como dice mi periódico... El gran periódico. ¡Pega cada garrotazo al solideo, que es lo que hay que ver! Y ¿á que no acierta usted dónde aprendí á leerle? Con los *Frères*... (1).

—¡Ah!—hube yo de exclamar.—¿Ha estado usted en los *Frères*?...

—Sí.

—¿Y les detesta usted?

—Sí... ahora sí.

—¿Le han hecho á usted daño?

—No, ciertamente... Y ha de saber usted que me enfadé muy de veras, así como se dice, contra el primer malvado que me dijo: «No hay Dios»; pero mi padre ha contribuído á arrancarme las creencias, y mi madre también...

—¿Quiénes son, pues, su padre y su madre?

—Un bribón muy enfermo y una bribona que se muere, según dice mi periódico. El bribón es el mundo antiguo, y la bribona es la sociedad de ustedes, más afeminada todavía que pervertida. Por lo que hace á mi padre de carne y hueso no ha tenido á bien decirme su nombre, y mi verdadera madre, tampoco. Por lo visto, yo les incomodaba; á la una la recordaba seguramente una vergüenza, y al otro quizá un crimen; me abandonaron los dos, y han hecho bien. Pero los hijos como yo, los hijos engendrados por el vicio burgués,

(1) Hermanos de la Enseñanza.

muy sagaz, muy decente, muy lavado, muy bien acomodado y muy respetado; los millares y millones de hijos vendidos, echados de casa, abandonados á la izquierda del camino, como se amontona la basura á la orilla de la acera; nosotros, los desechados, somos los que nos tomaremos la acera, la calle, la casa y todo. Aun cuando hubiera un Dios, ese Dios estaría de nuestra parte; pero no le queremos: ¡se nos ha echado fuera de Dios, como de todo lo demás! ¡Y que nos vengan los burgueses, nuestros padres, á hablar de familia! Están verdaderamente graciosos haciendo ese papel. ¡Y de patria!... La familia es la herencia, la patria es la tierra de los abuelos, y nosotros no tenemos ni herencia, ni tierra, ni abuelos, ni padre, ni madre, ni hermanos, ni hermanas, y por consiguiente, ni familia ni patria... Pues bien; nosotros dejamos todo lo demás, pero queremos una patria. Tenemos derecho á ella. Y como nuestra patria es actualmente poseída por nuestros papás, de quien no somos herederos; por sus señoras, que no son nuestras madres; por sus señoritos, que no son nuestros hermanos, y por sus señoritas, que no son nuestras hermanas, nosotros barreremos todo eso, muerto ó vivo, cocido ó crudo, á votos ó á tiros, como se pueda... Y no tienen razón ¿entiende usted? los que nos acusan de que queremos repartir. ¿Repartir con quién?... No, no repartiremos nada con nadie; nos lo tomaremos todo; en primer lugar, para tenerlo todo, y en segundo lugar, para que nuestros padres no tengan nada... Esta es la consigna y la marcha...

Nunca solía yo interrumpir á Juan; pero como él se detuvo aquí para tomar aliento, le dije:

—¡Ah, viejo socialista! no es ya tu Pedro Blot el que habla: eres tú.

Y Juan, sonriéndose, al mismo tiempo que se enjugaba la frente mojada de sudor, me contestó:

—Este es el flaco de los más grandes escritores de nuestro tiempo: que comienzan siempre haciendo hablar á su Pedro Blot, y concluyen por disertar ellos mismos. Has hecho bien en llamarme al orden. Cuando se me pone delante la imagen del vicio galoneado y pulcro, no sé adonde voy á parar, y me acuerdo que allá por los tiempos en que todavía hacía yo libros sostuve una vez esta tesis (con harto lucimiento, á fe mía); es á saber: que esa excelente y saludable cosa que se llama la LEGITIMIDAD en el lenguaje político, ha muerto en Francia del vicio majestuoso y engalanado de los «buenos años» de Luis XIV, más bien que no del vicio vulgar y desharrapado de Luis XV.

Una institución fundada en la ley de familia debe respetar la ley de la familia ó perecer.

Los acomodamientos de conciencia nada valen. El vicio y los productos del vicio son la revolución misma. Los que hicieron al vicio sentarse en el trono pudrieron tan profundamente la madera de que estaba formado, que el trono falseó por todos cuatro pies á un tiempo cuando la virtud de Luis XVI le pesó encima.

A este propósito, y ya que hemos interrumpido la narración, te haré notar que Tartufa burgués (el padre de Pedro Blot), moderado, liberal, imbuído en la idea de que es conveniente el catolicismo, pero que no ha

de haber demasiado; hombre honrado en asuntos de dinero, ó casi honrado, que detesta lo que él llama el «exceso» en el bien como en el mal, pero que detesta naturalmente el bien todavía más que el mal, porque si el mal le da miedo, el bien le da vergüenza y le incomoda, Tartufa-Tartufísimo, amante de la pastelería, partidario del pescado, goloso por la carne, que respeta todas las apariencias y que predica ante todo ¡oh, eso sí, ante todo! la religión en la familia cuando no está en casa de la madre del pobre Pedro Blot; ese Tartufa tolerante, conciliador y acomodaticio, ni malo del todo ni del todo bueno; ese Tartufa del término medio, rebotando de concesiones y de prudencia, persuadido de que Dios y el diablo disputan y riñen ante el mundo, pero se entienden allá en la intimidad; muy esperanzado de que el mundo no concluirá sino al día siguiente de su muerte, después de la cual ese mismo Sr. Tartufa-Philinto será admitido, no precisamente en el Paraíso, porque tampoco lo desea, sino en un lugar conveniente é intermedio, en una especie de portada neutral, establecida á manera de los centros de recreo, y donde se podrá entrar por la simple presentación de una tarjeta de conservador, te haré notar, digo, que ese Tartufa nos suministrará una silueta preciosa para nuestro libro en proyecto.

Sólo que no se la podrá recargar demasiado, porque eso ahuyentaría á muchos aficionados á la lectura, á muchísimos.

Queda, pues, sentado, y yo te concedo, que me introduje en el lugar de Pedro Blot por un instante y hasta cierto punto; pero ¡bah! ese punto no era demasiado

subido. Y es tan cierto que Pedro Blot en su lengua de salvaje expresaba, en efecto, mi indignación de cristiano, que le arrimé á mí sin saber casi lo que hacía, estrechando á finas veras contra mi pecho el sórdido envoltorio de su miseria.

Ya ves que no me alabo de ello; al contrario, me acuso; había en mí en aquel instante otra cosa que la caridad; como buen sabueso literario, olfateaba al gazo de Tartufa detrás de Pedro Blot.

Pero había caridad también, caridad verdadera, y una compasión muy eficaz, porque exclamé con lágrimas en los ojos:

—¡Ah, hermano mío, querido hermano mío, pobre infeliz! ¡Si Dios me concediera la gracia de poder expresar-le á usted cuán ardientemente le compadezco y le amo!

—¡Calla!—dijo Pedro Blot, que me miró con asombro;—¡y llora usted de veras... puede ser que sea usted mi padre!...

Trataba de reirse; pero parecía que el ardor de mi arrebató le había rendido, pues sus párpados estaban también humedecidos. Resistióse, empero, y rezungó:

—¡Vamos! ¿A que voy yo también á lloriquear ahora? ¡Es mucha dulzura! ¡Farsas, y en todas partes farsas! ¡Farsantes de la república y farsantes de la sacristía! ¡Yo que iba á decir á usted que servimos á aquellos por ver de aplastar á estos otros á quienes usted pertenece, y á sus primos ó afines de ustedes los farsantes de la riqueza agrícola y del comercio... y usted me abraza! ¿Acaso cree usted envolverme en su media sotana, haciéndome salir de mi saco? ¡Vamos,

pronto! respóndame usted á derecho: ¿qué me quiere usted, eh?

—Quiero—le respondí con claridad, por cierto,—quiero oír su historia. Soy muy pobre, pero haré por usted todo cuanto pueda.

—Verdaderamente—murmuró echando un vistazo sobre mi traje,—que no tiene usted traza de capitalista. Y se diría, también es cierto, que conserva usted un resto de buen corazón...

Continúo, pues: yo era cargador de carbón en la fábrica de Curva-vía, Adela cosía botinas á máquina en París. Adela no sabía leer, pero yo por mi parte tenía la suficiente educación; y el ciudadano Mazagrán, de que ya le he hablado á usted, joven que tiene el hilo de la trama, y que se manifiesta de treinta maneras distintas, me pagaba en promesas porque leyese sus libritos á mis compañeros antes de fundar todavía su periódico. Allí es principalmente donde yo he aprendido la verdad pura sobre la gente de sotana y sobre todos los demás que representan esa comedia de Dios.

Mazagrán había recibido, siendo niño, el sustento en casa de un cura; sabía, por ende, largo y tendido acerca de los embustes de los curas. El cura que sostenía á Mazagrán daba todo lo que tenía, hasta la camisa; pero ya se sabe por qué hacen eso: eso es para atraer y embaucar á los que andan desnudos.

Mazagrán, por su parte, no da nada; no es tan bruto; pero promete sin regatear, y no obsta el que se le vea y se le conozca de cerca, porque tiene talento, y sobre todo, *tupé* como ninguno. Prueba como tres y dos son cinco que les ha llegado, al fin, á los obreros el tur-

no de divertirse, y que la gente pobre ha sufrido ya bastante tiempo para poder ahora gozar en proporción de lo sufrido. Esto, naturalmente, nos halaga; y luego está de la mañana á la noche sacudiendo palizas á la sociedad envejecida y bárbara. ¡Bien necesita la infeliz ser dura de morir!

Y después todavía Mazagrán tiene su discurso de los domingos, en el que coge á Dios por una oreja para decirle cara á cara: «¡Vamos á ver! despiértate, Jesús, si es que no eres de palo!» Es una calaverada; pero Jesús no da nunca señales de vida. Y Mazagrán tiene los bolsillos llenos de dinero, ganado así, abofeteando á Dios; ya ve usted cómo es más fuerte que Dios.

Adela no le quería bien, conforme con sus rancias preocupaciones, y decía que crucificaba á su Salvador como los judíos del tiempo de la Pasión. «Le ha de suceder alguna desgracia», era su constante cantinela. «Sí, toda su desgracia deseo yo para nosotros», la decía yo. Mazagrán tira hoy cincuenta mil ejemplares de su periódico, y es afortunado como un jiboso. Sobre mí es sobre quien descarga toda la desgracia; pero no es de mano de Dios de donde mi desgracia viene, puesto que data ya desde mi nacimiento. ¿Qué edad me echa usted?

—Cuarenta años, poco más ó menos.

—¡Cá! no acierta usted ni con mucho. No tengo más que veintisiete. Es que los años de miseria se cuentan dobles, como los años de campaña... ¡Y yo he sido miserable siempre... siempre... siempre!... ¿Dónde está Dios en todo esto? Pero continuemos. Es verdad que sufrí allí el accidente de las dos piernas; pero tampoco

esto fué cosa de Dios; fué una carreta de cok que me pasó por encima en el depósito. No estaba yo ya muy valiente; acababa, por cierto, de salir del hospital, adonde me habían llevado á causa de unos ataques que me daban de no sé qué mal, de una cosa que se parecía á la epilepsia. El médico del establecimiento me dijo que aquello me provenía del ajenjo, y que, si no dejaba el ajenjo, moriría de repente. Tanto mejor, dije yo para mí; no me gusta ir languideciendo poco á poco... ¿Usted sabe lo que es un aneurisma? Dice que también, por añadidura, se me está formando uno; pero me es igual: en el fondo estoy mejor que él. Entiendo algo de eso... Me encuentro fuerte; no hay nadie más fuerte que yo en todo París.

Adela era la que estaba mala y no podía seguir adelante con su trabajo. El jueves último hacía ya quince días que no cobraba un céntimo por obra concluída. Y por cierto que no debía Dios apurarla de esa manera, puesto que ella era de los de su bando; pero está visto que no sabe Él ni quién le ama ni quién le aborrece.

Vivíamos en Curva-vía, y habíamos ido vendiendo poco á poco todo aquello de que se podía sacar dinero. No nos quedaba más que el colchón. Aun éste fué menester venderle, y Adela lloró al verme acostado en el suelo con mis dos piernas tullidas. Cuando la vi llorar me puse colérico, y la dije:

—¡Es cosa de acabar de una vez!

También ella estaba tan desesperada, que no pensó ya en su buen Jesús por aquel momento, ni en nuestro niño, y me contestó:

—Bueno; cuando quieras.

Y entonces, como si hubiera sido llamado exprofeso, subió el dueño de la casa á reclamarnos los dos plazos que le debíamos.

Usted no conoce más que á los caseros acomodados, allá de sus barrios; pero el nuestro no es uno de esos ricachones: eso es lo que le falta. Su casa no tiene más que cinco habitaciones de sesenta francos cada una, y él es ya demasiado viejo para trabajar en nada. Duerme el pobre en el pasillo para alquilar también su cuarto. Cuando le falta algún plazo se ve en mil apuros.

—Señor Moro—le dije, apenas formuló su reclamación,—no crea usted que es por causarle á usted extorsión, sino que ya no tenemos medio alguno de vivir, y vamos á poner fin á nuestra existencia.

Pero él no nos creyó, y nos llamó tramposos y otras mil perrerías, concluyendo por ponernos á la puerta de la calle. Una vez fuera de casa, había la dificultad de que ya no tenía uno ni siquiera donde matarse, ni con qué, puesto que mis piernas no podían llevarme á la orilla del río.

Adela estaba como una piedra: ya no lloraba.

De casualidad conocía yo el sitio éste en que nos hallamos, por haber dormido aquí con un camarada una noche que veníamos de pasar el lunes en Suresne. Me ocurrió una idea, y la dije á Adela:

—Mira; sube á casa del alemán, y véndele lo que llevamos encima, la ropa puesta, así en junto, á cuenta de ajenjo, por lo que quiera darte.

—¡Ya te entiendo!—me respondió:—tú te quieres matar á fuerza de beber; pero yo que no bebo...

—¿Y qué le hace?—la dije;—bebe esta vez, y no ten-

drás necesidad de beber mucho por lo mismo que no estás acostumbrada: ahí tienes.

Adela hacía siempre lo que yo quería, y la suerte fué que el niño estaba en aquel momento en casa de la vecina; si le hubiera tenido allí, no hubiera quizá subido á casa del alemán.

Fué, pues, resuelta y decidida. ¡Ah, como que ha sufrido todavía más que yo! Y cuando atravesaba la puerta, la dije:

—Nos hacen falta también un par de sacos para meternos en ellos cuando ya no tengamos ropa.

No me respondió una palabra, y siguió. Nada la detuvo, porque en aquel momento de seguro que ni siquiera se la ocurrió que es pecado matarse.

El alemán bajó en seguida: la cosa lo merecía. Adela estaba vestida decentemente, y yo tenía debajo de la blusa un buen chaleco de Bayona casi nuevo. Este es el que más he sentido. El alemán tanteó nuestras prendas, y comenzó el ajuste.

Nos arreglamos en que había de darnos los dos sacos y dos azumbres de ajeno, que, á mi ver, era más de lo que nos hacía falta, pues que se puede uno morir con una sola botella de media azumbre bebiéndola de un tirón.

De las dos azumbres no trajo el alemán más que azumbre y media; la otra media debía entregárnosla cuando viniera á recoger nuestros efectos al *nuevo domicilio*, que era aquí.

Lo cual era muy justo; pero yo no podía andar. Y como no teníamos más que treinta suses de lo que nos había valido el colchón, y los coches de plaza nos que-

rían dos francos y medio por conducirnos aquí, el alemán me dijo:

—Voy á pedir prestado un carreto de mano, y te llevo en coche hasta allá. Así, de paso, voy yo á entregarme en vuestros pingajos.

Por su parte no podía estar más amable, ¿no es así?... ¡Pero parece que está usted asombrado!...

A Dios gracias, Pedro Blot se quedaba todavía muy por bajo de la verdad. No era asombro lo que yo experimentaba; era que me faltaba la tierra debajo de los pies con la relación de aquellas desgarradoras atrocidades. Parecíame estar oyendo una novela inventada por un loco.

Creía yo saber largo y tendido sobre las negras oscuridades de nuestro siglo, vencedor del oscurantismo y de la ignorancia; pero aquello me cogía de nuevas. No hubiera yo podido ni soñar nunca nada que se pareciese ni de lejos á aquella tranquila y desoladora pesadilla.

—Y ahí tiene usted—continuó sencillamente Pedro Blot:—todo se iba arreglando. Echamos á andar, yo en el cochecillo que el alemán empujaba, y Adela detrás con su botella de agua clara en la mano, que nunca se separaba de ella, ni la podía excusar un momento á causa del ardor que sentía en el pecho. Traía además el niño á la espalda...

—¡Cómo!—exclamé yo;—¿también traían ustedes consigo el niño?

—¡Pues claro!—me contestó Pedro;—y me parece que no debía de maravillarle á usted, puesto que le ha encontrado aquí.

Y añadió con un tantico de aspereza:

—¿Le habíamos de abandonar?

Calléme la boca, y continuó Pedro:

—Adela no lo hubiera consentido. Por cierto que venía balbuciendo: — ¡Virgen María, tened piedad! — ¡Jesús misericordioso, todos los niños son vuestros! — Y añadía: — Lo que es yo no me mataré; estoy agonizando. — Pero esto no la impedía de andar.

Al fin se llegó. Por fortuna la garita estaba libre. Era de noche; yo ayudé á Adela en su tocado, es decir, á desnudarse, y la metí en el saco con el niño. Para entonces ya había vuelto ella á empezar á llorar entre sí, sin levantar el grito, y á disparatar en voz baja: — ¡Jesús mío, el niño no tiene culpa: no ha cumplido todavía tres años! ¡Si yo pudiera llevarle conmigo!

A mí me desnudó el alemán, mientras yo le decía, disculpándome de que llorase Adela: — Eso es la mala educación. Todas las tontadas del Catecismo la vienen la imaginación en el momento de dar el gran salto...

—Pero... ¿es decir, que aquel hombre sabía que ustedes se querían matar? — le interrogué yo, no pudiendo todavía dar crédito á mis oídos.

—Pues claro — replicó Pedro. — Y á él ¿qué le importaba? Es allá de Prusia, es verdad; pero fuera de donde quisiera, eso no viene al caso: un comerciante es un comerciante. Y luego, por otra parte, la libertad... Cuando acabó de hacer un lío con nuestros vestidos, estábamos ya instalados de la manera que usted nos encontró, sin más diferencia que Adela tenía al niño en los brazos, y yo tenía conmigo las dos azumbres de ajeno. El alemán se hallaba con todo un poco embarazado.

para despedirse y dejarnos, y buscaba una frase para marcharse. Por fin nos dijo:—La suerte que tenéis es que estamos en el mes de Junio y no os constiparéis. Buenas noches.

Y echó á andar por la cuesta abajo con nuestros ajuares en su carrito.

Yo encendí la pipa, y me puse á beber en seguida; pero me gusta mucho el ajeno, ¿sabe usted? mucho del todo, y no podía menos de recrearme bebiendo trago á trago, por golosina; tanto, que la primera noche con las dos botellas que embaulé no sentí más que alegría, mucha alegría. ¡Ah, soy fuerte! ¡Y qué á gusto estaba yo, y qué satisfecho de haber escogido este medio! El alemán no me había engañado; el ajeno era bueno.

Adela no quiso beber nada, ni siquiera una gota. Se dejó caer tan larga como era, y dijo:—Ha concluído una de llorar y de todo.

Y casi inmediatamente después tosió con violencia como si se la desgarrara el pecho. Sudaba tanto que la corría el sudor, y eso que no había más que una tela, el saco, entre sus espaldas y el suelo húmedo y frío. Yo decía para mí:—Con eso tiene bastante,—y no me daba pena maldita; al contrario, me reía todo pensando en el alemán, que había dicho que afortunadamente no nos constiparíamos. ¿No es verdad que esto era gracioso, cuando estábamos dispuestos á matarnos? Lo que me impresionó un poco fué cuando ella dijo:—¡Tener un niño!... ¡me había dado tanto gozo!... ¡Era tan monín, y yo le quería tanto!... Dios misericordioso cuidará del niño...—Y luego añadió:—¡Virgen Santísima,

concededme la gracia de tener á la hora de mi muerte un sacerdote... ó si no es posible, hacedme sufrir mucho para morir: ¡haced que cumpla toda mi penitencia en este mundo!

Estas son tonterías, pero parece que da miedo de oirlas.

Yo, en tanto, bebía cuanto podía, y no me hacía nada; me ponía contento; pero cosa de abrasarme, imposible...

Pedro Blot hizo un esfuerzo para afirmar y fortalecer su voz, y prosiguió:

—Los hay que resisten; yo, por ejemplo. ¡Sería yo capaz de vivir aunque comiera vidrio molido! Me creen muerto á cada paso, y luego despierto como un león. Si yo dijera lo que he sufrido en París, solo del todo, antes de conocer á Adela, no me lo creerían. He visto algunas veces murciélagos clavados á las puertas, que se movían aún al cabo de ocho días: una cosa parecida ha sucedido conmigo. Soy capaz de comerme de una sentada más de lo que yo peso ó de lo que abulto, y después soy capaz de ayunar como las marmotas. ¡Ah! la libertad refuerza el cuerpo, y luego el ajeno le quema á usted por dentro, es verdad, pero le forra á usted todo de hierro; y al contrario, la superstición le ablanda á usted y le amilana, porque es la esclavitud. La pobre Adela no dejaba de tener voluntad para el trabajo, pero no sabía reanimarse. ¡Siempre débil y tímida por las necedades del Catecismo, de que la habían atracado, y por no haber querido aprender á beber! No tenía malicia, ni ideas... ¡Lo que las embrutece á las niñas en los conventos y en las escuelas de

las monjas! Por más que trabajé, nunca pude hacerla tener el nervio y el vigor mío... En fin, dichosa de ella, que ya no siente nada. Duerme como las piedras...

Seguí, pues, bebiendo toda la primera noche sin morir, y me dormí soñando que todo estaba ya en regla y que me anegaba tranquilamente en la nada! ¡Allí sí que se está bien! Duróme esto casi todo el día siguiente, y no desperté hasta el oscurecer, que vino á sacarme del sueño una tos fuerte y rabiosa de Adela, lo cual me puso de muy mal humor, por encontrarme todavía vivo, y me dije: «Esto es insufrible; soy demasiado fuerte». Adela y yo no nos hablábamos ya; tenía yo muy mal la cabeza, como que me estorbaba... y ella tosía con una tos tan honda que respondía dentro de mí. Yo me tapaba las orejas para no oirla, y me puse á beber de nuevo por compromiso. Había que llegar al término, ¿no es verdad? La sed no entraba aquí ya para nada, ni el gusto; la cólera, sí. Adela me fastidiaba. Estaba yo ya enfadado de haberla traído. Aquellos momentos no fueron nada buenos.

Una patrulla de soldados pasó ahí cerca por la zona de la ronda. Tuve tentaciones y aun deseos de llamar á la guardia; hubieran al menos llevado á Adela y al niño... ¡Ah, lo que es el niño, es más listo!... Era de ver lo prudente que estuvo. No respiraba... Pero como no quiere uno bien á los militares, y luego hubiera tenido que desistir... y se hubiera uno visto en los periódicos, donde todo lo ponen ahora. Hubieran dicho que el hombre (que sería yo) había hecho lo que esos que se tiran al río desde lo alto de un puente para gritar en seguida: ¡socorro! Estas cosas, cuando frac-

san, dan mucho que reír, y yo tenía que guardar mi dignidad.

¡Para haber estado languideciendo después quién sabe el tiempo! ¡Oh, no; eso, no! Al cabo la pobre Adela no ha padecido apenas. Yo creo que se debió marchar de algún golpe de tos ó ahogada por el asma cuando me despertó al empezar la segunda noche. Hacía ya rato que no se la oía quejarse ni gimotear por su cura, que la Virgen debía enviarla milagrosamente según se lo había suplicado, ni pedir á Dios, llorando, «¡perdón, perdón, perdón!» yo no sé de qué, porque era más inocente que su niño, dulce y suave como la leche, y sin maldad, salvo los rosarios con que me fastidiaba y me consumía la paciencia.

Hubo, pues, un instante en que todo quedó en silencio aquí en redor mío, cuando ella ya dejó de toser, después que me había despertado. El niño no rebullía. Me entró un miedo que me hacía dar diente con diente; yo no sé por qué tenía miedo; lo cierto es que me costó mucho trabajo contenerme y no empezar á vocear... Pero ¡la fuerza que yo tengo!... Me amordacé con el cuello de la botella, que hundí violentamente en la boca, y bebí hasta que se me acabó el aliento...

Al cabo y á la postre estaba ya completamente borracho, y veía por todas partes millares de luces. Si llego á cerrar el ojo en aquel momento, hubiera tenido una bonita muerte: la muerte del hombre que no teme á nada ni cree en nada; la muerte tras de que yo iba.

¡Pero, sí, búscala! Soy demasiado fuerte. Lejos de morirme, jamás de la vida me había encontrado mejor que entonces; empinaba y envasaba licor y más licor,

y no me hacía nada; es imposible matarme á mí, bien seguro. Me volví á dormir sin dar cuenta cuándo acabé de vaciar la tercera botella de media azumbre y antes de empezar la última... Y también esta vez soñaba, pero no que estaba aquí tendido en tierra, sino que vivía muy á mis anchas en una casa grande como un palacio, y mía propia, toda mía, y que repartía zoquetes de pan á los que antes eran ricos, á quien nosotros habíamos ya hecho adelgazar; yo les daba todo el pan que me pedían según iban pasando por delante de mi puerta.

¿No es uno tan malo, eh?

Y Adela también era parte de mi sueño; parecíame escuchar en el viento una voz que me decía: «Yo, por mí, no; yo no me he matado; estoy rogando á Dios por ti, y Dios me ha perdonado porque le amaba».

¡Siempre Dios! ¡Majaderías! ¡Si es que le hay, que lo diga de una vez para que lo sepamos! Conoce uno á Mazagrán porque le ha visto; pero ¿quién es el que ha visto á Dios?...

Esta vez fué el nene quien me despertó tirándome del pelo; se había escapado del saco, en donde Adela ya no podía retenerle, y pedía de comer. Según desperté sobresaltado tenía perturbadas las ideas, y no acordándome ya de nada de lo que estaba pasando, dije:—¡Mujer, dale la sopa al nene, que nos deje en paz!

Pero nadie me respondió, naturalmente; y recordándolo entonces todo de una vez, dije para mí: «¡Necesita ser uno de hierro para haber resistido á lo que uno ha bebido!... ¡No hay más remedio que volver á beber!» Y así parecía, ¿verdad?...

¡Ah, no por cierto! El agua me corría de los ojos como de una fuente... ¡Adela estaba muerta!... ¡Estaba muerta!... Los ojos se me quemaban y el corazón se me desfallecía. Porque, entienda usted, Adela tenía sus defectos, ya se lo he dicho á usted: en primer lugar, no sabía beber ni reirse; esto sin contar con su enfermedad, que era muy fastidiosa, y su Virgen Santísima, que lo era todavía un poco más. Pero habíamos sido ambos á dos igual y juntamente desgraciados, ambos á dos jóvenes; nos lo contábamos todo; de suerte que yo no sé si he amado más que á ella desde que estoy sufriendo en esta vida perra... ¡Adela, Adela! ¡Mi pobre Adela querida!...

Al fin me dí una palmada en la frente, y me dije: «¡Pedro, has de ser hombre! ¡Afuera niñerías! Adela ya no sufre. Duerme en el seno de la nada, donde se debe dormir á lo grande».

Y diciendo esto, eché la mano buscando mi última botella, pues estaba seguro de no haberla destapado todavía. Pero verá usted qué chasco: los niños no respetan nada... el chiquillo había jugado á los bolos con la botella; el suelo era quien se había bebido mi ajeno en lugar mío, y yo me desollé los dedos contra los cascos de vidrio. ¡Malhaya!...

Traté de atrapar al nene, pero se me puso en salvo; entonces fué cuando entró la mujer de usted en busca de agua, sin saber lo que estaba pasando aquí dentro, y yo la dije que se llevara si quería la botella de Adela. Ahí tiene usted toda la historia.

—Y no es historia muy bella, por cierto—dijo la voz severa de Magdalena, que había vuelto hacía un mo-

mento y estaba sentada en el dintel de la puerta con el niño dormido en los brazos.—Yo apuesto—añadió—á que este pobrecín no está siquiera bautizado.

Pedro se echó á reir.

—¡Bautizado!—repetía;—¡bautizado mi nene! ¡También es buena esa!

Y añadió en seguida:

—La pobre Adela tenía tantas ganas de bautizarle... Pero el obrero tiene su dignidad.

—Amigo Pedro—le dije yo;—¿quiere usted que le lleve conmigo?

—¿Adónde?—exclamó Magdalena espantada.

—A nuestra casa—la respondí con tono resuelto.

—¿A nuestra casa? ¡Tú no estás bueno! ¿Y dónde quieres meterle en nuestra casa?

—Quiero meterle en mi cuarto y en mi cama—repliqué.

Y me levanté para acercarme á Magdalena.

—Tú no comprendes lo que es este hombre—la dije por lo bajo;— es un villano rematado, pero tanto mejor; precisamente por eso no debo abandonarle. No necesito más que ocho días para tornarle de negro en blanco, y hacer de él un santo completo. Ya ves que daba en su sueño zoquetes de pan á los ricos cuanto querían, y que amaba á esa pobre mujer...

—¡Lo que veo es que la ha matado!

—¿Sabes lo que él ha sufrido?

—No ha sentido más que la última botella.

—Ha buscado refugio en el embrutecimiento, no digo que no; pero es porque no conocía el refugio de Dios. Tartufa utopista, que «hace su negocio» exaltan-

do el apetito bestial de la naturaleza humana, le ha mostrado, en reemplazo de Dios, el olvido en la embriaguez, la libertad en la nada, la igualdad en la muerte.

En tiempo de Moisés había ya farsantes que hacían á Israel postrarse ante un becerro. Y este pobre petate, como no conocía nada más allá, ha contemplado absorbido el encanto imbécil que le mostraban en el porvenir: una montaña formada con todo el oro, todo el tabaco, todo el ajo, todas las marsellesas y todo el ajenjo de la tierra, y se ha lanzado allá á cuerpo muerto, con los ojos cerrados, de cabeza. Lo que el no conocía, ó por mejor decir, lo que había olvidado, era á Dios, y yo le mostraré á Dios. Me siento capaz de hacerlo, y creo además que ese es mi deber... ¿Lo oye usted, Pedro, mi amigo? De usted es de quien hablo (había yo ido levantando la voz poco á poco y llegando á un movimiento oratorio que me parecía bellissimo); ¿lo oye usted, pobre infeliz? Yo le mostraré á usted á Dios, yo que le conozco, yo que también me veo anegado, pero en ese océano de consuelos fortísimos y de seguras esperanzas, que es Dios. Yo estaba quebrantado y abatido como usted, y más que usted; yo era vicioso como usted, y doble que usted; yo era como usted blasfemo, jahl y diez veces y cien veces más que usted: ¡cuántas veces no he amenazado al cielo con el puño cerrado! Yo veía en el cielo un sér deslumbrador, terrible, inmenso, y tenía razón, porque Dios es todo eso; pero no la tenía porque no veía al mismo tiempo al otro Dios, al Dios dulce y humilde de corazón, al Dios querido de todos los que no tienen fuerza para sufrir y

claman ¡misericordia! Al Dios herido, al Dios mártir, llorando con los ojos y con el corazón el agua y la sangre de su milagrosa agonía...

Magdalena hacía con la cabeza señales de aprobación; pero Pedro dijo tranquilamente:

—Vaya, vaya, déjeme usted en paz. Si hay ese Dios tan bueno que usted dice, buen provecho.

—Ya lo ves, hombre—murmuró Magdalena, dejando caer los brazos desalentada.

Y Pedro prosiguió, medio bostezando:

—Maldito el caso me hago yo de semejantes sermones. Si uno quiere ahogarse, ahí está el río. En vez de jurar y votar contra el ajenjo, págueme usted de beber, que tengo sed.

Magdalena, verdaderamente humillada, pero no asombrada en manera alguna de mi fracaso, repetía:

—Ya lo ves, hombre, ya lo ves... No hay duda que vas adelantando...

—Yo adelantaré—la interrumpí;—yo iré adelantando cada día un poco, y no habrá nada capaz de detenerme. Te engañas si crees que este pobre hombre se burla de mí...

—Lo que es eso, no—me interrumpió Pedro Blot;—nadie se burla de usted, que al fin es un anciano; yo también sé respetar las manías de cada uno... ¡Vamos! ¿qué es lo que paga usted?

—Pago, en primer lugar—le respondí con cierta severidad,—el entierro de esa mujer...

Pero hube de cambiar de tono en seguida, porque un movimiento de Pedro me hizo notar que ponía el dedo en una llaga, que no por estar encubierta con un

harapo de cinismo, era menos viva y penetrante, y añadí amistosamente:

—Pago, en segundo lugar, el bautismo del chiquito, si usted quiere; y pago, en fin, el *simón* para llevarle á usted al hospital, ya que usted no está de parte de venirse conmigo á mi casa, por no tener que oír tantos sermones.

—De una manera ó de otra—dijo hablando sola Magdalena,—la moneda de cien suses se irá de esta hecha; pero ¿qué importa, si al fin y al cabo así no servía de nada?

Y bien hubiera podido continuar sin que nadie la interrumpiera, porque Pedro estaba mudo en aquel momento. Sólo después de un buen rato dijo con voz algo demudada:

—¡Ah, sí! ¡Pobre Adela! ¡El entierro... el entierro! Yo he sido la causa de que haya muerto, y yo aún vivo. Lo cual, seguramente, no es heroico.

Yo no le contesté nada, y continuó:

—Me espera allá donde está. Lo prometido es deuda, y deuda sagrada... Es menester seguirla... Oiga usted, caballero: bebiendo media azumbre de ajeno de un tirón, sin respirar, estoy seguro de morir sin remedio; es cosa que no falla. Pues bueno, le doy á usted el nene á bautizar por media azumbre.

—Aceptado—dije yo en seguida.

—¿Cómo es eso?—exclamó Magdalena.—¿Vas tú á darle el arma con que matarse?

La impuse silencio, y...

Juan se interrumpió para decirme:

—Puede ser que creas que al aceptar el extraño trato de Pedro me llevaba yo mi idea, ó tenía algún

plan preconcebido, ó le entrevesa siquiera; pero, no, yo quería hacer bautizar al niño, ni más ni menos, esperando que luego por el camino encontraría algún medio de hacer entrar en razón al padre. Por otra parte, bien lo sabes tú que has escrito para el teatro, llega un momento en la escena en que es menester que los personajes se muevan y cambien de sitio á todo trance. Este momento habfa llegado. Era menester moverse, y dije á Magdalena:

—¡Vamos! ¡En marcha para la iglesia!

—Espere usted á ver—dijo Pedro en el instante en que saltamos;—yo no sé si es que me engaño; pero se me figura que tengo las piernas sueltas. Ayúdeme usted á levantarme, si usted me hace el favor. En caso de que pudiera ir hasta la pobre Adela, desearía verla por última vez y hablarla antes de que me la lleven.

Le cogí por los sobacos, y aunque no tengo mucha fuerza, no me costó apenas trabajo el ponerle de pie, porque él también se hizo muy ligero. Pero tornó á sentarse inmediatamente, exclamando:

—¡Las piernas están firmes! Quítame usted el saco. Estoy seguro de que podré andar... ¡Ah! ¡Mal rayo me parta!... ¡Qué lástima! ¡Adela y yo nos hemos descorazonado demasiado pronto!

—¡Á buen tiempo acuerda usted á pensarlo!—dijo Magdalena, implacable.

Yo en tanto le quitaba el saco tirando de él por los pies, y Pedro se levantó él solo, aunque tambaleándose, es verdad, y pálido como un espectro.

Lloraba el infeliz, balbuciendo el nombre de Adela, y pude entenderle estas palabras:

—¡Ella sí que se hubiera puesto contenta al verme de piel... ¡Vaya usted ahora á creer en Dios, que deja que sucedan tales cosas!

Después dijo de pronto:

—Dénme ustedes un cuchillo, si le tienen.

—¡Muchas gracias!—exclamó Magdalena;—para que se hiciese usted daño...

—No—dijo Pedro,—ahora no; palabra de honor.

Y como Magdalena le diera el cuchillo que llevaba en la cesta de la merienda, abrió en el hondón del costal una abertura suficiente para sacar la cabeza, y á los lados otras dos aberturas para los brazos, con lo cual, metiéndose en seguida el costal por arriba, se proporcionó una especie de vestimenta semejante á la toga de los antiguos romanos, quedándole los brazos al aire y las piernas igualmente libres y desnudas. Llegó medio tambaleándose al rincón donde estaba la muerta, y en cuanto estuvo en situación de poderla ver, dejó caer los brazos, exhalando al mismo tiempo un sordo gemido. Permaneció un instante sin voz, y después reventó en sollozos.

—Nos hemos apresurado demasiado—repetía;—nos hemos dado demasiada prisa; podíamos vivir, puesto que yo podía todavía trabajar... Héla aquí muerta por haberla dicho que había que morir... ¡Pero no soy yo la causa... es la miseria... y la sociedad... y Dios!

Luego, serenándose por medio de un gran esfuerzo, dió un paso hacia nosotros y nos dijo:

—Ahora váyanse ustedes, si quieren. Ya sé que traerán ustedes un cura para llevarse el cuerpo, y no se lo impido, ya que la pobre Adela clamaba por un

cura antes de morir; pero yo por lo menos conservaré mi dignidad: teniendo ya este saco sobre las carnes no me veré obligado á permanecer aquí para cuando entre la clerigalla.

Después de lo cual nos volvió la espalda, y nosotros, Magdalena y yo, nos fuimos, llevándonos el niño, al que ni siquiera había querido mirar.

De modo que Magdalena no aguardó á que hubiéramos atravesado el umbral para decirme:

—¡Ah, querido! ¡puedes envanecerte de haber puesto mano en el asunto!... ¡Qué hermosa conversión has hecho!...



La reserva del Santísimo Sacramento.

Era esto un jueves, 5 de Julio, día de San Bonifacio, y ve ahí por qué el chiquito se llama Facio, abreviatura del gran inglés Winfredo, que llegó á ser el Arzobispo y apóstol Bonifacio á quien debe el beneficio de la fe la mayor parte de Alemania.

Todo el camino adelante, mi buena Magdalena, libre ya del susto terrible que había tenido por unos momentos de ver á Pedro Blot, su pipa y su ajenjo, instalados en nuestra reducida casa, fué dándome muestras de su buen humor con irónicos plácemes por el resultado de mis predicaciones.

Su excelente corazón estaba, sin embargo, muy impresionado por la muerte de Adela, que ella atribuía á Pedro, no sin razón, porque la verdad es que aquel desdichado no estaba enteramente libre de culpa.

—¿Y piensas venir á traerle esa pócima, caballero?— me preguntó con aire malicioso.—Es pecado, ¿sabes? mucho pecado, y si lo haces, cuando te vayas á confesar no se te olvide añadir que no faltó quien de antemano te lo advirtiera.

Yo iba pensando, sí; mas no seguramente en la botella de veneno que había ofrecido á Pedro. Pregun-

tábame si en mi ensayo de apostolado había quedado vencido tan completamente como se empeñaba en decir Magdalena. La angustia vehemente de veras que Pedro había experimentado en el momento de acercarse á la muerta era para mí como una rehabilitación de aquella alma que, según todas las apariencias, no tenía nada que reprenderse á los ojos de la ley humana, ni quizá tampoco desde el punto de vista del honor (del que el obrero suele á menudo tener una noción muy severa), y que, sin embargo, había caído en abyección tan profunda. Porque es propio de ciertas teorías, que reemplazan con la negación los principios de la moral eterna, el producir en la conciencia el mismo estrago y los mismos desórdenes que el crimen real y efectivamente cometido; de suerte que un hombre honrado cualquiera, adoctrinado por tal cual charlatán de la feria política, pudiera muy bien ser tan resueltamente enemigo de toda ley, de toda fe, de todo bien, en una paladra, como el más desesperado de los criminales. Entre los resultados del baturrillo filosófico en que forcejea nuestra época, no concibo ninguno tan terrible como éste, ni tan lamentable.

Existen millones de franceses que no saben ya dónde está el mal y dónde está el bien, de tanto como se les ha cantado en todos los tonos «el mal es el bien» ó «el bien es el mal».

Cada uno de estos infelices va en equilibrio, como el aro de un niño, abandonado á lo largo de una pendiente; de diez probabilidades hay cinco de que caigan hacia la izquierda, y otras cinco de que caigan hacia la derecha. La mayor parte, gracias á Dios, llegan á lo úl-

timo de la rampa sin haber matado ni robado; pero ¿por qué? Ni ellos lo saben.

Suele haber, es verdad, quien responda por ellos, diciendo que eso nace de un «sentimiento innato», que llaman de este ó del otro modo, porque los que suprimen á Dios tienen que ser necesariamente muy vagos y muy varios en sus definiciones.

¿Crees tú en ese sentimiento destinado á reemplazar á la Policía y á los Tribunales?

Yo sí creo en él, porque yo creo en todo; hasta en otro sentimiento no menos innato y de índole diametralmente opuesta que explica la prodigiosa cantidad de suscritores que llegan á reunir esos monstruosos papeluchos, órganos oficiales del crimen, que parece que están redactados por esbirros y alcaides con la colaboración del verdugo.

Cada ocho ó quince días, esos horribles papeluchos que se desayunan con el crimen, y con el crimen comen, y con el crimen cenan, y á quien el crimen provee de gabán, de camisa y hasta de zapatos, y que morirían bien pronto de inanición si se les quitara el crimen de la boca, como mueren las moscas en los barrios donde una Policía bien montada persigue la existencia de frutas y carnes podridas; cada semana, digo, ó cada quincena, esos periodicuchos, muy diestros, muy hipócritas y muy implacables en su mezquina especulación, derraman sus lagrimillas de cocodrilo sobre la multiplicidad, siempre creciente, de los crímenes. ¡Oh Tartufas de á *perro chico!*

Así, el célebre Vidocq, ladrón y policía á la vez, según se cuenta, trazaba con una mano planes de robo

admirablemente combinados, y pescaba con la otra á sus camaradas, encargados de poner en ejecución sus mismos proyectos, aprovechándose él también de los dos sentimientos innatos, de los cuales uno pagaba su experiencia de lobo viejo, y el otro sus méritos como mastín cuidadoso.

Por lo que hace á mí, lo que me maravilla no es la multiplicidad de los crímenes, sino, al contrario, su escasez, habida consideración al gran número de personas acomodadas que viven de ellos.

Los crímenes pululan, es verdad; estamos de ellos hartos, saturados, llenos hasta arriba. Hay tantos, que ya muchos majaderos, naturalmente golosos de crímenes, comienzan á encontrar que hay demasiados, y van teniendo miedo, sin perjuicio de seguir haciendo su manjar favorito de ese mechado espantoso servido por la redacción de su bodegoncillo mal impreso. Los periodieuchos antropófagos se ven obligados á redoblar sus lágrimas para impedir que *la venta* baje, sin perjuicio de seguir sangrando y sangrando siempre para hacer que suba *la venta*.

¡LA VENTA! ¡Los cuartos! Mas ¿acaso no es también por eso mismo por lo que se multiplican y se acumulan los crímenes? ¡Los cuartos... los cuartos!...

¡Qué bonitos *negocios* hemos tenido este año! ¡Y qué lindos articulitos lacrimosos! La venta ha producido. ¡Buena temporada!

Pero lo repito: bien que sea ya terrible la frecuencia con que se suceden los crímenes, ¿por qué no hay muchos más todavía? No se sabe: todo se andará. Llorad de gozo, sanguinarios papeluchos de horrores, porque

vuestra venta subirá y el crimen también: es inevitable. Vivís del crimen, como el crimen vive de vosotros; agarraos bien, estrachaos bien, la unión constituye la fuerza.

Y no temáis á los otros papeles, á los grandes, que cuestan tres suses. En balde os bombardearán desde sus artículos de siete columnas, llenos de palabrería tartufesca; tenéis en vuestro favor el descaro; en vuestro departamento se fuma, se comen los embutidos del crimen con los dedos, sin maldita la vergüenza, y se bebe vino tinto á la pata liana. ¡Adelante! Vosotros sois la prensa, la verdadera prensa, el aroma supremo de esa flor en toda su lozanía. ¡Continuad bonitamente vuestro comercio; empapad vuestros pañuelos en lágrimas y sangre; estrangulad, apuñalad, degollad, envenenad, ahogad, que todo eso calienta y vigoriza. ¡Y apretad, apretad con la venta!

Y si los periódicos grandes os arguyen, decidles de mi parte: «¡Ah, pedantes, mentecatos, hueros! ¿Sois vosotros los que habéis de detener el torrente de los crímenes? ¿Dónde tenéis el arma? ¿Dónde está vuestro Dios? ¡Sofistas, que habéis matado la religión en el corazón de los hombres! Nosotros somos la tienda del crimen, es verdad, pero compramos por mayor en vuestro establecimiento, es decir, en la fábrica...»

Pedro Blot no había matado ni robado: hubiera yo puesto la mano en el fuego. El suicidio suyo y el asesinato involuntario de Adela no eran de esos crímenes que la ley castiga, ni siquiera de los que excitan la vulgar indignación, por más que no haya otro crimen que Dios persiga con castigo más cierto.

Hablo principalmente del suicidio.

Mas ¿quién puede sondear el misterio del último instante, en que es todavía posible el arrepentimiento?

El hecho, por otra parte, de que Pedro Blot hubiera sido un asesino ó un ladrón, no hubiera modificado nada mi deber de cristiano para con el niño, para con la muerta, ni para con Pedro Blot mismo. Pero la verdad es que yo le encontraba un sabor muy pronunciado de no ser más que un miserable mártir del mal, odiosamente pervertido, es verdad, y capaz de todo, según lo más verosímil, mas sin haberse todavía aprovechado de las concesiones filosóficas para saltar la última valla que separa el áspero sendero de los pobres diablos, del camino ancho y cómodo de los bribones.

Iba yo pensando en Pedro Blot con mucho interés camino de Nanterre. Preguntábame qué sería posible hacer por él, que no quería ser ayudado por el bien por más que hasta entonces no hubiera sacado provecho ninguno del mal, y por más que el mal, bien al contrario, le hubiese lanzado á lo más profundo del abismo de la miseria.

Mi prestigio personal era nulo, ó poco menos; pero el prestigio de Dios permanece inmenso, á despecho de los esfuerzos de Tartufa, calumniador de Dios; inmenso en las cosas grandes, inaudito en las pequeñas.

Pedro, á pesar de la asombrosa buena suerte de su resurrección, estaba inválido, y para mucho tiempo, según todas las apariencias. El vicio le tenía sujeto, y lo que es más grave, él tenía sujeto al vicio, convencido de que el vicio era su derecho, casi su deber y su honor de libre-maniqué,

Pedro era un «impregnado», no solamente del ajeno, sino del absurdo; sudaba envidia, descontento, rebeldía, impiedad, todo ese vitriolo que corroe las llagas de nuestros pobres heridos de la lucha social, sin cesar avivadas por los específicos de la farmacia de Tartufa.

Estas úlceras son terriblemente contagiosas; Pedro Blot no era, pues, un camarada fácil de colocar «en confianza». Tanto valdría recomendar la peste.

Así es que no encontraba yo nada á propósito para él, y seguía discurriendo en vano, cuando llegamos á Nanterre, á los primeros árboles de ese *boulevard* que señala, según dicen, la línea de las murallas romanas del viejo *Nannetodorum*, tales como estaban en tiempos de San Germán y de su gloriosa protegida Santa Genoveva, patrona de París.

Las campanas comenzaron á tocar en el momento en que llegábamos á la venerable iglesia del siglo XIII, que amenazaba ruina y que estaba ya condenada á esa especie de pena capital de los monumentos que se llama reconstrucción. Magdalena me dijo:

—Hoy es jueves y hay exposición del Santísimo. Tócan á la reserva.

—Tanto mejor—la repliqué;—así encontraremos de seguro con quien hablar.

No sé si he menester explicarte estas palabras. Ciertas parroquias de las afueras de París tienen una población más dura de catequizar que los naturales de Cochinchina. Sin esperanza de que fuese posible bautizar solemnemente al futuro Facio, puesto que no teníamos documentos ni nada, quería yo al menos que le diesen

agua de socorro en atención á la extremada urgencia del caso.

Por otro lado, había que hacer toda la serie de informaciones necesarias por lo tocante á la muerte de Adela.

Eran las cuatro de la tarde. A no ser por la reserva, hubiéramos podido muy bien andar errantes hasta la noche, de la alcaldía cerrada á la sacristía desierta, sin adelantar un paso.

Pero el Santísimo Sacramento tenía reunidas en la antigua iglesia como una quincena de personas, y aquellas personas eran precisamente las que nos hacían falta. Estaban allí, desde luego, el párroco y su primer vicario, dos religiosas, tres hombres (dos paisanos y un señorete), miembros de la reducida Conferencia local, y el señorete, además, teniente alcalde; sin contar con que tenía también el honor de ser cuñado del médico municipal, volteriano rematado, cuyo indolente escepticismo había de resucitar en mí un lejano recuerdo de nuestro pobre doctor Olivier.

Había además tres ó cuatro señoras ancianas y unas lugareñas en traje del campo.

Todo esto daba á la ancha nave triste apariencia de abandono, y cuando entramos, la vista de aquel puñado de fieles agrupados ante la balaustrada del presbiterio nos causó una impresión dolorosa, tanto más cuanto que el viril estaba ya sobre el altar, radiante y circundado de luces.

Tampoco la iglesia, establecida, si mal no recuerdo, bajo la advocación de San Mauricio, conservaba la venerable fisonomía que hubiera debido darla su mucha

antigüedad, por haber sufrido numerosas y torpes restauraciones que la habían corcosido por todas partes sin consolidarla.

No quedaba en ella nada sano más que la capilla dedicada á Santa Genoveva, con sus dos candelabros en forma de copas de tejos y su multitud de *ex-votos* modelados en cera.

Estaba todo el mundo de pie para cantar el *Magnificat*. Nosotros nos colocamos detrás de los demás, y nos pusimos á cantar inmediatamente; Magdalena con su voz temblona y delgada como de niño, y yo con mi voz de bajo profundo, demasiado fuerte por lo visto, pues que ha habido muchos que me han acusado de producir escándalo en las iglesias de París.

Entre los numerosos Tartufas que he señalado me he olvidado de un pobre hombre, más digno de compasión que de vituperio: el Tartufa cobarde que tiembla de provocar la cólera ó el sarcasmo de la impiedad, y que, no pudiendo hacer otra cosa mejor, se escandaliza.

Yo canto alto porque quiero que Dios me oiga, y los hombres, también.

Y tengo para mí que si todos los que cantan cantarían alto, muchos cobardes se curarían de su cobardía, porque la armonía gigante de ese himno que junto á ellos se elevara constantemente al cielo los circundaría de valor y encontrarían á Dios en todas partes, entre su propia timidez y la audacia de sus enemigos. Y cantarían á fuerza de oír cantar.

Y desde el momento en que el alma canta ya no escucha ni las amenazas del mundo ni la murmuración de su propia cobardía.

En la iglesia de Nanterre nadie se escandalizó de mí. La escasa grey de fieles continuó cantando á su manera, dejándome á mí cantar á la mía. Dos ó tres buenas señoras volvieron la cabeza á ver quién estaba allí, y se sonrieron al contemplar la hermosa carita del niño, que dormía tranquilo como una imagen, envuelto en el chal de Magdalena.

Inmediatamente después de la bendición del Santísimo Sacramento, y mientras se entonaba el *Laudate*, me fuí yo á buscar al vicario, que era el venerable anciano que oficiaba.

No puedo ocultar que noté un si es ó no es de desconfianza en la mirada que el vicario se dignó dirigirme. Mi voz de bajo profundo le había extrañado é inquietado; él mismo me confesó después que al verme tan flaco, tan largo de piernas y tan mal vestido, había estado á punto de tomar el torrente de mi salmodia por una «provocación».

Lo cual es muy natural, y bien lejos estoy de argüir por ello á nuestro vicario. Hay tantos que tienen su bandera guardada en el bolsillo, arrugada como el pañuelo, que los que la enseñan están naturalmente sujetos á observación; y quizá no está lejos el día en que la sabiduría de las naciones publique el resumen definitivo de las prudencias humanas concebido en estos ó parecidos términos: «Desconfiad de la franqueza».

El vicario me hizo entender con un signo que me escuchaba, y mi primera palabra no fué quizá de lo más á propósito para calmar la inquietud que mi talante le había hecho concebir.

—Señor cura—le dije,—no deje usted, por Dios, salir

á nadie. De cualquiera de las almas buenas que están aquí puede ser que necesitemos.

—¿Para qué?—me preguntó.

Y yo le respondí:

—Para una de esas obras de caridad que no dan espera, y que es preciso llevar á cabo á toda costa inmediatamente.



En Nanterre.

El futuro Bonifacio—continuó Juan—se había estado tranquilo mientras el órgano y los cánticos llenaban la iglesia; pero el silencio le despertó, y se dió á gritar de la misma manera como yo salmodiaba momentos antes, sin respetos humanos. ¡Y bien sabe Dios que se hacía oír!...

—¿No se trata de un bautizo?—me dijo el vicario;—pues este niño tiene ya tres años lo menos.

—Habrá—le respondí—bautizo, entierro y aun otra cosa, y si alguno de los presentes es el alcalde, le agradeceré á usted que le mande aguardar.

En esto se nos acercó el señor cura. Estábamos contra la capilla de la izquierda, á la vuelta del ábside, junto á la entrada lateral del presbiterio.

—Se trata, según parece, de alguna desgracia—le dijo el vicario,—y este señor (es el que cantaba) desea se suplique á los fieles que se aguarden, quizá para alguna colecta...

—Quizá—les dije;—yo no tengo más que cinco francos... Pero hablen ustedes luego á sus feligreses, porque ya se van las Hermanas; y si hay por ahí un médico, alguna autoridad ó algún miembro de las Conferencias,

que hagan el favor de venir á la sacristía. Es caso muy grave y muy apurado.

Hice una seña á Magdalena, que me estaba mirando, y tomé el camino de la sacristía, adonde llegó el vicario casi al mismo tiempo que yo. Yo no sé lo que hizo el señor cura, pero al cabo de un minuto comenzaron á llegar los buenos cristianos de Nanterre, y todos venían preguntando: «¿Qué es? ¿qué hay?»

Las señoras creían adivinar el caso, pero no adivinaban más que á medias, pues que mi pobre Magdalena era demasiado vieja para tener un niño tan pequeño. El señor cura me indicó que me explicara con brevedad, haciéndome entender que el que más y el que menos de los allí reunidos tenía que hacer en su casa; y of al vicario que, respondiendo aparte á una pregunta que le habían hecho acerca de mí, decía:

—Debe ser un extravagante; es aquel que cantaba.

Yo les conté la historia de Pedro Blot por extenso, desde el principio, intercalando en ella todo lo que te he dicho á ti, hasta el papel de Tartufa político; y debo decir que lo de Tartufa tuvo un éxito estrepitoso.

No hay paraje en el mundo donde este Tartufa sea mejor conocido que en la campaña alrededor de París. El vicario, perdonándome ya la voz de bajo, vino á darme fuertes apretones de manos, y el doctor volteriano, á quien su cuñado el socio de San Vicente había ido á buscar al *Café del Comercio*, al *Café de la Industria* ó al *Café de los Viajeros*, me dijo sonriéndose:

—Es usted duro con los liberales ¡vaya! La idea de quitarle á Tartufa el solideo para encasquetarle un sombrero hongo es original y graciosa; sobre todo en

una sacristía... En cualquier otra parte no sentaría tan bien. Pero es preciso que vayamos á certificar de cómo esa mujer se ha muerto ayer tarde, ¿no es así, cuñado?

—El chiquillo está esperando el bautismo hace ya tres años—hizo observar por lo bajo Magdalena,—y con un padre como el suyo, es acaso más urgente que si estuviera en el artículo de la muerte. Lo que más prisa corre es acristianar el niño.

El señor cura vacilaba, porque los reglamentos son muy severos; pero después de lo que yo le había contado de Pedro Blot, no podía menos de admitir aquel caso como de extrema urgencia. Al niño se le había dado leche con azúcar y pan, y ya no lloraba. Fué acto continuo bautizado de socorro condicionalmente, no sin cierta solemnidad, puesto que no escaseaban los testigos.

Magdalena y yo, prometiendo ser padrinos en el bautizo solemne, le pusimos desde luego estos nombres: Bonifacio por el santo del día, Pedro por su padre y Juan por mí; así lo dispuso Magdalena.

Todas las mujeres presentes, religiosas, señoras y aldeanas, se encargaron mancomunadamente de vestirle, prometiéndole para el día siguiente un baúl de ropa completo, lo cual no pareció enorgullecerle gran cosa.

Había yo dado mi nombre y apellido al señor cura cuando el bautismo; pero el libre-doctor, que era un poco sordo, no lo había oído bien. Hizo que se lo repitiera luego su cuñado el teniente de alcalde, y exclamó en seguida:

—¡Le conozco! ¡Ah... es una historia!

Y corriendo hacia mí con los brazos abiertos, añadió:

—Yo he leído las novelas de usted; por cierto que las hay... hasta allí; y sus artículos de aquellos tiempos en que todavía no le sofocaba á usted la religión... Había ahí entonces un talento diabólico; pero no había nada de San Vicente de Paúl. Diga usted, demonio: ¿desde cuándo ha dejado usted de sacudir el polvo á las sotanas sobre las costillas de los que las llevan, señor redactor de *El Figaro*, y de *El Enano Amarillo* y de la *Revista de París*?

Estas palabras enfriaron de súbito la corriente de simpatías que ya me rodeaba, tanto más cuanto que el despiadado doctor me apretaba y meneaba la mano con la más comprometedora cordialidad.

—Hay apellidos que se parecen...—quiso decir el señor cura.

Pero yo le interrumpí con franqueza para declarar en voz alta:

—Soy yo, soy yo; no se trata de ningún otro. Yo he estado siendo años y años un bribón detestable.

—Lo que es eso no es verdad—exclamó Magdalena.

—Yo me entiendo—la repliqué estrechando á mi vez vigorosamente la mano del doctor;—no un bribón á lo José María ó á lo Jaime el Barbudo, pero un bribón por imprudencia y por ignorancia; un *libre-charlador*, un *Petrus in cunctis* como el apreciable doctor que tiene la bondad de recordarme mis picardías.

¡Ah, cuántas y qué grandes las tengo sobre mi conciencia! ¡Y de todos colores! El doctor, sin embargo, se equivoca un poco; yo no he insultado jamás á los curas, pero he hecho algo peor: los he protegido desde lo alto de mi cátedra de polichinela, los he que-

ruido acaudillar, yo, el grandísimo payaso, y les he prodigado, excátedra, mis consejos de arlequín; creo que hasta les he bendecido, envuelto como estaba en mi vanidosa suficiencia, que se atribufa muy sencillamente á sí misma la infalibilidad del Papa y la autoridad de los Concilios. Mis novelas enseñaban la caridad á los apóstoles; mis artículos aprendían la teología á los doctores, y yo decía á Jesucristo: «Dios mío, no sois un Dios del todo malo, pero debierais hacer esto y lo otro y lo de más allá: eso sería mejor. ¡Vamos! ¡Sed razonable! ¡Yo me intereso por vos y me comprometo de grado á hacer por vos cualquier cosa con tal que vos queráis estrechar vuestra inmensidad de manera que quepa cómodamente en mi cerebro!»

No decía yo esto textualmente, ni lo decía en el *Café de los Viajeros*, ni en el *Café de la Industria*, ni en el *Café del Comercio*, de Nanterre, como usted, doctor, pero lo propalaba en París, en falansterios mucho más sonoros, como eran mis periódicos y mis libros. Y ganaba dinero con esas bolas, mezclando entre ellas eso que llaman «ideas morales y políticas», tales como los casos de conciencia de Ernestina, los discursos de León contra el gobierno, los escrúpulos sociales de Lacenaire, las disculpas de madama Barrabás, los desórdenes de la duquesa de Follembouche y las buenas intenciones de aquel eterno idiota, del príncipe Adolfo, empeñado en reconstruir el mundo bajo un plan corregido por él, es decir, por mí.

Todas estas máquinas no tienen fuerza, pero hacen daño. Yo tenía gente que me leía como me ha leído usted, doctor, y tenía hasta gente que me admiraba;

pueden ustedes creerlo. Había quienes exclamaban detrás de mí: «¡Ah, qué talento! ¡Qué gran corazón!» Y yo era de su misma opinión, sólo que los encontraba fríos... Doctor, mi querido doctor, yo apuesto á que usted tiene también sus aduladores en el cafetucho del *Comercio*.

Quería el doctor retirar la mano; pero se la tenía yo muy apretada. Todo mi vigor le tengo en los puños, que son de acero.

Bien creo que mi auditorio no se figuraba adónde quería yo ir; pero veían al doctor en grande aprieto, y el teniente de alcalde, su cuñado, dió la señal para echarlo todo á risa.

Un curita en ciernes, el sobrino del señor cura, que acababa justamente de entrar, descubrió en este momento el reverso de mi gloria de novelista, exclamando:

—Este es el famoso señor X, que predica ahora á los obreros en San Sulpicio.

—¡Y es verdad!—dijo el teniente, dirigiéndose á mí.—¿Por qué no lo había usted dicho, compañero? A menudo se habla de usted en nuestras reuniones, y hemos rezado el *Sub tuum presidium* que usted pedía para verse libre del pecado de orgullo.

—Muchas gracias—le respondí;—redoblen ustedes sus oraciones, porque mi orgullo se mantiene muy arraigado. Pero no le suelto á usted, doctor; usted ha sido aquí el que primero me dió la mano...

—Se le va á comer—dijo el curita en ciernes.

—Usted es—continuó yo—en el *Café del Comercio* lo que yo era entre el público, un poco más extenso, que

se divertía con mi pobre literatura. Usted vale más que yo, porque hace usted menos daño que yo, no hablando tan alto como yo; pero usted, yo y todos los hombres, ¡ay Dios! todos somos globos inflamados de orgullo...

—Así es, así es—dijo el teniente de alcalde.—¡Ah, cuñado, cuñado!... ¡¡el orgullo!! ¡un globo! Esa es la verdad.

—Señor teniente de alcalde—exclamé:—yo he dicho «todos los hombres», así los de la Conferencia como los del café cantante.

—Así lo entiendo, compañero—replicó el teniente de alcalde,—y no le regatearemos á usted, si cae la ocasión, otro *Sub tuum præsidium*.

No sé yo cómo nombran ahora á los tenientes de alcalde en Nanterre, pero te presento á éste como uno de los espíritus más amables que he encontrado en mi camino. Sus palabras hicieron asomar una sonrisa á los labios de los que le comprendieron, que por cierto no estaban en mayoría.

—¡Vamos, vamos!—me dijo el doctor sin impacientarse;—¿me va usted á dejar en paz al fin? En primer lugar, aquí no hay *Café del Comercio*; yo voy únicamente á la cervecería.

—Perfectamente. ¡Debí haber adivinado la cervecería!... Pues bien, quería decir á usted, como á un antiguo amigo, pues que en realidad somos amigos antiguos usted y yo por mis travesuras impresas; quería decirle que usted, providencia de los enfermos, tiene oficio de santo, mientras que yo, escribidor, tenía oficio de pícaro; que usted está muy por encima de mí por sus estudios,

por el bien que usted ha hecho, por su corazón, que brilla en sus ojos, y por todo lo que me atrae hacia usted, que es un hombre respetable; y que puesto que yo he renunciado, por tal de conseguir la paz en la tierra y después la dicha del cielo, á millares de millares de amigos como usted, á mis lectores de otro tiempo, á mis queridos lectores, bien puede usted con un fin análogo quemar el respeto á la media docena de *libres bebedores* que le aplauden á usted en la cervecería... ¿Quiere usted darme de comer esta tarde? Lo acepto.

Le solté la mano, y sin aguardar su contestación saqué mi voz de orador para hacer un sermón de tres minutos, en el que expuse que, concluído ya mi papel, ó poco menos, comenzaba el de los cristianos de Nantterre con respecto á la difunta, á su hijo y aun á su marido.

Mi palabra caía en buena tierra.

Cuando tomamos el camino de la choza ruinosa en donde Adela había dejado de sufrir, éramos una veintena, es decir, todos los hombres que habían asistido á la Reserva, y la mitad de las mujeres, con más algunos transeuntes que se nos agregaban, aumentándose así nuestra procesión por el camino.

Bonifacio quedó al cuidado de la mujer del campesino. Me acuerdo que al subir por el Monte-Valeriano el señor cura llevaba en la mano una camisa, y el teniente de alcalde un pantalón, y el doctor una gorra, todo lo cual formaba el traje de Pedro Blot, á quien yo les había pintado vestido á la romana. Uno de los labradores ricos, individuo de la Conferencia local, se ocupaba ya en buscarle obra, y si yo hubiera querido

colocar á Facio, hubiera tenido diez casas en lugar de una; pero Magdalena tenía ya ley al niño.

Marchaba ésta delante con una religiosa y dos buenas señoras, á quienes iba repitiendo nuestra aventura más por menudo y de una manera mucho más interesante, por diverso estilo de como yo había podido hacerlo. No digamos que estaba demasiado tierna para con Pedro Blot, pero en cambio hacía de la pobre Adela una mártir, casi una santa.

Yo iba abrazado con el doctor, que me suplicaba le hablase con franqueza y le confesara que no creía una palabra de «todas esas farsas».

La misma frase de Blot. De suerte que en Religión opinaban lo mismo.

En política, por el contrario, el doctor estaba muy contento con su fórmula liberal, la más bonachona de todas; y cuando yo le dije que Pedro Blot, el comunista, era hijo legítimo de sus doctrinas, ó más bien de su carencia de doctrina, arreglada en dogmas de Ybetot para uso de los «hombres de bien» de Beranger, se me enfadó hasta ponerse colérico, él que no se enfadaba nunca.

Quiero también hacer constar este detalle. El doctor abominaba á Pedro Blot aun antes de haberle visto, como ciertos padres á lo Rousseau detestan al hijo que dejaron abandonado si por acaso se les vuelve á poner delante.

Pedro Blot no ha sido jamás afortunado en el liberalismo, que hace consistir toda su honradez en renegar de él pomposamente. No hay nadie que adule á Pedro Blot más que Tartufa en tiempo de elecciones, y no

hay nadie que le ame más que nosotros los católicos, venciendo la repugnancia y vencidos por la caridad.

Los liberales «sensatos», y decentes, y desinteresados como el doctor, que no solicitaba nada (sino la cruz de beneficencia á la chita callando), tienen pura y simplemente horror á Pedro Blot.

En cuanto á Tartufa candidato, una vez elegido empieza á tomar tirria á Pedro Blot, como el deudor insolvente guarda inquina contra su acreedor, conforme á la ley de la ingratitude humana; á menos que Tartufa candidato no sea al mismo tiempo Tartufa periodista, que en este caso continúa acariciando á Pedro Blot, mientras Pedro Blot contribuye con el *sus* diario al sostenimiento del periódico.

¡Ah! Pedro Blot está más cerca del cielo de lo que parece, puesto que no tiene amparo en la tierra.

Llevábamos con nosotros la autoridad bajo la forma de un guarda de campo, que era correligionario del doctor, aunque menos letrado, y me acuerdo que hubo una larga discusión acerca del levantamiento del cadáver. Todos los competentes en nuestra caravana admitían la siguiente distinción, de que oía yo hablar por primera vez en mi vida: «Si el suicidio tiene lugar en una casa, decían, hay que esperar á la intervención judicial; pero si el cadáver se encuentra en paraje no cerrado, se le puede trasladar desde luego para ponerle á cubierto».

Aquí, en nuestro caso, la choza pastoril abandonada tenía, es verdad, su especie de techo; pero no tenía puerta, lo cual, según la jurisprudencia de Nanterre, no hubiera dejado de hacer un tanto espinoso el caso

si el doctor, previo examen, no hubiera declarado legalmente que allí no había suicidio, porque Adela había muerto de una congestión pulmonar.

Ante todo, había entrado yo solo en la choza para proceder al adecentamiento de Pedro, á quien volví á encontrar en el mismo sitio en que le había dejado, acurrucado en el suelo junto al saco en que estaba el cuerpo de Adela. Tuvo al principio alguna dificultad en dejarse vestir, olfateando, según me confesó, la procedencia clerical de los trapos; pero los escrúpulos de Pedro Blot, sean ó no sinceros, nunca son muy profundos, y se desvanecen tan pronto como un vistazo en redor le asegura de que no hay por allí ningún cofrade ó amigo que pueda echarle en cara su debilidad. Fué por lo demás completamente leal conmigo, pues me dijo al ponerse la camisa:

—Esto no me obliga á nada, ¿sabe usted? Lo hago para poder ir detrás de Adela yo solo, á un lado, y no en fila con ustedes.

Salióse cuando entró el señor cura, y se retiró sin aire de provocación detrás de la barraca.

El sacerdote bendijo el cuerpo y recitó las preces, á que respondían los que habían podido entrar y los que se habían quedado afuera. Adela fué puesta en unas andas y se la cubrió con un paño negro para llevarla á casa de la piadosa señora que se había encargado de amortajarla y ponerla en una caja.

Seguíamos todos en procesión, mientras que algunos soldados, formando grupos de acá y acullá por la espalda del Monte-Valeriano, nos miraban de lejos con asombro.

Pedro había presumido demasiado de sus pobres piernas al hablar de ir al entierro solo. Yo le sostuve al principio muy á finas veras; pero no pude hacerlo mucho tiempo, y fué menester que el teniente de alcalde viniera en mi ayuda; de suerte que Pedro Blot se halló sostenido y casi llevado en volandas tres cuartos de legua por dos santurrones de las Conferencias de San Vicente.

No podía yo menos de pensar en que era aquella una figura muy viva de la institución modesta y grande que lleva el nombre del más ardoroso entre los apóstoles de la caridad. ¿Acaso no está el gozo mejor y más íntimo de esta sociedad en socorrer á los que la aborrecen y en proteger á los que la calumnian? ¿Y no está en eso precisamente el origen de las desconfianzas que la rodean desde su nacimiento, y que no se acabarán nunca? Los que se forman una religión de la venganza, ¿cómo han de creer á los que no tienen otro culto que el perdón?

Y la palabra perdón no vale nada. Amor es como hay que decir, porque el verdadero cristiano debe *amar* á su enemigo; esta es la ley estricta, fuera de la cual no hay ni santidad ni salvación.

¡Oh! ¡Cuán lejos estamos en nuestros primeros movimientos interiores de este heroísmo necesario! Mas cuando nos acercamos á él por el esfuerzo de nuestra voluntad, fortificada y templada en el fuego de la gracia; cuando, á fuerza de amar á Dios sobre todas las cosas, llegamos á amar al hombre, nuestro hermano enemigo, como á nosotros mismos, ¡qué puro santuario es nuestro corazón, y qué hermoso y radiante tabernáculol

Es menester ser justos y no sublevarse contra lo que es la naturaleza misma de las cosas. Las instituciones católicas excitan la desconfianza, y no puede ser menos, porque tienen parte de milagro: casi todas tienen una historia que se sale de lo verosímil y mortifica á la razón.

Nacen de la nada en apariencia: del grano de mostaza, el más pequeño de todos los granos. En lugar de comenzar con estrépito y ruido de prospectos mentirosos que suenen á dinero, brotan en silencio en algún rincón ignorado, tan débiles y tan humildes que se pasa por encima sin verlas...

Son los semilleros del Dios humilde.

La prudencia humana tiene, en verdad, motivos para irritarse contra estas «empresas», loca y desatentadamente concebidas, que empiezan sin capital, teniendo que dar mucho y nada que recibir, y que crecen en proporción de sus pérdidas, mientras que tantas sociedades comerciales mueren en su misma opulencia y estremecen al mundo de los negocios al hundirse bajo las ventajas combinadas de su lealtad, su habilidad y su prosperidad.

¿No hay aquí maleficio ó escamoteo? ¿Y no es disculpable que Tartufa industrial, al día siguiente ó la víspera de su quiebra, maldiga de estas hechicerías?

Mas no es solamente el pobre Pedro Blot el que tiene ojeriza contra San Vicente de Paúl y sus hijos: eres tú hoy, y era yo mismo ayer todavía; son los talentos serios y los frívolos, los que saben hacer las sumas y los que saben deshacerlas, los honrados y los hábiles, los rusos y los franceses: todo el mundo, hasta los gobiernos inclusive.

Y es natural que no se crea en los milagros.

Y cuando no se cree, es natural negar; iba casi á decir calumniar. Es necesaria la fe para ver algo sobre la naturaleza.

Recuerdo haber dicho alguna vez que la devoción á Nuestra Señora de Lourdes era una impostura, y, por consiguiente, una impiedad.

Me he burlado del Sagrado Corazón de Jesús... ¡Bien me acuerdo... aun cuando el Corazón de Jesús lo haya olvidado!

¡Ah! No seré yo nunca quien se arrogue el derecho de ser severo á propósito de los escrúpulos de la razón, de esa especie de asma del alma. Compadezco á los enfermos desde lo hondo de mi enfermedad, y puesto que estamos tratando de esa cosa con tan inadecuado nombre titulada *Conferencias*, convengo de grado en que todo talento «práctico» debe sospechar que hay gato encerrado al escuchar semejante cuento. Sé juez tú mismo.

Era allá por los años siguientes á la revolución de 1830, es decir, en aquella época escogida en que la indiferencia religiosa llegó en Francia al *summum*. El París divertido no aborrecía á Dios como ahora que Dios le exaspera á causa de la multitud inmensa que invade los templos; París, en realidad de verdad, no sabía ya que había Dios, y el Sr. Desgenettes, el venerable cura de Nuestra Señora de las Victorias, de quien te hablaba en nuestro último episodio, me ha dicho muchas veces con lágrimas en los ojos: «Durante varios domingos seguidos, en Cuaresma, cantamos las vísperas para los Hermanos de la doctrina cristiana, las Hermanas de la Caridad y tres señoras...»

Y una vez... (esto me lo han contado), el mismo Sr. Desgenettes se encontró solo en su iglesia con una mendiga, cuyo niño lloraba á gritos.

Cuando la pobre hubo recibido la limosna, quería retirarse respetuosamente, porque no podía hacer callar al niño; pero el atribulado siervo de Dios la dijo:—Estése usted, hija mía, no se vaya usted, y deje usted llorar al niño, para que Dios oiga que hay alguien aquí.

Puedes ir ahora, no ya en domingo ni á la hora de vísperas, sino cualquier día y á cualquier hora, á visitar á Nuestra Señora de las Victorias, y verás si hay necesidad de retener en las iglesias á los niños que lloran para que Dios oiga que hay gente.

Una tarde, no sé en cuál de aquellos años célebres por su prosperidad material, que precedieron á la caída del trono de Julio, se reunieron media docena de jóvenes en un modesto cuarto de estudiante en el barrio de las Escuelas. Había entonces muchos conspiradores; pero aquellos jóvenes no conspiraban. Al contrario: el objeto de su reunión era huir del olor fétido de la política que envenenaba ya las conversaciones del barrio Latino, y se pusieron á hablar de sus estudios, de sus cosas, de la dificultad, sobre todo, que había en conservarse puros dentro del medio en que vivían.

Fué aquello, en su pobre sencillez, una solemne fiesta á los ojos de Dios, por ser el primer coloquio entre los representantes, por nadie autorizados, de la juventud cristiana. La idea religiosa se sobrepuso allí bien pronto á todas las demás, y allí fué pronunciada, según dicen, la admirable frase que es el fundamento de la institución de las Conferencias.

—La limosna es un broquel seguro—dijo uno de aquellos jóvenes;—*pongamos nuestra castidad bajo la salvaguardia de nuestra caridad.*

Y así se hizo. El fin de aquellos jóvenes que «corrían la escuela», no estaba lleno de sutiles nociones filosóficas: querían *labrar su salvación* en una ciudad en donde el salvarse es especialmente difícil.

Y lo decían.

Esto era casi todo.

Pero acontece que no puede uno labrar su propia salvación sin producir en redor suyo el bien bajo todas sus formas, con la palabra, con el ejemplo, con la oración; de suerte que al trabajar por su salvación aquellos jóvenes, produjeron el bien en la medida de sus recursos, que eran muy limitados, y de su crédito, que era casi nulo.

¿Has entendido? *No hacían ellos el bien solamente por aquellos á quien hacían el bien, sino también por guardarse á sí mismos en Jesucristo.*

Eso es egoísmo, dirás tú...

¡Que Dios te colme de egoísmo semejante! Llámase amor divino, y es lo más grande que hay sobre la tierra: la poderosa pasión de la criatura por su Padre que está en el cielo.

Gracias á este egoísmo, traducido en abnegación, al cabo de un mes ya los seis eran doce, y hubieron de buscar otro local más ancho; al cabo del año los doce eran doscientos, y fueron menester muchas habitaciones; al cabo de diez años... ¡Ah! Yo no sé cuántos somos ahora, porque los jóvenes han abierto las puertas de su fraternidad á los viejos, para que éstos, reanimados por

la virtud joven, puedan también arrimar el hombro á la obra de este egoísmo radiante de amor y de sacrificio.

Y París tiene cien Conferencias; y hay varias en cada ciudad, y una á lo menos en cada villa y en cada aldea. Y los pobres reciben pan y vestido por valor de algunos millones, y consuelos por valor de una suma que ningún Banco acertaría á expresar en guarismos.

Es evidente que, según todas las leyes de lo verosímil, los estudiantes no han podido fundar esto: no es obra de estudiantes. Los estudiantes deben de estudiar ó bailar, deben de ir á cátedra ó al teatro, pero no enmohecerse en esas oscuras guaridas donde «se labra la salvación», como si estuviéramos todavía en la Edad Media.

Esto es horrible; esto es ofensivo para el espíritu y repugnante á los ojos; esto desdice de una época de luz y de ilustración en que todos los que tienen apego á los cuartos están formando causa á la limosna.

No puede consentirse que cosas tan monstruosas existan en el siglo XIX, en el siglo de Pedro Blot. ¡A las armas, ciudadanos! ¡Tras de eso hay algo! ¡La patria está en peligro!

Así llegó á haber una vez un Gobierno, ó mejor dicho, un ministro que estaba de mal humor por ciertas contrariedades domésticas, y que llevaba todavía la pipa de Mazagrán en su bolsillo de duque de nuevo cuño... Este ministro, enfermo y desgraciado, no era Tartufa, pero tenía un miedo terrible al ciudadano Tartufa, que justamente acababa en aquella época de salir de su agujero y comenzaba á gruñir *La Marsellesa*.

Por captarse la gracia del ciudadano Tartufa, aquel ministro consintió en agarrar á San Vicente de Paúl por el cuello y registrarle, no sin cierta brutalidad.

El ciudadano Tartufa le quedó por ello muy agradecido, y les colgó á la primera ocasión, á él y á su Gobierno, de un farol de la calle.

Esto es lo que sucede y lo que siempre sucederá á todo Gobierno bastante tímido para abrir al ciudadano Tartufa el postiguillo vergonzante que da á la parte trasera del teatro de la política.

Mas ¿qué fué lo que hallaron aquel Gobierno y aquel ministro en los bolsillos violados de San Vicente? Bien se cansaron de rebuscar, puedes creerlo, porque tenían un deseo pueril de contentar á la tartufería liberal, que iba luego á hacerles el favor de acuchillarlos por la espalda. La historia testifica, sin embargo, que no hallaron nada, absolutamente nada, en las faltriqueras de la caridad.

Dios estaba allí; pero no le vieron.

Si hubiera mirado mejor aquel Gobierno infortunado, á quien la villana cobardía de Tartufa, insultador de sepulturas y de mujeres, acabará por resucitar cualquier día, hubiera entrevisto quizá, él que todo debía esperarlo del bien, y que del mal debía temerlo todo, el primer germinar de esas instituciones nacidas de San Vicente de Paúl, que serán en el porvenir la gloria de nuestra patria, cuando Dios quiera que nuestra patria se despierte, al fin, más gloriosa del letargo de sus desdichas.

Hubiera visto, para no citar más que una sola, la Asociación de los Patronatos, mina de sarcasmos para

Tartufa economista; la Asociación de Salvamentos, mejor dicho, la gran asociación todavía en mantillas, que tiene por objeto redimir al hijo del obrero. No sabría yo explicarte estas cosas debidamente; peco todavía de ignorancia, y á pesar de mi edad, y á pesar también de mis sermones, no soy más que un recluta entre los soldados de Dios; pero necesito expresar bien ó mal mi admiración por estas cosas, cuyo estudio va á ser la última ocupación de mi vida.

No me quejo tampoco demasiado de ser un viejo novicio, porque esto me permite entusiasmos de neófito, y hay momentos en que estoy como el buen La Fontaine cuando descubrió de improviso que el profeta Baruch no valía menos que su amigo Boileau-Despreaux, apellidado el Horacio francés por los que no son muy aficionados, y sobre todo no tratan con mucha intimidad al Horacio latino. Necesito exclamar á la vista de las cosas de la Religión, ¿entiendes? me es absolutamente necesario exclamar: «¡Qué hermoso, qué bueno! ¡Es maravillosamente bueno y hermoso!»

Voy, pues, á explicarte como pueda lo que hace la Asociación de Patronatos, al menos aquello de que me acuerdo y que más me ha impresionado.

Coge al hijo del obrero al salir de la escuela, esto es, en el momento preciso en que Tartufa envenenador va á hacer de él un Pedro Blot, y le dice: «Hijo mío, escoge un oficio. ¿Qué quieres ser?» Y en cuanto el niño responde: «Quiero ser esto ó lo otro», le busca un patrón honrado, con el que concierta en nombre del niño las mejores condiciones del aprendizaje; le vigila luego, le guía y le alienta en sus esfuerzos, le

consuela y alivia en sus penas, y es para él la providencia de la vida del trabajo.

¿Nada más? No, todavía falta mucho. La asociación utiliza hasta los ratos de ocio del niño, las noches y los domingos, en provecho de su inteligencia y de su corazón; le instruye, le ilustra, le eleva, y va todavía más lejos: le divierte... Sí, llega hasta el extremo de crearle un conjunto de placeres y de alegrías sólo para él, en anchos patios donde reina una atmósfera pura;—pura desde el punto de vista físico, como desde el punto de vista moral.

Es la madre que sigue á sus hijos desde la primera comunión hasta el matrimonio, y más allá todavía, desempeñando así humilde y tiernamente el misterioso y potente trabajo de pacificación y de *reconciliación* que cegará quizá con el tiempo (¡ah, Dios lo quiera!) el abismo abierto y cada vez más ahondado por Tartufa, predicador del odio social.

¿Cómo quieres tú que una cosa como ésta no sea objeto de horror para los secuaces de Tartufa materialista, que hace las paces con Bismark tan pronto como se trata de crucificar de nuevo á Jesucristo en la persona del Jefe de su Iglesia?

Y no es esta sólo una obra católica; es además la obra patriótica por excelencia, la obra, por consiguiente, más odiosa de todas para los enemigos de Dios y de la patria.

Mas ella seguirá su curso á pesar de todo, y, di que yo te lo digo: ella será la victoria de Dios y de la patria; ella será la que reedificará por el amor la casa de la familia francesa demolida por el odio.

¿No lo crees? Tanto peor para ti. Los hombres de tu época parecen pagados para no comprender más que la amenaza; ¿cómo habías tú de adivinar el lenguaje de la caridad?

¡Es una cosa tan pequeña un patronato!

¡Y la masa de enemigos que le rodea es tan enorme!

Deja obrar á Dios, sin embargo; deja crecer al niño, al pobre hijo de la maternidad cristiana, instruído en la fe y amamantado en el honor; mañana será el trabajador vigoroso, el ciudadano decidido, el soldado, el admirable soldado de la disciplina invencible. Tú le tendrás por custodio, por aliado, por amigo en la paz como en la guerra, y él será el que salvará...

Iba á decir á Francia, pero Francia no está en peligro, á Dios gracias; por lo presente, Francia no tiene necesidad de ser salvada, materialmente hablando; lo que Francia necesita hoy como ayer, como siempre, es que se sostenga su bandera enhiesta y firme. Pues bien; ese niño, el hijo del cumplimiento de nuestro deber, el hijo del catolicismo, es el que sostendrá cuando sea necesario, y el que enarbolará contra todos, el estandarte de nuestra Francia querida.—

Juan se enjugó la frente, y yo le estreché la mano; también yo tenía cubiertas de sudor las sienes.

—Volvamos á Pedro Blot—continuó.—Estábamos de vuelta del Monte Valeriano con el cadáver de la pobre Adela. Casi de noche era ya cuando llegamos á Nanterre, y sin embargo, había gente á las puertas de las casas para vernos pasar. Nuestra aventura de la choza había circulado, teniendo tanto más atractivo cuanto eran menos conocidos los pormenores. Estaba yo

vestido, según suelo estarlo, de una manera suficiente por lo que respecta á las buenas costumbres, pero que no hubiera dado á los viajeros de otras naciones idea muy clara de la elegancia que se usa en nuestros *boulevards* parisienses. No sé qué papel me atribuía la opinión pública de Nanterre en el drama todavía misterioso, cuya víctima era llevada en hombros por en medio de la calle Mayor; lo único que puedo decir es que todos por unanimidad me miraban de reojo.

Después hice más que comer en casa del doctor: dormí allí. El pobre no podía volver de su asombro ante la abyección en que había caído una tan hermosa inteligencia (se trataba de la mía).

Magdalena siguió á la buena señora que se había encargado del cadáver de Adela; el párroco, el vicario y el curita en ciernes, relevándose á ratos, velaron toda la noche junto á la muerta.

En la habitación vecina habían tendido en el suelo un colchón para Pedro, y Magdalena me dijo á la mañana que se le había oído roncar unas veces y llorar otras. Con frecuencia se levantaba, se llegaba hasta la puerta y echaba una ojeada á los que velaban el cuerpo. Magdalena le sorprendió tres ó cuatro veces entreabriendo la puerta preocupado, inquieto y descontento.

Al decir descontento no hablo ya de su pena, que era profunda, y que crecía en lugar de aminorarse á medida que iba recobrando el libre uso de la razón.

Hablo de cierto embarazo que experimentaba mezclado de cólera. Las sotanas le molestaban, fácil era conocerlo, y Magdalena, con su perspicacia de mujer, adivinó que experimentaba una contrariedad muy viva

al encontrar siempre aquellas detestables sotanas velando y orando.

El hecho es que el clero de Nanterre no podría seguramente velar con el mismo rigor á todos los pobres que mueren en la parroquia; pero hay desgracias que imponen, por decirlo así, la solemnidad en redor suyo. El hombre no es dueño de ese sentimiento que le hace tornar en algún modo la cabeza y el corazón á ciertos días de su vida. No puedo negar que los curas de Nanterre desplegaron una especie de lujo de compasión en honrar á la miserable criatura muerta en un saco y cuyos restos les confiaba Dios por tan raros modos; la verdad es que la trataron como si hubiera sido la dueña y señora del contorno.

No hay en ello nada que alabar ni que reprender.

Pedro Blot se preguntaba (no creas que lo invento, él me lo ha dicho): «¿Por qué diablos hacen estos cuervos todas estas mojigangas de balde?»

Pues al clero se le insulta por el dinero que exige conforme á su derecho, y por el dinero que perdona renunciando á su derecho.

A otro día, muy de mañana, llamó el doctor á la puerta de mi cuarto.

—¡San Juanón!—me gritó por el agujero de la llave;—¿se ha despertado ya vuestra reverencia?

—¡Vaya! Hace más de una hora que estoy rezando—le respondí.

—¿Por mi alma, eh?

—Algo, sí; pero mucho más por la de Pedro Blot.

—¿Quién es ese Pedro Blot? ¿Es el bribón infame que ha matado á su mujer?

—Precisamente—le dije, abriéndole la puerta.

Entró, y me dió un valiente apretón de manos, prosiguiendo:

—¿Conque quiere usted más á Pedro Blot que á mí?

—Sí, porque él tiene para ser lo que es todas las razones que á usted le faltan para ser lo que usted se ha hecho.

—Frase de autor á medio sueldo. El verdadero móvil de usted, venerable San Juan, es que espera que Pedro Blot y los canallas de su laya se tragarán algún día á los hombres honrados como yo, ilustrados, moderados, y, por consiguiente, molestos, puesto que están en vías de envolver al mundo.

—No lo espero, mi querido doctor—le repliqué;—no sucederá. Tan pronto como ustedes hubieran envuelto á lo que usted llama el mundo, el sub-mundo les envolvería á ustedes; y hablando con un hombre de inteligencia como usted, no necesito decir que hará perfectamente.

—Si puede. Está rabioso el sub-mundo, bien lo sabemos; pero está enjaulado, y cuando gruñe le arrojamos bolillas clericales á través de las rejas: esto le divierte... Pero me olvidaba decir á usted por qué he venido á molestarle con infracción de las sagradas leyes de la hospitalidad. Es precisamente por causa del cantero de usted, que está abajo y viene á ver á usted. En cuanto le he visto, me he escapado. No está borracho, ¿sabe usted? pero parece que traspira borrachera.

—Traspira miseria y desconsuelo. Ustedes le han escamoteado á Dios, que es la esperanza de los descon-

solados y su apoyo. ¿Cómo quieren ustedes que un sér tan miserable se sostenga sin Dios?

—Yo no sé, San Juan, yo no sé... Dios por sí mismo no tiene nada de repulsivo, porque su profesión es hacer el muerto; pero si usted hubiera tenido como yo un ilustre cuñado en la sacristía, nunca se hubiera usted convertido. La gente de Dios es la que es cargante, no Dios, pobre estatua... Pero es igual; me ha tocado usted en la parte dolorida hablándome del sub-mundo; hay doscientos mil Pedros Blot en París, que hoy por hoy nos hacen nuestro negocio; pero no alegran cosa mayor el horizonte... ¿Haré subir al oso, ó va usted á bajar?

Ví que le desagradaría recibiendo en su casa á mi amigo Pedro, y me apresuré á coger el sombrero para salir. El doctor me abandonó en medio de la antesala por no arrostrar la vista del estómago que debía digerirle más tarde ó más temprano. Tampoco el gran rey Luis XIV se atrevía, según dicen, á mirar la veleta que domina el real panteón de San Dionisio, adonde debían ir á parar sus ilustres restos mortales.

Con el traje decente que se le había procurado no tenía ya Pedro aquel marcado aire de protesta, de absurdo y de blasfemia que me asombraba en él cuando estaba metido en el saco. La camisa limpia no le sentaba bien. Ya no era más que un tullido ordinario que movía á compasión como cualquier otro mendigo.

Tú lo sabes, dramaturgo: del comediante despojado de su traje queda muy poco; pero si además se le pone fuera del teatro; ya no queda de él nada absolutamente; y por eso tienen por detrás todos los teatros esas

puertas falsas por donde los héroes de cartón y las heroínas de yeso se escapan después de representada la comedia, para volver á entrar de incógnito en su carne y sus huesos.

Entonces se ven cosas extraordinarias: la ramera de las obras de Dumas (hijo) puede convertirse en una madre de familia respetable, y el traidor de melodrama deletrea *La moral en acción* á sus pequeños.

No tengo el honor de conocer con bastante intimidad á Tartufa Erostrato, el cómico á todo trance, para mostrártele en su casa cuando vuelve de quemar una catedral; pero he sorprendido á su mujer visitando á los pobres; y en la oscuridad de las capillas laterales de mi parroquia he creído alguna vez reconocer... No, no, no la descubro. Tanto menos, cuanto que la señora de Tartufa, cuando se pone rabiosa, es mucho más rabiosa que su marido.

Pedro Blot no era comediante, ó por lo menos, si lo era, como lo somos todos, no lo sabía; había representado de buena fe el drama lúgubre y grotesco de su suicidio, que sólo había matado á otro. No era un malvado, puesto que se escondía para llorar; no era tampoco un hombre sin inteligencia, puesto que conocía claramente á Mazagrán, su «libre-embraucador», la más vulgar y, por consiguiente, la más temible encarnación de Tartufa.

Pedro Blot era un desgraciado, seco por la succión de Tartufa-vampiro, que extrae el pensamiento de Dios del corazón humano, es decir, que extrae la obediencia, la paciencia, la resignación, el deber, todo lo que con-

suela y fortifica, para introducir en su lugar el vicio impotente y repugnante, la rebeldía, que es la peor de las esclavitudes; el imbécil derecho de gozar, la concupiscencia brutal, la envidia, el odio, la locura del egoísmo, todo lo que degrada al individuo para luego bastardear la raza...

¿Has visto, tú que eres campesino, has visto á las culebras vaciar á los sapos?

Yo conocí un sapo y una culebra... tranquilízate, que no es esto un apólogo del tiempo en que hablaban los animales. Mis dos animalitos no dirán una palabra: es un recuerdo de la infancia.

Una vez que andaba yo cogiendo moras en una sebe, distinguí de lejos una cosa que me pareció extraordinaria. Se deslizaba por la orilla del cercado, y luego ví que era una culebra que se arrastraba con la cabeza levantada; pero la cabeza de aquella culebra me parecía horrorosa de grande.

Me aproximé, y cesó mi asombro; lo que yo tomaba por la cabeza de la culebra era un sapazo muy gordo que ella se iba mamando conforme andaba. No puedo decirte hasta qué punto iba orgullosa la culebra. El sapo era el que no parecía estar tan contento ni con mucho.

Enemigo como soy de todas las serpientes, me lancé con el palo levantado para cortar el cuello á Tartufa-reptil; pero menos cándida que el personaje de Molière, mi culebra hizo una contorsión rápida y desapareció entre el seto.

Al huir dejó escapar el sapo.

¿De susto?...

No por cierto; como se arroja la monda de una pera.

El sapo aquel ya no era más que un pellejo de sapo, una cosa floja y estrujada, de donde se había chupado ya todo lo chupable. No estaba muerto, sin embargo; se movía, y al cabo de un momento se metió por un agujero de la sebe, por el mismo agujero donde se había escondido la culebra.

Aún me parece que estoy viendo á un viejo aldeano que se había parado á mirarme mientras yo examinaba aquel curioso detalle de historia natural, y me dijo con tono grave:

—¡Ah, las *v'lins!*... (las venenosas, las culebras). Las culebras y los sapos se aman mutuamente. ¡No hay peligro de que una culebra haga daño á un sapo! El sapo sabe esto perfectamente, y no huye jamás de la culebra, porque la culebra LE COME SIEMPRE, PERO NO LE MATA NUNCA.

Y como yo no entendía esto muy bien, el viejo campesino me explicó que la culebra dejará al sapo todo el tiempo necesario para redondearse de nuevo; pero entonces, cuando el sapo haya vuelto á ser lo que se llama un hermoso sapo, próspero y repleto de apetitosas viscosidades, la culebra tornará á sorbérsele como un huevo fresco, delicadamente y sin maltratarle.

Te he contado esto, porque tal fué la suerte de Pedro Blot en toda su vida: se le ha chupado y vuelto á chupar siempre y siempre.

Magdalena se engañaba cuando creía que mi conducta y mis palabras no habían producido efecto al-

guno en este pobre hombre. Yo había conmovido allá en su interior lo poco que la última succión de Maza-grán, su culebra, le había dejado. Había sido además conmovido harto vivamente y sin duda halagado por la importancia considerable que se daba á sus asuntos entre la reducida cristiandad de Nanterre. Los piadosos respetos y consideraciones de que eran allí rodeados los mortales despojos de Adela no le eran del todo indiferentes, y en suma, conservaba todavía en su cerebro inseguro bastante cantidad de buen sentido para conocer que no teníamos nosotros ningún interés humano en obrar así.

Puedo decirte desde luego que el entierro de su compañera, que se hizo sin fausto seguramente, pero con decencia y en medio de un concurso numeroso de fieles, le inspiró un verdadero reconocimiento.

Hubiera él preferido un entierro civil; al menos así lo dijo, aunque no estoy yo bien seguro de que fuera sincero en aquel instante, y para conversar conmigo sobre este punto era para lo que había llamado á la puerta del doctor tan de madrugada.

No necesité más que una sola palabra para reducir el escrúpulo de su vana gloria, que él llamaba su dignidad, su conciencia.

—Pedro—le dije:—de esa manera cumple usted el postrer deseo de su pobre amiga.

No me hizo ya objeción alguna; pero cambiando de tema se me quejó amargamente de haber oído zumbar alrededor de los oídos la palabra *fullero* cuando subía por la calle.

Traducía él esta palabra, y tenía razón, en reproche

de haber causado la muerte á su compañera y vivir él todavía.

—Pedro—le dije yo;—cuando estaba usted ayer rodeado de clericales, ¿le lanzó á usted alguno esa injuria á la cara?

En lugar de responderme, refunfuñó:

—¿No se podría diferir un poco el entierro?... Es menester que sepa yo dónde la van á poner para reunirme á ella.

La amenaza implícita de suicidio contenida en estas palabras no me inspiró serio sobresalto. Conocía yo que Pedro no estaba ya en eso, al menos por aquel entonces.

—Seguramente que no tengo nada por qué quejarme de ustedes—añadió.—Han cuidado de la pobre Adela lo bastante, ahora que ya de nada puede servirla; pero la señora devota y el vicario han tratado de catequizarme.

—¿De veras?—exclamé yo lleno de gozo;—¿le han hallado á usted ya alguna plaza?...

—Una plaza de holgazán, sí. Parece que el guarda de su cementerio no puede ya... y ¿no han tenido la idea de meterme allí para ayudarle?

—¿Y usted lo ha rechazado?

—¡Voto á bríos!... Será uno desgraciado, pero todavía sabe respetarse.

La campana de la iglesia se puso á tocar. Pedro mudó de color y se le enaguaron los ojos encendidos.

—¿Cree usted que esto es ya por ella?—me pregunté con voz ahogada.

VI

En el hospital.

Pedro estaba profundamente conmovido—prosiguió Juan—al preguntarme si el toque de la campana era ya por Adela; yo, sin embargo, le respondí con severidad:

—Por ella es, y por usted todavía más que por ella, amigo mío. Ella ya no tiene voz, ó mejor dicho, ese tañido es su voz que le dice á usted: «Yo no tenía más que á ti sobre la tierra, y tú no tenías más que á mí. ¿Serás capaz de abandonarme en mi último viaje?»

Pedro titubeó, y le oí rezungar:

—Pero eso de ir en fila con las sotanas, seamos justos, eso no puede ser.

—Pedro—le repliqué;—si usted falta á ese deber será usted un cobarde, y no serán los demás los que le traten á usted de fullero: seré yo.

Una ráfaga de ira brilló en sus ojos; pero la palabrota que se le venía á la boca se perdió en un sollozo, y me cogió las dos manos balbuciendo:

—¡Usted es un hombre de bien, usted! ¡Ah, pobre Adela! Harto cierto es que ya no tiene voz... ¡No hay dignidad que valga! Yo iré con los curas... iría, si fuera necesario, con los prusianos...

Juan fué aquí de nuevo interrumpido en su narra-

ción por el fragor de un terrible combate empeñado detrás del empujado entre Facio y Berta.

Esta vez no parecía que Facio fuera el vencedor, pues lanzaba un prolongado grito de angustia.

Cuando hubimos separado, no sin trabajo, á estos dos eternos enemigos, se averiguó que Berta había agarrado á Facio por el pelo á traición, y le había derribado sin dar cuenta. Interrogada Berta sobre los motivos de semejante atentado, respondió haciendo pucheros:

—¡Así! Para eso yo no fui quien empezó, que fué él. ¡Él decía que mi papá quería más á su papá Pedro que á mamá María, puesto que papá no habla jamás de mamá María en casa!

—Es que ella me había dicho antes de eso—replicó Facio—que mi papá Pedro era un pobre de los que andan pidiendo por las calles, y que su mamá era una señora muy hermosa... ¡Así!

—Mi mamá—exclamó Berta—era á lo menos hija de mi abuelo.

—Pero no era hija de mi madrina Magdalena. ¡Bien seguro!

Juan cogió á Facio por una oreja, de lo cual se aprovechó Berta para tirarle esta última pedrada:

—Yo aquí estoy en mi casa, y tú no.

Juan soltó la oreja de Facio para atrapar á Berta; pero ésta se le escapó dando gritos desgarradores, entre los que se percibían estas palabras:

—Papá-abuelo quiere más á Facio que á mí, y mamá-abuela me detesta... me voy á ir por el mundo.

Se había parado la niña á diez pasos de nosotros, y miraba á Juan muy esquiva y hurafía.

—¿Quieres que la coja yo, padrino?—dijo Facio.

Juan le rechazó tan bruscamente, que el pobre muchaco vino á caer entre mis rodillas.

—¡Ay!—me dijo muy bajito y con el corazón atribulado;—esa niña le da muchos disgustos... ¡y yo también!

Y de un solo brinco, mayor que el salto de un hombre hecho y derecho, Facio se puso junto á Berta y la ciñó con ambos brazos, como hacen los luchadores.

Lejos de pegarla como solía, trataba de abrazarla, y como la niña se resistiera, le oí perfectamsnte á Facio decirla al oído:

—Es por no entristecer á tu padre. Haz como que me abrazas.

Y entonces Berta, sin vacilación alguna, le echó los brazos al cuello.

—¡Soy muy mala, Facio—decía,—soy muy mala! Tú, Facio mío, eres mucho mejor que yo.

Y formaban entre los dos un grupo encantador, en el que había sonrisas y lágrimas, perdón y cólera, candor y un sí es no es de travesura.

Yo miraba á Juan, que estaba como en éxtasis, y Juan se tornó, al fin, á mirarme con los ojos bañados en lágrimas, y me dijo:

—¿Crees tú en la herencia de las almas? Facio no es más que el pobre Pedro Blot antes de ser visitado por Tartufa, con algo quizá de la pobre Adela, de aquella pecadora-mártir á quien yo no he conocido. Quiero mucho á Facio... ¡pero á Berta! ¡ah! á Berta la quiero demasiado: ¡Facio tiene razón! La amo tres veces. Porque es María, el amor de mi juventud, mi mujer, mi imperecedero recuerdo... Es también la otra María, su

madre, mi hija, la profunda y dolorosa ternura del estío de mi vida, aquella de quien Dios se sirvió para moler y triturar todas las fuerzas de mi corazón y arrojarlas hechas polvo á los pies del Consolador divino... Es también Berta la florecilla nacida del barro de una tumba, el reflejo fiel de lo pasado, la huella viva de tantas alegrías y de tantas amarguras: ¡es todo lo que yo he querido fuera de mi familia, que dejé tan joven! Es toda la luz y toda la sombra de mis postreros días. No tengo más que á ella fuera de Dios y fuera de mi anciana y santa esposa Magdalena, que por la misericordia de Dios vela por mí, y que es para mí la tranquilidad, el sueño, y á manera de recuerdo dulcísimo... ¿Qué será de esta niña, que es ahora fea como mis dos Marías, y que, como mis dos Marías, llegará á ser maravillosamente bella? Es un demonio que la primera comunión convertirá en ángel; pero ¿después? Ya ves tú, cuando se trata de ella arguyo contra Dios... ¡Hágase su voluntad divina! Esto lo digo, pero lo digo muy tarde y muy bajo. Magdalena es la madre de mis otros hijos; pero no puede amar á Berta como ama á sus hijos. Y es menester que Magdalena proteja á Facio contra todos, hasta contra mí mismo, que no tengo corazón más que para Berta, según dicen. ¿Hubieras adivinado que había en mi cueva sitio para tantas cosas, á más de la estufa y de mi mesa llena de libros viejos?... ¡Venid ambos á dos!

Esto último iba dirigido á Facio y á Berta, que se aproximaron inmediatamente con los brazos entrelazados.

Mis hijos les segufan, dispuestos á implorar para ellos

el perdón; pero no había ya necesidad de eso. Juan repartió muy equitativamente sus caricias entre los dos culpables perdonados, y les preguntó:

—¿Andabais todavía á la escucha?

—¡Qué quieres, papá!—respondió Berta;—cuando tú cuentas algo hacemos lo que podemos por escuchar.

—¡Y cuentas las cosas tan bien, padrino!—añadió la serpiente de Facio.

Juan se volvió hacia mí.

—El caso es—me dijo, teniendo á Facio sentado sobre una de sus rodillas y á Berta sobre la otra—que te estoy abrumando con relaciones, mientras que en mi casa hace ya tiempo que no les doy ese gusto. Cuando charlo contigo, siempre estoy en la idea de que siembro grana de libros... Idos á jugar, encantos míos, que hoy va á haber una gran historia.

—¿Sí? ¿Y para nosotros también?—dijeron mis hijos.

—Para todo el mundo, á no ser que vuestro padre se canse una vez de mí. Vamos, ¿tienes algún convidado á comer?

—No, que yo sepa al menos—le respondí.

—¿Comes tú fuera?

—No.

—Pues entonces envía un recado á Magdalena diciéndola que nos quedamos en tu casa. Y vosotros, á jugar un partido al marro. Ya se os llamará cuando venga la historia.

Los niños se dispersaron como una bandada de pájaros.

Cuando nos quedamos solos otra vez Juan y yo, me dijo él:

—Ya has tenido tiempo de olvidar la *primera etapa* de mi conversión.

—La tengo tan presente—le contesté—como si me la hubieras contado esta mañana.

Me estrechó la mano sonriéndose, y murmuró:

—Ya lo sé; pero tengo placer en oírte lo decir. Tu cara esposa me ha confesado que les habías referido *la muerte del padre* á ella y á tus hijos, y parece que han llorado...

—Mucho. Está hecha para eso.

—No, no está hecha para eso. Tú eres demasiado joven para haber conocido al señor Barante, allá cuando estaba en boga. Había resucitado aquella antigua sentencia *scribitur ad narrandum*, pretendiendo que la lección provechosa no se encuentra en las reflexiones del historiador, sino en la imparcial brutalidad del hecho desnudo. Ya puedes figurarte el éxito que esto tendría entre los que leen saltando páginas. Muchos escritores se tomaron el trabajo de refutar su sistema; pero se detuvo aquella imponente oleada de tinta cuando se probó que el señor Barante disertaba, como cada hijo de vecino, siempre que le caía la ocasión, y que no había nada en el fondo de su nuevo sistema, sino aquella vieja treta de exclamar: «¡no disertemos!» cada vez que había tenido necesidad de disertar. Yo por mí, confieso francamente que si no tuviera nada que probar, me callaría. *Scribitur ad probandum* sería mi divisa si yo mereciera tener una divisa, ó cuando mucho, permitiría «escribir para narrar» á condición de «narrar para probar».

Ya te lo he dicho desde el comienzo de mi primera

narración; yo he querido mostrar en el conjunto de mis recuerdos la conversión, beneficio supremo de Dios, ó más bien, Dios mismo caminando con paso misterioso á través de los acontecimientos que forman la vida de un hombre, depositando un germen bajo cada suceso y aprovechándose de toda felicidad, y principalmente de toda desgracia, para marcar la vía por donde Dios desciende al hombre y por donde el hombre ha de subir á Dios.

No hay nada más que Dios en todo eso. Y si alguna vez me acontece invertir el orden de los tiempos, como lo hago aquí hablándote de Pedro Blot, cuya aventura, posterior á mi conversión, no debía entrar en mi cuadro, es porque Pedro Blot, según el orden simétrico de mis ideas, corresponde á Tartufa-pagano, y Tartufa-pagano fué después de Dios el más poderoso obrero de mi salvación.

La misericordia divina toma, en efecto, los corazones según son en sí. La caridad convierte á las almas buenas; las otras, como la mía, que no es buena (¡Vos lo sabéis, Jesús mío!) necesitan que el mal, providencialmente manejado, las suscite por medio de ese reverso de la generosidad que se llama la indignación.

El odio instintivo que yo tengo á la culebra me ha servido tanto ó acaso más que mi afección, demasiado tibia, hacia el pobre animal á quien devora.

Yo conocía á Tartufa antes de toparme con Pedro Blot. Tartufa me había ya hecho derramar lágrimas de sangre, y ya llevaba yo luto por mi hija martirizada...

Mas ¿para qué quiero defender aquí mi cronología? No es un libro lo que te voy dando, sino lo necesario

para hacer el libro del viaje de Dios en busca de un alma. Tú dispondrás como quieras estas piedras, y tú las labrarás á tu modo.

Te iba diciendo que nuestro primer episodio, *la muerte del padre*, no estaba hecho para provocar ese enternecimiento un tanto frívolo que nos acomete en el teatro y que se traduce en un torrente de lágrimas contagiosas que humedecen á la vez trescientas docenas de pañuelos que han ido allí con la decidida intención de humedecerse y que se vuelven descontentos si no se les hace recibir lágrimas en el peso y medida correspondientes al precio de las localidades. De todos los juegos de pluma odiosamente fáciles, bien sabes que el más simple es el que consiste en humedecer el pañuelo de los espectadores del domingo en el *boulevard*. Sujetos hay á quien la explotación de las lágrimas ha elevado al rango de notables comerciantes literarios, y no serían capaces de responder en el examen de los estudiantes de segundo año de Instituto.

En nuestros días ¡ay me! las lágrimas, esas perlas del corazón, están envilecidas, como todas las cosas, por el tráfico, y yo desconfío de ellas.

No; la relación de la última hora de mi padre no está «hecha para eso», como tú has dicho; no es una lamentación; es un cántico de acción de gracias. No es tampoco la caída de la tarde de un hermoso día; es la aurora de un día espléndido.

Y aquí tienes por qué precisamente esta etapa marca con un jalón tan brillante como un faro el camino de mi retorno á la esperanza; porque me llegó una vez la hora en que, en medio de un inmenso desfalleci-

miento de todo mi sér y en la oscura noche que me envolvía, ví lucir esa sonrisa del pasado, esa muerte blanca como un bautismo, y me dije: ya sé dónde está el puerto, y conozco la corriente que lleva á ese puerto.

De este pensamiento á la voluntad de dejarme llevar hacia el puerto, frágil despojo, náufrago perdido entre las olas, no había más que una lágrima, y Dios la exprimió ardiente de mi corazón para hacerla asomar á mis ojos; pero una verdadera lágrima que no se la podría acuñar para el teatro...

Parece que en el momento en que acababas de repetirles mi relación en tu casa, todo el mundo te preguntó por la continuación, y que tú les respondiste de muy mal humor: «La continuación no la sé, porque ese bruto de Juan me ha dejado aquí con la boca abierta...»

Quise protestar contra la palabra bruto, pero Juan me detuvo con un gesto.

—No todos los días tiene uno la llave de los recuerdos—me dijo.—Eso es un estado de gracia que viene á su hora. Hoy pensaba yo haber hablado á tus niños y á los míos de su primera comunión, de ese gran día que se va acercando para toda esta gentecilla menuda. ¿Pensáis mucho en esto en tu casa?... Y en lugar de hablarles de su primera comunión, voy á hablarles de la mía, lo cual será mejor acaso. Pero antes necesito concluir con Pedro Blot y con su culebra. Continuemos.

Me costó, en verdad, algún trabajo el impedir á Pedro Blot que se suicidara; era eso para él como un

punto de honor, y se representaba Adela aguardándole bajo no sé qué forma y no sé en qué sitio. Porque ellos no creen en nada, es verdad; pero creen en todo. Explícatelo si puedes.

Niegan la inmortalidad del alma, y van al cementerio á hablar... ¿con quién, con quién entonces?

Después del entierro, en el que Pedro estuvo cabal en punto á decencia, sentimiento, y hasta respeto, empleó todo el resto del día en conversar con Adela en el campo santo. Allí tuve necesidad de ir á buscarle, ya entrada la noche.

Algo habló de tirarse al agua á la mañana siguiente desde el puente de Suresnes; mas la persistencia con que yo pensaba en él le maravillaba y le conmovía. Cuando le dije que iba á estarme aún todo el día en Nantarre, me dió las gracias casi con entusiasmo, porque no se le ocultaba que era por causa suya. Durmió en casa de la misma señora y abrazó á Facio llorando. Magdalena le dijo:

—Este angelito acaso esté ya más adelantado que su padre. ¿Está usted bautizado siquiera?

—En la edad en que eso se hace—respondió Pedro—no era yo capaz de defenderme. He debido pasar por eso seguramente, pero no es mía la culpa.

Yo dormí todavía aquella noche en casa de mi amigo el doctor, que me abordó muy en serio en el terreno político, para decirme que el orden social tiene dos enemigos á cual más venenosos: Pedro Blot y yo; los radicales y los clericales; dos clases de malhechores igualmente dañosos: unos que obedecen al diablo, y otros que obedecen á Dios. Para bien ser, hay que ir

bordeando entre Dios y el diablo, pues toda prudencia consiste en el medio; tal era la filosofía del doctor.

A fuerza de bordear de esta manera esas pobres gentes, los liberales, acaban siempre por encontrarse con el escollo del despotismo ó con el de la anarquía, y allí encallan, gritando tan pronto ¡viva el orden! como ¡viva la libertad! El doctor admitía esto respecto al pasado; pero estaba seguro del porvenir, que pertenecía á la cerveza de Nanterre.

Divertíame yo en probarle que Pedro Blot era hijo legítimo de su cantinela materialista, y que yo, el oscurantista, me pasaba la vida desde hace cuatrocientos años defendiendo á la autoridad, es decir, á la patria, contra los facciosos de todo linaje, y que en cada revolución los libres-asesinos andaban conmigo á hachazos y á tiros para celebrar el triunfo del progreso. Pero el doctor me llamó «sanguijuela del pueblo», y me declaró que todavía no se me había guillotinado ni fusilado bastante.

—Si no fuera por ustedes—me dijo,—ó mejor dicho, si no fuera por Dios, que es una exageración, y por mi cuñado, que es su profeta, el mundo marcharía, porque ese es su oficio. Yo no quiero ni guillotina ni fusilamientos; yo por mí no haría mal ni á una mosca; pero mientras mi cuñado no sea liado como un fardo y puesto á la sombra, jamás tendremos paz en Francia.

Era este doctor de carácter tan alegre, que casi no se sabía cuándo hablaba en broma ni cuándo expresaba con sinceridad su pensamiento; mas esto no impedía ver el fondo de su doctrina. Para él Francia se encarnaba en la cervecería de Nanterre, frecuentada

por «la clase ilustrada», todos hombres de bien que sabían leer el periódico que vende al pormenor cura cocido; todos liberales, tolerantes y hasta generosos mientras que no se trata ni de Pedro Blot ni de los clericales; con un miedo horroroso á los salteadores, pero aborreciendo á los gendarmes; tirando piedras al Gobierno y acariciando al motin que les haga temblar de susto; muy orgullosos de su bienestar, desconfiando de los que son más pobres que ellos, odiando á los que son más ricos... ¡Ibetot, en una palabra: el reino, la parroquia, la república de Ibetot! Todo el talento y todo el corazón de Ibetot, toda la política y toda la poesía de Beranger, Píndaro documentado de Ibetot, zapatilla montada en lira, musa coronada de laurel... en salsa, y cuya aureola es un gorro de algodón todo ribeteado de coplillas indecentes... No os riáis de Beranger, ni de su botella, ni de su parra, ni de su liberalismo, ni de su lubricidad; no os riáis de Ibetot. En Francia, en la patria de Corneille y de Hugo, Beranger es el poeta «nacional...» Ibetot puede llegar á ser la capital de Francia...

Ahora bien; Pedro Blot es un amargo dolor que aborrece á Dios y que blasfema contra Dios. Se puede hablar con Pedro Blot, nunca con Ibetot, que es una obesidad sin odio y sin amor; un vientre, una cosa que no se desazona ni siquiera con Dios.

El doctor y yo hemos quedado buenos amigos. Le han dado una condecoración, y no quiere que nadie diga mal del orden establecido. A lo más se permite hacer todavía de cuando en cuando, desde el fondo de la cervecería de Ibetot, una advertencia al Gobierno

para obligarle á desconfiar más y más del clericalismo. El es el que ha hecho y hará todas las revoluciones, por causa de su cuñado.

¿Y Mazagrán? ¡Ah! Eso ya es harina de otro costal. Ese no se hace nunca conservador por un simple cintajo. Le han hecho diputado, y le han hecho otra cosa mejor. La última vez que Pedro Blot vino á ver á Facio, llegó á mi casa todo salpicado por el coche ministerial de Mazagrán, y me dijo acepillándose:—¡Ah, fantástico! Ha echado los tiranos afuera para ponerse él las botas, y la camisa, y el gabán. Y todo continúa lo mismo después de su última barricada; salvo que ahora es él el que paga los polizontes.

Lo más curioso es que Pedro Blot no se desama de Mazagrán por eso. Es la historia natural del sapo que ama á pesar de todo á la culebra. Evidentemente le gusta á Pedro Blot ser manteado por Mazagrán, y en cuanto Mazagrán desdeña el mantearle, Pedro Blot tiene sed de Mazagrán como del ajenjo, y aun creo que en materia de venenos prefiere á Mazagrán, porque embrutece mejor y más aprisa...

Callóse aquí Juan, y le pregunté:

—En resumidas cuentas, ¿convertiste á Pedro Blot?

—Sí, sí—me respondió;—más de veinte veces. No puedes formarte idea de la disposición de esos desgraciados para el bien como para el mal; pero Mazagrán, ó los que le reemplazan en las reuniones cuando Mazagrán ha hecho su negocio, concluyen siempre por llevarse los con el aliciente del vicio.

El vicio es la fatalidad de los pobres.

Pedro Blot no se tiró al río desde el puente de Su-

resnes ni desde ninguna parte, y aceptó la plaza de guarda del cementerio, donde permaneció tranquilo cerca de dos meses.

Venía á ver á Facio cada ocho días á París, y Magdalena me decía:—¿Sabes que va á ser mejor que tú y que yo en cuanto cumpla con Pascua?

Y verdaderamente estuvo muchas veces á punto de confesarse y comulgar. Una de las religiosas de Nanterre le había tomado por su cuenta. Sentía él hacia ella una afección parecida al culto, y también me quería mucho á mí. Pero en esto llegaron las elecciones memorables, que han hecho de Mazagrán un hombre de Estado.

Era poco antes de la guerra; abríase la hégira de la borrachara. El boulevard, ese lugar maldito, cansado ya de elegancias, lavaba sus trapos en el arroyo. *Figaro* compraba un gancho, alquilaba un cuévano y encendía una linterna para buscarse la vida por los mulladares. El mismo *Journal des Debats*, ensayando seniles calaveradas, aprendía el arte de *aculotar* las pipas en el figón de los finados Bertines.

Francia titubeaba y vacilaba toda, porque Mazagrán, ya borracho, había exhumado del cementerio de Montmartre un órgano viejo de barbarie que sabía refunfunar la *Marsellesa*.

Por espacio de tres semanas Pedro Blot bebió política verde. Abandonó su plaza, y tornó á dominarle la enfermedad del ajenjo.

Así vegetó largo tiempo, viviendo en la miseria. De cuando en cuando daba una vuelta por Nanterre á ver á la religiosa, que se murió antes que él.

Entonces fué cuando le vimos el corazón. Cayó enfermo, y vino á pasar la tiritona de la calentura á nuestra casa, donde Magdalena le cuidó como una madre. Mezclaba los dos recuerdos de Adela y de la religiosa; y allá á su manera rezaba algunas veces, aunque otras veces blasfemaba como por gusto y hacía gala del odio que tenía á Dios.

Cuando refería lo que había sufrido en su vida, de verdad daba lástima. ¡Un martirio rudo y continuo sin abnegación ni resignación; enfermedad, hambre, sed, frío, cólera, envidia... ¡y jamás un átomo de esperanza!...

¡Ni una recompensa, ni un consuelo!

¡Ni siquiera un resto de confianza en los que le habían arrancado el corazón!

Cuando estos víctimas de la estúpida ambición de Tartufa Catilina no llegan á ser positivamente facinerosos, hay que agradecerse y admirarlos.

Pedro se puso bueno y se fué, y después volvió para marcharse de nuevo, y volver á venir, y volver á marchar.

Salvo el ajenjo, era sobrio como un dromedario, y vivía con nada: fué menester mucho tiempo para matarle.

Por fin un domingo por la mañana, el médico primero del Hospital, que continuaba siendo mi amigo aun después de mi ruina, *¡para avis!* subió á mi casa, y me dijo:

—¿Es verdad que eres tú el camarada de un bribón rematado que se llama Pedro Blot?

—Sí, yo soy —le contesté;—y más que su camarada.

Nos hemos frotado la nariz el uno contra el otro como los salvajes de Madagascar cuando hacen alianza, y somos hermanos en miseria. ¿Está enfermo?

—Sí; de una media docena de enfermedades mortales. Nos le trajeron borracho el domingo á la tarde, y sin conocimiento. Cuando se le hizo volver en sí dió miedo á todo el mundo, y el enfermero que estaba de servicio, que no es santo ni mucho menos, se ha marchado aburrido de las infamias que vomitaba por aquella boca.

—No me extraña—le dije,—y sin embargo, todavía no es tan malo como otros muchos.

—Eso pretende Sor Vicenta, que se ha quedado sola con él. Excelente criatura; pero propensa, como tú, á la severidad para con el común de los pecadores, y á la indulgencia para con los malvados.

—Todo depende de lo que se entienda por «malvado» y por «común de los pecadores». Jesús fué puesto en cruz por hombres muy comedidos, y hubo al menos uno de los dos ladrones que no contribuyó nada á su tormento. Pero Pedro Blot ni siquiera es ladrón. No tiene la lepra más que en la piel.

—Todo lo que tú quieras; pero eso se pega.

—¿Y está en peligro de muerte?

—Hoy sí.

—¿De cuál de sus enfermedades?

—De ninguna. Se le va á hacer una operación necesaria, pero gravísima, de la que probablemente no saldrá, porque tiene que durar diez horas.

—¿Y él ha manifestado deseo de verme?

—Sí; ha dicho que aunque estuvieras medio muerto irías por ver de animarle en el último instante.

Mi sabio é ilustre amigo se reía al decir esto.

Creo que se reiría de aquel pobre diablo y de su fatuidad. Porque ¿qué interés podía nadie tener en animarle?

Magdalena, que estaba oyendo sin despegar los labios, se me acercó y me dijo:

—Voy á ir contigo, si quieres; al cabo es el padre de Facio.

—¡Ah! ¡También ha hablado de su comadre Magdalena!—exclamó el doctor.—Buenos días, Magdalena. Y ha hablado de Facio. Si cabemos todos en mi coche, vámonos.

* * *

Juan hizo aquí una pausa. Tenía los ojos medio cerrados, y pasado un momento, comenzó á hablar como distraído.

—Ando rebuscando por acá dentro—me dijo—la historia que he prometido á los niños. La del pobre Pedro Blot está casi acabada. No fui yo quien le consoló y animó en el último trance, sino Facio, y eso que no tiene nada de apóstol.

Facio llegaba á los cinco años y era un guapo rapaz, malo como la polilla. Su presencia en casa había producido algún desconcierto en nuestra vida de familia.

Y lo mismo sucedía con las salidas de Berta del colegio. No podía ser interés ni avaricia el disgusto de nuestros hijos, de Magdalena y míos, porque Facio no nos costaba nada: el teniente de alcalde de Nanterre, tan convicto como estaba de felonía para el *ilustrado* doctor, su cuñado, nos enviaba cada mes aún más de lo que Bonifacio comía; y en cuanto á Berta, se edu-

caba á costa de la familia de Moy. Pero nuestros hijos y nuestras hijas, que se habían visto obligados á des-pajarrar después de mi «naufragio», hacían mal humor al ver que otros estaban ocupando á nuestro lado el lugar suyo.

Ya me parece haberte dicho que todos estaban lejos; debo añadirte que todos estaban bastante bien colocados. Dos de las chicas estaban casadas, y dos muchachos, también. El tercero de los hijos y la tercera de las niñas, muy jóvenes todavía, trabajaban en distintas casas; pero ambos en excelentes condiciones.

Como no había dónde meterles á todos juntos en mi cueva, venían por tandas, y bien sabe Dios que eran bien recibidos. Ninguno de ellos era rico; pero ninguno era del todo pobre, y tengo el consuelo de poder decir que su modesto acomodo también era debido á mí, en parte al menos, pues que los restos de mi antigua influencia les habían acomodado á todos, desde el primero hasta el último.

Dios me había herido severamente, es verdad; pero su misericordia había suavizado el golpe para todos los que me eran queridos. Yo nada les daba, porque nada poseía, y porque tampoco necesitaban de nada; pero todo lo que tenían lo tenían por mí.

Todo esto parece una defensa, y quizá lo sea, porque se me ha acusado de haberme refugiado en el «egoísmo de los anacoretas», en la «holgazanería católica»; hasta se ha dicho que había abandonado á mis hijos.

Es la primera vez que me defienden. Y será la última.

Mientras he tenido á uno sólo de mis hijos desarmado contra las necesidades de la vida, he obligado á mi

pluma á seguir adelante, á mi pobre pluma que no señalaba ya sobre el papel. Cuando he parado de escribir era que ya no quedaba nadie que tuviera que ayunar en mi casa más que Magdalena y yo.

—¿Estamos muertos de hambre? No; y hay todavía pobres que comen las migajas de nuestras migajas. Porque aún tengo mis pobres, lo mismo que cuando el público me pagaba por mis rapsodias cien mil francos al año.

¡Qué bueno es Dios! ¡qué bueno! ¿Por qué un vencido como yo, colmado de paz y temiendo sufrir demasiado poco al pie de la cruz, no ha de poder hacer la limosna de su felicidad á los vencedores de este mundo?... Pues yo bien sé lo que sufren, porque he sido también vencedor y torturado por la victoria.— ¡Mas con qué desdén hubiera yo rechazado lejos de mí á cualquiera que me hubiera dicho entonces que pusiera mi mayor felicidad en quebrantar mi orgullo, que era mi vida misma, la vida de mi vida!...

¿Y le he quebrantado de veras? ¡Señor, arrancad de mi corazón hasta el orgullo de haber quebrantado mi orgullo!

Llegamos al Hospital Magdalena, Facio y yo cuando iba á comenzar la operación. El cirujano estaba ya en su puesto. El doctor nos dejó en el pasillo, por más que Facio tenía mucho deseo de ver. A los cinco años no tienen los niños noción de la muerte, ni casi del sufrimiento.

Magdalena rezaba. Yo por mí le pedía á Dios con fervor la palabra que derrite los corazones y reduce las conciencias.

La operación duró unos quince minutos.

Fué, á lo que parecía, una operación magistral y que tuvo el éxito más completo. El doctor estaba por ello conmovido cuando vino á buscarnos.

—Os prohibo estar más de tres minutos con el enfermo—nos dijo,—y aun faltó á la consigna en permittiros entrar á verle. Hemos tenido un éxito asombroso; ya volveréis mañana. Este pobre hombre va á andar en los periódicos. No ha jurado ni gruñido por más que el cloroformo no le hizo nada. Es un hombre de hierro.

¡Pobre amigo Blot! ¡Carcomido de la miseria y del vicio, de esas dos roñas alimentadas por la horrible industria de los que viven del odio!

Cuando entramos, Pedro estaba acostado en una cama muy blanca. La Hermana de la Caridad andaba alrededor de la cama y le elogiaba por su valor.

—Bien sabía yo que había de venir alguno de casa de ustedes—me dijo sin casi menear los labios.—Soy atrozmente fuerte, pero con todo, de esta vez se me figura que voy á liarlas para la Siria.

—¿Quiere usted que venga el capellán?—le preguntó la Hermana de la Caridad, que al ver la calma en que se había quedado desde la víspera, le miraba ya como convertido.

—Gracias—respondió él de buen humor;—no gasto por ahora.

Y añadió guiñándome el ojo:

—¡No sabe más que eso!

La Hermana, que estaba para retirarse, volvió hacia él y besó la cruz de un rosario que sacó del bolsillo, diciendo con dulzura:

—Es verdad; no sé más que eso.

Y le alargó la cruz.

Pedro no se movió, y dejó caer los párpados sobre los ojos, pero sin alarde.

La Hermana cogió en brazos á Facio y le besó. Al volverle á posar, desenredó su rosario y se le metió por el cuello como jugando.

—Ya veo la historia—murmuró Pedro Blot meneando la cabeza y sonriéndose:—me van ustedes á enredar cuando ya no pueda defenderme.

La religiosa se marchó en cuanto vió á Facio llevar la cruz del rosario á los labios.

Había allí algo que me oprimía el corazón de una manera terrible. No sé si he sentido alguna vez la presencia de Dios con más fuerza que en aquellos instantes.

Magdalena y yo nos aproximamos á la cama, y ella le cogió la mano á Pedro. Estábamos solos. A los pocos pasos, en el esconce de una ventana, había un jovencito que escribía sobre las rodillas.

—Es redactor del periódico de medicina—me dijo Pedro;—escribe de prisa porque sale mañana. Hace diez años que no se ha visto operación tan hermosa, según dicen.

Retiró la mano de entre las de Magdalena para tendermela á mí, y en cuanto se apoderó de la mía me la estrechó vigorosamente. No era aquel apretón de manos el de un moribundo.

—Ha ido sin duda á buscarme la sotana—me dijo, hablando de la Hermana de la Caridad.—Es una buena muchacha, pero muy tonta... A estas horas Mazagrán

almuerzo en el ministerio á cuarenta pesetas el cubierto... ¡farsante! Tiene talento, y es preciso que haya nacido de pie para vivir como en bodas á costa de todos los que sufren... Con tal que esta pobre vieja de esta sociedad no le ahogue al darle á comer y á beber su propio contenido... Caro, si, la costará á la sociedad; pero no tiene que hacer por su parte más que pagar el precio, y él se hará todo lo que hay que ser... hasta gendarme... ¡Calla! Ya el mata-sanos en capullo ha concluído de escribir cómo he sido *curado*...

No había más amargura en la ironía de esta última palabra que en lo concerniente á Mazagrán, y Pedro continuó en seguida:

—Yo era muy fuerte, pero todo se gasta. Dénme ustedes ese «abejorro» para que le abrace.

Cogí á Facio, y conforme le levantaba, las sartas del rosario de la monja se chocaban y rugían.

Pedro frunció las cejas, y dijo mirando á Facio:

—Aquí está el retrato de la pobre Adela.

—Mira, Juan—murmuró Magdalena;—con una palabra, como tú sabes decirlas, caería redondo este infeliz en brazos de Dios.

—Pedro—le pregunté yo;—¿ha oído usted lo que dice mi mujer?

Pedro abrazó á Facio con más ternura que nunca.

—¿Y se acuerda de usted—añadí—de lo que yo le decía en otro tiempo? Le solía decir á usted: «Está usted muy cerca de Dios. No hay nadie sino Dios que haya sufrido más que usted...»

—Si ese Dios de ustedes viera claro—refunfuñó,—¿dejaría á Mazagrán hacer su negocio?...

Magdalena le habló al oído á Facio, y éste cogió con las dos manos el rosario de la Hermana y le pasó de un tirón al cuello de su padre con esa graciosa facilidad de los niños.

Pedro quedó asombrado; todavía quiso reirse, pero sus labios lo resistieron: estaban rígidos.

—Es una tontería—dijo—aprovecharse de que uno no puede más... Pero esto no hace mal ninguno... ni bien tampoco. ¡Ah! si fuera verdad que hay alguien que ha sufrido por mí más que yo mismo, y que ha muerto para hacerme en otra parte tan dichoso como aquí he sido desgraciado, aunque éste fuera el Dios de ustedes... se lo agradecería... Pero, sí, búscale... ¡Trabajos! ¡Y después, trabajos!... ¡Y más tarde, todavía más trabajos!... Esto es todo lo que yo he tenido sobre la tierra. No se puede creer en lo que es contra el sentido común.

—Pedro—le respondió,—los trabajos de usted en la tierra son su riqueza en el cielo. ¡Es verdad que Dios ha muerto por usted! ¡Creálo! ¡Es verdad! ¡Yo se lo juro! Él es, su Salvador es el que le habla á usted en el fondo de su conciencia quebrantada. ¡Amigo mío, amigo mío querido, no se amilane usted: vea, crea y ame! Mírele usted por usted mismo martirizado. Mire usted las cinco llagas de su cuerpo y de su corazón que manan todavía la sangre de nuestro rescate en esta hora mucho más preciosa para usted que la reunión de todos los siglos. ¡Mírele usted! Dígale usted tan sólo: «¡Padre mío, padre mío, padre mío!»

Humedeciéronse los ojos, y en cada uno de ellos brilló una lágrima. Y sus labios tocaron la cruz volun-

tariamente, mas con recelo. Entonces le entendí con indecible sorpresa, ó por lo menos creí entenderle que balbucia:

—*¡Padre mío, yo os perdono!*

Sufrí un estremecimiento terrible. ¡Dios mío! ¡Perdonar á Dios! y exclamé:

—No es eso, pobre amigo mío, no es eso.

Pero me detuve, porque parecía como que una voz interior me gritaba: «¡Ya llama á Dios su padre! ¡Ya ha cesado de odiar á Dios! ¡Ya ama á Dios!»

Y parecíame que experimentaba yo una parte de la alegría de Dios.

En este momento dijo Pedro (y le oí solo yo, porque Magdalena se había ya ido á encontrarse con la Hermana y con el capellán):

—Madre mía...

Me incliné para oírle, porque hablaba muy bajo, y pude comprender que repetía otra vez:

—Yo os perdono...

Así aquel extraño pensamiento que acababa de atrillar mi espíritu, el perdón concedido á Dios, era probablemente una ilusión mía, nacida del hecho de haber pronunciado Pedro la frase «Padre mío» en seguida después de mí, que había aplicado el mismo nombre á Dios.

Las otras palabras, «Madre mía, os perdono», daban ya sentido diferente á las primeras.

Pedro había hablado antes seguramente de su padre terreno, puesto que ahora hablaba de su madre; y á su padre terrenal debía de ser á quien había antes perdonado..

Quiero manifestar todo lo que pasaba por mí en aquel instante en que me sentí cristiano por la caridad, hasta las más íntimas fibras de mi sér, más y mejor aún que en todas las demás horas de mi vida, tan ardientemente deseosa de pertenecer á Dios toda entera.

Pedro, en sus largos días de odio desesperado, había tenido tres principales rencores, de los cuales dos, los que se dirigían contra su padre y su madre desconocidos, daban forma á su rebelión contra la sociedad. El tercero se dirigía á Dios, casi tan desconocido para él como sus padres; y estos tres resentimientos, malos, pero no inexplicables, habían abierto el abismo de su miseria moral, harto más hondo que el de su miseria material.

Motivos había para creer que su perdón de ahora era para aquel hombre y aquella mujer, para sus desnaturalizados padres, que con su traición le habían arrojado al suplicio de los abandonados; y en este caso, Pedro, mi pobre idiota de París, había salvado de un salto, que puede llamarse prodigioso, el precipicio que separaba su odio inveterado, amargo, gangrenoso, el odio que había constituido toda su existencia, de la verdadera y perfecta caridad divina.

Pedro era grande de todos modos, y ahora tocaba del primer vuelo, según sucede con frecuencia en el adorable milagro de la buena muerte, tocaba, digo, á lo sobrehumano, á la sublimidad cristiana.

¿Era así realmente? No lo sé. Suele uno juzgar á los hombres tal como les ha visto. Yo había visto á Pedro Blot enteramente otro. Allá detrás del Monte-Valeria-

no, metido en el saco, me había dado miedo; pero era más que nada por la negra, desoladora y densa oscuridad en que yacía...

La desgracia de Pedro era como si dijéramos *supina*. Nada le aliviaba. Dios se lo había negado todo, hasta el lado punzante y trágico del tormento que tanto ayuda al alma á levantarse. Tan cierto es esto, que tú mismo has debido preguntarte más de una vez por qué dedico yo tan enérgica compasión á las desolaciones vulgares.

He pronunciado la palabra, y no hay otra: en Pedro todo era *supino*, salvo una maldita migaja de excentricidad, como aquel suicidio por medio del ajeno, que era doblemente *supino*, hasta el extremo de llegar á producir el especial asombro que nace de un exceso de estupidez.

Poesía no había nada en él, ni pretexto para la poesía. Pedro no era ni siquiera un pillete; bien lejos de ser un malvado que se prestara á la indignación lírica. Era un desgraciado nada más.

Me costaba, pues, no poco trabajo creer que se hubiera crecido de aquella manera repentinamente, que se hubiera transformado y depurado hasta lo admirable, hasta la piedad inverosímil del hijo desamparado y muerto en su desamparo, á fuego lento, que perdona á su padre y á su madre, autores de aquella angustia tan larga como su vida.

Y les perdonaba por sí mismo, aparte de toda otra causa exterior, sin que nadie le hubiera dicho: «es menester perdonar»; sin haberles encontrado ni haberles visto, sin peripecias y, por consiguiente, sin drama, y

por el solo poder de la iluminación suprema... Te digo todo esto para explicarte, para disculpar la irresistible fuerza que me llevaba al otro miembro de la alternativa, al primero, *al perdón á Dios*, no porque esta idea fuera menõs extraña; al contrario, espantaba mi propia conciencia; sino porque me parecía más vecina de la salvaje ignorancia de Pedro, más acomodada á su orgullo populachero, y también, sin duda, porque *era mía...*

Sea de esto lo que quiera, renuncio á decirte lo profundo de mi emoción y la intensidad de la plegaria que de mi corazón brotaba. Besaba yo la mano de Pedro, que tenía apuñada la cruz; pero él no sentía mi beso, ó por lo menos nada en él indicaba que percibiera el contacto de mis labios.

Volví la cabeza al ruido de los pasos del capellán, que venía con la Hermana.

La máscara de la muerte se había colocado de un golpe sobre la faz de Pedro, mas no podía uno equivocarse ante el movimiento de sus labios, que ahora se apegaban á la cruz con gran ardor voluntario y visible.

—¡Arrepíentase de sus pecados, hermano!—le dijo el sacerdote precipitadamente, pues creía llegar ya tarde.

—¡Ya lo ha hecho!—murmuró Magdalena detrás de él.—¡Ya lo ha hecho, y bien, á fe mía!

Estaba Magdalena todavía en la idea del *perdón á Dios*, pues que no había podido oír las últimas palabras de Pedro Blot que se referían á su madre, y debió expresarse con tan marcado tono de ironía, que el capellán la miró con severidad mezclada de estupor, como si la hubiera oído una blasfemia.

Mi pobre Magdalena, que no está muy fuerte en teología, escondió la cabeza entre las manos, apoyados los codos á los pies de la cama, y añadió con dulzura:

—Ande usted; no tema: déle usted la absolución. ¿Por ventura Aquél de quien él hablaba no entiende todos los idiomas? Pedro ha perdonado al mal que ha sufrido y al mal que ha hecho. Lo cual quiere decir sencillamente que quiere ser perdonado, sólo que la lengua le ha trocado las palabras... ¿Piensa usted que la bondad del Corazón de Jesús se va á quedar en deuda con este pobre corazón?

Yo en tanto rezaba con todo el fervor de mi alma. No sabía yo más ni quería saber más que Magdalena, ó mejor dicho, era del mismo parecer que ella, hasta en lo más recóndito de mi fe. Parecíame estar viendo aquel Corazón de amor dulce y humilde y todo rodeado de llamas, que truecan el estiércol en oro puro...

*
* *

Juan hizo aquí una pausa. Sus ojos buscaban el cielo á través del follaje; su mirada, tierna como la de los ciegos, que ven, según se dice, en el interior de su alma, no reflejaba ya nada de las cosas de aquí abajo. Permaneció un instante en silencio, como si un pensamiento demasiado grande le hubiera ahogado las palabras. Cubrióse de carmín su habitual palidez. Todo su sér parecía que vibraba; nunca había visto yo al recogimiento trascender así al exterior de un hombre.

De repente le asomó una lágrima á los ojos.

—¡Ah!—dijo muy bajito y con voz temblorosa;—tengo miedo de hablar. No me atrevo á decirte el cántico de reconciliación entonado dentro de mí por el tartamudeo, por el *lapsus* quizá de esa ignorancia que *perdona* á la infinita luz de Dios. Si yo me engañaba, que Jesús tenga misericordia. ¡Ah! Dios á los pies del pobre; el Santo de los santos suplicando al más ínfimo de los pecadores! Porque Dios le *había suplicado*, de eso estaba yo bien seguro. Y aun veía inscrito en el esplendor eterno aquel pacto inaudito, escala de una palabra entre la suma debilidad y la Omnipotencia; aquel trato aceptado desde lo hondo de la agonía sobre la cama de un hospital por el miserable de los miserables; y he dicho aceptado, porque realmente había sido ofrecido desde lo alto del cielo por Aquel que llena los mundos de la majestad de su gloria!

¡Oh Dios mío, Dios mío, nuestro camino, nuestra vida y nuestra salud! ¡Dios de las misericordias sin límites, Dios de la cruz, Dios loco de amor! ¡Él os había perdonado! ¡Él, gusano de la tierra, á vos, que sois Dios! Y este perdón, tan poca cosa como es ante la riqueza de vuestro perdón inmenso, brotaba torrentes de misericordias.

¡Oh, cuánto amáis, Dios mío, á los que andan arrastrando como Pedro Blot, abatidos bajo las humillaciones de este mundo! Tan cerca están de vos, que al menor movimiento tocán ya la herida de vuestros pies. Vos les igualáis casi á vos en la hermosa participación de vuestra ternura, y se les puede decir como á vos en otro tiempo el Centurión: *Sed tuncum dic verbo...*
«¡Decid siquiera una sola palabra, oh vencidos de

aquí abajo! ¡Tenéis reunido un tesoro, no le dejéis perder por falta de una palabra!»

¡Oh, dichosos vosotros los desgraciados, los hollados... grey esclava y maltratada por la rabia de los perros de Satanás, de los perros políticos, sociales, literarios, encarnizados en vuestra ruina porque vuestra ruina es su fortuna de un día, porque se hinchan sobre el montón de vuestros padecimientos hasta la hartura de sus ciegas ambiciones! ¡Oh miserables, ardentemente queridos de Dios! Vosotros estáis desde toda la eternidad en su corazón, y desde toda la eternidad abaja él hasta vosotros los deseos de su ternura insaciable. ¡Pacientes, menesterosos, desdeñados, vosotros sois las glorias escogidas, los llamados antes que todos, los primogénitos, los preferidos, las almas adornadas con los esplendores nupciales del sufrimiento!

Por vosotros saludó el ángel á la Bendita entre todas las mujeres; por vosotros el misterio adorable de la Encarnación exhaló aquel cántico de supremos triunfos entre los labios de María Inmaculada; por vosotros saltó de gozo Juan Bautista en las fecundas entrañas de la estéril; por vosotros guió y alumbró la estrella á los Magos y acudieron los pastores, instruídos por la voz del cielo, alrededor de la cuna de humildad y de gloria en que dormía vuestro Rey, el Rey de los reyes; por vosotros, José, que era el trabajo, la castidad, la grandeza y la obediencia, huyó á Egipto con el precioso depósito, afrenta y honor de su raza; por vosotros creció el divino Niño en la oscuridad laboriosa; por vosotros el precursor, alimentado de ayuno y vestido de cilicio, abrió el camino del Desierto anunciando

do el Verbo del Padre; por vosotros, pobres, principales predestinados, salió Jesús de su oscuridad, sembrando sus caminos de milagros; por vosotros, ¡ah! por vosotros eligió doce discípulos parecidos á vosotros, y también por vosotros obró tantas maravillas en los cuerpos y en las almas de los semejantes á vosotros, purificándolos, curándolos, resucitándolos y aposentándolos en lo más profundo de su corazón, hasta poder decir hablando de vosotros: «Todo lo que á ellos se les diere, á mí mismo es á quien será dado.»

¡Oh pobres, que sois ricos con la inestimable opulencia que hay en la desnudez, y en el hambre, y en la sed, y en el frío, y en la humillación, y en las lágrimas; hermanos de Jesús, hijos de Jesús, favorecidos de Jesús, herederos de su cruz, beneficiados con su preciosa sangre, corazones inundados por el agua de la agonía y del amor que brotó de su costado abierto por la lanza! Vosotros, para quien el cielo es tan fácil y la tierra tan dura; vosotros que sois deseados, que sois implorados desde lo alto... ¿cómo puede hallarse entre vosotros un solo sér bastante insensato para rechazar lejos de sí su divino patrimonio y para trocar su derecho de primogenitura real por el vaho de un plato de lentejas?...

*
* *

Conforme Juan me hablaba se iba haciendo más sonora su voz, que me envolvía y me bañaba, penetrante como el calor de su piedad hermosa. Todo lo que me dijo entonces lo guardo dentro de mí, y, sin embargo, no he podido reproducirte lo tal como él me

lo dijo. Quizá he hecho mal hasta en intentarlo. Juan tenía boca de oro, pero era uno de esos elocuentes á quien nadie puede traducir.

Volvió á tomar el hilo de su narración, y dijo:

—A otra pregunta del capellán, que pedía una señal de arrepentimiento, Pedro, cuyos ojos arrasados de lágrimas hablaban ya bastante, respondió con un movimiento de cabeza muy perceptible, y recibió en seguida la absolución.

Mientras el sacerdote pronunciaba la fórmula de ésta experimentó Pedro un estremecimiento interior que trastornó sus facciones con tal violencia, que Facio, asustado, se echó para atrás; pero aquello no fué más que una pasajera convulsión, y en seguida volvió el enfermo á levantar la cabeza.

Me miró. Creí sentir el nombre de Adela vagar por sus labios; pero no fío mucho de mí.

La palabra «gracias» sí que salió de su boca, de esto estoy bien seguro, y la palabra «Dios», y oprimió la cruz del rosario contra su pecho, en tanto que sus ojos suplicaban...

Todos estábamos de rodillas.

Hubo allí, como dice Magdalena, una ráfaga de claridad que pasó sobre él, y Facio tocó sus manecitas una contra otra, gritando:

—¡Papá se ha curado!

En aquel momento la cabeza de Pedro Blot tornó á caer sobre la almohada, y repitió por tres veces, con voz que se oyó hasta de lo último de la sala, la misma invocación que yo le había dictado: «¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Padre mío!

Y concluyó su carrera sobre la tierra.

Magdalena le abrazó y le cerró los ojos.

Cuando se levantó el capellán, una pobre anciana, cuya agonía duraba ya desde hacía cuarenta y ocho horas en la sala contigua, le llamó gritando:

—¡Yo también, yo también! ¡Ya le quiero!

Había rechazado hasta entonces los auxilios de la Religión, recibiendo al sacerdote con groseros insultos cada vez que se la presentaba. Al llegar el capellán al lado de su cama, le dijo:

—Dios ha venido. El hombre ha rogado; yo también hallaré gracia.

Y se confesó entre lágrimas y sollozos...

*
* *
*

Como Juan no hablaba ya, le pregunté con harto desenfado, queriendo disimular la emoción extraordinaria que sentía:

—¡Vamos! y ahora ¿me falta oír que consideras á Pedro Blot como un santo?

—Te falta oír—me respondió—que creo en Dios y en cada una de las partículas de Dios, si no es una impiedad el hablar así, aun en sentido figurado, del Sér absoluto é invisible. Que creo en la rica porción de los desheredados, en los gozos prometidos á los que lloran, en la glorificación de los humildes, en el celestial desquite de los oprimidos. Dios está en todas partes, y el hecho milagroso de su presencia en todas partes no puede seguramente ser disminuído ni aumentado. Y sin embargo, Dios *había venido* al Hospital, por

más que ya estuviese allí, pasando á través de sí mismo, porque Dios aparece *más presente*, en cierto modo, por Jesucristo, Dios á la vez y Rey de los ángeles de Dios, sobre la suprema angustia de los que sufren, que son los huéspedes de su divino corazón. No estoy cierto de ninguna otra cosa más que de la misericordia infinita del Corazón de Dios. Y ¿quién será osado de responder categóricamente á tu pregunta? ¿Sabes tú acaso lo que es un santo?... Mas cada vez que recito el salmo *Laudate pueri Dominum*, me acuerdo de Pedro y le veo «levantado fuera de su cieno» (1) por la mano del Herido adorable cuya sangre derramada es un océano de gracia, y veo al padre de los pobres, al Rey de la gloria, enamorado de los atractivos de la miseria, coger á Pedro Blot, el último de entre los últimos, «para colocarle entre los príncipes (2) de su pueblo». En suma: yo ruego por él; pero también le ruego que ruegue por mí...

*
* *

Juan siguió, después de un rato de silencio:

—Al cruzar la sala para retirarnos, advertí que Magdalena no iba con nosotros. Facio, á quien yo llevaba por la mano, me dijo:

—Se ha quedado allá atrás con un viejo.

Volví á deshacer las pisadas, y hallé, en efecto, á Magdalena hablando con un viejecillo enfermizo que no

(1) *...de stercore eringens pauperem...*

(2) *Ut collocet eum cum principibus... populi sui.*

llevaba nada en la cabeza, ya toda calva, más que un hilo de bramante atado á manera de venda, sosteniéndole sobre los ojos una especie de pantalla verde. Un querubín rubio cubierto de andrajos le llevaba de la mano, porque él no veía.

En el momento en que yo llegaba se despedía de Magdalena para continuar su marcha, tambaleándose, hacia el otro extremo de la sala.

—¡Mira, mira, querido!—me dijo mi mujer sonriendo y suspirando;—es un *pobre de Pedro Blot*, que viene nada menos que de Curva-vía!

Y Bonifacio exclamó inmediatamente:

—Bien lo conozco yo; es el antiguo noble á quien llevaban la sopa cuando vivía mamá Adela, y se enfadaba cuando la sopa no estaba buena.

—Me ha detenido—continuó Magdalena—para decirme con mucha cortesía: «Señora; yo no puedo leer los números, ¿quiere usted enseñarme la cama del señor Pedro Blot, que tiene el 16?»

—Ese ha tenido muchos miles—dijo Fácio con aire de importancia.—Papá le llamaba «jesuíta», pero nunca le dejaban sin su ración de sopa.

Magdalena abrazó á Fácio, y luego me dijo:

—El viejo ha conocido á la *señora* Adela, y llora á mares hablando de Pedro y diciendo: «No tenía yo en el mundo más que á él».

Nosotros también llorábamos.

Los naturalistas han escrito páginas hermosas sobre la prodigiosa grandeza de Dios, considerada sobre todo en los pormenores de las cosas infinitamente pequeñas. Nos muestran el animal que vive sobre la tierra, el in-

secto que vive sobre el animal, sobre el insecto el animalillo invisible, y sobre el invisible, no sé qué, que no tiene nombre, pero que vive.

De esta manera descende aún más abajo y sube todavía más arriba la escala del milagro del amor, desde la generosidad ilustre de un Rothschild, hasta la obscura compasión de Pedro Blot.

—Y ¿qué cosas no veríamos—te pregunto yo ahora—si fuera posible que Midas, que es todo de oro, diese de su opulencia como Pedro Blot de su sopa?

Sucede en la sociedad lo mismo que en la naturaleza: en bajo es donde se ocultan los tesoros.

Las gentes que ven por ahí la tela grasienta y reluciente de mi gabán, apenas pueden contener la risa cuando me oyen hablar de «mis pobres». Y tienen razón; porque la cosa no deja de tener gracia. Pues bien; *Pedro Blot era uno de mis pobres*, y PEDRO BLOT TENÍA SUS POBRES.

Y hay que añadir que la justicia de Dios invierte la escala milagrosa de que te hablaba hace un momento, la escala de la caridad, que es la escala misma de la salvación.

Cada uno de nosotros, en definitiva, será recompensado en proporción exacta del amor que haya tenido, es decir, del sacrificio que haya ofrecido, y no conforme al valor material de la ofrenda.

Ochavo habrá quizá que valga más que todos los millones del Universo.

Y acontece que Creso, por generoso que sea, no habiendo podido nunca dar ni la más mínima parte de «lo necesario», permanece agobiado por sus bienes al pie

de la escala, en tanto que Pedro Blot, que ha tenido hambre suficiente para haberse comido la sopa que repartía, está en lo más alto, vecino del cielo, y no tiene más que decir, aunque sea muy bajito, cuando llegue el momento: ¡Aquí estoy, padre mío... soy yo!

*
* *

Hacia ya un rato que estaba yo viendo formarse del lado de la casa la procesión de los futuros oyentes de Juan. El partido del marro se había concluido, y los niños, curiosos de saber, habían ido á buscar á mis hermanas, á mi mujer, á todas las autoridades que pudieran tener influencia sobre Juan para hacerle adelantar la hora de la historia.

Juan se había quedado pensativo buscando, quizá, una frase de efecto para concluir su terrible paralelo entre la opulencia y la miseria; así es que no veía toda aquella gente formal y menuda que iba llegando por una de las calles del jardín.

—¡Calla!—dijo cuando, al levantar los ojos, se vió rodeado;—¿ya estáis aquí?

—Venimos á *La Primera Comunión*—dijo mi mujer.

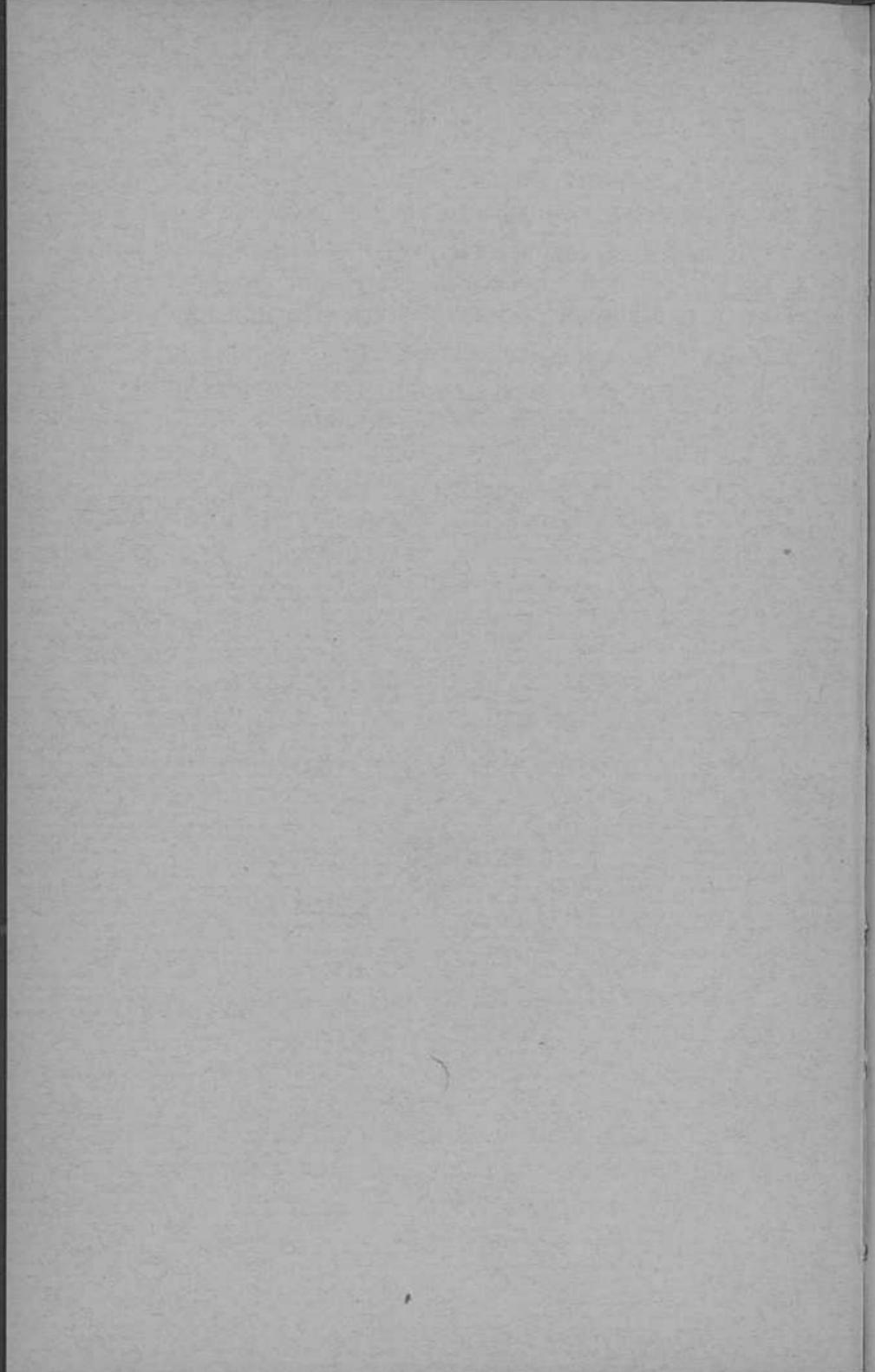
—Se nos ha prometido *La Primera Comunión*—añadieron mis hermanas.

Y mientras cada cual se iba acomodando debajo del emparrado lo más cerca posible del narrador, las palabras *Primera Comunión* corrían de todos los corazones á todos los labios, despertando aquí un recuerdo profundo, allá una misteriosa esperanza, acariciando á to-

das las almas, difundiendo en el aire ese soplo encantado, perfume de incienso y de primavera, de fervor y de flores, de armonía y de abandono, de sacrificio y de alegría; ese olor de sublime adoración esparcido en torno del festín en que los niños tienen la dicha de verse servidos por los ángeles; ese aliento de Dios muriendo de amor, que por una hora que se le respire embalsama todos los días y todos los instantes de la vida...

FIN DE PEDRO BLOT







INDICE

PRIMER EPISODIO

La muerte del padre.

	<u>Págs.</u>
PROEMIO.....	7
I.—Retrato de Juan. — Su cueva y Magdalena. — María.....	9
II.—El Circulo de obreros.—Juan habla del Tartufa político y de un libro que hay que hacer.....	20
III.—De un asunto de drama, y de la repugnancia que Juan tenía á mostrar el fondo de su corazón...	33
IV.—Comienzo de la historia.—El padre y la madre de Juan.....	4
V.—El pensamiento de la muerte.....	56
VI.—La confesión.....	70
VII.—La Extremaunción y el Viático.....	89
VIII.—El negocio de Sicard.—Carlos.—La palabra cor- tada al medio.....	105
IX.—La sonrisa de papá.....	129
X.—María.....	147
XI.—El testamento.—El <i>Benedicite</i>	167

SEGUNDO EPISODIO

Pedro Blot.

	<u>Págs.</u>
Prefacio-anécdota. — La limosna del Sagrado Corazón.	
I.....	199
II.....	204
III.....	208
IV.....	212
V.....	217
VI.....	221
VII.....	228
VIII.....	231
IX.....	236
Pedro Blot.....	241
I.—El libro que hay que hacer.....	247
II.—El fondo de un agujero.....	268
III.—Un suicidio.....	285
IV.—La Reserva del Santísimo Sacramento.....	317
V.—En Nanterre.....	328
VI.—En el hospital.....	358



